Christian Jacq

Por amor a Isis

Emecé Editores Barcelona.
Título original: Pour l'amour de Philae Traducción: Rosa Ayuso y Mª Luz García.
Diseño de la cubierta: Ernesto Aparicio.

Emecé Editores, S.A Enrique Granados, 114 - 08008 Barcelona - Tel. 415.71.00.

ISBN: 84-7888-116-6 Depósito legal: B-22.013-1993.
Printed in Spain.
Fotomecánica: A.J. Imatge S.A., Robrenyo 64-66, Barcelona Impresión: PURESA, Girona 139,08203 Sabadell.

«Yo toco el cielo,
mi cabeza atraviesa el firmamento,
rozo el vientre de las estrellas,
brillo como ellas,
conozco la alegría celestial,
danzo como las constelaciones.»

Texto de la morada eterna del príncipe Sarenput en Asuán.

Por amor a Isis

CAPITULO I

Las estrellas titilaban en el cielo de color lapislázuli. Isis, la gran sacerdotisa del templo de File, contemplaba la luz que surgía del fondo del universo. La presencia de los reyes resucitados se revelaba a través de ella, en el corazón del más allá; las almas de los faraones desaparecidos todavía protegían el santuario en el que la gran diosa velaba por sus últimos fieles, unos cincuenta hombres y mujeres que, seis siglos después del nacimiento de Cristo y a pesar de que la nueva religión se había impuesto en todo el país, vivían la fe de los antiguos egipcios según la pureza de unas leyes inmemoriales.

Sólo la montaña santa de File resistía, iluminada por las luces de levante; en medio de un caos de rocas, la isla santa de Isis aparecía como un paraíso de verdor rodeado de altos muros. Según una antigua leyenda, observar esta fortaleza abría la puerta de los dioses.

La joven, vestida con la tradicional túnica blanca, oía los trinos de los pájaros enjaulados a la sombra de las acacias. La luz no tardaría en vencer a las tinieblas. Desde su pedestal de granito suavizado por una vegetación exuberante en la que sobresalían las palmeras, la isla desafiaba al poderoso obispo Teodoro, jefe espiritual y dueño terrenal de esta olvidada región del sur de Egipto, en los confines del imperio. Más allá se encontraba lo desconocido, el peligro y las tribus bárbaras.

Isis perfumó sus cortos cabellos, negros como el azabache y se dirigió hacia el pabellón del emperador Trajano. El edificio de esbeltas columnas, destinado a recibir la barca divina, aún no estaba terminado; la sacerdotisa veía en el edificio inacabado un mensaje de esperanza, una obra que proseguir, aunque el destino parecía contradecirla. ¿Cómo podía admitir la hija del decano de la comunidad y la más brillante de los alumnos de la Casa de la vida, que la civilización egipcia desapareciera aplastada por el peso de un dogma que no vacilaba en utilizar la violencia para imponerse?

Aunque el enemigo amenazara, siempre se estrellaría contra las murallas del templo, último reducto del objetivo primordial donde la vida que brota de la piedra y de la arena se transforma en majagua de corolas rojas, clemátides azules o guirnaldas de buganvillas rosáceas. Apartando las ramas de un sicómoro, Isis se encaminó hacia la orilla del río.

No, no era el fin del mundo, sino solamente el final del valle; allí el Nilo fluía por un lecho cada vez más angosto hasta perderse entre los remolinos y torbellinos de la primera catarata que se lanzaba al asalto de rocas e islotes. Isis disfrutaba con este espectáculo, se dejaba hechizar por las montañas de arena roja, el desierto ocre, las piedras inalterables. Aquí nada cambiaba. Aquí se afirmaba el poder de la edad antigua, de los tiempos gloriosos, de los grandes fundadores de la más compleja de las culturas. File era la capital de la primera provincia de Egipto; allí nacía la ola vivificante de la crecida, allí renacería la felicidad.

Isis necesitaba disfrutar de la soledad al amanecer para respirar mejor la esencia de la diosa, el rocío misterioso nacido de la comunión entre el cielo, la tierra y el templo. Así como la isla sagrada amansaba con sus encantos los sombríos acantilados, así también la joven sacerdotisa quería aplacar las fuerzas hostiles que habían conducido hasta las puertas del

último santuario egipcio a los soldados cristianos. Puesto que llevaba el nombre de la diosa encarnada en File, tendría que hacerse digna de su inspiración.

Isis se sentó a la orilla del río. Una suave brisa la envolvió como un manto; bajo sus pies desnudos la tierra todavía estaba tibia.

¡Cómo adoraba este lugar aislado, este templo perdido en medio de las aguas y los escollos, este himno de arenisca al poder invisible, este canto alegre de la reina de las estrellas! Ella había nacido aquí, en la casa del origen; había aprendido a leer, a escribir y a contar en la Casa de la vida; desde los dieciséis años se había iniciado en los pequeños misterios, antes de desarrollar su espíritu como las alas de un pájaro para conocer la iluminación de los grandes misterios y el peso del cargo de gran sacerdotisa. Pero ¿cómo olvidar las convulsiones del mundo exterior, la ocupación bizantina, tan violenta como la de los romanos, la influencia del obispo Teodoro sobre la ciudad de Elefantina, la conversión obligatoria de los escribas, los barqueros y los campesinos, forzados a olvidar sus raíces y a comportarse como buenos cristianos?

Por aquellos días la vejez postraba al decano. Correspondía a Isis continuar la lucha y preservar a File de las agresiones. Los fanáticos soñaban con apoderarse del templo y de sus riquezas. Isis contaba con la prudencia del obispo, un egipcio adherido a la causa de Cristo.

Cuando la vida del decano se extinguiera sería necesario designar un nuevo superior apto para gobernar con ella. ¿Cómo no pensar en Sabni, el joven de aspecto severo y frente noble que durante estos últimos meses se había adueñado de sus pensamientos, impidiéndole incluso concentrarse en la celebración de los ritos? A sus ojos, Sabni poseía las cualidades necesarias para ocupar este cargo. Pero ¿cómo iba a dejarse llevar por la pasión?

La brisa traía un murmullo de sistros. Isis volvió al templo en el momento en que dos ancianas sacerdotisas lo abandonaban, tocando los instrumentos de música cuya voz metálica alejaba los demonios de la noche que trataban de incrustarse en los muros de los edificios. Una tenía un sistro del que pendían unas raicillas que servían de apoyo a las serpientes de cobre; el sistro de la otra hermana tenía un mango en forma de columnata coronada por la cabeza de Hathor, la diosa del amor. Vestían la túnica de las grandes celebraciones y al ver a Isis le hicieron una reverencia. A pesar de su juventud, la gran sacerdotisa imponía respeto. Sonriente, sin necesidad de alzar la voz, poseía la elegancia innata de las egipcias de alto rango cuya belleza había sido inmortalizada en miles de bajorrelieves. La hermosura de Isis era luminosa; su sola presencia atenuaba la angustia. Dotados del título sagrado de «hermano» y «hermana», los adeptos que habían decidido permanecer en la isla sabían que su supervivencia dependía de ella.

El sol apareció por detrás de la montaña y su luz inundó el cielo. Una procesión formada por todos los seguidores franqueó la puerta de Evergetes. Sabni iba a la cabeza marcando el ritmo de la marcha con una larga caña dorada; el decano, sostenido por el perfumador y el carnicero, iba detrás de él; después venían los sacerdotes de cabeza rapada y las sacerdotisas con estatuillas de divinidades, vasijas de oro y plata, cetros y cofres de madera. Los objetos preciosos, conservados en las criptas y las salas oscuras, salían a la luz según el ritual.

Isis había decidido organizar esta ceremonia en la época más cálida del año, cuando, con un orgullo que desencadenaba los celos de la vecindad, sólo la isla de File permanecía verde y frondosa. Alrededor todo era costas abruptas, rocas hostiles y tierras áridas azotadas por los vientos del sur, portadores de enfermedades. Próximo a la parte más baja de su curso, el Nilo dejaba sobresalir las rocas de la catarata que ningún barco podía atravesar. En Elefantina cada vez costaba más respirar. La muerte arrebataba la vida de niños y adultos.

Entre los hermanos y hermanas, Isis observaba signos de agotamiento. Las fuerzas del decano se debilitaban; tenía noventa y cinco años y pocas esperanzas de alcanzar los ciento diez, la edad de los sabios. Sin embargo su aspecto era saludable, como si los atroces dolores que le perforaban el pecho fueran tan sólo ilusiones. A pesar de los cuidados que le prodigaban, Isis temía la proximidad de un fatal desenlace, a menos que su padre triunfara una vez más.

La gran sacerdotisa recibió a la procesión delante de la entrada del pabellón; se alejó cuando Sabni, que guiaba el cortejo hacia la blancura inmaculada, avanzó entre las catorce columnas. La comunidad depositó los objetos sagrados en el suelo. Después de un año de uso, la energía que les había llenado se había agotado. Sólo el sol podría devolvérsela y hacerles capaces de transformar de nuevo la fealdad en belleza.

—Cómo resplandece tu rostro, luz divina —declamó la ritualista—, cuando tus brazos modelan la materia para dar forma a dioses, seres humanos, animales y todo lo que tiene vida.

Mientras proseguía el himno, de tres mil años de antigüedad, Isis llegó a la conclusión de que maduraría tras largas semanas.

—Esta regeneración por la luz debe acompañarse de una salida de la barca. Así hacían nuestros antepasados, así haremos nosotros.

La serenidad de la comunidad se desmoronó; murmullos reprobadores la envolvieron. En los ojos del decano asomó una chispa de excitación.

—Gran sacerdotisa —dijo Sabni con respeto—, ese proyecto parece temerario; no tenemos derecho a irnos de la isla. Se han visto tropas concentradas en Elefantina. Nos arriesgamos a ser maltratados.

—Debemos organizar un movimiento de resistencia. Ninguno de los campesinos que trabaja nuestras tierras es cristiano. Ellos han sido bautizados con la espada sobre la nuca; si la barca de la diosa permanece invisible, Egipto perecerá.

—El enemigo es fuerte.

Isis se volvió hacia el decano.

—No hace falta arriesgar la vida de los tibios de corazón —señaló con voz alegre—; es demasiado indigesta, incluso para los chacales.

La gran sacerdotisa cogió la mano de su padre.

—Tú que ignoras el temor, sé el guardián de este templo. Que los más viejos permanezcan a tu lado; sólo quiero voluntarios conscientes del peligro. Si nuestro destino es desaparecer, que al menos estos lugares continúen vivos.

CAPITULO II

La comunidad seguía teniendo a su disposición diversas barcas, incalculable tesoro de cuyo mantenimiento se encargaban dos de los seguidores, ya que el astillero y los numerosos equipos de carpinteros sólo eran recuerdos lejanos.

Para no atraer la atención de los posibles centinelas, anclaron una de las barcas frente al pabellón de Trajano, lejos del embarcadero habitual; diez sacerdotes embarcaron. Sabni guiaba una pequeña barca sagrada con la proa en forma de flor de loto. Con la mirada trataba de disuadir a Isis de emprender la expedición; la gran sacerdotisa se instaló delante, disfrutando de la brisa en el rostro. El corto viaje de la isla a la orilla desértica se anunciaba como una victoria; de este modo File rompía la barrera invisible que le impedía comunicarse con el mundo exterior; el emblema de la gran diosa reaparecería en medio de los fieles privados de su presencia y condenados a la desesperación.

Desde la cima de una colina, un pastor fue el primero en avistar la procesión; vio cómo se organizaba sobre la orilla, con Isis al frente. Loco de alegría, corrió a avisar a los campesinos que labraban un campo vecino. Un labriego a lomos de un asno se lanzó al galope y difundió la buena nueva por los alrededores.

Cuando el cortejo alcanzó una de las terrazas rocosas que dominaban la ciudad, Isis descubrió, conmovida, las afueras de Elefantina; la gran ciudad meridional no era más que una guarnición militar dejada de la mano de los dioses; un territorio profanado en el que los templos habían sido saqueados. Sabni era incapaz de ocultar su angustia, pero también sentía la inmensa alegría de escapar de la reclusión, de volver a ver el sitio donde había nacido y esperar otro futuro para su país.

Los sacerdotes miraban inquietos a derecha e izquierda, temiendo la intervención de las sanguinarias fuerzas enemigas. Poco a poco, fueron envalentonándose; cuando atravesaron la primera viña, entre cuyas cepas brotaban algunas palmeras, ya estaban convencidos de que ningún obstáculo se interpondría en su camino. La barca de la diosa iluminada por los rayos del

sol los protegía. Continuaron sin prisa, adoptando el paso solemne característico de los desplazamientos en el interior del templo. Al final del camino, en las primeras granjas, todo Egipto les acogería; Isis proclamaría el retorno de la fe tradicional y el resurgimiento de la felicidad.

Una docena de hombres de rostro impenetrable les cortó el paso. Sabni confió la barca sagrada a sus seguidores y se acercó a Isis, que proseguía la marcha. Los campesinos desarmados se arrodillaron; la gran sacerdotisa les hizo levantarse con un ademán.

—No es de vuestra humillación, sino de vuestra confianza de lo que se nutre la gran diosa.

Los campesinos se unieron a los sacerdotes. Uno de ellos entonó un canto cuyas palabras no entendía; alababa la belleza de las espigas de cebada, maduras gracias a la benevolencia del cielo. Un sacerdote oyó el estribillo y lo coreó junto con sus hermanos. Cuando la procesión llegó a la vista del primer campamento fortificado que impedía el acceso a la ciudad, un canto compuesto por cientos de voces se elevaba con fuerza. Jardineros, mercaderes y barqueros abandonaron sus tareas para unirse a la reconquista.

Isis oró; salmodiaba a media voz un himno a la madre divina para protegerse de la exaltación que la embargaba. ¿Por qué haber esperado tanto si tan fácil era el ataque? El número de devotos de la diosa no cesaba de aumentar. Mujeres y niños se atrevían a salir de sus casas para participar en la fiesta. La antigua fe volvía; Egipto resucitaba.

Sabni no se dejó llevar por la alegría; los cantos y gritos de júbilo no le tranquilizaban. Observaba el recodo del camino por donde acababan de aparecer dos soldados armados con lanzas.

El joven se estremeció; no se trataba de campesinos alistados por la fuerza, sino de mercenarios bien equipados y encargados de vigilar la aduana, recaudar los impuestos y escoltar el transporte de provisiones. Su principal función consistía en asegurar el mantenimiento del orden sin tener en cuenta las vidas humanas. Con el cuerpo cubierto por una coraza, polainas de cuero y la cabeza oculta por un casco provisto de aberturas para los ojos, manejaban de buena gana la pica y el hacha de doble filo. El pueblo aborrecía y temía a estos bárbaros llegados de Asia.

El cortejo avanzó hacia el fuerte de adobe cuya fachada principal daba al sur, donde se habían producido las revueltas de las tribus nubias hacía ya muchos años. El lúgubre edificio, que simbolizaba la autoridad del obispo, comunicaba con las atalayas de los destacamentos encargados de vigilar la frontera.

Al volver a abrir la puerta de Egipto, Elefantina, la comunidad haría circular un soplo de aire vivificante por todo el país. En pocas semanas todos sabrían que la gran diosa había abandonado la isla santa para reanimar los antiguos santuarios y despertar los cultos adormecidos. Todos volverían a celebrar la fiesta del cielo y de la tierra.

Cuatro soldados andrajosos corrieron hacia el cortejo, se quitaron las botas y arrojaron las espadas cortas de filo embotado. Sucios, con el cabello enmarañado, tenían que cobrar tributo a sus propias familias, de las que habían sido separados para convertirse en guardias sometidos a los mercenarios extranjeros.

La deserción comenzaba; doscientos, trescientos... Sabni ya no alcanzaba a contar todos los aliados que, despojándose de sus oropeles cristianos, dejaban hablar a su corazón y se unían a ellos. Se reprochaba haber dudado; ningún opresor mataría el alma de Egipto.

Y qué bella estaba Isis en aquel momento de triunfo; guiaba con dulzura, tranquila e iluminada. A pesar de su fragilidad parecía indestructible. Sabni la admiraba desde hacía tanto tiempo que se asombraba del cariz que estaban empezando a tomar sus sentimientos; en sus miradas, la consideración se teñía de un impulso casi apasionado que todavía refrenaba. Amor no podría ser su nombre. Cómo iba a reunir el amor a dos seres tan dispares: Isis, la heredera de una larga e ilustre línea de reinas de Egipto, y Sabni, un modesto sacerdote de origen humilde.

El ataque se produjo por la retaguardia. En su delirio, los peregrinos no se habían percatado de la rápida maniobra de encierro. Las órdenes de los mercenarios no admitían dudas: ningún disturbio debía ser tolerado. De ordinario, apaleaban a un borracho o cogían a un campesino fugitivo al que la miseria y la esclavitud habían vuelto loco. Esta vez la situación era un poco más preocupante; un motín, una rebelión contra el orden establecido. Además, los centinelas habían asistido a la deserción de varios guardias que se habían unido a los agitadores. La consigna fue aplicada con el máximo rigor.

La primera línea de mercenarios disparó el arco. Las flechas alcanzaron a dos de los seguidores de Isis; con el hacha, los soldados cortaron las piernas y la nariz de los heridos y perforaron el vientre de los últimos sublevados. En pocos minutos, las tropas de vigilancia se hicieron dueñas de la situación.

Aquellos que habían creído en el retorno de la gran diosa yacían ensangrentados en el polvo del camino. Uno de los sacerdotes había perdido la vida de un tajo en la garganta. Un error debido al excesivo celo de un soldado que se había acordado, un poco tarde, de las recomendaciones del obispo: no atentar contra la vida de los hombres y mujeres vestidos con túnicas blancas. Desnudaron el cadáver y lo vistieron con la túnica sucia de un campesino.

Isis, Sabni y los otros miembros de la comunidad fueron reconducidos bajo guardia hasta su barca. Abatidos, escucharon los aullidos de los desertores que los mercenarios colgaban por los pies después de haberles vertido plomo fundido en los testículos. Sólo faltaba quemar a los ajusticiados; el humo elevándose contra el cielo señaló el final de la insurrección.

Un oficial llevaba una pequeña barca con la proa en forma de flor de loto. Lamentando la ausencia de adornos dorados, la destrozó a patadas y dispersó los trozos en la grava.

CAPITULO III

Isis, postrada a los pies de una columna del pabellón de Trajano, no probaba bocado desde hacía dos días. La comunidad, desamparada, esperaba que la gran sacerdotisa saliera de su mutismo. El decano, que guardaba cama, había perdido el uso de la palabra. La ritualista se conformaba con recitar los textos, enumerando las ofrendas a las divinidades con el fin de preservar el débil lazo que todavía unía a Egipto con la armonía celeste. Hundido en el letargo, indiferente a lo benigno del clima, el templo no era más que muros silenciosos.

Sabni depositó ante Isis un cántaro de agua fresca.

—Nadie te juzga responsable de la muerte de nuestro hermano. Él conocía el riesgo igual que los demás.

—El obispo había prometido que la vida de los miembros de nuestra comunidad estaría protegida. Todos estos infelices asesinados, esta violencia...

—Teodoro nunca ha faltado a su palabra. Fue un accidente.

—¿Estás seguro?

—Cuento con asegurarme.

—¿Cómo?

—Buscando a Teodoro.

—No tienes derecho a abandonar la isla.

—Como sacerdote no. Pero ¿y como campesino?

—Es muy peligroso.

—Es indispensable.

—¿Y si yo te lo prohibiera?

—Obedecería. Pero padeceríamos una angustia insoportable.

Isis se levantó. ¡Qué difícil era no abalanzarse sobre ella y estrecharla entre sus brazos!

La gran sacerdotisa reconoció la sensatez de la opinión de Sabni. En el momento de la repartición de las tierras el obispo no había desmantelado el patrimonio del templo que, aunque ya no poseía las riquezas de otro tiempo, todavía conservaba los campos cultivados que continuaban nutriendo a la comunidad. Todos los campesinos estaban persuadidos de que, si la diosa recibía la primera parte de las cosechas, su destino sería menos duro. El obispo cerraba los ojos y la economía funcionaba como antaño: géneros aportados al templo, consagración por la gran sacerdotisa, redistribución.

—Otro acontecimiento me obliga a trasladarme sin dilación a Elefantina.

—¿Cuál?

—Nuestro fiel Mersis no nos ha hecho llegar su habitual mensaje. Hay soldados vigilando las orillas y ningún pescador puede aventurarse por nuestras aguas.

Mersis, un egipcio cuyo nombre significaba «el rojo», era uno de los hombres de confianza del obispo. Converso desde hacía tiempo, no soportaba ver desaparecer a los seguidores de los antiguos cultos. Quería salvar File y enviaba a la comunidad la información indispensable para su supervivencia.

—¿Cómo lo harás?

—Nadaré hasta el primer puesto fronterizo, que está vigilado únicamente por campesinos alistados, ocupados en dormir o en jugar a los dados. Luego subiré a la barcaza. Una vez en Elefantina, esperaré el momento oportuno para encontrarme con Teodoro frente a frente.

Isis se volvió hacia Sabni. En sus ojos, la inquietud se mezclaba con la ternura.

—No tenemos elección...

—Yo soy tu servidor. El alma de File eres tú.

—Vuelve pronto, Sabni.

Sabni atravesó con facilidad la anchura del río que separaba la isla del campamento donde los improvisados aduaneros amontonaban despojos de cocodrilos y taparrabos nubios de la peor calidad. Nadie frecuentaba aquel lugar siniestro donde no había nada que robar; a lo lejos, justo delante de la primera catarata, Sabni vislumbró las fortificaciones del gran puesto de aduanas que había en la frontera entre Egipto y las tierras meridionales. Alumbrado por las antorchas, se mantenía en estado de alerta día y noche durante la época de marea baja. El enemigo apenas temía las tentativas de invasión de las tribus negras, ya que los últimos asaltos se remontaban a más de diez años atrás. Lo que había que proteger de los saqueadores eran los tesoros acumulados en los almacenes: sacos de oro, marfil, maderas de ébano y las pieles de los ciervos y de los gamos. Después del inventario y la evaluación de su valor, alimentaban el mercado más animado del país. Los aduaneros recibían a las caravanas venidas de África, descontaban las contribuciones y garantizaban la seguridad de las mercancías antes de que fueran negociadas.

File no disponía de suficientes piezas de plata convertibles en ese metal precioso que servía para recubrir las estatuas divinas y las puertas del templo. Melancólico, Sabni se adentró en las tinieblas; de niño había jugado tan a menudo en la orilla y los acantilados que conocía cada una de las piedras como la palma de su mano. Algunos senderos, de aspecto fácil, encubrían trampas mortales; varios soldados bizantinos se habían desnucado por no tener en cuenta que las piedras, en equilibrio inestable, podían rodar en cualquier momento por la pendiente de arena.

Se quitó la túnica de campesino y durmió en la cima de una colina, al abrigo de un bloque de granito rosado. Despertado por la luz del alba, descendió con paso tranquilo hacia el embarcadero donde ya la multitud se apresuraba. La barcaza que cubría el trayecto con la isla de Elefantina, donde residía el obispo, era gratis; allí se amontonaban cabras, corderos, asnos y agricultores que llevaban alimentos al dueño de aquellas tierras y al campamento militar. Sabni ayudó a una anciana encorvada bajo el peso de un cesto lleno de cebollas que tenía que repartir entre los puestos de la ciudad establecidos en el punto sur de la isla. Andando a su lado y charlando con ella, parecía un buen hijo ayudando a su madre. Los soldados y guardias no los detendrían para interrogarles. Pasarían cerca del famoso pozo que el griego Eratóstenes, en el año 230 antes de Cristo, había utilizado para confirmar la medida de la circunferencia de la tierra establecida por los sabios egipcios. En esta región, durante el solsticio de verano, los rayos caían en vertical e incidían en el gnomon de los relojes de sol sin producir ninguna sombra, ofreciendo un excelente punto de partida a los cálculos geométricos.

Casi todas las casas habían cambiado las azoteas por cascotes de tejas. Algunas, derribadas hasta los cimientos, evocaban los castigos infligidos a aquellos que rehusaban convertirse. La antigua morada del gobernador egipcio, hostil al cristianismo, estaba abandonada. Su fachada, quebrada y renegrida, parecía la cara de un ajusticiado.

Sabni acompañó a la vieja hasta el puesto del vendedor, un libanes siempre dispuesto a ensalzar los méritos de Bizancio y la sabiduría del invasor. Primo de un suboficial, había comprado grandes extensiones de tierra, donde explotaba con total impunidad a varias familias que sin él habrían muerto de hambre.

Agotada, la vendedora de cebollas rogó a Sabni que le llevara el fardo, ligero ahora, hasta su casa. Vivía en el barrio más pobre de la ciudad y debía ir todos los días hasta su terruño, en

la orilla oriental. Durante el periodo de calor trabajaba por la noche. Con el marido fallecido y los dos hijos luchando en Asia, subsistía a duras penas.

La casita, que daba a un callejón fangoso y oscuro, había sido construida con adobes secados al sol. En la grisácea fachada mal conservada se abría una minúscula ventana provista de una reja de madera. Sabni y la vieja subieron los tres peldaños desgastados. La propietaria utilizó una llave oxidada; creía en la ilusoria protección que le procuraba aquella mohosa cerradura. Un mobiliario medio podrido atestaba las dos pequeñas piezas.

La vieja se dejó caer sobre el suelo de tierra batida.

—¿Quién eres?

—¿De verdad quieres saberlo?

Ella cerró los ojos.

—No tienes los modales de un campesino, tu voz es reposada como la de un sacerdote... Recuerdo las palabras apacibles de los seguidores de Isis cuando salían en procesión antes de que el obispo les obligara a permanecer en la isla. Ellos tenían la misma actitud tranquila que tú.

—Aquellos tiempos ya pasaron. Yo estoy aquí para alistarme en el ejército. Adiós.

La vieja entornó los ojos. Denunciar a un sacerdote huido le reportaría una bonita suma que le calmaría el hambre durante varios meses.

CAPITULO IV

Al lado de la morada del obispo se alzaba el palomar más alto de la región de Elefantina. Los excrementos de las palomas eran un abono eficaz y apreciado, sobre todo en los viñedos. La mansión del señor de la provincia constaba de dos plantas y una azotea. Sabni la conocía bien; antes de alojar al obispo, la villa había sido propiedad de un juez; los niños, a los que se unía de buena gana el pequeño Teodoro, jugaban con el futuro sacerdote de Isis.

Cada día, una docena de criados limpiaba la sala de recepción, las habitaciones, la cocina, el aseo, los pórticos y la despensa. Sabni había pensado en hacerse pasar por uno de ellos, pero los soldados comprobaban la identidad de todos. Por lo tanto se infiltró entre los cuidadores del corral donde a menudo figuraban nuevos sirvientes.

Durante toda la tarde Sabni se ocupó de los cerdos, las ocas y las gallinas. ¿No había desempeñado esta labor en el templo antes de ser admitido en la escuela de escribas? Intercambió algunas palabras con sus compañeros de trabajo sin mezclarse con ellos; cuando abandonaron el corral se las ingenió para quedarse encerrado.

Al caer la noche, Sabni se introdujo en el sótano por una ventana baja con los barrotes mal sellados, se escurrió entre dos filas de tinajas llenas de vino y subió por la escalera que llevaba a la planta baja. El despacho del obispo estaba en la segunda.

Sentado a su escritorio de madera de ébano, Teodoro comprobaba las cuentas alumbrado por dos lámparas de aceite.

—Entra Sabni. Aunque no has hecho ruido, te esperaba; después de semejante tragedia estaba seguro de que vendrías.

El devoto de Isis penetró en la estancia, repleta de rollos de papiro colocados cuidadosamente en los casilleros. A Teodoro le gustaba el orden y detestaba el abandono y la negligencia. Aunque tenía a su servicio una escuadra de secretarios, clasificaba personalmente sus documentos; trabajador infatigable, no conocía el reposo. A los treinta años tenía la apariencia de un hombre maduro, envejecido por las numerosas tareas. Sabni, dos años menor que él, parecía mucho más joven; la cara alargada, las entradas de sus sienes y la delgadez acentuaban la severidad del obispo. Siendo adolescente ya envidiaba la belleza de su camarada, su naturaleza triunfal y alegre.

—Siéntate sobre las almohadas y degusta estos suculentos higos. Yo tengo que terminar un informe; Dios no ha tenido ninguna piedad de mí al confiarme la administración de la provincia; los funcionarios del emperador no cultivan más que la pereza.

¿Cómo suponer que Teodoro fuera de origen egipcio, él, que era tan aficionado a los trajes bizantinos ribeteados de color violeta y bordados con motivos florales? Mosaicos con escenas de la mitología griega recorrían las paredes; la marquetería helenística realzaba los muebles; la vajilla de plata procedía de la capital del imperio romano de Oriente. Sabni despreciaba todo este refinamiento excesivo, pero tenía hambre.

Probó varios higos dulces, casi desprovistos de semillas. Los notables de la ciudad apreciaban esta variedad tardía.

—Han asesinado a un sacerdote, Teodoro.

—Oficialmente, se trata de un desertor. Es preferible esta versión.

—Tú nos habías prometido que no moriría ninguno.

—Vosotros habíais prometido que no abandonaríais la isla bajo ningún pretexto; los débiles de espíritu han muerto por vuestra culpa.

—Tienes que comprendernos.

—Has de admitir que File lleva violando la ley de Dios y de los hombres demasiado tiempo. ¿Acaso ignoras que Constancio II ordenó cerrar los templos paganos en el año 356 después del nacimiento del Salvador? ¿Que el cristianismo es la religión del Estado desde el año 380 y que los cultos heréticos están prohibidos desde el año 392?

—La caída de Roma ocurrió en 410 —recordó Sabni—, lo cual prueba que la fe de los cristianos es perecedera y que el peor de los tiranos puede ser vencido.

—El imperio de Oriente ha vuelto a coger la antorcha. File no es más que un sueño que corre el peligro de transformarse en una pesadilla. Conviértete.

El obispo se volvió hacia el sacerdote egipcio.

—Somos amigos y los dioses están muertos. Ésta es la verdadera fe que reina en el mundo. Cristo te recibirá en su Iglesia, conocerás por fin la paz... y yo también.

La esperanza brillaba en la mirada de Teodoro. Mientras Occidente, apenas recuperado de la caída de Roma, se desmembraba en las convulsiones de la barbarie, el legado de Constantino, rico gracias a sus provincias de Asia Menor, Siria y Egipto, elevaba el Oriente al rango de faro de la humanidad. Bizancio, la nueva Roma, guardaba las llaves de la civilización. Sólo Alejandría intentaba rivalizar con ella; ostentaba sus riquezas al pie del palacio del Patriarca, adepto a la doctrina monofisita, según la cual la naturaleza divina de Cristo había absorbido su naturaleza humana. Condenada por el emperador, la singularidad egipcia florecía. El obispo Teodoro habría debido combatirla con más energía, pero otro adversario le inquietaba: File, el último templo pagano.

—No me convertiré jamás —afirmó Sabni con la tranquila certeza que proporciona una fe inquebrantable.

—Acabo de firmar un nuevo decreto por orden del emperador. Todo bautizado que practique los antiguos ritos, incluso en la intimidad de su casa, será condenado a muerte. Lee.

Sabni descifró el texto, redactado en griego, en demótico y en latín para que nadie pudiera ignorarlo. Los analfabetos serían reunidos en las plazas públicas donde los heraldos pregonarían la solemne advertencia:

«Nadie, cualquiera que sea su familia, su rango y su dignidad, esté o no revestido de autoridad o de funciones públicas, sea bien nacido o de humilde condición, tenga fortuna o no, deberá hacer ofrendas a los símbolos allá donde se encuentre. Si lo hace, deberá ser denunciado.»

Sabni enrolló el papiro.

—He aquí vuestra nueva arma: la delación. Tranquilízate; yo no estoy bautizado. Los corazones están ansiosos, el bien llega a su fin y nos regodeamos en el mal criminal tiene fuerza de ley y ante él todos agachan la cabeza; el pais está en manos de gente que lo detesta.

—No te obceques.

—El tiempo es apariencia. En la desgracia de hoy reside la felicidad de mañana.

—Desconoces el corazon de tus enemigos; las cohortes de monjes que han invadido las antiguas tumbas no tolerarán mucho más tiempo la existencia de Filae , Los representantes,

en cada asamblea, exigen la salida de tu comunidad y la destrucción del templo. Yo intento que no trascienda la presencia de los últimos paganos en mi jurisdicción, pero vuestra estupida procesión redujo mis esfuerzos a la nada.

—Isis manda sobre las estrellas y somete a los demonios. Ella no persigue a nadie, su amor vencerá.

—Eres un hombre de otra época, Sabni. Isis... un fantasma olvidado.

—¿Por qué tu dios vierte tanta sangre y reduce a la esclavitud a países enteros?

—¿Por qué adoras divinidades con cuerpo de hombre y cabeza de animal?

Sabni sonrio.

—Esta discusión no es propia de ti. En el animal se encarna una fuerza divina; adoramos algún ídolo, pero reconocemos el mensaje de los símbolos.

El obispo abandonó el escritorio y se sentó frente a su amigo. Aceptó los higos que le ofrecía y vertió vino blanco en dos copas de plata.

—¿Consentís al menos en venerar al Señor los domingos, día de fiesta obligada?

—Todos los días deben ser sagrados. El rito no se interrumpe; en cada amanecer la creacion renace en su totalidad; entonces ¿por qué privilegiar sólo el domingo?

—¡Te expresas como si el mundo no hubiese cambiado! La voz de los faraones se ha apagado para siempre.

—Queda File. Ven a isla, Teodoro; ven a meditar en el pórtico, a la sombra de las colinas. Recorre las estancias y las capillas, relee los jeroglíficos grabados sobre los muros, disfruta de la serenidad de Isis, la reina celestial.

Durante un instante, Sabni creyó que el obispo le seguiría y le abriría su corazón, pero sólo fue un momento de acercamiento a los misterios de la diosa. Si Teodoro fuese convencido de nuevo por la magia del templo, renacería la esperanza en la última comunidad.

—¡Eres un crío! ¿Sabes que File está poblado de personajes diabólicos, de diosas con formas provocativas cuyos ceñidos ropajes dejan ver los senos desnudos? ¿Sabes que su vestido es tan transparente que ni siquiera oculta sus partes más íntimas, que sus joyas y adornos son un insulto a la pobreza de los justos? Un obispo que pisara este lupanar que vosotros denomináis «templo» pronto sería condenado.

—¿No fue el apóstol Pablo quien escribió: «La mujer ha sido creada para el hombre, ella es el reflejo del hombre»? No estoy de acuerdo. Si consideráis a la mujer un ser diabólico, ¿por qué admitís que Cristo nació de la Virgen María? Jesús, José, María.... ¿no son la trinidad Osiris, Isis y Horus? —Estás blasfemando.

—Repites un dogma del que no crees ni una palabra. —Te equivocas. Yo creo en un solo dios, el Padre, del que provienen todas las cosas y para el que hemos nacido. Es Él quien me ha designado como servidor de su Iglesia; mi deber consiste en proteger la fe y luchar contra los errores.

—También eres el jefe de un ejército de diáconos, de funcionarios y de administradores; posees tierras y mansiones, recaudas los impuestos que aumentan la pobreza de los pobres. Tu religión es cruel, pues no admite otra verdad que la suya. Sólo se adhieren a ella los esclavos. En cambio, la fe de los faraones no es ni misionera ni conquistadora, le basta con la conversión del corazón, la conversión profunda del ser, que sólo se produce mediante la iniciación en el tesoro divino.

—Los sacramentos han reemplazado a la iniciación. —Tú mandas sobre los corderos. Ellos sufren la revelación en lugar de construirla.

—Su sinceridad vale tanto como la de los últimos adeptos de Isis.

—Sigue a Cristo, puesto que tal es tu vocación, pero recuerda la vida de mi comunidad; ella es portadora de una espiritualidad que hará renacer el mundo de mañana.

El obispo elevó las manos ante él en señal de súplica.

—¡Te lo ruego, Sabni! Convence a la gran sacerdotisa para que no se hunda más en su locura. En cuanto a ti, al menos finge tu conversión. Yo llevaré sobre mí el peso de tu mentira e imploraré a Dios que nos perdone.

Sabni se levantó; Teodoro le imitó. Los dos hombres estaban unidos por la complicidad de una amistad indestructible.

— No renunciaré, Teodoro.

—La Historia lucha contra ti.

—El número y la fuerza también. Ellos están equivocados.

—Juntos habríamos vencido todos los obstáculos y reconstruido esta región a imagen del paraíso.

—Todavía queda File; protégela. Nuestra supervivencia depende de ti.

El obispo apartó la vista y cogió un papiro del casillero reservado a los asuntos urgentes.

—El incidente de anteayer me obliga a tomar medidas. Los habitantes de la isla deben convertirse en trabajadores como los demás. Deberán abastecer de ropa a los soldados de la guarnición; la primera entrega será a principios del mes que viene.

—Imposible. Nuestros dos viejos tejedores están casi impedidos y el resto de la comunidad ocupado en labores urgentes.

—En ese caso interrumpiré la provisión de lino a File.

—Pero contamos con ella para fabricar nuevas ropas.

—¿Y a mí qué me importa? Los subditos del imperio no se pasean por ahí con túnicas blancas.

Teodoro se puso a escribir.

—¿Me darás un salvoconducto?

—Nunca has estado aquí, Sabni.

El obispo mojó el cálamo en el tintero y redactó en griego la prohibición formal y definitiva de proveer de lino al templo pagano.

CAPITULO V

Sin salvoconducto, Sabni no era más que un forajido. Las patrullas que recorrían las calles de Elefantina querrían conocer su profesión, su lugar de nacimiento y el nombre de su jefe. El egipcio había esperado una ayuda más substancial por parte del obispo. Pero este último le había dado una lección; solo en una ciudad hostil, tendría que esquivar las rondas para regresar a File. Imposible salir por el corral, ya que la salida estaba vigilada.

Echando una última mirada a la ventana iluminada del obispo, Sabni franqueó el pretil de la azotea y alcanzó el techo de un cobertizo. Observó las calles; no había ningún soldado a la vista. Prosiguió su camino de edificio en edificio, alejándose del barrio central y se ayudó de una parra para descender hasta una plazoleta alfombrada de excrementos.

No le quedaba más que alcanzar la orilla de los antiguos jardines del templo; allí se pudrían las barcas que ya no se utilizaban. Sorteó una callejuela y se adentró en una pequeña arteria que transcurría entre las viviendas derruidas de los sacerdotes de Jnum, el dios carnero. Caminando entre los restos de paredes y zócalos, Sabni llegó hasta un alfar que daba al Nilo. Un lintel de madera de cedro subsistía aún sobre una ventana. Habían levantado el pavimento y rascado la cal de la fachada. A pesar de los montones de ladrillos, distinguió una gran estancia llena de hornacinas, ridículos refugios de divinidades del hogar a las que las familias dirigían sus plegarias al levantarse y al acostarse. Franqueó los restos de una puerta y pensó que en menos de una hora estaría de vuelta en la isla. —No te muevas. Estás detenido.

Una docena de soldados surgió de los escombros apuntándole con las espadas.

—Si tratas de huir, te mataremos.

Sabni se dio la vuelta. Varios soldados le impedían el paso. Se quedó inmóvil. El jefe de la patrulla, un bizantino huraño y nervioso, se adelantó.

—¿Quién eres?

—Un campesino.

—¿Cómo te llamas?

—No lo sé.

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso ignoras que se trata de territorio militar?

—Me he perdido.

El jefe de la patrulla, con la espada en alto, giró alrededor de Sabni como si buscara el sitio idóneo para clavársela.

—¿Eres cristiano?

—¿Quién no lo es?

—¿Has estado en la cárcel alguna vez?

—No.

—Lleváoslo.

Dos soldados apresaron a Sabni y lo empujaron. No se resistió; lo arrastraron hasta el puesto de guardia. Escondida detrás de un militar, una vieja vendedora de cebollas miraba al jefe de patrulla y movió la cabeza al pasar Sabni.

El sospechoso fue arrojado a una celda de muros de adobe y suelo de tierra batida. El techo era tan bajo que no podía ponerse en pie. Cuando el calor estuviera en su apogeo se asfixiaría. Sabni se sentó en la postura del escriba y vació su espíritu de toda agitación. El decano le había enseñado a situarse fuera de los acontecimientos inmediatos y a convertirse casi en un extraño a sí mismo con el fin de orientar mejor su pensamiento. El joven olvidó el reducto maloliente, las idas y venidas de los soldados y los ruidos del campamento. El miedo que sentía resbaló por su piel y se alejó.

¿Cómo prevenir a Isis? Escaparse parecía imposible. Tendría que sobonar a un soldado y pedirle que llevara un mensaje a File. Pero no tenía nada que ofrecer; ¿encontraría un ser compasivo en medio de aquella jauría? No le llevaron bebida ni comida. Al mediodía, Sabni sentía cómo se hinchaba su lengua y se contraían sus músculos.

La puerta se abrió. Un soldado le arrancó de la celda, tirándole del brazo izquierdo; Sabni vaciló, las piernas le fallaron; a duras penas recuperó el equilibrio. Avanzó con la frente alta. Una lanza apoyada en su espalda le obligaba a caminar rápido. Lo empujaron al interior de un despacho de paredes desconchadas; las tablillas grabadas yacían en desorden sobre un arca. Los soldados se marcharon y entró un oficial de unos cincuenta años. Una cicatriz le cruzaba la mejilla derecha, tenía la nariz rota y el aspecto de haber participado en muchos combates.

Cerró la puerta de un puntapié.

Sabni retrocedió.

Los dos hombres se fundieron en un estrecho abrazo.

—¡Mersis!

—La vieja te ha denunciado y mis hombres te han detenido.

—¿Por ser sacerdote de Isis?

—Por ladrón; al menos, eso es lo que pone en la denuncia.

Bébete esto.

El capitán ofreció a Sabni un vaso de agua fresca.

—¿Te has arriesgado a redactar tú mismo la denuncia?

—El escriba me obedeció. Todavía tengo algún poder en esta guarnición. Quizá por poco tiempo; el futuro se presenta sombrío.

El capitán Mersis golpeó la pared con el puño.

—El prefecto Maximino llega mañana a la cabeza de quinientos hombres. Cuatrocientos a pie y cien a caballo; una tropa de élite, un enorme refuerzo compuesto de mercenarios y reclutas de oficio. He recibido órdenes de adecentar el cuartel y sacarle brillo a las armas.

—¿A qué viene este despliegue de fuerzas?

—Pacificación definitiva de la región.

—¿File?

—No lo sé, pero la vigilancia de la isla será reforzada. Ya no puedo enviar más mensajes.

—El obispo ha suprimido la provisión de lino.

Un intenso dolor apareció en el rostro del capitán.

—Las túnicas de los sacerdotes...

—Cuidaremos las que nos quedan.

El soldado se hallaba al borde de las lágrimas. La muerte le era indiferente, pero no la belleza de una ceremonia.

—Teodoro es un monstruo.

—¿Se lleva bien con Maximino?

—No se conocen, pero, al parecer, el prefecto es un hombre muy autoritario. Al obispo no le gustará mucho.

—La suerte nos sonreirá.

—Los centenares de soldados...

—File no merece semejante ejército. Debe de haber alguna otra razón.

Al capitán no se le ocurría ninguna. Hacía mucho tiempo que se habían arrancado como viejas cepas las revueltas del norte. Entre Egipto y las tierras del profundo sur, las fortificaciones de la frontera condenaban al fracaso toda tentativa de invasión. Un solo factor de disturbios seguía oponiéndose al dominio total del imperio: el templo pagano.

—No te arriesgues, Mersis. Si alguien se entera de que nos ayudas...

—No temo al destino. Permanecerás detenido hasta mañana por la mañana; el interrogatorio a que acabo de someterte demuestra tu inocencia. En el muelle abandonado hay una barca medio desfondada que aguantará hasta la mitad del camino. A partir de entonces, tendrás que nadar. Trataré de enviarte una paloma en cuanto sepa algo más, pero las mejores mensajeras, las que vuelan de noche, han sido requisadas por el obispo. Y ahora, perdóname: un sospechoso no puede salir ileso de este despacho.

Mersis golpeó a Sabni repetidas veces, después abrió la puerta con violencia y empujó fuera a su víctima, cuyos gemidos de dolor no eran fingidos.

—Encerradlo de nuevo. Este ladronzuelo necesitaba una lección.

CAPITULO VI

El decano tallaba la figurilla en madera de olivo con sus dedos gordezuelos. Usando con torpeza el cincel, se arañó el dorso de la mano izquierda, pero no sintió ningún dolor, ya que su labor le parecía esencial. Sabni le observaba en silencio. A su regreso de Elefantina había descrito la situación a Isis y a su padre. Furioso, este último había recuperado el uso de la palabra antes de arrastrar al joven a la biblioteca del templo.

—Llegará una época en que los dioses abandonarán la tierra y alcanzarán el cielo; los extranjeros destrozarán nuestro país. Este lugar, sagrado entre los sagrados, esta patria de los templos, se cubrirá de cadáveres y de tumbas. Nada sobrevivirá salvo los signos grabados en la piedra; así hablan los profetas. No acepto sus fatídicas predicciones. ¡Lucharé hasta el final!

El anciano siguió tallando la estatuilla. Le dio la forma tosca de un ser humano, la recubrió de tela y la colocó en una mesa delante de la que había dispuesto un incensario de arcilla y un horno de adobe donde echó carbón y bolas de grasa de oca.

—Todo está listo. Basta con encender el fuego, pronunciar en voz alta el nombre de nuestro enemigo y lanzar su efigie a las llamas. El adversario será destruido. ¡Ah!, me olvidaba...

El decano desenrolló un papiro virgen.

—Coge el cálamo y utiliza esta tinta; no me ha fallado nunca. Escribe el nombre del obispo Teodoro.

—Me niego.

—¿Por qué?

—Esta magia es inútil.

—Ha funcionado miles de veces.

—Teodoro no es nuestro enemigo. Es el único capaz de salvarnos; no es a él al que hay que eliminar, sino al imperio con sus cohortes de soldados. Ninguna magia lo conseguiría.

El decano lanzó la estatuilla al horno que no encendería.

El prefecto Maximino, un barrigón de sesenta años de rostro aniñado y piel brillante de pomada que le hacía parecer más joven, entró en Elefantina a caballo encabezando sus tropas. Alardeaba de su toma de posesión inmediata e indiscutible. Las autoridades de la región se sometían sin dilación a su voluntad.

Tras él venía un ejército temible, bien equipado y bien alimentado. Los cuatrocientos soldados de a pie disponían de corazas nuevas, túnicas limpias, abrigos y botas. Los cien soldados de caballería montaban caballos vigorosos; cada soldado recibía diariamente dos raciones de pan, carne, vino y aceite. La soldada permitía a los más sabios ahorrar un poco de oro. Sirios, griegos, romanos, asiáticos y algunos egipcios formaban estas huestes encargadas de pacificar definitivamente una región cuya insumisión latente exasperaba al emperador.

La misión desagradaba al prefecto, al que sólo gustaba Alejandría, con sus comodidades, sus mujeres, sus banquetes y la suavidad de la orilla del mar. Era la primera vez, después de quince años en Alejandría, que se adentraba tan lejos en el sur. El calor le abrumaba, las rocas desnudas y el paisaje árido de la catarata reflejaban una soledad espantosa. Sólo el cuartel central de Elefantina, rodeado de jardines y árboles, tenía algún encanto. Pero Maximino se cansaría pronto de esta aldea de provincias. Ya soñaba con irse; por fortuna, su tarea sería tan fácil como rápida.

Le sorprendió el buen comportamiento de las tropas que le rindieron honores; los informes malintencionados hablaban de un hato de indigentes andrajosos, incapaces de batirse. En realidad, ni sus ropas ni su armamento tenían nada que envidiar a los de los recién llegados. El obispo responsable de la guarnición había hecho un buen trabajo.

El prefecto se negó a recibir ayuda del infante y bajó solo del caballo. A pesar de su relativa corpulencia, se jactaba de una excelente forma física que una vida de placer no había conseguido alterar. Teodoro fue a su encuentro. Los dos hombres se saludaron con una inclinación de cabeza.

—Es un placer que estéis entre nosotros, prefecto Maximino.

—Os felicito, Eminencia. El orden no es una palabra desconocida en Elefantina.

—La disciplina es una virtud que el Señor ama. Una ligera colación os espera; sin duda desearéis asearos antes.

—Con mucho gusto. El viaje ha sido largo y el camino polvoriento.

Maximino disfrutó de las deücias de un baño y del agua templada que circulaba por los viejos canales que el obispo cuidaba escrupulosamente. Teodoro contaba tanto con los partidarios como con los adversarios. Se le consideraba el más importante de los prelados egipcios y un excelente administrador. Pero su ambición se hallaba a la altura de su fe; reinaba como amo absoluto del sur, esperando sin duda nuevas responsabilidades. Habían descrito al prefecto como un hombre rudo y frío; pero Teodoro se comportaba con amabilidad.

La cena fue digna de las mejores mesas: melón, pescado del Nilo, cordero asado, legumbres, queso de cabra, melocotones, higos y granadas. El cocinero había jugado hábilmente con las especias y obtenido sabores que agradaban al paladar. Los vinos, un tinto de la tierra y un blanco del Delta, no habrían desmerecido en una recepción del emperador. El obispo comió poco. Sin embargo, Maximino, después de tantas posadas mediocres a lo largo del camino, no menospreció nada de lo que se le ofrecía.

—Sois un personaje sorprendente, Eminencia. Un ejército en buen estado, una morada suntuosa, un cocinero sin igual... ¿no os sentís ahogado en esta provincia olvidada?

—He nacido aquí.

—Poco importa. Yo no paré hasta abandonar el pueblo de África del Norte donde vi la luz por primera vez.

—Esta tierra es dura, pero no desprovista de riquezas.

—Hay una de la que el emperador se considera privado desde hace tiempo, el oro de Nubia. Ya hace más de un año que ningún cargamento del precioso metal ha llegado a la capital.

—Se me ordenó reforzar la frontera a fin de evitar toda tentativa de invasión. Las caravanas no pueden penetrar en las regiones auríferas. Las tribus negras las exterminarían; no tengo autoridad para organizar una expedición.

—Yo sí. El general Narses conducirá esta armada hasta Nubia mientras yo me quedo aquí para comprobar vuestras cuentas y vuestra gestión.

El obispo pareció avergonzado.

—Tropezaréis con dificultades insuperables.

Irritado, el prefecto depositó su copa sobre la mesa de acacia maciza.

—¿Os negáis?

—Os dejo gustoso mi despacho; examinaréis a placer los documentos administrativos. Es la expedición nubia la que suscita mi desaprobación.

—¿Cómo van a luchar los salvajes contra una tropa bien entrenada?

—Entrenada o no, tendrían que atravesar la catarata.

Maximino se enjugó la frente con un pañuelo.

—En Alejandría, nadie me había hablado de esta dificultad. Explicaos.

—Estamos en periodo de aguas bajas; las rocas sobresalen. Ninguna embarcación se arriesgaría en ese laberinto; si persistís en vuestro proyecto, más de un tercio de vuestros hombres morirá. Los expertos en estrategia, que jamás habían visto la catarata, sólo habían tenido en cuenta el aspecto militar.

—Cuando el río crezca, ¿podremos pasar el obstáculo con facilidad?

—Los primeros días no; después todo dependerá de la intensidad de la crecida. Si es débil, apenas tapará las rocas más peligrosas. Si es fuerte, provocará remolinos que no superarían los mejores marinos.

Maximino se deprimió. ¿Cuánto tiempo haría falta esperar para satisfacer al emperador? ¿De qué sanciones se haría merecedor en caso de fracasar? Su misión, tan fácil en apariencia, se transformaba en pesadilla.

—Estad seguro de mi completa colaboración —prometió Teodoro—. Si vuestra estancia aquí ha de ser larga, que sea al menos agradable. Mis secretarios y todo mi personal estarán a vuestra disposición.

—Hay otro punto. El emperador ha recibido quejas concernientes a un pequeño grupo de paganos que se niega a convertirse.

—Exacto.

—¿Dónde residen?

—En la isla de File, perdida en medio de las aguas. El lugar está aislado, nadie va allí.

—¿Un templo?

—Sí.

—¿Por qué no lo habéis hecho cerrar? Su misma existencia es contraria a la ley.

—Soy consciente de ello, pero dudo a la hora de utilizar la fuerza; File no molesta al pueblo. Los cincuenta paganos que viven en la isla, lejos de las miradas, están condenados a extinguirse con rapidez. La mayoría son ancianos inofensivos. Sus hijos se han convertido hace mucho tiempo, algunos son soldados; ¿Cómo lanzarlos al ataque de sus padres?

Maximino bebió un sorbo de vino tinto.

—No soy partidario de la violencia... La cristianización ha causado muchas muertes que se suman al sufrimiento de persecuciones anteriores. Pero esta situación es inaceptable; ¿no podríamos expulsar a estas gentes con buenas palabras?

—Comprendedlo, son soñadores, nostálgicos del pasado. Muchos han nacido en la isla, allí han vivido y allí querrían morir. Pronto este templo pertenecerá a la Iglesia. La piedad dicta mi actitud.

Maximino consideró extraña la posición del obispo; tenía reputación de hombre intransigente, poco dado a las intrigas y amante de cumplir la ley; ¿le ocultaba algún hecho esencial?

—Entonces, File es el único templo pagano que todavía permanece en activo.

—Es un término un poco exagerado; en letargo convendría mejor.

—¿Es la isla accesible?

—Por barco, pero...

—¿No es territorio del imperio?

Teodoro no respondió.

—Iré a File —anunció Maximino—. Enseñadme vuestro despacho, Eminencia.

CAPITULO VII

Sabni sostenía al decano que disfrutaba del placer de su paseo diario bajo el pórtico, entre el embarcadero y el primer pilono. Aprovechando la frescura del claustro donde tantos sabios habían meditado, se detenía ante los textos rituales y las figuras divinas que cubrían los muros y las columnas. Faraón dialogaba con las gráciles jóvenes cuyo cuerpo armonioso manifestaba el amor de la tierra por los poderes celestiales. A pesar de moverse a duras penas, el anciano disfrutaba.

—Es más abundante en riquezas un instante pasado en servir a Dios que toda una existencia de hombre rico. Más abundante en riqueza un día pasado en hacer ofrendas que todos los tesoros del mundo. Es lo que me ha repetido mi padre después de habérselo oído decir al suyo; ¿serás tú, Sabni, el que transmita estas palabras?

—Que la diosa me dé la fuerza.

El decano se detuvo y miró al cielo.

—Hoy se producirá el acontecimiento que decidirá el futuro de nuestra comunidad. Observa el sol... ¡él nos lo dirá!

Un nuevo vigor habitaba las piernas del anciano, capaces de recorrer un camino más largo que el de costumbre. Sabni, sofocado, no se atrevió a hacer preguntas. Él también presentía que las próximas horas no se parecerían a ninguna otra.

Los dos hombres se dirigieron al extremo sudoeste de la isla, donde se alzaba, suspendido sobre el agua, el pabellón de Nectanebo I. En otro tiempo atracaban aquí las grandes barcas que transportaban semanalmente a los trabajadores del templo, antes de devolverlos al mundo exterior. La tribuna, antaño ocupada por un colegio.

Un hombre con cabeza de chacal se dirigió hacia Sabni; portando la máscara de Anubis, el abridor de caminos, el sacerdote le guió hasta el segundo pilono. El eje del templo se quebró. Las monumentales puertas se movieron iniciando un movimiento en espiral, matriz del templo aspirado hacia las estrellas imperecederas, al norte del universo.

Sabni atravesó el patio del oeste por el pasillo que bordeaba la casa del nacimiento; desde los capiteles, Hathor sonreía. El escultor había dado a cada una de las caras de la diosa una expresión diferente; felicidad, alegría, placer, ternura componían una música de piedras vivas.

Sobre la fachada del segundo pilono, Faraón afirmaba de nuevo su presencia triunfando para siempre de las fuerzas de las tinieblas. El sacerdote con la máscara de chacal cedió el puesto a su hermano con la máscara de halcón; a partir de entonces Horus guiaría los pasos de Sabni.

Una vez franqueada la puerta, más allá de la roca tallada en forma de monolito donde Ptolomeo VI enumeraba los donativos al templo, el futuro sumo sacerdote descubrió una estancia con diez columnas. El verde de las palmeras se derramaba por encima de los capiteles, troncos azulados de los vegetales que enlazaban el suelo plateado con el techo, cubierto de buitres con las alas desplegadas; cintas multicolores enlazaban ramilletes de flores y haces de papiros rojos y amarillos, dando ritmo a las escenas de ofrendas; hojas de oro que recubrían las columnas hinchadas de savia animaban el ritual celebrado por los jeroglíficos,

emisores de la energía de las primeras épocas, del «tiempo de Dios» que evocaban los anales del templo.

El decano, que había conseguido mantenerse en pie sin su bastón, tendió al joven un shenti idéntico a los que vestían los reyes de Egipto cuando oficiaban en los lugares sagrados.

—Quítate la túnica de lino; gracias a esta prenda se sabrá cuál es tu misión.

Horus y Anubis se situaron a los lados de Sabni y purificaron su cuerpo desnudo rodándolo con agua fresca; después el decano le rodeó la cintura con el shenti y dobló el extremo sobre sí mismo para formar una lengüeta que permitiría ceñirle la prenda. El shenti, metido entre las piernas y enrollado tres veces alrededor del cuerpo, se sujetaba gracias a un cinturón de cuero. Las manos del decano no habían temblado.

La juventud de Sabni llegaba a su fin; el sencillo shenti lo introducía en la cadena ininterrumpida de jefes de la comunidad.

—Someterás a los impíos. Su raza será humillada, sus hijos sacrificados y sus mujeres se volverán estériles; las estatuas de los dioses serán enderezadas. El país volverá a sonreír gracias al soberano nacido del sol. Veremos el fin de nuestras desgracias; nuestra tierra dará vida a quien ama la vida. Los muertos saldrán de sus tumbas a fin de tomar parte en la felicidad reencontrada. Ve, Sabni. Haz que se cumpla nuestro destino.

El decano quitó los dos candados que cerraban la puerta del Trono venerable; el lugar misterioso donde se concentraba la esencia divina estaba sumido en una oscuridad en la que se perdían los débiles rayos del sol que se filtraban por los pequeños tragaluces.

Thot, con cabeza de ibis, y Sekat, la soberana de la Casa de la vida, con el cuerpo revestido por una piel de pantera, cogieron las manos del sumo sacerdote y lo condujeron por el pasillo que comunicaba la cámara de los tejidos, la sala del tesoro, la estancia de purificación y la sala de las ofrendas, dejándolo enfrente del Sanctasanctórum, igualmente cerrado con dos candados.

—La altura del templo obedece a las leyes del conocimiento —declaró Thot—, su longitud a las leyes matemáticas y sus proporciones respetan la armonía del universo. Conviértete en piedra angular del edificio y penetra en el misterio.

Las divinidades desaparecieron y el silencio envolvió el santuario. Sabni quitó los candados, los dejó en el suelo y empujó la última puerta.

Una luz le cegó; el granito brillaba con luces plateadas mezcladas con el oro de la naos. Encima del monolito, las cobras erguidas escupían un fuego protector; en su base, Faraón levantaba el cielo.

El deslumbramiento pasó y pudo verla. Vestida con una túnica blanca ceñida, el cuello adornado con un largo collar de oro y los cabellos con una diadema de lapislázuli, Isis se apoyaba en el ángulo de la naos; con un dedo empujó el caulículo de oro que cerraba el relicario en el que velaba una estatua de la diosa con los ojos perpetuamente abiertos.

—Yo soy Isis, la madre de Dios, la reina de los cielos, soberana de la tierra sagrada. Yo he traído la vida a la existencia a través de aquello que mi corazón ha concebido. Yo he dado origen a las divinidades, enseñado el camino de las estrellas, regulado el curso del sol y de la luna, enseñado a los humanos la iniciación en los misterios, fundado los templos, arrojado los demonios, abolido las leyes de los tiranos, puesto en orden aquello que ninguna locura modificará. Por mi amor, la tierra florece, el viento sopla con suavidad, el calor es agradable, el Nilo abundante. Yo ofrezco el oro del cielo y la fortuna a quien me venera. Sé depositario de esta riqueza, Sabni, sumo sacerdote de la comunidad de File.

Puso su mano sobre la de Sabni y lo condujo fuera del santuario. El joven temblaba. Su existencia ya no le pertenecía, pero viviría al lado de aquella mujer casi irreal que le había otorgado su confianza.

La comunidad estaba reunida delante del segundo pilono; cuando apareció la pareja, los adeptos reconocieron por aclamación la legitimidad de su poder. Sabni desenrolló el papiro de la Regla aplicada a todos, pobres y ricos, nobles y campesinos.

—Vosotros que cumplís los ritos y guardáis este templo —leyó Sabni—, no permitáis que ningún profano penetre en él. Que nadie acceda si no es con honor. Que las ofrendas sean llevadas a los dioses de manera que esta tierra conozca la paz y un destino afortunado más allá de los tiempos. ¡Vosotros que seguís el camino de la luz y veláis sobre esta morada del Principio, alcanzad la plenitud, sed felices! La vida se encuentra en las manos de Dios, la felicidad en su puño. Yo me comprometo a expulsar la barbarie y la violencia, ya que la armonía de la comunidad es nuestro cielo. El amor fraternal es el único monumento

perdurable. Avancemos sin temor hacia la adversidad y, si nos resulta difícil, aumentemos las ofrendas de cada día.

El decano se volvió hacia Sabni y le dio un abrazo.

—Tú, que eres nuestro jefe, busca en cada ocasión obrar con justicia para que tu conducta sea irreprochable. Grande y poderosa es la Regla, inalterada desde los tiempos de Osiris; cuando el final llegue, la Regla perdurará.

CAPITULO VIII

Sabni se tendió en el pavimento tibio cerca de un estanque de agua fresca, a la sombra del tamarindo. Finalizados la ceremonia de entronización y el descubrimiento del templo cerrado en el que practicaría a partir de entonces el culto en compañía de Isis, el nuevo sumo sacerdote de File se encontraba cansado. El decano se equivocaba: Sabni no sería digno de dirigir la comunidad. Se ciñó la banda a la cintura, como si este ademán le procurara una seguridad que no poseía; durante la ceremonia, sus predecesores debieron de haber sentido exaltación y no esta carga abrumadora que le clavaba al suelo.

Un líquido cálido y perfumado se deslizó por su pecho. Abrió los ojos y vio a Isis con un frasco de cristal amarillo de largo cuello verde oscuro del que salía un hilillo ambarino con aromas de jazmín. El joven se dejó inundar por el fluido que relajó sus músculos y mitigó su fatiga.

—La última receta de nuestro hermano perfumador, preparada poco antes de su muerte. Se llevó la fórmula al país del silencio.

A Sabni le habría gustado que aquel chorro bienhechor no se detuviera; su piel lo absorbía con avidez, tratando de retener el líquido que embalsamaba su ser.

Caía la noche. Sabni no apartaba los ojos de Isis, cuyo rostro se difuminaba en las dulces sombras del atardecer; hacía rato que Isis había dejado cerca de ella el frasco con el tapón en forma de palma.

—Entremos —propuso ella—. Debo enseñarte el texto de la fundación del templo.

Se instalaron en una pequeña estancia situada detrás del muelle oriental del primer pilono, al lado de la biblioteca. Allí estaban depositados los archivos de papiros y rollos de cuero llenos de jeroglíficos. Isis llenó de aceite de sésamo la lámpara de barro cocido, comprobó que el orificio de ventilación no estuviera obstruido, sacó la mecha y encendió la lámpara; Sabni la cogió para iluminar un papiro amarillento que la gran sacerdotisa sacó de un enorme cofre con patas de león. Lo desenrolló con cuidado.

—Aquí tienes el acta de nacimiento de File, firmada por Imhotep.

—¿El creador de la pirámide escalonada?

Isis asintió.

Incrédulo, Sabni leyó el breve documento trazado por la mano perfecta de un escriba del Imperio Antiguo, la edad de oro de la civilización egipcia. Proclamaba el carácter sagrado de la isla donde se había unido la primera pareja real, Osiris e Isis, que habían revelado las leyes de la arquitectura, de la música y de la agricultura a los habitantes de las riberas del Nilo. Imhotep, sabio entre los sabios, pedía a sus sucesores que adornaran File y celebraran el culto de la gran diosa hasta el fin de los siglos.

Sabni abrazó el papiro.

—Ahora eres el sumo sacerdote de esta comunidad. Guárdate de traicionar al fundador del templo.

Isis devolvió el tesoro a su estuche. Al salir del archivo, la mirada de Sabni se detuvo sobre un bloque esculpido en el zócalo en el que estaba grabada una figura a la vez grotesca e inquietante; cabeza simiesca coronada por un bonete rayado y con dos ojos almendrados que enmarcaban una nariz gruesa; la boca abierta descubría unos dientes puntiagudos; tenía el mentón barbado, el torso fornido y el órgano sexual enorme.

—¿Quién es ese monstruo?

—Un blemio.

—¿Es un ser imaginario?

—Es un miembro de una tribu negra asentada en los territorios inaccesibles del profundo sur, más allá de la cuarta catarata. Los blemios detestan a los cristianos. Veneran al dios Mandulis, huésped de una capilla de nuestro templo. Su ofrenda preferida es el vino afrutado

de Nubia, que le traían en grandes cántaros. Antes de nuestro nacimiento, destrozaban las guarniciones romanas para venir a adorarlo aquí mismo con el consentimiento de mi padre. También están muy unidos al carácter inviolable de la isla de Bigeh, donde reposan los restos de Osiris; en sus costas vela el amo de los cielos, al que califican de señor del santuario secreto, de alma viva y de león valeroso que rechaza a los impíos. Las fortificaciones han arruinado su proyecto de liberar la provincia.

—¿Realmente son tan feos?

—La caricatura la realizó uno de nuestros escultores, herido por un arquero blemio. En el ardor del combate, no distinguían a los aliados de los enemigos; quizá su raza se haya extinguido.

—¿Estás segura?

—No sueñes, Sabni. Únicamente podemos contar con nosotros mismos.

El sumo sacerdote puso una rodilla en tierra con el fin de examinar mejor el bárbaro semblante, sinónimo de esperanza.

—Más allá de la cuarta catarata...

—Desconocemos la ruta. Como sumo sacerdote, te debes a la defensa del cuerpo sagrado de la comunidad; te está prohibido abandonar File y arriesgar tu vida. Rechaza la idea de una aventura insensata.

Ningún hermano era lo bastante joven para recorrer los caminos de África y remontar las cuatro cataratas. Contrariado, Sabni se rindió a la razón; el aliado blemio se desvanecía tan rápido como había aparecido.

—Deberías dormir. Al amanecer dirigirás tu primer ritual.

—Me gustaría...

Isis apoyó un dedo en sus labios.

—Ahora es tiempo de silencio.

Isis se alejó hacia las sombras de la noche como una blanca aparición cuya huella luminosa quedó impresa en las tinieblas. Sabni habría deseado retenerla, confiarle su angustia y su necesidad de una presencia que le diera seguridad. Pero Isis se había negado, refugiándose en una soledad altiva, más inaccesible que una fortaleza. El, el sumo sacerdote, ella, la gran sacerdotisa... extraños el uno al otro, prisioneros de su misión.

Y en verdad, ¡qué misión tan ilusoria! ¿Acaso el obispo no lo eliminaría con un trazo de su cálamo? ¿Durante cuánto tiempo fingiría creer Isis en la supervivencia de File? Sabni se despreció a sí mismo. Con sus pensamientos miserables sólo atraería el desprecio de su amada; a la ansiedad de un vigilante se añadía el desaliento de un cobarde. Él, sumo sacerdote... ¡qué embuste! Sin embargo, se había comprometido ante Imhotep. El juramento lo ligaba a una tarea superior a sus fuerzas y lo encadenaba a un deber con ligaduras que ninguna voluntad podría quebrar. Sabni ya no era libre de vivir su vida, de ceder a sus impulsos. En esta falta de elección ¿conocería la serenidad de los que recibían la luz porque no esperaban nada más de sí mismos?

Un grito desgarró la paz de la isla. Procedía de la orilla occidental, cerca del pórtico de Adriano; en este lugar no había muralla. Sabni se apresuró. Oyó una llamada de socorro.

La luna iluminaba una escena horrible: un ser hirsuto y barbudo daba puñetazos a una tejedora. La mujer, con el rostro ensangrentado, dejó de gemir. Su agresor la arrastraba por los cabellos cuando Sabni le obligó a soltarla.

El loco furioso apestaba; la suciedad recorría su piel apergaminada, sembrada de cicatrices. El sumo sacerdote reconoció a uno de los monjes que se habían asentado en las tumbas egipcias después de profanar las escenas religiosas y de incendiar las capillas. Varios miembros de la comunidad acudieron con antorchas. El monje desdentado intentó morder a Sabni, que lo rechazó con facilidad.

—¡Matémoslo! —exigía una hermana.

El agresor había atacado File solo. Había descendido por la orilla en su balsa de ramas y palmas.

—¡Moriréis! —profetizó—. ¡Todos moriréis!

CAPITULO IX

Al amanecer, Isis y Sabni franquearon el umbral del templo cerrado con el fin de despertar a la gran diosa que residía en el corazón del Trono venerable. El sumo sacerdote alzó las manos en señal de adoración; Isis se situó detrás de él y le masajeó la nuca.

—Te saludo, disco alado —dijo el sumo sacerdote—, tú que emerges del océano cósmico, creador de los dioses y padre de los hombres, ser único de apariencia misteriosa, escultor por nadie esculpido; recorres la eternidad, suscitas la alegría en el universo entero; para ti, cada día es sólo un instante.

El sumo sacerdote quitó el candado, retirando así el dedo de Seth, señor de la tormenta y del poder al que era preciso aplacar por medio del rito. Seth hirió a Horus en un ojo, al abrir la puerta de la estancia oscura de la que emanaba la luz de la diosa.

—Veo tu secreto —proclamó la gran sacerdotisa—; por ti uní cielo y tierra.

Ni Isis ni Sabni consiguieron desechar de su pensamiento la visión de la hermana gravemente herida. El sumo sacerdote se había negado a que la comunidad lapidara al monje que había huido lanzando maldiciones.

Sabni ofreció a la diosa un humilde pan redondo. Atrás quedaban los altares cubiertos de vituallas; lejanas las procesiones de porteadores de carne fresca, de fragantes hortalizas de vivos colores, de cántaros de vino; el esplendor de entonces había dado paso a la lectura de las inscripciones de las paredes. Al encarnarse por medio de la palabra, los jeroglíficos se convertían en bueyes gordos, incensaciones, joyas de oro y de plata, prendas preciosas y ungüentos extraños.

Isis sacó la estatuilla de la naos y la expuso a la luz de una lámpara. Después de traspasar las regiones tenebrosas del interior de la tierra, el poder se materializaba en la figura de piedra; en la estatuilla se concentraba la energía indispensable para el templo, que se transmitiría a través de sus bajorrelieves y sus signos grabados, confiriéndoles una vida inalterable.

La gran sacerdotisa perfumó la efigie de Isis, fortalecida por la sutil ofrenda; después, cerró las puertas de la naos.

Isis y Sabni salieron del Trono venerable andando hacia atrás y se inclinaron ante la presencia divina antes de hacerse una reverencia recíproca.

El sumo sacerdote, que había cumplido con las costumbres milenarias enseñadas por los primeros faraones y repetidas cada mañana, cogió la mano de la joven; deseaba compartir con ella la emoción de su primer ritual. Sus dedos, indecisos al principio, se entrelazaron. Sabni quiso hablar, pero Isis le impuso silencio. Unidos, recorrieron las salas de columnas de colores y traspasaron la puerta del segundo pilono. Un sol ardiente invadió el patio interior cerrado por el primer pilono; Isis soltó la mano de Sabni.

—La primera columna de la derecha se ha deteriorado; tendrás que restaurarla.

Sabni aceptó entusiasmado. En otras ocasiones ya había tenido la oportunidad de demostrar su talento como diseñador y pintor.

—Reuniré a las hermanas en el templo de Nectanebo —le anunció Isis—. Hemos de examinar los documentos referentes al regreso de la diosa lejana; ya hace demasiado tiempo que descuidamos este mito.

Isis dirigió los trabajos rodeada por las mujeres que habían consagrado su vida al templo. La lectora propuso algunas frases del relato; después, cada hermana dio su interpretación y, finalmente, la gran sacerdotisa corrigió y orientó. Poco antes de la comida del mediodía se dio cuenta de que ya hacía mucho tiempo que ninguna novicia había entrado a formar parte de la cofradía femenina; el obispo había prohibido que las muchachas abandonaran a sus familias para seguir un periodo de prueba en el templo. Las hermanas más jóvenes ya superaban la cincuentena. La cofradía masculina no tenía mejor suerte y sufría la misma ley eclesiástica que condenaba a File a desaparecer por falta de nuevos adeptos. Sólo una mujer habría podido

traer un hijo al mundo: Isis. Pero su misión se lo impedía; su familia y sus hijos eran la comunidad.

Una hermana se puso en pie y apuntó hacia el agua azulada.

—¡Mirad, allí abajo! ¡Un barco!

Exaltada, se cogió al brazo de la gran sacerdotisa que la rechazó suavemente.

—Regresad a vuestros aposentos.

—Y tú...

La sonrisa de Isis era una orden; las hermanas se dispersaron, sosteniendo las más fuertes a las más débiles. La gran sacerdotisa avanzó hasta el final del muelle.

Unos veinte soldados se arracimaban en la embarcación de vela blanca que se encontraba ya próxima a la isla. En la proa, envuelto en una túnica roja ribeteada con hilo dorado, el prefecto Maximino miraba fijamente hacia File. Su mirada se cruzó con la de Isis. Ninguno de los dos dio señales de flaqueza. Cuando el barco atracó, un soldado lanzó una cuerda que la joven cogió con mano firme.

—Esta isla es territorio sagrado. Ningún profano pisará su suelo sin mi consentimiento.

Maximino intentó salir del puente pero Isis le cerró el paso. El admirable rostro de la gran sacerdotisa, a pesar de la suavidad de sus rasgos, expresaba una voluntad férrea. Aunque vencida de antemano, no dudaría en luchar.

—File es territorio del imperio. Soy el prefecto Maximino, enviado por el emperador.

—Si deseáis rendir homenaje a la gran diosa, ella os recibirá; venid solo y sin armas.

Los soldados, impertérritos, esperaban órdenes. Golpear a una mujer no añadiría nada a la gloria de un alto dignatario.

—Acepto.

Isis enrolló la cuerda a un poste de amarre para ayudar al prefecto a subir al muelle. El contacto de la suave piel de Isis le turbó.

—Bienvenido a File; aquí disfrutaréis de la paz del espíritu. No alcéis la voz; la diosa prefiere la tranquilidad.

Isis desenvainó la espada del prefecto y la depositó en el suelo. Maximino no reaccionó, subyugado por la visión de la gran columnata que dominaba el cauce del río y conducía hacia el primer pilono. La serenidad y la nobleza del lugar le habían hechizado; percibió las pulsaciones de un ser viviente oculto tras la piedra; al descubrir las escenas rituales intercaladas entre las ventanas abiertas sobre el agua y sobre los acantilados, se emocionó por la grandeza de aquellas figuras en las que se afirmaba el poder de los soberanos, señores del imperio más grande del mundo. Durante un instante pensó que el faraón saldría de aquellas paredes para emprender la reconquista de la felicidad perdida.

Maximino acarició una de las esculturas. El granito latía. El prefecto se sintió cómplice del rey inmortalizado por el arte del escultor. ¿Cómo le habría servido? ¿Cómo habría administrado aquellas provincias rebosantes de riqueza? La verdad rechazada durante tantos años surgió con la violencia de un relámpago; vivía en una época mediocre, sin ingenio; la grandeza con la que había soñado siempre estaba aquí, se manifestaba en esta isla prisionera. —¿Me permitís que vea las estancias?

Isis entreabrió la puerta del primer pilono. Los hermanos y hermanas estaban congregados en el patio interior; Maximino observó a estos hombres y mujeres de otra época, hostiles a la propagación de la fe cristiana. ¿Por qué no huían? ¿Por qué no se convertían y volvían con sus familias? Tuvo deseos de gritarles la realidad del mundo implacable y lleno de intolerancia, pero ninguna palabra salió de sus labios. La dignidad de aquellas víctimas y su gravedad serena le desconcertaron. Habían creado un universo autónomo, fuera de una época que rechazaban. ¿Y si tuvieran razón? ¿Y si la existencia del templo fuera más importante que la del propio imperio?

El prefecto sintió vértigo. Subió los peldaños que acababan en la puerta del segundo pilono, cerrada con una cadena de seguridad, y se apoyó en una jamba; un sudor acre le empañó los ojos. —Este templo debe desaparecer. Viola las leyes. Isis, situada en el centro del patio, se limitó a sonreír. El poder que creía tener Maximino se derrumbaba a sus pies.

El prefecto se sintió sin fuerzas, privado de toda agresividad, casi dócil. La magia de File, sortilegios de la gran diosa... Sólo los locos darían crédito a aquellas supersticiones. Sin embargo, se inclinaba ante una mujer a la que habría podido abatir con un simple revés.

Para escapar de sí mismo, forzó la entrada del templo cubierto. De rodillas ante una columna, un joven de frente amplia añadía pinceladas de color a unos motivos descoloridos. En una paleta salpicada de salserillas había mezclado tiza y yeso, y había obtenido un blanco brillante; la azurita molida proporcionaba un azul perenne. El artesano restauraba la corona de una diosa, después de haber reajustado las clavijas de cabeza dorada que sostenían una placa de oro cubierta de jeroglíficos.

Maximino se adentró en la sala de columnas pintadas, deslumhrado por la abundancia de colores que se ensalzaban entre sí; ni un solo lienzo, ni un ápice de piedra se hallaba desprovisto de escenas en las que personajes divinos o espíritus protectores eran objeto de alguna ofrenda. El templo hablaba; el templo enseñaba. La paleta engalanada del pintor animaba el detalle más modesto; ningún artista griego, romano o bizantino había adquirido tal maestría.

—Debéis marcharos de este lugar —dijo Sabni, poniéndose en pie—. Los profanos no tienen permitido el acceso.

Maximino sintió el impulso de castigar al desvergonzado, pero se limitó a obedecer. Volviendo sobre sus pasos, se detuvo ante Isis y la miró de hito en hito.

Cuando el prefecto embarcó de nuevo, los soldados se extrañaron de su comportamiento. Lívido y tembloroso, Maximino balbuceó la orden de regresar a Elefantina; la invasión de File no se llevaría a cabo.

CAPITULO X

El obispo Teodoro se había levantado antes del alba y releía el informe que le había enviado uno de los soldados del séquito del prefecto, encargado de espiar los hechos y el comportamiento de Maximino; este último parecía haber perdido la razón. Desde el regreso de File se había encerrado en una habitación de su vasta morada. Desamparada, su escuadra había regresado al cuartel. Corría el rumor de que el prefecto, trastornado por la brujería de los seguidores de Isis, se preparaba para entrar en guerra con los cristianos. Todos recordaban las persecuciones que habían diezmado pueblos enteros. Pronto los ermitaños vagarían por el campo tratando de reunir a los fieles y formar grupos de milicianos armados con picas y horcas que combatirían contra las tropas del obispo. Una guerra civil entre cristianos...

Teodoro había temido la llegada de aquel prefecto ignorante de las realidades del sur, pero no suponía que su comportamiento se revelaría tan desastroso en tan poco tiempo. ¡Qué victoria para File! Gracias a Maximino la isla resurgía del anonimato en el que el obispo la había sumido y aparecía de nuevo como un peligro que había que eliminar lo más rápidamente posible. ¿Cómo conseguiría contener el odio de sus correligionarios y salvar a Sabni?

Teodoro dejó a un lado todo lo que estaba haciendo y se dirigió a casa del prefecto. Contemplando el Nilo plateado de las primeras horas del día y los acantilados que se teñían de rojo o anaranjado al salir de la noche, comprendió hasta qué punto adoraba esta tierra. Ninguno de los fieles de Isis sentía la belleza con tanto fervor como él, el servidor de Dios, encarnado a la vez en la soledad del desierto y la exuberancia de la vegetación. Reunía el infierno y el paraíso en el mismo paisaje, trazaba todos los senderos, los de la esperanza y los del arrepentimiento. File, la última herejía, el último escudo contra la oleada de fe que se había expandido por el mundo, debía sobrevivir como último vestigio del paganismo vencido y símbolo de la clemencia del Señor. Los ignorantes del pasado se convertirían en los creyentes del futuro.

En el momento en que el obispo franqueaba la puerta del jardín que rodeaba la villa del prefecto, uno de los mensajeros le abordó y le entregó un trozo de papiro amarillento. Teodoro reconoció el sello del templo; la calidad del papiro correspondía a un mensaje solemne. Antes de descifrarlo debería entrevistarse con Maximino.

Sus criados le dijeron que estaba durmiendo. Ninguno se atrevió a interponerse cuando el obispo forzó la puerta de la habitación; Maximino reposaba en la cama con los ojos abiertos y fijos en el techo decorado con vegetales entrelazados. Durante un instante Teodoro creyó que estaba muerto, pero el prefecto respiraba.

—Sois vos, reverencia... Es tan tarde...

—Al contrario, es muy pronto. Tenía necesidad de veros.

—File...

—Sí claro, File.

—Es preciso salvar el templo.

—¿Habéis sido hechizado?

El prefecto se incorporó y miró al obispo con ojos febriles.

—¿Os habéis enamorado alguna vez?

—No me está prohibido el matrimonio, pero tengo otras preocupaciones. ¿Qué amor podría compararse al amor de Dios?

—El de una mujer.

—¿Isis?

—Jamás la habéis visto, reverencia... No habéis deseado sus senos, su boca, su cuerpo... No habéis oído su risa como una llamada al gozo supremo, su presencia como una felicidad inundada de dicha. Ostenta el mismo nombre que su diosa. Y si...

—Deliráis.

Maximino se levantó.

—El amor verdadero es así... un delirio que nos transporta más allá de nosotros mismos, un fuego que nos destruye para hacernos renacer mejores. Yo creía conocer a las mujeres, reverendísimo obispo. Docenas, de todas las edades y razas, han pasado por mi lecho... ¡Pero ésta! Ante ella soy como un niño. No un muchacho bien educado, sino un bribón caprichoso, lleno de ardiente deseo.

—El viaje os ha agotado. En esta estación del año, el sol es peligroso.

Maximino comió unos dátiles y se sirvió una copa de leche.

—No me toméis por loco. Sigo siendo un hombre de Estado.

El obispo se sintió aliviado. Maximino no se dejaría dominar por la pasión.

—El deber de un hombre de Estado es saber cambiar de opinión en el momento oportuno. Yo quería cerrar el templo de File; había olvidado a Isis.

—¿Qué pensáis hacer?

—Restablezcamos los antiguos privilegios de la isla.

—Eso sería un trágico error. Los cristianos no lo tolerarían.

El prefecto se volvió hacia el obispo.

—¿Me amenazáis?

—Si deseáis salvar File, haced que se olvide su existencia.

Maximino sonrió de manera extraña.

—Eso será difícil.

—¿Por qué?

—Porque Isis será mi esposa. ¡Y la esposa de un prefecto debe disponer de todo lo que le plazca! Jamás abandonará su templo; de modo que será necesario embellecerlo y devolverle su antiguo esplendor.

—¿Pisotearéis las órdenes del emperador?

—Es asunto mío. La entrevista ha terminado.

El mensaje marcado con el sello del templo anunciaba la elevación de Sabni al rango de sumo sacerdote de la comunidad de File. Con motivo de la investidura y de las prerrogativas que comportaba, el nuevo dueño de la isla pedía audiencia al regidor de Elefantina, el obispo Teodoro. El texto, redactado en jeroglífico y en demótico, ignoraba orgullosamente el griego. File hablaba de igual a igual con el poder, como si el templo tuviese una existencia legal.

A semejanza del prefecto, Sabni se había vuelto loco. Su título embriagaba, le proyectaba fuera de su época, a un tiempo mítico que le parecía más real que el cotidiano. De repente

Teodoro era prisionero de una trampa; salvar a su amigo de la infancia era un deber imperioso, pero las dificultades y los peligros se acumuluban. Primero hacía falta neutralizar al prefecto; luego, devolver la razón a Sabni. Después de haber respondido favorablemente a la petición de este último, el obispo recibió al general Narses, un coloso de rostro cuadrado con el mentón adornado por una perilla. A la rigidez del militar de carrera se sumaba una prestancia innegable, a pesar de la ausencia del brazo izquierdo, cortado limpiamente en una pelea cuerpo a cuerpo con un egipcio que se negaba a ceder su granja al ejército. Narses gozaba de una excelente reputación. El emperador apreciaba su rigor y su lealtad, los soldados le adulaban. Su carrera, ya larga, no tenía tacha; obstinado y meticuloso, no se comprometía antes de haber estudiado la situación con detenimiento. Algunos lo juzgaban de espíritu simple y de inteligencia mediocre, pero el obispo sólo se fiaba de su propia opinión.

Teodoro permaneció en su escritorio. Narses, de pie, mantenía los ojos ligeramente entornados.

—¿Disfrutáis en Elefantina, general?

—No mucho. Ejecuto las órdenes del prefecto.

—Parece ser que vuestra estancia aquí se alargará más de lo previsto. ¿Os lo ha dicho el prefecto?

—Hablamos poco. Él manda, yo obedezco.

—¿Pasaría lo mismo conmigo?

—Vos sois responsable de la guarnición permanente. Nuestra obligación es colaborar.

—Ésa es mi intención. Sentaos.

—Prefiero estar de pie.

—¿Un poco de vino?

—Nunca.

El obispo se levantó.

—Vayamos a la azotea, general.

Rodeado de muretes, el tejado plano de la morada episcopal dominaba la ciudad. Narses, al lado de Teodoro, contemplaba Elefantina, los grupos de casas blancas adosadas unas a otras, los bosques de acacias y los palmerales, los altos acantilados que bordeaban el Nilo y las fortificaciones. Aunque su rostro no dejó traslucir ninguna emoción, el obispo advirtió su preocupación. ¿Quién no habría saboreado este espectáculo? En aquel instante, Narses tuvo deseos de proteger aquella provincia de colores eternos y disfrutar allí de una vejez apacible. Él, el soldado errante, había descubierto por fin la paz.

—Sois un hombre honrado, general.

—Se intenta.

—¿Qué opináis de la actitud del prefecto?

—Es mi superior.

—¿Sois un buen cristiano?

Narses frunció el entrecejo.

—¿Acaso lo dudáis?

—El comportamiento de Maximino debería extrañaros.

—No soy quién para emitir una opinión.

Narses accedió a sentarse en un banco de piedra, a la sombra de una parra.

—Tenéis demasiada experiencia, general, para pasar por alto el carácter de un lugar. Elefantina está muy ligada a la pureza de su fe cristiana.

—Sin embargo admite la existencia de una comunidad judía y del último templo pagano.

—Detesto el fanatismo, creo en la conversión de los corazones y trabajo en ello sin descanso. Pero también soy un subdito fiel del emperador, como vos. ¿Por qué no olvidar el pasado? El tiempo obrará con más eficacia que la fuerza; no hace falta atizar la llama ahora que está desapareciendo. ¿No podríais poner en guardia al prefecto?

—Sería una falta de respeto a la jerarquía.

—¿Sabéis que se ha enamorado de la gran sacerdotisa de File y que quiere devolver a la isla los privilegios legalmente suprimidos?

El militar se sobresaltó.

—¿No... no estáis exagerando?

—Mentir sería peor, sería cerrar los ojos a la realidad. Si no intervenimos, nos arriesgamos a ver como se desencadenan las pasiones.

Narses perdió la compostura; esta discusión le preocupaba. Temía las intrigas y evitaba a los diplomáticos, pues le asqueaba mezclarse en conflictos sangrientos con la población. Las revelaciones del obispo desbordaban el marco de su misión; rebelarse contra un superior equivalía a alta traición.

—Esperemos que Maximino recobre antes su cordura. Tanto vos como yo confiamos en él. Sigo ocupándome de los asuntos de File. Dentro de unos días recibiré al sumo sacerdote de la comunidad. Sólo vos lo sabéis. Es preferible que esta información sea confidencial.

Narses guardó silencio, lo cual le hacía cómplice del obispo.

CAPITULO XI

Conforme había exigido Sabni, el barco de File se inmovilizó a media distancia de la orilla. El sumo sacerdote pasó a la embarcación ocupada por los soldados del obispo; ellos lo depositarían a la entrada del templo de Jnum, el edificio faraónico más grande de Elefantina, reducido a ruinas. Pilares truncados, tambores de columnas aserrados, dinteles y fragmentos de esculturas yacían abandonados como los restos de un gran cadáver desmembrado. El santuario del señor de la catarata y la riada bienhechora había sido devastado por los romanos y después por los cristianos. Según los hechiceros, espectros armados de cuchillos frecuentaban estos lugares. Nadie tenía derecho a creer en aquellas fábulas; sin embargo las ruinas permanecían desiertas. Ni un egipcio osaría aventurarse en ellas. En cuanto a los invasores bizantinos, no sentían ningún interés por aquel triste pasado.

Ni el obispo ni Sabni temían a los emisarios del dios carnero. El primero porque le opondría la cruz de Cristo, el segundo porque conocía la fórmula para apaciguarlo. Los dos amigos tenían la certeza de disfrutar de una absoluta tranquilidad, lejos de oídos indiscretos. Se sentaron uno al lado del otro en un peldaño lateral de una naos de granito rosa.

—Así que has aceptado el cargo de sumo sacerdote.

—El decano me lo ha pedido e Isis lo ha aprobado.

—¿Cómo lucharé contra esta nueva locura? ¡Hacía más de veinte años que File prescindía del sumo sacerdote! Parece que quieres resucitar la comunidad.

—Tal es mi único deber; transmitir la iniciación que nuestros antepasados nos han legado.

Teodoro cogió un trozo de granito y lo lanzó a lo lejos.

—Te pareces a esa piedra; incapaz de moverse por sí misma, esclava de la mano que la mueve. Tú eres el jefe insignificante de una asamblea de ancianos a las puertas de la muerte. Si tu ridicula misiva hubiera caído en las manos del prefecto, ya estarías encarcelado.

—Mi dignidad de sumo sacerdote...

—¡Ya no existe, Sabni! La única autoridad religiosa de esta comarca soy yo.

—Tú reinas sobre los cristianos. Yo sobre los egipcios. Poco importa el número; ahora somos iguales. Por eso no cuento con una respuesta favorable a mi petición.

El obispo, resentido por no poder arrancar a Sabni de su sueño, lo escuchó estupefacto.

—Algunas partes del templo están en malas condiciones. Para la techumbre necesito troncos de palmera que nosostros mismos cortaremos en tablas. Para las puertas es indispensable madera de acacia y de sicómoro; algunas piezas de pino asiático servirán para la restauración de los cofres litúrgicos. También me hará falta un centenar de bloques de arenisca de los que ya te daré las medidas. —El sumo sacerdote cogió un trozo de granito del suelo—. ¿No ha sido construida tu iglesia sobre una piedra?

Una profunda arruga surcó la frente del obispo.

—¿Por qué me provocas?

—Es una petición oficial.

—¿Has supuesto por un segundo que accedería a tus requerimientos?

—No desespero de persuadirte.

—Madera y piedra son materiales escasos y muy costosos, reservados al ejército y a los edificios públicos. Yo soy el contable ante el prefecto.

—El templo pertenece a la divinidad; sólo ante ella debemos rendir cuentas después de nuestro paso por la tierra. Su morada debe ser la más bella y la más rica; ningún material es lo bastante espléndido para honrarla.

—Dios no vive en un templo, Sabni. Se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios; no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí.

—¡Cuánta vanidad! He aquí la traición suprema del cristianismo: la adoración del individuo. El no es divino, Teodoro; ni tú ni yo estamos hechos a imagen de Dios; sólo el templo, construido según la Regla, simboliza el Principio.

—Tú has encerrado a Dios en el templo, yo lo he hecho salir. Tú lo confinabas en los círculos de iniciados, yo he revelado su existencia a todos los hombres.

—Yendo hacia el más mediocre, hacia la multitud, rechazando la trascendencia y el esfuerzo, conquistas como lo haría un militar.

—El individuo debe manifestar su debilidad, ha escrito Pablo, para que la fuerza de Cristo descienda sobre él.

—Pablo... Por culpa suya tu religión se ha convertido en fanática e intransigente. No hay peor raza que los opresores convertidos.

—Tu crítica es estéril. Antes de su nacimiento, el que fue enviado a este mundo lo desconocía; se convirtió en hombre sin dejar de ser Dios. De sus entrañas, como de un cielo, María lo parió de forma divina. Otra luz apareció; negarlo es insensato.

—María es hija de Isis. Es la gran diosa quien, mañana o dentro de mil años, orientará de nuevo el mundo hacia una fe sin dogma.

—¿Gracias a unos pocos iniciados sin futuro?

—Recuerda tus Escrituras: un solo justo bastará.

—Isis está muerta. Sus últimos fieles desaparecerán.

—¿Ésa es la famosa tolerancia que tú predicas?

—Deseo salvaros, a ti y a tu comunidad, pero no vuestras funestas ideas que envenenan el espíritu. Cuando seáis liberados, la verdadera fe iluminará vuestros corazones.

—Tu fe ha derramado sangre y lágrimas. Bizancio es tan cruel como Roma. En tiempos de los faraones Egipto era hermoso, rico y feliz; desde el campesino hasta el rey todos comulgaban con lo sagrado, el crédulo por mediación de una estatua erigida en su campo, el sabio por la contemplación de la luz oculta en el templo. Mira mi país, Teodoro, mira nuestro país... pobre, explotado, arruinado. Los canales ya no se limpian, los campos no se riegan, los ricos son bestias salvajes, la violencia triunfa, los pueblos están sucios y llenos de piojos, la corrupción ha destronado a la ley. ¿Dónde se esconde Jnum el carnero, el que con sus robustos brazos inundaba Egipto de alimentos? Recuerda nuestra Regla: dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, dar una barca a quien no puede atravesar el río, un ataúd al que no tiene hijos. Hoy, los hombres consideran la ignorancia como conocimiento y lo dañino como útil. Viven de la muerte, de la que se sacian cada día. ¿Estás satisfecho? ¿Le das gracias a tu dios?

—La creación es imperfecta.

—La humanidad la deshonra. Faraón construyó el cielo y la tierra al precio de un trabajo incesante; haciendo creer a cada hombre que lleva a Dios en sí mismo conduces al Universo a los peores conflictos.

—Cristo predica el amor al prójimo; pareces olvidarlo.

—Los griegos se contentan con bellas palabras. Egipto exigía hechos, seres deseosos de batirse tallando la piedra y la madera. Cerrar los templos es secar la fuente más vital.

—¿Será el Egipto pagano la madre del mundo?

—Si no estás convencido, ¿te quedarás?

El obispo miró a lo lejos. Los bloques de piedra de la catarata cerraban el horizonte. El santuario de Jnum todavía respiraba; una leve brisa, apenas perceptible, circulaba entre los capiteles esculpidos y las columnas resquebrajadas.

—¿Por qué no destruyes File, Teodoro?

—Porque eres mi amigo.

—¿No hay otro motivo? ¿No tratas de conservar los últimos vestigios de tu pasado?

El obispo ocultó el rostro entre las manos.

—Aquella procesión... y, ahora, este título de superior, la actividad peligrosa que deseas proseguir... ¿por qué me complicas tanto la tarea?

—Para obligarte a escoger.

—Tienes que saber parar a tiempo, Sabni. El ejército de Maximino no es un espejismo. Estoy obligado a obedecerle.

—Confío en ti; sólo te obedeces a ti mismo. ¿Me concederás la piedra y la madera que necesito?

—No. Que File se hunda será mi mayor alegría.

—Hasta pronto, Teodoro.

Sabni se alejó con paso firme y tranquilo. El decano no se había equivocado, el joven estaba a la altura de un sumo sacerdote.

CAPITULO XII

Finalizaba el mes de mayo. Los campesinos recogían la cosecha bajo un sol ardiente, mientras esperaban que llegara el tiempo de la trilla. Una pregunta atormentaba sus espíritus. ¿Cuánto subiría el nivel del agua en la próxima crecida? ¿Sería el obispo capaz de atraer sus favores y controlarla a la manera de los faraones y de los sacerdotes de Isis? Teorodo sabía que éste era el principal motivo de preocupación del que se hablaba continuamente en las calles; todo el mundo comía tarde y salía a charlar a las puertas de sus casas, aprovechando el fresco de la noche.

Pero los juegos y las bromas disminuían a medida que se acercaba el momento en que se decidiría el futuro del pueblo durante el año siguiente: ¿hambre o prosperidad? El nerviosismo aumentaba. Por todas partes estallaban revueltas que los soldados reprimían de un modo cruento y brutal. Algunos perdían la razón y atravesaban enloquecidos los pueblos prediciendo catástrofes sin fin. Los astrólogos callaban al haberles sido prohibido por la iglesia el uso de su arte. Maximino invitó a las autoridades de la provincia a un banquete digno de las recepciones más brillantes de Alejandría. Nadie faltó a la cita: ni un diácono, ni un militar, ni un rico terrateniente. Hacer acto de presencia del modo más ostentoso posible aseguraba los privilegios ya conseguidos y facilitaba el futuro enriquecimiento. Teodoro admiró la habilidad de Maximino, que conocía la actividad de todos y cada uno de sus invitados y los recompensaba con alguna que otra observación personal. En menos de tres semanas había estudiado los archivos del obispo. Los que contaban con su rápida decrepitud quedaron decepcionados; durante el tiempo que permaneció aislado, el prefecto se había informado a fondo sobre la clase dirigente.

El vino y la cerveza corrieron a raudales. Se ofreció a los comensales innumerables variedades de carne y pescado, así como frutas y pasteles. Al amanecer, Maximino pidió al obispo que le siguiera a su despacho.

—No habéis bebido nada, reverencia.

—Mi posición me obliga a permanecer sobrio, la vuestra no. Sin embargo, vos no habéis probado los magníficos vinos del país.

—El tiempo reservado para el placer llegará más tarde.

La gran sala donde trabajaba el prefecto se parecía en su distribución a la que ocupaba Teodoro.

—Aprecio vuestro don para administrar, reverencia. A decir verdad, no he conocido a nadie que lo hiciera mejor. Espero que me perdonéis por haberos imitado.

—Me hacéis un gran honor.

—A veces, tal rigor perjudica a su autor.

—¿Cómo?

—He podido constatar que los notables de esta región están bajo vuestra influencia; al menos la mitad de las tierras os pertenece.

—Pertenece a mi iglesia —rectificó Teodoro.

—Vuestra política de adquisición se desarrolla a un ritmo desorbitado, abastecéis y vestís a los soldados destacados en Elefantina. Todo el que intentare contrariaros sería eliminado de inmediato.

—¿Por qué iban a contrariar al intérprete de Dios? Amo esta provincia. Mi objetivo es hacerla próspera. ¿Acaso es un defecto?

—Después de examinar vuestras cuentas, no tengo nada que reprocharos. Sois más competente que el tesorero del emperador. En Bizancio seríais ministro; sin duda estáis hecho para ser el futuro patriarca de Alejandría. Pero no apruebo vuestra actitud en cierto asunto.

—¿En cuál?

—¿Por qué castigáis a File?

Teodoro asió la cruz con la mano derecha.

—La prohibición de enviar lino, la negativa a abastecerles de madera,y de piedra para restaurar edificios. He leído vuestros decretos.

—No son confidenciales. Los heraldos los proclaman en la vía pública.

—Tenéis a la comunidad sometida a tortura.

—Me sorprenden vuestros reproches. ¿Debo recordaros que son paganos?

El prefecto se movía de un lado para otro, nervioso.

—Me he visto obligado a aceptar vuestras decisiones.

—En efecto, no habéis tenido otra elección. Es la voluntad del emperador.

—Desde luego, no es la mía.

Teodoro no disimuló su indignación.

—¿Sois vos, el servidor del emperador, el que habla de esta guisa?

—Hay algo que me sorprende: no habéis cerrado el templo cuando podíais haberlo hecho de una forma rápida y definitiva. Así pues, vuestra animosidad no es completa; lo que yo quiero es conseguir el amor de Isis. Ya que somos solidarios, ganemos tiempo y busquemos una solución que satisfaga a ambos.

Como no podía dormir, Teodoro pasó la noche ante su escritorio.

Clasificó documentos, estudió el presupuesto de la ciudad para el mes siguiente, comprobó la lista de sus propiedades y rezó.

El nombre de los morosos estaba subrayado con tinta roja. Una vez más tendría que enviar a los soldados a recaudar los fondos que faltaban. Al obispo no le molestaba que el prefecto examinara su trabajo, ya que, debido a su carácter y en previsión de una inspección de este tipo, se había acostumbrado a no ocultar nada. Todos sus negocios estaban dentro del marco legal, cuyos recursos utilizaba con habilidad extrema. El peligro radicaba en otra parte; Maximino estaba perdiendo la cabeza. Su demencia parecía tanto más profunda cuanto que daba la impresión de un ser responsable y dueño de sí mismo. Sin embargo, sólo pensaba en Isis, hasta el punto de traicionar su deber con el emperador. Pasión absurda condenada al fracaso. Pasión que volvía a Maximino tan incontrolable como una brizna de paja a merced del viento. A causa de este amor, File se convertiría en centro de conflictos. El templo que Teodoro había conseguido ocultar bajo una sombra protectora, relegándolo al olvido, surgía de nuevo a la luz.

Maximino era como un adolescente presto a enamorarse. Sus sentimientos hacia la gran sacerdotisa anulaban su pasado. ¡Isis, tan hermosa, tan atractiva, adornada por la magia de la

diosa que adoraba! El obispo comprendía el hechizo; corría el riesgo de desencadenar la ira de los cristianos y ni siquiera tendría el derecho de reprimirla.

No ejercía ninguna influencia sobre Sabni. Después de convertirse en sumo sacerdote, su amigo había cambiado, había acatado su misión con seriedad y soñaba con hazañas imposibles. ¿Incitaría a Isis al suicidio o respetaría la prudencia y el silencio, sus armas más poderosas?

Teodoro se arrepentía de no haberla conocido nunca. Entre sus dos soledades, un diálogo mudo se había instalado. A distancia percibía sus intenciones; pero Sabni y Maximino confundían el juego.

¿File, una parte de sí mismo? ¿El templo pagano reflejaba una fe que no había conseguido desarraigar de lo más profundo de su alma? Preguntas desprovistas de significado. Después de convertirse al cristianismo su vida había cambiado. Inmerso en Cristo, se consagraba al restablecimiento de una doctrina sólida y duradera que lograría sacar de su error a los más obstinados.

Se anunciaban desgracias, pero Teodoro no las temía. Libraría a su amigo de su trágico destino; convertiría a File sin emplear la violencia y obligaría a Maximino a entrar en razón. Lo conseguiría con la ayuda de Dios.

CAPITULO XIII

A mediados del mes de junio, un día en que el calor apretaba, el Nilo cambió de color. El agua se tiñó de marrón, el caudal se aceleró. Estaba lleno de barro y de fango. El trabajo en el campo se interrumpió. En File, Isis observaba Sirio, la estrella principal de la constelación del Can mayor, cuya aparición helíaca anunciaba el comienzo de la crecida, nutrida por el sudor y la linfa surgidos del cadáver de Osiris asesinado. Cuando su esposa vertiera las lágrimas de duelo, el matrimonio sería celebrado de nuevo, esta vez en el más allá, y la tierra de Egipto sería fecundada otra vez.

El obispo militarizó a la fuerza agricultores, obreros, comerciantes ambulantes y artesanos para arreglar los canales y limpiar los estanques de riego donde guardaban el excedente de agua. En casi todas las provincias habían descuidado estos trabajos penosos que en tiempos de los faraones habían hecho de Egipto un inmenso oasis en el corazón del desierto. Más de la mitad de las tierras cultivables se había perdido; sujeta a préstamos personales, la gente humilde no se sacrificaba por una administración que les oprimía más cada año. Teodoro luchaba a su manera contra la injusticia. La región de Elefantina parecía, en algunos sitios, el paraíso terrenal que habían creado las dinastías reales. Trabajo y dinero no eran suficientes; los hombres sufrían la pobreza sólo por una fe entusiasta. ¿Quién sino Cristo se la ofrecería?

Una semana antes de la crecida del río, Teodoro y Maximino descendieron los noventa peldaños de la escalera del nilómetro. Sobre las paredes, la gradación en codos permitía calcular la altura de la crecida. En el pozo de piedra tallada se conservaba, gracias a las inscripciones profundamente grabadas, la memoria de inundaciones precedentes. Todos conocían de memoria la letanía: doce codos, hambruna; trece, vientre hambriento; catorce, dicha; quince, el fin de las preocupaciones; dieciséis, alegría total. Teodoro se acercó a la pared mojada y consultó las estrías que indicaban los codos de altura. La experiencia adquirida autorizaba una previsión.

—¿Cuál es vuestra conclusión? —preguntó Maximino, ansioso.

Dudando, el obispo volvió a calcular.

—¡Hablad, os lo ruego!

—Los resultados son anormales. Volveré mañana; el agua habrá subido.

Los dos días siguientes, Teodoro obtuvo las mismas cifras. Ante la insistencia del prefecto, tuvo que decirle lo que pensaba: había que esperar lo peor.

Todos acechaban en vano las majestuosas aguas que se desbordarían con violencia, rebasarían las orillas, se extenderían por los campos de cultivo y transformarían el valle en un lago en el que sólo sobresaldrían los pueblos construidos sobre los oteros. Esperaban que el Nilo, saltando al encuentro del cielo, ahogara ratas y parásitos, depositara el limo, purificara la tierra y la preparase para la germinación del trigo, símbolo del renacimiento de Osiris.

Pero el nivel del agua permanecía anormalmente bajo. Si el obispo no se había equivocado, no alcanzaría los once codos, lo que equivaldría a un periodo de hambre espantosa. Teodoro convocó una reunión del consejo de notables a la que también asistió el prefecto.

—¿Las reservas de grano?

—Casi agotadas.

—¿Imprevisión?

—Las anteriores crecidas fueron mediocres. El imperio ha aumentado demasiado los impuestos.

—¿Otros alimentos?

-Alejandría nos saqueó.

El prefecto decretó medidas de urgencia. El ejército debía ser aprovisionado con preferencia; en el transcurso del mes de junio, sólo los soldados comerían hasta hartarse. Los

recursos alimentarios de la provincia fueron repartidos por los oficiales superiores, que pensaban sobre todo en sus tropas. La población se indignó. Sólo les quedaban higos secos y pan duro.

El último día de julio, Maximino llamó al obispo; ya no había esperanzas de una buena crecida. Los niños y los ancianos morían de hambre. Las fuerzas del orden tuvieron que reprimir dos tentativas de rebelión, una en un pueblo próximo a la catarata y otra en las afueras de Elefantina. El número de víctimas se elevaba a una docena, según los soldados, y a más de doscientas, según los nativos.

Teodoro constató que los colaboradores del prefecto eran tan perezosos como incompetentes. ¿Cómo extrañarse, si había sido él quien los había recomendado a Maximino? La mejor manera de aislarlo consistía en rodearlo de individuos lo suficientemente mediocres para que pudiera creer que era el rey absoluto; quien no conociese el interior de la provincia se perdería en los pormenores del procedimiento administrativo. Bizancio había añadido tantas leyes a las promulgadas por Roma que sólo el obispo alcanzaba a orientarse en este laberinto. Teodoro cuidaba de llenar el despacho del prefecto de informes inútiles; cuanto más trabajo tuviera, menos se ocuparía de File.

Al lado de Maximino estaba el general Narses, con la perilla arreglada con esmero. El obispo percibió la hostilidad de los dos hombres. No había conseguido enfrentarlos y debería esperar un asalto en toda regla. ¿No sería Teodoro la víctima propiciatoria perfecta?

—El pueblo se queja, reverencia.

—La guarnición intervendrá.

—¿Habrá que aplastar un tumulto?

—El emperador detestaría un incidente de esta índole.

—Mantendré el orden, pero esta crecida catastrófica desmoraliza a las tropas de Narses.

El general asintió.

—Se dice que una maldición pesa sobre Elefantina. Algunos de mis hombres son muy supersticiosos y prestan oídos a los profetas del mal; la cólera de los antiguos dioses es, según dicen, el origen de esta época de hambre.

El obispo miró a sus interlocutores con severidad.

—Por supuesto, no creéis en esas pamplinas.

Ni el prefecto ni el general respondieron. Maximino rompió el silencio.

—Una sublevación popular comprometería la misión que me ha confiado el emperador.

—¿Qué proponéis?

—He paseado por las calles del pueblo; los habitantes me han hablado. Para conjurar la mala suerte pedimos la ayuda de la gran sacerdotisa de File. Ella conoce las fórmulas que harán subir el nivel del agua; que celebre el antiguo ritual.

—La magia negra está castigada con la pena de muerte —objetó Teodoro—. Llevo muchos años empeñado en eliminar esas prácticas malditas; ¿osaríais reactivarlas, menospreciando las leyes divinas y humanas?

—Caso de fuerza mayor —dijo el prefecto.

Proporcionando a Isis la ocasión de hacerse valer y probar que la religión tradicional perduraba, contaba con ganarse sus favores.

—¿Sois consciente del riesgo?

Maximino respondió en un tono menos tajante.

—¿Cómo podría una joven desarmada ser una amenaza para la seguridad pública? El pueblo ama la superstición; su aparición calmará los espíritus. Luego volverá a su isla.

—Desestimáis la pureza de la fe cristiana; nunca toleraría semejante afrenta.

—Soy cristiano —le recordó Maximino—. Isis no convertirá a nadie. Aunque está prisionera, su prestigio es considerable; en un solo día servirá a la causa de la paz. Anunciaremos al emperador que esta región está totalmente sometida.

—Os equivocáis. Isis no pactará con nosotros, sino que aprovechará la oportunidad que le ofrecéis para proclamar la omnipotencia de la diosa. Las consecuencias...

—¿Acaso no estáis convencidos de la fidelidad de vuestros seguidores?

—Las malas hierbas crecen con rapidez.

—Unamos nuestras fuerzas.

—No estoy muy seguro de poder ayudaros.

Maximino frunció el entrecejo.

—No es al hombre de iglesia al que me dirijo, sino a mi subordinado. Yo no osaría siquiera considerar un rechazo que equivaldría a una deserción.

Narses llevó la mano a la empuñadura de su espada. El obispo supo que no dudaría en usarla contra él.

—Vuestros temores no tienen fundamento —declaró con voz helada.

CAPITULO XIV

Isis, vestida con una larga túnica blanca, desembarcó al pie de la colina más alta de Elefantina. El general Narses y una escuadra asegurarían su protección. Los soldados de infantería habían expulsado a una docena de anacoretas que vivían en las cuevas vecinas; encerrados en el interior del cuartel, no sabrían nada del ritual celebrado por la gran sacerdotisa de File, que había aceptado la proposición del prefecto de intercambiar víveres. Varios miembros de la comunidad languidecían; algunos ni siquiera tenían fuerza suficiente para trabajar.

Antes de la partida de Isis, un barco cargado de verduras, fruta y harina había llegado al templo; Sabni se estaba ocupando de descargarlo. Mientras hermanos y hermanas degustaban su primera comida consistente después de quince días, la gran sacerdotisa partió hacia lo desconocido. Contradecía así a su padre, que estaba convencido de que Maximino la atraía a una trampa; pero el prefecto ya había dado su palabra de restablecer el aprovisionamiento de la isla.

Desde la cima de la colina la vista era extraordinaria. El río se deslizaba soñoliento entre los escarpados acantilados. A lo lejos se distinguía la ciudad verde y blanca. En esta época del año la falta de agua formaba manchas marrones en los campos; el desierto avanzaba por todas partes.

—Espléndido país —estimó Maximino con las manos cruzadas en la espalda, de cara al vacío.

—Los dioses lo han elegido como morada —recordó Isis, que se encontraba a su lado.

Los soldados de infantería, situados detrás, ni oían ni veían nada. El prefecto no osaba mirar a la joven, cuya sola presencia ponía fuego en sus venas; el dolor era tan atroz como delicioso.

—La inundación será muy débil, miles de personas morirán de hambre. No habrá cosecha, las espigas se secarán; ya los niños lloran y los ancianos están postrados. La miseria prolifera. ¡Debéis intervenir, Isis!

—Demasiado tarde.

—¿No desencadenarán la crecida las lágrimas de la diosa?

—Hemos dejado pasar el momento oportuno.

—¿No hay un ritual de salvaguardia?

—Organizar una procesión y ofrecer viandas al río: pasteles, fruta y estatuillas de mujeres que el Nilo fecundará... Sí, habría sido indispensable antes de que el color del río se modificara.

—¿No queda ningún recurso?

—Sólo uno, utilizado por Imhotep hace más de tres mil años, cuando la más grave de las sequías puso en peligro el trono de Faraón: dirigirse a las fuentes del Nilo.

—Es una leyenda —protestó Teodoro—; ¡las fuentes del Nilo no están en Elefantina!

Maximino no se inmutó.

—Lo que nuestros ojos observan es a menudo ilusorio; Isis afirma que el poder del río está oculto en una gruta, cerca de aquí. Sois vos el que ha obstruido la entrada.

—Medida indispensable. Los paganos se reunían allí cada año, antes del principio de la crecida, para celebrar ritos satánicos.

—La gran sacerdotisa acepta ir para rogar al espíritu del Nilo.

—Me niego a participar en esta mascarada.

—Miles de vidas están en juego. La existencia misma de vuestra provincia depende de la crecida. Dejad actuar a Isis; ella guarda las llaves que nosotros no poseemos.

—¡Vos, un cristiano, os expresáis así!

—Os repito que es un caso de fuerza mayor. Despejemos el acceso a la gruta.

—La boca del infierno...

—Nada de supersticiones, obispo.

—¿Es una orden?

—Para ejecutar sin dilación.

Ella, la gran sacerdotisa. Él, el obispo. Ella no bajó los ojos como una buena creyente; por lo tanto Teodoro olvidó el sermón que había preparado.

No cambiaron ni una palabra; tenían prisa por terminar la misión que les obligaba a aliarse.

El emplazamiento de la gruta santa era un secreto de Estado conocido sólo por un pequeño número de personas; situada en el extremo oriental de la isla y protegida por un promontorio rocoso, no ofrecía más que una entrada angosta, accesible a una sola persona de complexión frágil. Unicamente Maximino, Teodoro, Isis y un picapedrero emprendieron el sendero perdido que conducía a la gruta. Apartaron hierbajos y ramas antes de llegar a una minúscula terraza oculta por papiros de más de seis metros de altura; Isis guió a sus adversarios por un laberinto donde se habría perdido la más hábil de las aventureras.

Cuando avistaron la caverna del dios Jnum que liberaba las mareas levantando su sandalia, el corazón de Isis dio un salto de alegría. De la región de Elefantina sólo conocía este lugar oscuro; su padre la había llevado tres veces, antes de que el obispo lo declarase inaccesible.

Teodoro pidió al picapedrero que quitara los bloques que él mismo había amontonado a fin de ocultar la entrada. Cuando el agujero quedó libre, Maximino se impacientó.

—¿Entraréis, Isis?

—No antes de haber recibido la señal. No hay que dirigirse a un dios con palabras humanas.

El picapedrero se sentó aparte. La gran sacerdotisa metió el brazo en el interior de la gruta, sacó dos pequeños vasos, uno con agua del cielo, el otro con agua del Nilo, y los dispuso a los lados de la entrada. El obispo parecía incómodo y tocaba sin cesar la cruz que llevaba en el pecho como si apretarla impidiese la aparición de algún diablo.

—¿Cuánto tiempo...?

—No lo sé.

Pasó una hora larga. El prefecto, cuya irritación había desaparecido, saboreaba la dulzura del momento. Admiraba a Isis; parecía Cleopatra, cuyos sublimes retratos adornaban los comedores de las viejas familias alejandrinas, pero con los rasgos faciales aún más perfectos. Su pureza solar la volvía tan deseable que la situaba fuera de la vulgaridad. Contemplarla era hacerle el amor con el infinito respeto de las más ardientes pasiones. Isis era suya; nunca pertenecería a ningún otro.

Teodoro esperaba que no se diera el temido suceso. Sin la señal, la gran sacerdotisa no penetraría en la gruta y la Iglesia no sería humillada. Isis permanecía serena; su esperanza se volvía certeza. No solamente File no sería destruida, sino que ella podría dedicarse a su principal misión: formar a los adeptos, iniciarlos en los misterios y transmitir el espíritu. En estas circunstancias, ¿cómo no iba a manifestarse la voluntad divina? Libraba un mudo combate, sin armas, sin herida aparente; del desenlace dependía el futuro del templo.

Isis y el obispo se enfrentaban abiertamente por primera vez. Ambos se estimaban y se temían. La belleza de la joven deslumhraba a Teodoro; en su fuero interno, entendía los insensatos impulsos del prefecto. El prelado percibió la voluntad implacable de la gran

sacerdotisa y sus aptitudes de mando. Si Sabni tenía la inteligencia de escuchar, formarían una pareja capaz de todas las audacias, hasta el punto de amenazar la paz civil.

A Isis le extrañó encontrar un adversario de aquella envergadura, cuya capacidad real superaba su reputación; a las cualidades de un jefe, Teodoro unía la agilidad de un político y la fuerza inagotable del creyente. Enemigo irreductible, se comportaría como rival despiadado que no prestaría oídos a ninguna queja.

—La señal —indicó Isis con calma.

Maximino siguió la dirección de su mirada; sobre el umbral de la gruta serpeaba una víbora. La gran sacerdotisa puso una rodilla en tierra y con un gesto vivo la cogió por detrás de la cabeza. El prefecto se echó atrás. Esgrimiendo la criatura que se agitaba, Isis avanzó hacia la entrada de la gruta; Teodoro le cortó el camino.

—¡Os prohibo utilizar el símbolo del diablo!

—La serpiente no es el mal; nace de la tierra regenerada por la marea. Debo llevarla al espíritu del Nilo, sola, con el silencio y el respeto del dios oculto.

—El pez de Cristo ha vencido al reptil del demonio. Esta magia es ilusoria y peligrosa. El obispo de Elefantina no dejará el paso libre y ningún ritual satánico ensuciará su ciudad. ¡Alejaos todos!

Impresionado por la vehemencia del obispo, el prefecto se apartó. Isis arrojó la víbora a la espesura de papiros.

—Vuelve a tapar este maldito agujero —ordenó el obispo al picapedrero—. Que el recuerdo de este lugar sea olvidado para siempre.

El obispo se arrodilló y blandiendo la cruz, exorcizó la caverna pagana.

CAPITULO XV

La vendimia comenzó a finales de agosto. Ningún canto se oía en los viñedos, antes tan alegres; el país se preparaba para sufrir las consecuencias de la crecida más débil de los últimos doscientos años. El obispo se vería forzado a descontar la cantidad de trigo y de cebada exigida por el imperio. No quedaría nada para los habitantes de la provincia y los roedores que se habían salvado gracias a la pobreza de la crecida atacarían los cultivos y los huertos.

¿Qué había ocurrido en el paraje de la gruta santa, en las fuentes secretas del Nilo? Para unos, Isis había intentado inútilmente calmar la ira de Jnum; para otros, Teodoro había secado las aguas a fuerza de destruir a los espíritus ocultos bajo la corriente. Algunos afirmaban que ni la gran sacerdotisa ni el obispo se habían acercado a aquel misterioso lugar, cuyo emplazamiento permanecía en el olvido desde hacía mucho tiempo.

El despacho del prefecto confirmaba que Maximino había jugado un papel fundamental en este suceso, comentado por los narradores de no pocas historias. En cuanto al único testigo, un picapedrero, no se le había vuelto a ver por Elefantina. Sólo el general Narses sabía que el obispo lo había desterrado al oasis de Jargeh, de donde no regresaría.

El prefecto no podía por menos de aborrecerse a sí mismo. ¿Por qué había actuado como un cobarde? ¿Por qué había decepcionado a Isis, cuyo ojo acusador seguía humillándole? Invadía a Maximino un sentimiento desconocido sobre el que no ejercía ningún control.

Acostumbrado a dirigir hombres, ahora ni siquiera era dueño de sí mismo. Las sienes le zumbaban con insistencia, víctimas de un monstruoso insecto que no le concedía el menor reposo. Isis había destrozado una carrera dedicada al orden público y al servicio del Estado, sin ni siquiera haber mermado un ápice su nobleza. Su misma ausencia la hacía más deseable e

inaccesible. El prefecto se había acostumbrado a ver a las mujeres como frutas maduras; la gran sacerdotisa le desgarraba el corazón, le abría un abismo por el que se precipitaba un torrente infinito. Maximino sentía crecer dentro de sí un ser extraño que, con su pasión, destruía su seguridad de siempre. A veces, el prefecto lograba ocupar su mente con problemas cotidianos. El obispo le proporcionaba numerosos informes detallados sobre las parcelas cultivables, las albercas de riego, el transporte de mercancías; cada documento abordaba las dificultades con extrema minuciosidad, de tal manera que hasta el más puntilloso de los funcionarios alejandrinos lo hubiera juzgado digno de él. Maximino no podía concentrarse. Cautivado por el rostro de Isis, ¿cómo conseguiría hacerse digno a sus ojos?

La ocupación de la isla sería fácil; pero significaría perderla. Debía hacerla su esposa y ella debía amarle.

Más de la mitad de los cultivos había quedado sin cubrir por las aguas; sería inútil sembrar en las tierras agrietadas y secas. Los campesinos comenzaban a abandonar sus explotaciones y a abarrotar los suburbios de Elefantina. Con ocasión de una misa solemne, el obispo rogó al señor que concediera a los creyentes la fuerza necesaria para vencer la adversidad; después se preocupó de repartir equitativamente los alimentos. File obtenía su parte como si se tratara de un simple pueblo que dependiera de la autoridad administrativa.

La visión de este país sediento y quemado por el sol, las pendientes de ocres reflejos que se hundían en el Nilo, demasiado escarpadas para escalarse, originó un gran proyecto: salir a la conquista del oro nubio, satisfacer al emperador y enviar a Isis una parte del metal precioso para que pudiera recubrir las estatuas divinas; File brillaría con su antiguo esplendor. Maximino había encontrado su regalo de boda.

Convocó a Narses y le confió la orden de preparar a sus tropas y reunir los barcos aptos para remontar la catarata.

Contentos de salir de la inactividad, los soldados se pusieron casi de inmediato en pie de guerra. Pero el general tuvo que enfrentarse a los barqueros, que sólo le cedieron tres barcos en malas condiciones; el resto pertenecía al obispo.

Maximino irrumpió furioso en el despacho del prelado con la excusa de que habían surgido graves problemas de regadío.

—Exijo todos los barcos disponibles.

—Son indispensables para la buena marcha de la ciudad.

—No me contradigáis. Cruzaré la catarata.

—El Nilo no es muy profundo, encallaréis.

—Pasaré.

—Ningún barquero aceptará ser vuestro guía.

—Los reclutaré a la fuerza.

La población se agrupó en las orillas inclinadas que bordeaban el laberinto de peñascos donde el río, embravecido por las ráfagas de viento, rompía contra las escarpadas rocas antes de aparecer en forma de remolinos imprevisibles. El obispo se había negado a presenciar la salida de la expedición; pese a las advertencias, el prefecto había conseguido salirse con la suya.

Los soldados fueron repartidos en pesadas barcas difíciles de maniobrar; el prefecto, después de examinar la flota de que disponía, eligió este tipo de embarcación por su solidez. A proa, un barquero sondeaba el agua con una larga pértiga.

Cuando la primera barca se lanzó al asalto de la catarata, gritos de animación se elevaron de la multitud. El entusiasmo de Maximino era contagioso; muchos creían posible la hazaña, aunque los ancianos calificaban la expedición de demencial. El prefecto y el general Narses observaban la escena desde un montículo. El barquero, un profesional experto, esquivó un enorme peñasco medio oculto en el agua fangosa, evitó un remolino, se adentró velozmente en un canal estrecho y pasó frente a un bloque de granito. Narses tenía el corazón en un puño. El timonel, que maniobraba con gran destreza, siguió el sentido de la corriente, cada vez más violenta; en la desembocadura del segundo canal, las aguas del río se calmaban. Maximino pensó que había ganado la apuesta.

El hombre situado a proa bajó la guardia demasiado pronto. Cuando vislumbró el gran peñasco liso que descansaba bajo la superficie del agua, ya no había tiempo para avisar al timonel; dando gritos, soltó la pértiga y se tiró al agua. La embarcación golpeó el obstáculo, se levantó y volcó. Algunos soldados quedaron aplastados; otros se ahogaron. Las dos barcas que

le seguían, abandonadas por sus timoneles, sufrieron la misma suerte. Narses presenció impotente la muerte de sus hombres. Maximino cerró los ojos.

Más de doscientos soldados desaparecieron en la catarata; expertos soldados, dignos de las legiones romanas de la gran época, héroes que habían salido indemnes de peores campos de batalla, valientes procedentes de todos los rincones del imperio perecieron de la forma más estúpida en aquella caótica encrucijada de rocas.

A pesar de la pérdida de la mitad de su ejército, Narses no sintió ningún resentimiento contra Elefantina. El celoso militar se alejaba poco a poco de las obligaciones de su cargo y se entregaba a la meditación con mayor frecuencia, enfrentándose a la seca soledad del desierto en el que se perdían los ruidos de pasadas batallas.

El camino de Narses se detenía allí. Desde su enrolamiento voluntario, a los doce años, no había dejado de recorrer las provincias del imperio en busca de una gloria que el destino le había dispensado generosamente. Esta nueva operación militar debía confirmar su prestigio ante el emperador, quien le había asignado un puesto de honor en Bizancio, preludio de una vejez dorada. Narses no se iría de Elefantina; los fastos y las intrigas de la capital ya no le interesaban. La paz por la que había luchado se desparramaba por estas tierras desoladas en las que el hombre era un intruso.

Maximino no culpó a nadie del desastre y reconoció su error ante el obispo y el general. Resistiéndose a permanecer pasivo ante el fracaso, decidió comunicar sus proyectos, que consistían en organizar con la mayor celeridad una nueva expedición.

—Ninguno de mis hombres saldrá de su guarnición —dijo Teodoro—. Tengo el deber de velar por la seguridad de mi diócesis.

Tras un momento de duda, el obispo abrió el informe que pensaba enviar a Bizancio para denunciar las acciones del prefecto. Con esta maniobra, conseguiría que se llamara de nuevo a Maximino, sólo que esta vez habría una larga entrevista conducida por magistrados y militares. Teodoro se veía obligado a actuar en solitario para desembarazarse de sus adversarios.

—Vuestra actitud no me sorprende, reverencia. El general y yo volveremos a traer el oro de Nubia.

—No penséis más en ello —le recomendó Narses.

Maximino miró estupefacto a su subordinado.

—¿Cómo os atrevéis?

—Tengo el deber de impugnar vuestra autoridad.

—Sólo en caso de desequilibrio mental.

Narses y el obispo se miraron con repentina complicidad. El obispo ignoraba las razones de este giro inesperado, que aprovechó de inmediato.

—¿Quién va a negar este desequilibrio?

—Tened cuidado, obispo. Una palabra sobre mí y...

—No iremos a Nubia —dijo Narses con firmeza.

—Deliráis, general.

—La catarata es infranqueable. Tendríamos que dirigir nosotros mismos las embarcaciones y somos incapaces de hacerlo. No quiero ver como perece la otra mitad de mi ejército; si fuera necesario, intervendría el poder judicial.

Maximino contuvo su ira. El poder judicial... dicho de otro modo, ¡el obispo!

—¿Qué proponéis?

—Esperar. Esperar tanto tiempo como sea necesario.

—Pero el oro...

—El emperador lo entenderá. Somos tributarios del Nilo y de sus caprichos; redactad un informe en este sentido y yo lo refrendaré.

—Tratad de no mencionar las pérdidas —recomendó el obispo—. Yo también las olvidaré. Elefantina está lejos de Bizancio... Si ciertos rumores llegaran a oídos del emperador, los desmentiríamos. Oficialmente estos hombres han muerto por enfermedad: en los años de crecida débil, las epidemias asolan la población.

El prefecto dudó. La propuesta del obispo no presentaba ningún inconveniente, pero le obligaba a convertirse en cómplice suyo.

—¿Qué os parece, general?

—El hombre más valeroso puede cometer un error. Estoy dispuesto a olvidar.

—¿En qué condiciones?

—Ser nombrado jefe de la guarnición permanente de Elefantina.

—¿Deseáis... vivir aquí?

—Ya os lo he explicado. A vos corresponde solicitarlo al emperador, con la bendición del obispo.

—Necesito reflexionar.

El general y el obispo salieron del despacho del prefecto. ¡Qué poco conocía Maximino a los hombres!... También esta ilusión se desvanecía. Narses, militar ceñudo y frío como las nieves de las montañas de Asia, hombre intransigente cuyo horizonte no iba más allá de las órdenes recibidas, ¡se había enamorado! Había descubierto su propio paraíso y le sacrificaba su carrera.

Por suerte, Teodoro y Narses no urdían ninguna intriga contra Maximino; el general se quedaría en la provincia meridional. El milagro convenía a los intereses del prefecto. Narses se dedicaría a mantener su posición y protegería File del mismo modo que protegía a los cristianos.

El carácter diplomático de Teodoro le tranquilizaba. El obispo tampoco deseaba un conflicto abierto. Aunque File fuera la manzana de la discordia, podrían llegar a un acuerdo; un hombre que tenía el oído de Dios, debía entenderse con un dignatario del imperio.

El horizonte se aclaraba. Quedaba un motivo de angustia; Maximino no podría ofrecer el oro de Nubia a Isis.

CAPITULO XVI

Isis había aprendido a conocer a todos y cada uno de los miembros de la comunidad, a calmar sus dudas y duplicar sus esperanzas; una actitud, un ademán le bastaban para descubrir un problema. Sin embargo, el comportamiento de la bibliotecaria la sorprendió. Aquella cincuentona metida en carnes tenía un temperamento muy alegre, casi gracioso. Ni una pena se le resistía; a fuerza de frecuentar los viejos textos y de mantener los rollos de papiro había adquirido un equilibrio bonachón.

Cada mañana Isis charlaba un rato con ella. Hacía varios meses que la gran sacerdotisa estudiaba el ritual del retorno de la diosa lejana. De acuerdo con la tradición, añadía fórmulas a las palabras anteriores y precisaba que era «otra forma de decirlo» a fin de recalcar sus intervenciones. Desde sus orígenes, Egipto nunca había suprimido una percepción de lo absoluto propia de una época; rechazaba una verdad definitiva y prefería construir el pensamiento como una pirámide, piedra tras piedra.

La bibliotecaria, crispada, arrugó la punta de un papiro.

Enloquecida, corrió hacia la puerta de la biblioteca, volvió al centro de la estancia y examinó las estanterías. Isis la cogió por los hombros y la obligó a calmarse.

—¿Te encuentras mal?

La hermana agachó la cabeza e intentó huir; Isis no soltó su presa.

—Cuéntamelo.

—Es demasiado horrible. Yo... he cometido una falta...

La bibliotecaria estalló en sollozos.

—¿Tan grave es?

—Ni siquiera a ti me atrevo a contarlo. Sin embargo...

—¿Sin embargo?

—La comunidad entera lo verá. Yo...

Se mordió los labios hasta hacerse sangre antes de contar la verdad.

—Estoy embarazada.

Esperaba la reprobación de la gran sacerdotisa. Isis le estrechó las manos con ternura.

—Yo ya no creía que esto fuera posible —confesó—. He sido imprudente. El hermano cillero y yo nos vemos desde hace tiempo... ¡yo no quería, te lo juro! Ahora estoy excluida de la comunidad.

—No adelantes una decisión que ha de tomar la cámara de la Regla.

—Nuestra ley no conoce la excepción.

—File es un islote sagrado en un mundo profano. Debemos tenerlo en cuenta.

La dulzura de Isis tranquilizó a la bibliotecaria. Pero sus esperanzas se disolvieron cuando entró en la cámara de Ma'at, Norma del universo. Permaneció de pie frente al tribunal compuesto por el decano, Isis y Sabni. Este último tomó la palabra: la ley del templo sólo imponía la castidad durante cortos periodos de tiempo precedentes a las iniciaciones; desaconsejaba a las hermanas parir y lo prohibía a la gran sacerdotisa, pero se refería a una época en la que varios neófitos solicitaban su admisión. Puesto que File estaba condenada a perecer aislada, ¿por qué rechazar un niño cuya sola presencia simbolizaría el futuro? La hermana bibliotecaria y el hermano cillero deberían vivir bajo el mismo techo; el decano, de nuevo privado del uso de la palabra, lo aprobó con un cabeceo. Isis abrazó a la hermana.

Al salir de la cámara de la Regla, la gran sacerdotisa fue abordada por Auré, que se había hecho ritualista después de haber atravesado varios grados de jerarquía. Auré jugaba a menudo el papel de portavoz de la comunidad ante Isis.

—Nuestras hermanas rechazan la sentencia —confesó.

—¿Y tú?

—Yo estaba segura de que te mostrarías clemente.

Auré, que ya había pasado la cuarentena, daba pruebas de singular fuerza. Robusta, achaparrada y de hombros cargados, no carecía de feminidad e incluso cedía a una coquetería, excesiva a veces, que se traducía en el empleo de numerosos afeites. Sin elevarla al rango de confidente, Isis se apoyaba a menudo en ella como si se tratase de una roca inquebrantable que resistía contra viento y marea.

—Obrar con severidad habría debilitado a la comunidad. Debemos ayudarnos mutuamente, no excluirnos.

—¿Incluso si uno de nosotros nos traiciona?

—¿Cómo puedes evocar semejante crimen, tú que nos diriges?

—El enemigo se aproxima al templo —recordó Isis—. Mañana estaremos en guerra; ¿tendrán todos los adeptos el valor de luchar hasta el final?

—No tienes derecho a dudarlo.

—Estás muy tranquila, Auré.

—Lúcida Isis, File es nuestro más preciado bien, el último recuerdo de la edad de oro. ¿Quién estaría tan loco como para renunciar a él?

Ni un soplo de viento turbaba la noche sin luna. En el extremo meridional de la gran columnata, debajo del templo de Nectanebo, el agua salpicaba las rocas. Sabni distinguió en el último momento la barca pintada de negro, que se acercó sin ruido a una roca tras la cual su único ocupante, el capitán Mersis, la camufló.

—¿Por qué has venido en persona?

—No confío en nadie. El general ejerce un control permanente sobre la guarnición; es muy desconfiado. El clima ha cambiado mucho y no es precisamente divertido. Para rivalizar con Narses, el obispo nos ha impuesto una disciplina permanente; da la impresión de que se prepara un conflicto entre las dos facciones.

—Feliz acontecimiento.

—No te regocijes tan pronto. Estoy nervioso, muy nervioso. El obispo, el prefecto y el general se reúnen a menudo; después del fracaso de la expedición a Nubia, sólo tienen un hueso que roer: File.

—¿Decisiones concretas?

—No lo sé.

—Quizá tengan otros proyectos en marcha.

—¡Ojalá! Hay un extraño decreto sobre medidas sanitarias.

—¿Una epidemia?

—Aparte del hambre, parece que no. Sin duda una invención del prefecto para justificar la muerte de sus soldados; este Maximino es astuto y venenoso.

—La visita al templo le impresionó.

—No lo creo. ¿Cómo adivinar las intenciones de semejante personaje? Todo lo sacrifica a su carrera. Elefantina no será más que una breve etapa; si destruir File le valiese un ascenso, no dudaría en hacerlo. Te lo repito, estoy asustado. Mi instinto de soldado me engaña pocas veces: que tu comunidad esté preparada para huir.

Isis despertó a Sabni a medianoche.

—Mi padre se muere.

El sumo sacerdote se dirigió con rapidez hasta la morada del decano, una pequeña casa blanca de dos pisos construida a la derecha del embarcadero, frente al templo. El anciano estaba echado sobre una cama estrecha, los brazos a lo largo del cuerpo. El rostro no expresaba ningún sufrimiento, pero la mirada cansada y debilitada imploraba el descanso del paraíso donde, sobre los canales bordeados de flores y árboles, bogaban las almas de los bienaventurados. La mano derecha del moribundo asió la muñeca de Sabni. Los labios temblaron; intentaba hablar. Isis ayudó a su padre a incorporarse.

—Buscad la sabiduría, hijos míos, buscadla hasta que vuestras fuerzas os abandonen, hasta que la muerte aparezca ante vosotros, con la sonrisa de la diosa de Poniente que os llevará al paraíso de nuestros antepasados; buscadla antes de que el temor se extienda por el corazón de los segadores y de los labradores. No lloréis por mí, sino por nuestro Egipto, del que se aleja la luz divina. Ra deberá recomenzar la creación. El disco solar se oculta, densas nubes lo recubren, los hombres están ciegos y sordos. Pronto el río se vaciará, su curso quedará obstruido y el limo fertilizante ya no llegará a las dos orillas. Peces y pájaros desaparecerán, otros invasores impondrán su ley y despreciarán nuestros templos. Los tumultos se extenderán por todas partes: sangre para obtener el pan, risas dolorosas, vientres hambrientos, hijos enfrentados a sus padres, hermanos que se matan entre sí, el mal en lugar del bien. Los ladrones dirigirán el Estado, trucarán la balanza. Tan mal estará nuestro país que el débil se volverá poderoso para oprimir a los más débiles. Heliópolis, la ciudad del sol donde nacieron las divinidades, será enterrada por el odio y la bestialidad. Nuestra tierra era tan noble como la estrella matutina, dulce como el rocío del cielo, tierna como el aroma del año nuevo. Construía altares para las fiestas, se unía al río nutriente, al follaje de papiros, a los lotos azules y blancos. ¿Recuerdas, Isis? Yo he navegado hasta la isla donde me esperaba tu madre, los cabellos fragantes, a la sombra de una persea. Su tez resplandecía y sus ojos hablaban de amor. Mi mano permanecerá en la tuya, me prometió, tu felicidad será mi único anhelo. Puedo reunirme con ella porque tú también, hija mía, conoces el camino.

—Quédate —suplicó Isis—. Te necesitamos mucho.

—La muerte está ante mí como una salvación. Ella me quitará esta vejez que ya no soporto. Mi cuerpo desaparece, pero mi espíritu no os abandonará jamás... ¡proseguid la obra de Imhotep!

El nombre del gran sabio fue la última palabra que pronunciaron los labios del decano. Su boca permaneció entreabierta, sus ojos quedaron fijos. Isis apretó contra su seno la cabeza del difunto; Sabni le dio el beso de la paz.

—Ahora —dijo la gran sacerdotisa— estamos solos.

Después de haber anunciado a la comunidad el viaje del decano, feliz aventurero de los bellos caminos del más allá, ordenó al hermano embalsamador que cumpliera con su deber.

Isis violaba la ley, ya que el obispo había prohibido esta antigua práctica. Cuando se producía un fallecimiento, el primer paso consistía en borrar el nombre del muerto de la lista de contribuyentes y el segundo, en pagar el emplazamiento de la sepultura en un cementerio legal. El hermano asesinado durante la dramática procesión había sido sepultado en una fosa común reservada a los indigentes; el decano merecía otra suerte.

Los adeptos se bañaron en los estanques de purificación y se frotaron con aceite. Los hermanos no se raparon. Con un cuchillo de sílex, el embalsamador abrió el lado izquierdo del cadáver depositado en el lecho de piedra, extrajo las visceras y después sacó el cerebro por la

ventana izquierda de la nariz con ayuda de un gancho de metal. Después de limpiar el abdomen con vino de palmera, sumergió el cuerpo en natrón, que deshidrataría la carne. Esta sal divina transformaba los despojos, limpios y secos, en cuerpo de Osiris.

Isis colgó del cuello de su padre un pilar djed de oro, símbolo de la estabilidad del dios resucitado al final de la adversidad, y un buitre de piedras preciosas, evocador de la madre celestial. Recubrió de oro fino el rostro reposado, las manos y los pies, y adornó la cabeza con una corona de flores.

Sabni ungió la momia con aceites aromáticos y la envolvió en bandas de tela recubiertas de resina y de alquitrán. En el lugar del corazón puso un escarabajo, imagen de las continuas metamorfosis. Una vela fue el último sudario; ¿no era el sarcófago la barca llamada a bogar eternamente por el cielo?

En la tapa se inscribieron el nombre del difunto, sus títulos y fórmulas extraídas de los Textos de las pirámides, el más antiguo libro sagrado que, hacía cuatro milenios, en los orígenes de la civilización, había sido revelado en la pirámide del rey Unas.

Transmitidos de Casa de la vida en Casa de la vida, de sabio en sabio, de escriba en escriba, eran la fuente inagotable de las enseñanzas recibidas por los seguidores y facilitaban al viajero del otro mundo el nombre de las puertas que tenía que franquear.

Llevaron la momia al tejado del templo, donde había una capilla adornada con escenas que representaban las fases de la resurrección de Osiris. El alma del decano disfrutó por última vez del sol terrestre antes de sumergirse en la energía del océano cósmico.

Después de haber meditado alrededor del sarcófago, la comunidad descendió la escalera que unía el tejado con la sala de columnas pintadas.

—No dejes de comer ni de beber —salmodió la ritualista—, continúa viviendo felizmente, únete a la diosa, sigue el camino de tu corazón. Nada será reprochado a los justos que han recorrido el sendero divino. El Poniente en que reposas es una tierra de paz; el silencioso descubre ahí la fuente. Olvidarás lo inútil y lo pasajero, recordarás tu nombce y tomarás parte en el banquete de los dioses.

El sarcófago fue enterrado bajo el enlosado, frente al primer pilono. Pesadas piedras ocultaron para siempre la sepultura del decano.

Los funerales, dignos de su rango, le permitirían presentarse majestuosamente en la asamblea luminosa de los adeptos resucitados.

Cuando las losas fueron repuestas, Isis se derrumbó. A pesar de todo retuvo las lágrimas y se negó a arañar la piedra con las uñas y a dar los gritos desesperados de las plañideras que se elevaban hasta las nubes y atraían la compasión de los dioses.

Las personas como el decano eran irreemplazables. Isis no se acostumbraría nunca a la ausencia de un padre del que lo había aprendido todo, desde los juegos infantiles hasta la enseñanza más abstracta; le debía tanto las pequeñas como las grandes alegrías. Venciendo la pena causada por la desaparición de su esposa, tres años después del nacimiento de Isis, había conducido a su hija hacia los misterios sin imponerle otra disciplina que el respeto por la Regla del templo.

La gran sacerdotisa no tenía ni el derecho ni la posibilidad de dejarse llevar por el dolor; la comunidad exigía su presencia tranquilizadora. Auré habría querido consolarla pero permaneció callada, pues sus palabras serían insignificantes. En aquel momento Isis parecía estar muy lejos de sus hermanas; su alma vagaba por una de las regiones secretas que recorría el sol nocturno en busca de su renacimiento. La gran sacerdotisa erraba por el templo en el que su padre le había dicho que había nacido cuando la tierra aún yacía en la oscuridad, antes de que ninguna criatura, vegetal, mineral o animal, hubiera aparecido. Entró en los talleres, la panadería y el matadero; exploró los órganos de la gran mole de piedra donde, en tiempos más felices, numeroso personal preparaba los manjares para la mesa del dios y luego se alimentaba de las ofrendas sagradas y de los pensamientos del Creador. Anduvo a lo largo del muro del santuario del nacimiento donde la diosa Isis daba el pecho a su hijo Horus que la leche de las estrellas mantenía luminoso como la claridad del origen.

La gran sacerdotisa se detuvo ante la gran estela de granito erigida cerca de la mole oriental del segundo pilono. Su padre le había enseñado a leer el texto de la sumisión de la región del Dodecasqueno, que comprendía una parte de Nubia. Dueño de vastas y ricas tierras, el templo de File rendía culto al faraón, presente en todos los muros. Inmutable, grandioso, indiferente a los tiempos profanos, la cabeza en el cielo y los pies en la tierra, veía el otro mundo en el que la energía era la sangre de la última comunidad de Egipto. Él la guiaba a

través de lo invisible, por las inciertas rutas del padecimiento, atravesando las locuras de su época; Isis olvidaba que, sin la presencia de un santuario en la cabeza y en el cuerpo de la ciudad, la barbarie condenaría a los hombres a arrastrarse entre sus propias inmundicias.

El decano rehuía someterse a los invasores que reducían a la esclavitud el cuerpo y el espíritu; con la tenacidad de los viejos jefes a los que la jauría de cazadores duplicaba las fuerzas, continuaba, más allá de la muerte, manteniendo el aire sagrado. Su momia sería el umbral del templo.

Isis se adelantó por el gran patio.

De repente, vio una silueta desconocida.

Un joven de unos quince años, desnudo y mojado, se dirigía hacia ella. El muchacho vaciló, fatigado. Isis se aproximó a él.

—¿Quien eres?

—Mi nombre es Crestos. He nadado hasta aquí para ser iniciado en los misterios.

CAPITULO XVII

—¿De dónde vienes?

—De Elefantina. Mi padre quería alistarme, pero he huido. Yo no quiero ser soldado, sino sacerdote de Isis.

Flaco, casi esquelético, el chico había agotado sus fuerzas físicas. Incapaz de permanecer de pie por más tiempo, cayó de rodillas; Isis pidió ayuda. Sabni acudió en compañía de algunos hermanos, que vistieron a Crestos con un shenti y le dieron pan.

—Nado muy mal —dijo—, pero prefería morir ahogado a ser encerrado en un cuartel. Aquí es donde quiero vivir.

—No tenemos derecho a acogerte.

—Es el alma de mi padre la que ha guiado a este postulante —dijo Isis—. ¿Realmente deseas conocer los misterios?

La cara de Crestos se iluminó.

—Todas las noches sueño con el templo. He formulado mil preguntas que se han negado a contestar para tratar de desalentarme. Unos pretenden que File es un antro de demonios, otros que es una guarida de magos. Os temen y os detestan. Ha sido un pastor el que ha confirmado mi intuición; allí, afirmó refiriéndose a la isla santa, se encuentra la última fuente de sabiduría. El día que desaparezca, el mundo se sumirá en las tinieblas.

Sabni había seguido el mismo camino, recorrido los mismos pasos, pronunciado las mismas palabras. Sólo un fuego interior violento e imperioso abría las puertas de la comunidad. Pero Crestos era un fugitivo; su presencia en File provocaría la intervención de los guardias.

—Estoy de acuerdo en admitirle —dictaminó Isis mientras el chico la devoraba con los ojos.

Si el sumo sacerdote emitía un juicio negativo, el solicitante sería rechazado sin posibilidad de apelación. Ni Sabni ni Isis podían tomar una decisión sin el consentimiento del otro.

Sabni renunció a presentar argumentos razonables que Isis conocía tan bien como él y optó por retirarse, abandonando a Crestos a su esperanza. Como Isis no se movía, el joven la imitó. Sin duda era la primera prueba; se consideraba capaz de una paciencia infinita ahora que había alcanzado su meta.

Cuando el sumo sacerdote volvió llevando una vasija llena de agua, Isis experimentó una felicidad tan intensa que su eco perduraría más allá de la muerte. Celebrando el ritual de acogida, Sabni lavó los pies del neófito.

—La ritualista te ha preparado un lecho. En tu celda la luz brillará durante toda la noche. Ofrecerás una libación a los dioses, ya que les debes la vida. Mañana al amanecer confirmarás tu compromiso; si renuncias partirás al momento.

La noche fue cómplice de Crestos. Aislado en el corazón del templo, libre de toda atadura profana, dialogó con la llama de la lámpara. Su espíritu bailó con ella y abrazó los secretos que le transmitían estos lugares de eternidad; el tiempo abolido, el alma de fiesta, el corazón brincando como un potrillo... Cuánta felicidad que no se desvanecía en un instante, sino que se grababa en la conciencia como un sol inmutable, vencedor de miríadas de tinieblas. Noche cómplice de la que no surgían demonios con cabeza de asno armados de cuchillos sino sombras tranquilizadoras, más próximas al adolescente que padres y amigos; Crestos había encontrado su verdadera morada. Aquellos austeros muros eran sus confidentes, aquel silencio lleno de la voz de los sabios le transportaba a un sueño tan real como las piedras de File.

¡Fue tan bello el amanecer de su iniciación!

—¿Deseas pertenecer a nuestra comunidad? —preguntó Sabni.

—Si me orientas por el camino de la vida, te doy mi vida.

—Vuelve tu rostro hacia el cielo. No penetres en el templo en estado de, impureza, no seas mentiroso ni codicioso. Respeta la Regla sin falta. No reveles lo que hayas percibido del misterio ni concedas a tu corazón un pensamiento destructivo. Renuncia a tu voluntad propia para cumplir la del Principio. Sé obediente, ya que esta virtud te liberará de ti mismo. La comunidad te protegerá y te abrirá las puertas del santuario si te muestras digno de las tareas que te sean confiadas. Te purificarás con agua tres veces al día, te alimentarás con moderación, velarás por la integridad del templo, nuestro más preciado bien. ¿Te comprometes a respetar estos deberes?

—Me comprometo de todo corazón.

—Recibe el abrazo que hace de ti un hermano.

Sabni y Crestos se felicitaron. Isis abrazó al muchacho y le humedeció la cara con sus lágrimas. ¡Cuan dulce y cálido era aquel líquido jubiloso que saludaba el nacimiento de un adepto! El decano transformaba su fallecimiento en milagro.

—Desde ahora muéstrate valiente.

—Nunca se me acusará de cobardía.

—Debes ser circuncidado, como todos los hermanos.

El muchacho elevó la cabeza. El hermano carnicero ungió su sexo con un ungüento anestesiante pero, cuando el cuchillo se abatió sobre el prepucio, el nuevo adepto no pudo reprimir un grito.

El nacimiento del hermano fue festejado con un frugal banquete, donde, a pesar de todo circuló el vino procedente de las reservas del templo, casi agotadas. Todos juraron mantener el secreto. Ningún profano debía conocer la presencia de Crestos en File.

Isis pensaba en su nombre. ¿No se parecía al de Cristo, el dios de la religión cristiana deseosa de destruir el templo? La verdad es que era una extraña señal.

Cuando terminó la fiesta, el vigilante del embarcadero advirtió a Sabni que una barca con dos soldados a bordo se aproximaba. El sumo sacerdote los reconoció; pertenecían a la escuadra que le había acompañado hasta el templo de Jnum.

—El obispo quiere hablar contigo. Nosotros te llevaremos.

—Teodoro... ¿venís de su parte?

El prelado había previsto esta pregunta. Uno de los soldados blandió la cruz del señor de Elefantina. Tranquilizado, Sabni subió a la barca.

En seguida le atenazó una nueva angustia. ¿Se habrían enterado de la fuga de Crestos?

No cambiaron ni una palabra hasta que llegaron al muelle desierto donde esperaba el obispo. Teodoro arrastró a Sabni hacia un palmar, lugar de meditación y de paseo, ya que la sombra de las grandes palmas procuraban tranquilidad y fresco.

—Tengo malas noticias.

—¿Para ti o para mí?

—No ironices, Sabni. Cualesquiera que sean las quejas del templo, yo no soy el responsable.

¿Qué argumento opondría el sumo sacerdote? Al iniciar a un fugitivo que sin duda estaría calificado como desertor, File había cometido una falta grave.

—El emperador exige la totalidad de la cosecha de papiro —dijo Teodoro—. Reduciré el total de las cantidades obtenidas, pero estoy obligado a suprimir el lote de tallos destinado al templo.

El alivio dio paso a la indignación.

—Sabes que necesitamos papiros para escribir, para fabricar tapices, cestos, cuerdas, sandalias...

—Ya lo sé, pero el decreto está firmado por la mano del emperador; el prefecto ya está ocupándose de organizar el transporte.

—¿Tendremos acceso al bosque que hay al norte del pueblo?

—Ha sido declarado zona militar. Los soldados han tomado posiciones y prohiben el paso a los civiles.

—Privarnos de los papiros... ¿Quién habría imaginado tanta crueldad?

—Un cristiano no teme ningún sufrimiento; Cristo ha sufrido por nosotros, no Osiris.

—Osiris nos enseña la resurrección. El dolor no es un camino de plenitud, sino solamente de dolor; adornarlo de cualquier otra virtud es un engaño.

—El reino vendrá pronto. La raza divina nacida del pez celeste penetrará; fortalecerá su corazón porque el Señor, con palabras dulces como la miel, la alimentará. Eres mi amigo. Conviértete y serás mi hermano. ¿Qué te importa el papiro? Dios está más cerca de ti de lo que imaginas.

—Si es como tú dices, entonces no es Dios. El poder creador no sabría jestar próximo al hombre; no es más que una expresión de él, siempre lejano, a menudo alterado. Sólo la Regla del templo puede modificarlo. Recuerda las palabras de nuestros padres: la madera torcida, abandonada en el campo, se pudre y acaba su triste existencia en el fuego; si la mano del artesano, guiada por Dios, sueña con recogerla, la dirige y la convierte en cetro que empuña el sabio.

—Sólo una fe confiada te orientará hacia la verdad.

Un rayo de sol se deslizó entre las palmas e iluminó a los dos hombres.

—Permite que nos quedemos con algunos tallos, Teodoro. Los utilizaremos para fabricar los últimos rollos donde escribiremos nuestros rituales mayores.

El obispo dudó; Sabni no le suplicaría más.

—Ve al almacén y llena tu barca. Todo lo que puedas cargar te pertenecerá.

CAPITULO XVIII

Después de una inspección rigurosa del cuerpo de élite, el general Narses montó a caballo y galopó hacia la catarata. Todas las tardes se detenía a la altura del mismo bloque de granito, a cuyos pies rugían los remolinos; sentado sobre una roca plana y salpicado a veces por la espuma, contemplaba el río divino del que dependía la prosperidad de Egipto. Allí era donde, frente a la muralla de piedras que jalonaban el río, el Nilo reafirmaba su fuerza inagotable. Indomable, arrastraba el limo a su gusto, ¿por qué este año se mostraba tan avaro? La respuesta sólo estaba en el cielo, allí donde nacía la riada antes de labrarse su largo camino por la amada tierra de los dioses. A Narses empezaba a gustarle la inseguridad. Ya no soportaba saber, prever, organizar... ¡Qué bien se encontraba a merced de las incertidumbres del Nilo, rindiéndose a él sin ofrecer resistencia!

Al día siguiente tendría que internarse por senderos peligrosos y batallar en Nubia. Gracias a esta débil crecida, el sur profundo quedaba inaccesible. El destino le ofrecía un presente inestable: sólo se aprovecharía de ello si la situación se estancaba. Su bienestar resultaría favorecido si el obispo y el prefecto llegaban a un acuerdo.

Su petición de traslado, apoyada por Maximino, navegaba hacia Bizancio. No confiaba mucho en conseguirlo. El emperador pensaría que era obstinación, exigiría otra vez el oro de Nubia y luego le nombraría jefe de algún cuerpo expedicionario destinado a Asia. Por primera vez en su vida Narses rezó con toda su alma; rogó que la catarata fuese una muralla eternamente infranqueable.

Un hombre grueso y bien vestido se presentó en el puesto de vigilancia, borracho, gritando y gesticulando. El suboficial lo echó fuera pero volvió a entrar decidido a hacer una denuncia. Sus confusas declaraciones se referían al prefecto y al emperador. Uno de los militares lo reconoció: el loco era el jefe del gremio de los vendedores de higos. Tenía el control sobre la distribución de fruta. El suboficial, que no se consideraba lo bastante competente, lo condujo al cuartel, donde lo recibió el especialista en casos delicados, el capitán Mersis.

—Me llamo Apolo.

—Estás borracho.

—Tengo mis motivos, capitán.

—¿A quién quieres denunciar?

—A File.

Sin lugar a dudas, se trataba de un cristiano exaltado; Mersis no se asustó.

—File no existe.

—¿Qué decís?

—Los templos se cerraron hace tiempo.

—¡Éste no!

—Legalmente sí. Es un edificio secularizado.

—¿Y la comunidad que vive allí?

—No aparece en nuestros archivos.

—¡Sin embargo, paga impuestos!

—El régimen tributario no está dentro de mi competencia.

—Os burláis de mí...

—Simplemente me atengo a la práctica administrativa.

Apolo esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿Se considera delito que un campesino abandone el campo y huya...?

—Sin duda alguna se castiga con la cárcel.

—¿Y con trabajos forzosos?

—En algunos casos.

—Uno de mis trabajadores se ha confesado culpable. Debéis arrestarle.

—¿Su nombre?

—Crestos, mi hijo.

—¿Tu hijo?

—Es asunto mío. Ha dejado la casa para irse al templo; los adeptos de Isis lo han acogido. Quiero denunciarlos a todos. Quiero que me devuelvan a Crestos y los condenen a todos.

—Primero hay que rellenar una solicitud.

—Tengo tiempo.

—¿Sabes leer y escribir?

—Sólo sé contar.

Si Apolo decía la verdad, File había comprometido su propia existencia. Mersis tenía que encontrar pronto una solución.

—¿Cuándo enviaréis los soldados a la isla?

—Hay un medio. ¿Sabes de alguien más que quiera poner una denuncia?

—No. Sólo yo. ¿No es suficiente?

—¿Has hablado con alguien más de esta huida?

—No, con nadie. Me daba mucha vergüenza. He preferido emborracharme. ¡Pido venganza!

—¿Tienes alguna prueba de que tu hijo se haya ocultado en la isla?

—Estoy seguro. Se negó a ser soldado. Desde niño ha deseado entrar en el templo.

—Entonces, ¿no tienes ninguna prueba fehaciente?

—Ordenad que registren la isla.

—¿En calidad de qué estaba Crestos a tu servicio?

Apolo se ruborizó.

—En calidad de qué... no sé qué queréis decir.

Mersis cogió una tablilla de madera y grabó un breve texto con caracteres griegos.

—¿Tiene tu hijo el estatuto de esclavo?

El vendedor de higos montó en cólera.

—¡Es hijo mío! ¡Dejad de injuriar a mi familia!

—Si es trabajador libre, ¿por qué no figura en la lista de los contribuyentes?

—Capitán... sólo es un niño...

—Pero digno de realizar trabajos forzosos. Poco importa la edad; tu deber era declararlo al fisco.

—Recordad que este territorio no pertenece a vuestra jurisdicción.

—Transmitiré la información al responsable. Me basta con añadir tu nombre a la tablilla.

—¿Me arriesgo a..?

—La cárcel de por vida.

—¿Y si lo arregláramos?

—¿Por qué no?

—¿Qué deseáis?

Mersis fingió reflexionar un instante.

—Retiras la denuncia, olvidas a Crestos y, sobre todo, me das algunas piezas de plata. El ejército es pobre.

Apolo vació la bolsa que llevaba atada a la cintura.

—¿Bastará?

Mersis contó las piezas.

—Si me traes dos o tres piezas más, nos haremos buenos amigos. Incluso olvidaré que tienes un hijo.

El mercader refunfuñó. El capitán rompió la tablilla de madera. Llevaría cuanto antes este pequeño tesoro a File, cuyos recursos se estaban agotando.

El mejor orfebre de Elefantina acababa de cincelar un brazalete. Cuando el prefecto Maximino entró en su taller, el artesano se sintió halagado e inquieto al mismo tiempo. ¿Qué traería por allí a un personaje tan poderoso? Si se tratara de una requisa, habría acudido con una patrulla.

El artesano le saludó con una reverencia.

—Vuestro humilde servidor, señor.

—Tus joyas son incomparables —le dijo.

—Me halagáis...

—Muéstrame tus obras de arte.

El artesano rebuscó nervioso dentro de un cofre de madera. Sobre una tela blanca extendió un collar, pulseras y ajorcas.

—Admirable —juzgó el prefecto.

CAPITULO XIX

Crestos progresaba rápidamente. Por las mañanas trabajaba la madera y la piedra en compañía de Sabni. Después de la comida del mediodía Isis le iniciaba en la lectura de los jeroglíficos y le daba lecciones de escritura; guiaba su mano, le enseñaba a dibujar de un solo trazo el ala de los pájaros, la pierna humana o el sello del papiro. Después, el nuevo adepto recibía las lecciones del fabricante de ungüentos antes de prestar atención a las de la ritualista. Su sed de conocimientos parecía inagotable y la fatiga no hacía mella en él. Después de cenar, subía a la azotea del templo donde Isis le explicaba la manera de descifrar el mensaje de las estrellas.

Aquella noche, la gran sacerdotisa no lograba ocultar su cansancio. Crestos, consciente de que estaba importunando, hizo menos preguntas que de costumbre. Con Isis a su lado, disfrutó del silencio de la noche que protegía el santuario, pero no pudo contener su lengua por mucho tiempo.

—Soy feliz, Isis.

—El templo es el gozo del corazón. No hay nada más grande.

—Pareces cansada.

—Y tú eres un chico muy indiscreto.

—Tú eres nuestra fuerza. Si desfalleces, ¿qué será de nosotros?

—El futuro de la comunidad no depende de un solo ser.

—Ahora sí. No hace mucho que estoy aquí, pero me he dado cuenta de esta realidad. Si Sabni y tú desaparecierais, todos los demás nos vendríamos abajo.

—Un juicio de valor muy apresurado, neófito.

—Tengo ojos que ven y no soporto la hipocresía.

—¿Y si nos pusiéramos a estudiar de nuevo las estrellas? Escucha la voz de los antepasados que se transmite a través de la luz. ¡Ojalá nuestros planes sean tan generosos como los suyos! Su verdad continúa siendo el tesoro más preciado, pues guía nuestros pensamientos hacia la sabiduría.

El panadero y el carpintero, que eran hermanos, solicitaron audiencia ante el sumo sacerdote. Sabni los recibió en la morada del decano, que ahora era la suya. Los dos hombres, de unos sesenta años, discutían a veces las decisiones de la gran sacerdotisa sin hacer pública su disconformidad. Cuando se decidían a llevar a cabo alguna gestión juntos, significaba que llevaban tiempo madurándola. Sabni no utilizó ninguna fórmula de cortesía.

—Hablad.

—Habla tú —dijo el panadero al carpintero.

—Es algo delicado... Si nos ayudaras...

—Somos hermanos. No hay nada que lo impida.

Los dos peticionarios eran parecidos; cara redonda, ojos astutos, labios gruesos, papada, hombros cuadrados y piernas gordezuelas.

—Es verdad —reconoció el panadero—. A veces es difícil...

La mirada severa de Sabni les intimidó. El carpintero acudió en su auxilio.

—Somos hermanos y debemos contárnoslo todo. Isis ha cometido graves errores; la procesión, la visita a la gruta... Nuestro prestigio está empañado. Como sumo sacerdote, te corresponde tomar cartas en el asunto. —Satisfecho de su intervención, alzó la voz—. Aceptamos luchar contra el obispo a condición de no correr riesgos innecesarios. Eres amigo de Teodoro; deshazte de Isis; es peligrosa. Dos gobernantes son demasiados, sobra uno; que se ocupe de los rituales.

—¿Vuestra opinión es compartida por los demás?

—Somos los que tenemos más experiencia.

—¿No se ha negado Isis a iniciaros en los misterios del templo cubierto?

Ni el panadero ni el carpintero respondieron.

—He tenido acceso a los informes redactados por el decano y la gran sacerdotisa. Por construir tú un sitial y hornear tú panes de forma fantástica os habéis creído artífices de la obra de arte que exige nuestra Regla. Vuestros trabajos son una injuria a la comunidad y vuestro conocimiento de los jeroglíficos es muy superficial; es vuestra indignación la que se ha puesto de relieve. No contéis con mi indulgencia: nada justifica vuestra holgazanería. Cumplid con vuestros deberes cotidianos y libraos de la hiél que amarga vuestro pensamiento; si no, no haréis progreso alguno.

Los dos hermanos se miraron desconcertados.

El templo no pasó hambre. Con las piezas de plata del capitán Mersis, Sabni compró gran cantidad de trigo que unos barcos trasladaron de madrugada, antes de que las patrullas recorrieran las orillas del río.

El ardor contagioso de Crestos animó a algunos hermanos, que, a pesar de la carga de la vejez, comenzaron a limpiar los bajorrelieves erosionados por las tormentas de arena. Al dejar de replegarse sobre sí misma, File respiró con mayor intensidad. Las hermanas repararon los instrumentos musicales, tejieron vestidos blancos con el poco lino que les quedaba y lavaron las baldosas de la casa del nacimiento, en la que, al cabo de unos meses, nacería un nuevo adepto. La comunidad salió de un letargo que algunos habían creído definitivo; desde el alba hasta el anochecer, el sumo sacerdote iba de la capilla al patio, de la sala a la cripta, dando ánimos, aconsejando, comprobando que todo estuviera en su sitio. En cuanto se terminaba un trabajo, proponía otro más delicado.

Isis mejoró en el estudio del ritual de la diosa lejana. Su labor no sería inútil, ya que File trataría de revivirlo pronto. En varias ocasiones, se reprochó su distracción; pensó en Sabni y en su capacidad de éxito. ¿Sería suficiente para transformar una congregación condenada a la decadencia en una cofradía llena de savia?

La llegada de Crestos, un nacimiento cercano... Las señales se multiplicaban. Después de tantos años marcados por el sello de la desesperanza, Isis vislumbró un paisaje más risueño; tuvo ganas de abandonarse, de confiar sus dudas y sus sueños a alguien. ¿Cuando la comprendería Sabni?

Crestos descifró las líneas del antiguo principio redactadas por un faraón y dedicadas a su hijo:

El hombre agitado es la confusión de una comunidad. Introduce la vigilia en tu vida, no te dediques a tu propia satisfacción pues te convertirías en un miserable. A la hora de juzgar, el tribunal del más allá no mostrará indulgencia. A sus ojos, la vida será como el transcurrir de una hora. Atrévete a emprender los senderos más difíciles; éstos son los que guiarán tu espíritu hacia la sabiduría. Dios conoce al que obra según su gloria. Sé su hacedor. De tu esfuerzo brotará la alegría, de la alegría la sabiduría.

El neófito enrolló el papiro con cuidado.

—¿Acaso un hombre puede alcanzar este ideal? —preguntó a Sabni.

—Nuestros padres lo consiguieron. Si este templo existe es porque han vivido el cielo en la tierra.

-¿Y tú?

—Soy un sumo sacerdote joven, tan inexperto como el novicio con el que estoy hablando. Nuestro rango es diferente, pero la importancia de nuestra tarea es idéntica.

—Llevas muchos años aquí.

—Y tú posees el fuego ardiente del aprendiz.

—¿Se apaga pronto?

—Se transforma y aumenta. Menos violento, más poderoso; con él llega el momento de la certidumbre, parecido al sol que nunca se oculta tras el horizonte. Te deseo, Crestos, que pertenezcas a este mundo y al otro; Dios está en la luz del templo que formamos con nuestros antepasados y nuestros descendientes. Que tu inteligencia interprete mis palabras y tu corazón las ponga en práctica.

—Sabni, ¿tú escuchas a tu corazón?

—¿Mis enseñanzas te decepcionan?

—Superan mis deseos más profundos.

—¿A qué se debe tu pregunta?

—Soy muy joven y no tengo derecho a hablarte así. Pero la comunidad sería más fuerte si...

Crestos vaciló. Iba demasiado lejos.

—¿Qué aconsejas? Habla.

—No te olvides de los que te aman más que a sí mismos.

El nuevo adepto recobró la calma y trazó unos jeroglíficos en un cascote de cerámica. Se concentró en el dibujo de una silla de alto respaldo, símbolo de la diosa Isis.

El prefecto desembarcó cerca del pabellón de Trajano y el barquero volvió a izar la vela blanca hinchada por el viento.

Ninguna escolta había protegido el corto viaje de Maximino; tan pronto como hubo puesto el pie en la isla santa se topó con Sabni, que había sido avisado por el vigilante.

—Quiero hablar con la gran sacerdotisa.

—Ahora está trabajando con sus hermanas.

—Decidle que he venido a verla.

—Primero, prometedme que no daréis un paso más.

Sabni actuaba como el jefe de una cohorte invencible que no temiera nada que pudiese venir de un enviado del emperador. Deseaba humillar a Maximino y lo consiguió. En toda su carrera, el prefecto no había tolerado nunca la menor observación despectiva sobre su cargo. Pero ¿acaso Isis no valía el sacrificio más doloroso?

—Tenéis mi palabra. Ahora, daos prisa.

Sabni se dirigió parsimonioso hacia la puerta del primer pilono. Maximino sentía que su odio aumentaba cada segundo que pasaba.

El prefecto estuvo esperando más de una hora bajo un sol ardiente, al que no prestó mucha atención. Cuando distinguió a Isis, etérea, el templo volvió a ser un paraíso.

—Os he traído un obsequio.

Maximino abrió el cofre. Las joyas de oro brillaron con todo su esplendor.

—Son magníficas —reconoció Isis—; serán un adorno maravilloso para las estatuas divinas.

—Yo las destinaba para vos.

—En otro tiempo, las habría llevado puestas en las grandes fiestas; la gran sacerdotisa debía aparecer entonces como la mujer más hermosa, sin olvidar que su riqueza provenía del templo al que regresaba después.

—Celebraremos nuestras fiestas. Estos adornos las anunciarán, si aceptáis ser mi esposa.

Sorprendido de su propia audacia, Maximino no se atrevió a mirar a Isis. Temía un rechazo inmediato; la voz de Isis se mantuvo dulce y serena.

—Nuestra Regla me prohibe contraer matrimonio profano.

—Esa costumbre está ya caduca. Cuando seáis mi esposa, File renacerá. —El prefecto se arrepintió de haber empleado estas palabras amenazadoras. ¿Acaso no implicaban un chantaje con el que sólo lograría apartarla de él?—. Dependéis de la isla santa, Isis; yo dependo de vos.

Hermanos y hermanas se congregaron bajo la columnata preguntándose cuál sería el motivo de esta segunda visita del prefecto. Auré propuso una intervención violenta; eran lo bastante numerosos para arrojar al Nilo a los enemigos. Sabni le impuso silencio; la ritualista se retiró molesta a su aposento.

—Mirad esos seres amedrentados —dijo Maximino, señalando a la comunidad—. Sólo yo puedo librarles del sufrimiento y la angustia. Por amor a Isis, para conquistaros, aseguraré la perpetuidad del templo.

El rostro de la gran sacerdotisa era indescifrable. ¿Estaba librando una batalla consigo misma? El hecho de que no rechazara su proposición con vehemencia tranquilizó al prefecto; sin duda, había abierto una brecha decisiva.

—Volveré, Isis. No me traicionéis.

CAPITULO XX

Los documentos conservados en File no precisaban el nombre de los sabios que había que invocar para que tuviera eficacia el ritual del retorno de la diosa lejana. Isis creía saber dónde descubrirlos; en una de las tumbas de la ribera occidental, abiertas durante el Imperio Antiguo a fin de honrar la memoria de los exploradores de caminos del sur. Abandonado durante largo tiempo, el lugar había pasado a ser presa de los espíritus errantes. Ir allí significaba correr un riesgo que la gran sacerdotisa tenía prohibido; sin embargo, Sabni no se avino a razones. ¿Acaso el futuro de File no dependía de la celebración del ritual que insuflaría a la comunidad la energía que necesitaba? Isis estaba convencida de que el acontecimiento le abriría las puertas de un universo insospechado. Vencido, Sabni se negó a dejarla ir sola, así que pidieron a la anciana tejedora que en su ausencia velara para que los hermanos y hermanas siguieran ocupándose de sus tareas habituales.

Cuando las cimas de los montes se tiñeron de rosa, Sabni e Isis iniciaron el camino. Sabni pilotaba una barca ligera que la suave brisa de la mañana impulsaba sobre las plateadas aguas. Como todos los hijos de la provincia, el sumo sacerdote había aprendido a navegar muy joven; muchas veces había jugado a saltar de una embarcación a otra cuando corrían a la máxima velocidad. Aprender a manejar una embarcación exigía una larga práctica; Sabni avanzó con prudencia, rodeó la isla de Elefantina, pasó ante las murallas de granito que protegían los fortines y orientó la proa hacia el flanco occidental de la montaña. Después de camuflar la barca con cañas y de abrirse camino entre el follaje, la pareja llegó a la parte baja de unas largas correderas empinadas que habían servido para subir los sarcófagos hasta la entrada de las tumbas.

Sabni había llevado una barca en miniatura, con forma de antílope, para ofrecerla al dios de los muertos, el único habitante de aquellas soledades silenciosas. La subida fue larga y difícil; la arena resbalaba, cada paso suponía un gran esfuerzo. Al llegar a una plataforma rocosa, Sabni cogió la mano de Isis. Su brusco ademán la atrajo hacia él; durante unos instantes permanecieron con los cuerpos casi enlazados. Isis se dio cuenta de su turbación y se apartó con dulzura.

Se sentaron para tomar aliento. A sus pies se deslizaba el caudal divino que bañaba numerosos islotes antes de dirigirse majestuosamente hacia File y precipitarse sobre las rocas de la catarata. El cielo inmóvil llenaba la mirada de un azul ardiente; velas blancas surcaban el río, una barcaza cargada de campesinos y animales abandonaba la orilla oriental. Una pareja de halcones peregrinos volaba hacia el sol naciente.

—Nuestra vida debería parecerse a la del río, Sabni, eternamente igual a sí mismo, pero renovado sin cesar. —Somos débiles e imperfectos. —Servimos a una diosa.

Isis, madre de Dios, adorno del cielo, deseo de los campos verdes, alimento que inunda el mundo con su belleza, perfume del templo, dueña de la alegría, lluvia que reverdece la campiña, dulzura de amor... Ella había iniciado a Sabni en su misión, llevándole más allá de sí mismo. ¿No se encarnaba Isis en aquella mujer de cabellera negra más brillante que el esplendor de la noche, más tierna que los racimos maduros, con los dientes más blancos que la leche de las estrellas, el rostro más azucarado que los frutos de un vergel y más fresco que el agua de los pozos, y las piernas más esbeltas que las patas de las gacelas? —Busquemos la tumba.

Siguiendo un sendero empedrado que llevaba a la cima del acantilado, penetraron en las sepulturas abandonadas. La desolación se había adueñado del lugar. Capillas incendiadas y renegridas por el humo, estatuas decapitadas o desmembradas, bajorrelieves rascados o blanqueados con cal. Pero algunas moradas de la eternidad habían escapado al furor iconoclasta de los cristianos. Sobre los muros se desplegaban escenas de caza y pesca, banquetes, justas y juegos, con los colores intactos. La vida feliz de los tiempos antiguos recordaba que los conquistadores de tierras inexploradas habían vuelto a Elefantina para gozar de una vejez dichosa. Desde la altura de sus sepulcros, ellos contemplaban para siempre el

paisaje sereno donde su vida errante había terminado. El oro de Nubia lo ofrecían a los dioses; y los dioses les daban a cambio gloria y fortuna. Desde el interior de la montaña de Poniente cantaban uno de los himnos grabados sobre una pared; las piedras preciosas corren a raudales, se ocultan en la espesura de papiros y reaparecen sobre las puertas del templo.

El coraje y la voluntad de vencer, he aquí lo que Sabni descifró en las inscripciones donde los conquistadores del profundo sur narraban sus hazañas. En una estela relegada a un rincón oscuro, Isis distinguió el fino rostro de la diosa de la catarata con la corona de cañas. Al leer el texto, hizo revivir las palabras de la crecida: «Yo hago subir para ti el flujo de la vida, las flores retoñarán, las cosechas serán doradas, las tierras se alegrarán y la felicidad ensanchará el corazón de los hombres».

Isis se sintió transportada por otro fluido que la arrastraba hacia Sabni. Aún se resistía; había que pensar en el sepulcro donde estaban inscritos los nombres divinos, últimas palabras del ritual. Al fondo de un patio de columnas se abría una entrada rectangular; Sabni pasó primero. Hasta entonces ningún mal encuentro había molestado su búsqueda. Sin embargo, el sumo sacerdote permanecía alerta. Algunos anacoretas podrían estar tan alterados como para atacar a los visitantes de aquellas tumbas que ellos consideraban la boca del infierno.

Sabni se echó atrás, asustado. Isis fue a su lado y se cogió de su brazo. Apretados uno contra otra, entraron por el angosto camino que conducía al reino del más allá; a los lados, estatuas blancas con el rostro verde o negro y los ojos fijos les contemplaban sonriendo. La pareja avanzó unida, entre los ancestros inmortalizados en la alegría de la resurrección. Tres escalones subían hacia una capilla adornada por la escena de un banquete en el que inagotables alimentos llenaban la mesa del ser reconocido como justo por el tribunal del otro mundo. Las columnas cubiertas de jeroglíficos evocaban la comunión de los fieles de Isis en el momento en que la diosa, después de su destierro en las profundidades de Nubia, volvía a File.

—La respuesta está aquí, Sabni. Presenta nuestra ofrenda.

El sumo sacerdote depositó en el suelo la barca en forma de antílope.

—Los protectores de esta morada son Osiris. Uno y múltiple, tal es su secreto: mil rostros para un solo corazón. El invocará a la diosa lejana, no nosotros. Un dios llamará a una diosa; ella oirá su voz y volverá a su morada.

Se sentaron sobre los bancos de piedra, convidados del festín inmóvil ofrecido a los salvadores inmateriales. Isis había llegado al término de su búsqueda; Sabni podía, por fin, formular la pregunta que le obsesionaba.

—¿Qué deseaba el prefecto?

—Que sea su mujer. A cambio, protegerá File y satisfará mis deseos. El futuro del templo estará asegurado; ¿no debería aceptar?

Sabni se levantó y la abrazó con ímpetu.

—La Regla te lo prohibe.

—La Regla proclama que nuestro principal deber es salvaguardar la comunidad.

—Te amo, Isis. Te amo con todo mi corazón. Será nuestra unión y sólo ella la que preservará al templo del aniquilamiento.

Sabni deslizó los tirantes blancos por los hombros dorados.

—No tenemos derecho a tener hijos.

—Me da igual. Es a ti, sólo a ti a quien deseo.

La túnica blanca resbaló a lo largo del cuerpo de Isis, dejando al descubierto sus senos firmes, su pubis de azabache, sus largas piernas. Ella le despojó de la túnica; Sabni le acarició la espalda y la besó en el cuello. Cuando los labios se unieron la reclinó tiernamente hacia atrás. La savia que corría por el cuerpo de Isis tenía el ardor de un sol joven y la suavidad de la miel.

Se acostó sobre el suelo de piedra, entre las batallas de Osiris, y Sabni abrazó el objeto de su deseo. En el silencio feliz de la morada de la eternidad en que la pareja resucitada continuaba el banquete y los muertos comulgaban con los vivos, descubrieron la luz dorada de un amor fulgurante, como la llama surgida en el amanecer del mundo, en el corazón de Oriente.

CAPITULO XXI

Caía la noche. Embriagados en su éxtasis en la tumba de los ancestros y a pesar de que todavía no se habían saciado de sus respectivos cuerpos, Isis y Sabni pensaron en File. Sólo el futuro del templo contaba. Su vida de adeptos excluía la ambición personal; habían aprendido a combatirla, a renunciar y a liberarse de ella. La pasión no barría sus años de ascetas pero exaltaba su viaje, en adelante amoroso y compartido en cuerpo y alma, hacia lo invisible.

Sabni salió el primero de la tumba. La luna brillaba. Las estrellas, puertas de luz, taladraban la noche. El sumo sacerdote respiró el aire tranquilo y confió su entusiasmo al universo que tejían las diosas y que el alfarero Jnum formaba a su alrededor.

Apenas había cruzado el umbral cuando un violento garrotazo en el vientre lo dobló en dos. El asaltante, un monje de cabellos largos, gritó de alegría y golpeó por segunda vez. Sabni se echó a un lado, asió el extremo del garrote y desarmó a su adversario. El cristiano, a pesar de su rabia, no era de su talla; olvidó la pelea y emprendió la fuga.

Isis se aproximó a Sabni.

—¿Estás herido?

—Regresemos.

Desde la embarcación contemplaron el acantilado de Occidente sepultado en la oscuridad azulada. La entrada de la tumba había desaparecido confundida entre las tinieblas; sólo se distinguía el arranque de las correderas hacia la cima, llevándose consigo el secreto de un amor vivido más allá del tiempo.

Según la costumbre, Sabni cogió a Isis en sus brazos y franqueó la puerta de la vieja casa del decano. A los ojos de la comunidad reunida, eran ya marido y mujer. No hacía falta ningún documento; su compromiso adquiría así fuerza de ley.

Si hermanos y hermanas saborearon este momento, Crestos lo vivió con particular intensidad. ¿No era él responsable de este matrimonio que los adeptos apreciaban como una nueva ventaja? Con su unión, Sabni e Isis proclamaban la libertad del templo en medio de un mundo hostil.

Los esposos durmieron bajo una fina malla hecha con sedal de pescador, a guisa de mosquitero. Al despertar, se regocijaron con la sencilla felicidad de descubrirse el uno junto al otro.

—Tomemos precauciones contra Maximino —recomendó Isis.

—¿Tan enamorado está?

—Si él supiera...

—Todos nosotros nos debemos al secreto. Ten confianza.

Ella se acurrucó junto a él, abandonada.

Auré se maquilló los ojos y se perfumó con incienso. A veces se reprochaba aquella inclinación a la coquetería, pero la Regla no prohibía a las hermanas estar hermosas; que los hermanos cayeran a sus pies, más o menos enamorados, la divertía sin distraerla de sus sabios trabajos. ¿Acaso no podía ella presumir de una excelente memoria y de un conocimiento de los ritos casi tan perfecto como el de Isis? Evidentemente no envidiaba la función de gran sacerdotisa, que procuraba más inquietudes que satisfacciones, pero sabía que sus sólidas espaldas llevaban una buena parte del peso de la comunidad. Normalmente, Isis tomaba las decisiones que Auré estimaba pertinentes. Esta vez, había descuidado el tiempo de reflexión y arrastraba a los adeptos por un camino peligroso. Criticar a la gran sacerdotisa requería una valentía que algunos calificarían de descaro; pero la ritualista, convencida de que tenía razón, no se echó atrás.

En el vergel del templo, Isis estudiaba los antiguos ritos de fiesta; los pájaros revoloteaban a su alrededor. En la isla nadie los cazaba. Uno de ellos, de cabeza plateada y pecho amarillo, se posó sobre el hombro derecho de Isis, picoteó sus cabellos ungidos de mirra y voló hacia una persea en que anidaban los gorriones.

—¿Qué deseas, Auré?

—¿No te parece que este matrimonio es un poco precipitado?

—¿Temes que Sabni y yo nos olvidemos de nuestros deberes sagrados para arrullarnos el uno al otro?

—Estoy segura de que no. Pero el prefecto...

—Su pasión me preocupa.

—¿Por qué descuidarla?

—¿Desearías que me convirtiera en su esposa?

—Si el sacrificio salvara el templo y a la comunidad...

Isis elevó los ojos hacia la copa de la persea, de hojas verde oscuro en forma de corazón; fue bajo un árbol parecido donde el primer sabio de Egipto había recogido las enseñanzas del dios del conocimiento.

—¿Qué nos aportará tu unión con Sabni, excepto vuestra felicidad egoísta?

—Me sorprenden tus reproches, ya que no están justificados en absoluto. Comprar una paz precaria a Maximino, ¿no habría sido traicionar el espíritu de nuestra fraternidad? Egipto siempre ha sido gobernado por una pareja con una única mirada. Sabni y yo intentaremos hacer revivir una tradición que preludie quizá otras resurrecciones. Puedes estar segura, mi querida hermana, de que nuestros actos no están inspirados por la búsqueda de un placer pasajero.

Auré se alejó; sus celos entristecieron a Isis. Ahora la gran sacerdotisa tendría que vigilar que no se transformaran en amargura, veneno temible para las almas frágiles.

Sentado encima del enorme bloque de granito, el general Narses, como cada tarde, contemplaba la catarata. El Nilo ya no tardaría en retirarse; los campesinos cosechaban las olivas y recolectaban los dátiles mientras las semillas de los cereales sobresalían de la tierra mal regada. Casi la totalidad del trigo estaba reservada para Bizancio; las pequeñas explotaciones encargadas de nutrir Elefantina no producían más que débiles espigas.

¿Cuántos morirían de hambre? Sin embargo, nadie acusaría al Nilo; aquella tierra era demasiado hermosa, demasiado pura para que los sufrimientos humanos justificasen el más mínimo reproche. Narses buscaba un remolino caritativo que lo enviara al fondo del río. El general se había apoderado de un rollo de papiro que relataba las aventuras de un célebre explorador de África, el egipcio Hirjuf, enterrado en el acantilado de occidente; tres mil años después de sus hazañas legendarias, su recuerdo permanecía vivo. Narses desenrolló el documento y se sumergió en la apasionante lectura. Abriendo caminos a través de una comarca desconocida y dirigiendo con mano firme un cuerpo de expedicionarios organizado con esmero, el héroe había vuelto de la lejana Nubia encabezando un cortejo de trescientos asnos cargados con sacos de oro, madera de ébano, incienso, colmillos de elefante y pieles de leopardo; el regalo que más le había gustado al joven faraón había sido un pigmeo procedente del país de los habitantes del horizonte y capaz de ejecutar a la perfección la danza del dios.

¿Cuántas veces había abandonado su morada el explorador para lanzarse a lo desconocido antes de volver, ya viejo, a morir a su tierra? Narses arrojó el papiro al río. Despreciaba aquella existencia tumultuosa llena de honores, de conquistas y de gloria. ¿Quedaba algo que aprender de la especie humana? El juego de la felicidad y la desdicha no le divertía en absoluto.

Una extraña aparición atrajo la atención del general. Más allá de las últimas rocas de la catarata, un hombre de piel negra, encaramado en un animal de largo cuello y piel moteada, estaba inmóvil sobre la ladera de la colina. Ocupaba un excelente puesto de observación, desde el que podía ver con detalle las fortificaciones de la frontera. Cuando el sol declinó, el explorador desapareció.

El obispo y el prefecto escucharon la historia del general.

—Un blemio montado en una jirafa —dijo Teodoro.

—Pero ese pueblo ha desaparecido —objetó Maximino.

—Yo también lo creía. He redactado informes en ese sentido.

—¿Estáis seguro de vuestra identificación?

—Me temo que sí.

—Es probable que sea un superviviente extraviado.

—Los blemios tenían la costumbre de enviar un explorador antes de atacar.

—Nuestras fortificaciones son inexpugnables. Incluso un ejército tres veces más numeroso que el nuestro fracasaría.

—¿Y si nos equivocamos? —sugirió el obispo, irritado por la seguridad del prefecto—. Muchas batallas se han perdido a causa de la vanidad de un jefe.

—¿Me procesaríais?

—Si se prepara un ataque, protejamos Elefantina.

El general Narses consideró necesario intervenir.

—Sin duda nos inquietamos sin razón. Los expertos están convencidos de que los blemios son incapaces de formar una tropa de asalto. De todas formas, pasaré revista a las fortificaciones.

Esta decisión tranquilizó a Teodoro. No había nada que temiera tanto como los invasores procedentes del sur, feroces adversarios del cristianismo, que rabiaban por no poder acceder a File, residencia de su dios, Mandulis, del que estaban separados desde hacía veinte años.

Narses saludó a sus superiores y salió. Maximino miró al obispo.

—No volváis a proferir críticas contra mi persona.

—Sólo me guía mi misión.

—¿Os creeríais capaz de abrirme los ojos?

—Isis no se casará nunca con vos.

—No tiene elección.

—Desengañaos. No cederá a ningún chantaje.

—¿Sacrificaría a su comunidad?

Esta pregunta se la había hecho Teodoro cientos de veces.

—La Regla del templo...

—¡Palabras! es la misma existencia de File la que está enjuego.

—Os impediré ir demasiado lejos —afirmó el obispo con seriedad—. Ese santuario pagano ya no tiene existencia legal; si le dais un trato especial, los cristianos se dirigirán contra vos.

—¿Sois consciente de adonde os llevan vuestros propósitos?

—Enamoraos, Maximino, pero no ofendáis a Cristo.

El prefecto recuperó la calma. Absorto, se dirigió a los casilleros llenos de papiros y consultó un documento con mirada distraída.

—Quiero saber qué pasa en esa comunidad. Nos haría falta tener un espía allí.

—La ley prohibe a File recibir nuevos adeptos. Si enviamos a alguien, desconfiarán y lo expulsarán.

—Sabni es un insumiso y un conspirador.

Teodoro también temía las iniciativas de su amigo. La idea del prefecto no carecía de interés; estar informado de lo que pasaba en el interior evitaría bastantes problemas.

—Puede que haya una solución-

Al norte de la catarata, a poca distancia del templo, un pescador aprovechaba las primeras horas de la mañana para golpear el agua con un largo bastón y atrapar algunos peces en su red. Acababa de pescar una soberbia perca cuando un chapoteo le indicó que se acercaba un nadador. Mersis reconoció a Sabni que, para descansar, se sujetó a la proa de la barca, dejando la cabeza fuera del agua. El capitán continuó pescando sin mirar hacia donde estaba su amigo.

—Malas noticias. Parece ser que han visto un blemio cerca de la catarata.

—¿Es verdad?

—Narses está inspeccionando el cuartel a fondo. Otro peligro: Maximino está haciendo correr el rumor de su próxima boda con Isis. El obispo está asediado por las protestas. No te fíes, Sabni. Tú eres el único obstáculo entre el prefecto y la gran sacerdotisa.

—Mucho más de lo que te imaginas.

Crestos no dejaba en paz a nadie. Los más viejos tenían que sufrir sus preguntas e intentar responderlas. Crestos arrancaba a los más perezosos de su sopor y les obligaba a ponerse a trabajar. Poco a poco, consiguió fomentar la rivalidad; todos querían demostrar que ocupaban un puesto importante en la comunidad. Hermanos y hermanas intercambiaban de nuevo propósitos, se interrogaban sobre el significado de los símbolos, escrutaban las paredes del templo en las que los ancianos habían grabado los principios de la sabiduría. En los capiteles, la sonrisa de la diosa Hathor se ensanchaba.

Noviembre, cuando comenzaban las labores de limpieza de los campos, fue un mes apacible y feliz. La débil crecida se había retirado; la vida, endulzada por el sabor de los dátiles, se deslizaba con suavidad. El vientre de la biliotecaria evolucionaba de manera favorable; Isis rezaba todas las tardes a las divinidades del alumbramiento.

File volvió a tener confianza en su propia fe. Los adeptos se habían adormecido sobre un tesoro que reconocían de incalculable valor. ¿No les protegía la gran diosa de un ambiente hostil que, después de estar considerado como vencedor, perdía su virulencia?

Sabni no quiso abandonarse al optimismo. Isis, alabando su lucidez, insistía sobre la visible renovación de la comunidad. ¿No debería el sumo sacerdote preocuparse más por fraternizar con el futuro del templo?

CAPITULO XXII

La paloma se posó sobre la mole oriental del primer pilono; Crestos se encargó de cogerla. El pájaro llevaba un mensaje del obispo: la madre del hermano carpintero agonizaba. Si este último lo deseaba, se beneficiaría de la autorización especial de abandonar la isla para ir a la cabecera de la moribunda. Unos soldados le esperarían en la orilla y le escoltarían. Tendría prohibido hablar con la población.

Ni Isis ni Sabni se opusieron. Conmovido, el carpintero se puso en marcha en el acto; la paloma le serviría de salvoconducto.

Los soldados le obligaron a vestirse con una túnica marrón y un gorro de lana que ocultaría su cabeza rapada. No le llevaron a casa de su madre, en el barrio pobre, sino hasta la vivienda del obispo, introduciéndole por una puerta baja. Gracias a la rapidez de la operación nadie pudo identificar al visitante.

Una vez en presencia del prelado y del prefecto, el carpintero perdió los estribos. ¿Había caido en una trampa? Teodoro le tranquilizó acerca del estado de salud de su madre, que, a los ochenta años, se ocupaba de la granja sin ayuda de nadie.

Obligó al adepto, impresionado por la fría mirada de Maximino, a sentarse en una silla plegable.

—No queremos hacerte ningún mal —garantizó el prefecto—, pero necesitamos tu ayuda.

El hermano se quedó pasmado ante este comienzo.

—He oído hablar mucho de ti. Parece ser que eres un carpintero excelente que ofrece al templo los mejores servicios, aunque no sean apreciados en su justo valor.

El adepto asintió.

—¿Por qué permaneces en la comunidad?

—Son mi verdadera familia, los que me han educado.

—¿Has franqueado la puerta de los grandes misterios?

—Isis, con la aprobación de Sabni, me lo ha impedido.

El hermano se arrepintió al instante por haber confiado en unos profanos. Pero la culpa la tenían el sumo sacerdote y su compañera.

—Si no celebrases un culto impío, te habría alistado con gusto y ahora serías rico.

—La fortuna no me interesa. Quiero a File.

—¿No amas más la vida? —preguntó el prefecto. El adepto palideció—. Si es así, habla; si no, mis soldados tendrán que abatir a un desertor que habrá alterado el orden público.

—¿Qué esperáis de mí?

—Información sobre tu comunidad.

—File resucita. Incluso los más pesimistas recobran la esperanza.

—¿A qué actividades os dedicáis?

—A mantener el templo, presentar las ofrendas, adorar a la gran diosa...

—¿Conspiráis contra el emperador?

—No.... ¡Claro que no!

—¿Quién os alienta así?

—Sabni, Isis y...

Los hermanos acusaban al carpintero de tener la lengua muy larga. Una vez más había hablado sin reflexionar. El prefecto se aproximó y posó las manos sobre los hombros del adepto, que tuvo la sensación de ser agarrado por un ave rapaz.

-¿Y...?

El carpintero había jurado guardar silencio. Al traicionar su juramento, condenaba a la comunidad a desaparecer. Pero ¿cómo resistir a la tortura? Su sacrificio no salvaría el templo. Todos lo reconocerían; sacrificarse sería inútil.

—Un campesino ha sido admitido entre nosotros. Su entusiasmo es una promesa de futuro.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

El obispo se propuso identificar al desertor. File, al acogerle, había cometido una falta de la que sabría sacar provecho.

Maximino no dio ninguna importancia a aquel detalle. El quería informaciones de otro tipo.

—¿Está Sabni preparando alguna acción subversiva?

—El sumo sacerdote sólo se ocupa del templo. Es un hombre duro e intransigente.

—¿Los hermanos están preparados para rebelarse contra él?

—No se atreverían. Nadie pone en duda su autoridad.

—¿Tampoco Isis?

—Isis... no lo desautoriza.

Maximino percibió el malestar del hermano. No decía la verdad e intentaba ocultar un hecho más importante. Los dedos del prefecto se clavaron en sus hombros con violencia; el carpintero profirió un grito ahogado.

—Sólo es un dolor ínfimo comparado con los sufrimientos que te reservo si sigues mintiendo. Isis y Sabni se odian, ¿verdad? ¡Ella quiere casarse conmigo y él se opone!

—Sí... él se opone.

Pese a su loca pasión, el prefecto se mantenía lúcido. El adepto confesaba lo que él deseaba escuchar. Le abofeteó. El carpintero comenzó a llorar; el obispo miró hacia otro lado para no verlo.

—Sacad a este hombre de aquí.

—No será por mucho tiempo... Si no habla, le estrangularé.

El prisionero se dio cuenta de que la ira del prefecto no era fingida. Callarse por más tiempo sería un suicidio.

—Sabni e Isis se han casado según la costumbre pagana. Al atravesar juntos el umbral de su vivienda se han convertido en marido y mujer.

Maximino soltó su presa. Durante un momento, estuvo tentado de machacar a puñetazos la cara amorfa del adepto.

—Vuelve a la isla. Serás nuestro espía.

El carpintero salió de espaldas, inclinándose. Sobrevivir le parecía la recompensa más generosa.

—Ese matrimonio no tiene ningún valor legal —declaró el prefecto—, pero Isis me ha engañado. File y Sabni serán castigados. Los cristianos obtendrán satisfacción, reverendísimo obispo. Vos disfrutaréis de vuestra victoria y yo someteré bajo mi ley a la mujer que amo.

Auré rellenó la vasija de plata con agua del Nilo y la vertió sobre las manos de los adeptos. El preciado líquido provenía de Nun, el océano de energía en el que se bañaba el universo entero. La tierra sólo era una colina que emergía con el primer resplandor del día cuando el creador, nacido de sí mismo, pronunció la primera palabra. Todos los templos de Egipto rememoraban aquel origen revivido por el rito del alba.

Auré presentó la vasija ante la gran sacerdotisa, evocó el momento decisivo en que el corazón del príncipe se volvió consciente gracias a su hijo, Vida, que juntó sus miembros y les dio movilidad. Él, el único, llevó su cuerpo a la existencia gracias a la magia del verbo y puso en el alma de todos los seres el deseo de compartir la eternidad de aquel instante, por medio de la iniciación en los misterios.

Mientras la comunidad saludaba al sol elevando sus manos puras hacia él, Crestos hablaba con Sabni.

—¿Por qué me ha olvidado la ritualista? Auré se giró rápidamente hacia el joven. —¡Cállate, neófito!

—¿He cometido alguna falta grave para que me trates así? ¡En ese caso, quiero saber qué es lo que he hecho mal!

—Que este imprudente sea castigado como se merece. Pido autorización al sumo sacerdote para castigarle severamente. Crestos no bajó la voz.

—Soy un hermano como los demás y pido lo que me corresponde. Si la injusticia reina en este templo como en el mundo profano, que sea expulsada al instante.

Fuera de sí, Auré se valió del bastón que le tendía el carpintero. —¡Échate al suelo, rebelde! Cuando hayas probado este jarabe de palo, tu vanidad no será tan arrogante.

Crestos imploró con la mirada a Sabni y a Isis. Ninguno de los dos interrumpieron la acción de la ritualista. Con los labios y los puños cerrados, el joven se estiró sobre el suelo y recibió cinco bastonazos que no le arrancaron un solo grito.

El ungüento calmó el dolor que sentía. Sabni volvió a masajear el hombro derecho de Crestos, todavía hinchado.

—Mi cuerpo no me importa. ¿Por qué el sumo sacerdote no me ha defendido de la iniquidad?

—El impetuoso es como un árbol que crece muy deprisa y sólo sirve para hacer fuego. El silencioso reverdece, sus frutos son dulces; agradable es la sombra que proyecta sobre el jardín.

—¡No podemos estar siempre callados!

—Es triste permanecer callados frente a palabras injustas, pero también es inútil contestar al ignorante. Llevarle la contraria conduce a la discordia, pues su corazón no soporta la verdad.

Los ojos de Crestos centellearon.

—¡Entonces admites que la ritualista ha cometido un error! Ella descuida su tarea... esta hermana es una ignorante. No le volveré a dirigir la palabra nunca más.

—No seas engreído. Consulta tanto al ignorante como al sabio, ya que nadie posee el conocimiento total. La palabra excelente está más oculta que la piedra verde; sin embargo, la encontrarás en los más humildes, junto a los servidores del templo que se entregan a él sin esperar nada a cambio.

—¡Ése no es el caso de Auré!

—No juzques tan precipitadamente.

—No puedes estar tan ciego... ¡tú no!

—¿Me despreciarías?

El joven agachó la cabeza enfadado.

—No, pero esta hermana...

—El seguidor que desea alcanzar los grandes misterios debe afrontar las pruebas más difíciles de todo corazón. Es en el interior de la comunidad donde las sufrirás, no en el mundo exterior. Olvida la crítica, el rencor y las disputas y prepárate a vivirlas.

CAPITULO XXIII

Desde la atalaya más alta, el vigía distinguió a dos negros camuflados con una piel de felino. Avanzaron entre los meandros de la catarata con una agilidad increíble, saltando de roca en roca hasta llegar a un bloque de granito en el que se arremolinaban las aguas obstaculizándoles el paso.

El capitán Mersis, puesto sobre aviso, identificó a los exploradores que observaban su línea de defensa.

—¡Los blemios!

Se mantenían a cierta distancia, fuera del alcance de las flechas. Habría sido inútil enviar un destacamento bordeando los márgenes del río; sólo habría conseguido que el enemigo escapara sin posibilidad alguna de cortarle el paso.

Durante más de dos horas, los negros escrutaron la empalizada y los fortines que impedían el acceso a la provincia de Elefantina. Después desaparecieron veloces como el viento.

Mersis redactó inmediatamente un informe que remitió a su superior directo, el obispo Teodoro, que inmediatamente fue a ver al prefecto, cuyo escritorio estaba lleno de tablillas de cuentas.

—Todo está a punto, obispo. Esta vez File no saldrá indemne de la prueba. Doy mi palabra de que padecerán atroces sufrimientos.

—Hay algo más urgente.

—¿Quién lo dice?

—Leed.

El informe de Mersis era claro y conciso.

—Ayer había uno solo; hoy ya son dos; mañana será un ejército... Los blemios se están preparando para atacarnos.

—Desistirán nada más ver las murallas; que continúen observándoles. Si estos salvajes tienen algo de seso, acabarán por renunciar.

—La noticia se propagará rápidamente y el pueblo se volverá loco. Deberíais pasar revista a las tropas y organizar desfiles.

Aunque un tanto insolente, la sugerencia del obispo no carecía de valor. Irritado por este contratiempo, Maximino dejó a un lado las cuentas de la provincia para asumir su papel de jefe militar. Visitó los acuartelamientos, se dejó ver por las murallas, habló con los soldados, presidió una parada militar y desfiló a la cabeza de un destacamento por las calles de Elefantina. Esta exhibición de fuerza y de confianza tranquilizó al pueblo.

Si los blemios estaban tan locos como para asaltar la ciudad, serían exterminados.

Sabni llevó al carpintero la cabecera de una cama partida en dos. Desde su regreso, el artesano tenía un aspecto compungido.

—¿Podrás arreglarla?

—No lo sé.

—¿Cómo está tu madre? ¿Sufre mucho?

—Se está apagando y apenas me reconoce; iré a verla otra vez.

Déjame ver lo que has traído.

El carpintero parecía acobardado.

—¿Has vuelto a ver al obispo?

—¿Yo? ¿Para qué?

—Teodoro sabe que los adeptos han abandonado a su familia carnal para unirse a su familia espiritual. Normalmente, no se vuelven atrás. ¿Por qué este extraño viaje, sino para interrogarte sobre los secretos del templo?

El carpintero, furioso, tiró la cabecera de la cama al suelo.

—¿No me estarás acusando de perjurio? He prometido guardar silencio, pero no me puedo desprender de mis sentimientos humanos; no soy como tú. Has perdido toda tu bondad en tu empeño por someterte a la famosa Regla. Te has vuelto duro e implacable. Nadie te ama, Sabni. Cuando lo comprendas, será demasiado tarde. No puedes reprocharme nada.

—La palabra de un hermano es sagrada; no es necesario que te justifiques.

El carpintero se había propuesto obedecer al prefecto, pues, de lo contrario, Maximino no dudaría en deshacerse de él. Sabni jamás osaría levantar la mano contra un adepto.

El sumo sacerdote se retiró disgustado. ¿Acaso no era indigno de su cargo sospechar que un miembro de la comunidad fuera un traidor? Pero File estaba en guerra y Sabni no podía permitirse la menor ingenuidad en aquellos momentos. El enemigo no iba a contentarse con un simple ataque desde el exterior.

La carga llegaba a hacerse tan pesada... ¿Por qué no era capaz de confiar plenamente en los seres con los que llevaba conviviendo tanto tiempo?

El obispo encargó a sus secretarios que iniciaran una investigación administrativa sobre las recientes fugas de campesinos. Los resultados fueron decepcionantes; los informes de los guardias solo indicaban pequeños hurtos, la rotura voluntaria de herramientas agrícolas, el robo de un asno y la denuncia abortada del mercader Apolo. No se mencionaba a ningún fugitivo y los oficiales encargados de la seguridad interna del país no facilitaron más detalles cuando se les consultó. El coordinador de estas investigaciones, el capitán Mersis, sólo tenía encerrado en la cárcel a un granjero acusado de robar en el huerto de su vecino. Reconoció haber interrogado a Apolo, que no había hecho sino mascullar palabras incomprensibles, dado su estado de embriaguez.

Teodoro juzgó extraño el comportamiento de este singular personaje, por lo que lo llamó a su presencia.

El mercader se detuvo en el umbral del despacho del obispo, algo tenso y con cara de pocos amigos.

—¿Qué denuncia querías presentar?

—Ninguna. Estaba bebido.

—¿Por qué?

—Por puro placer... No todo el mundo es asceta.

—¿Tienes hijos?

—Cuatro. Dos chicos y dos chicas.

—¿Tienen edad de trabajar?

—Ayudan de vez en cuando.

—¿Se ha fugado alguno de ellos?

—¡Que Dios me libre de tal desgracia! Mi familia está muy unida.

—Dios protege a los justos. No dejes de vendemos tus higos.

Apolo se alegró de haber salido bien librado de aquel asunto. El obispo se dio cuenta de que Apolo estaba metido en un asunto turbio al verle salir tan deprisa. Quizás no tenía nada que ver con el fugitivo; no obstante, no estaría de más comprobarlo.

Auré reunió cerca del pozo principal a diez hermanas que, sin llegar a estar en contra de la gran sacerdotisa, eran sensibles a la verborrea de la ritualista. Mientras llenaban los cántaros de agua fresca, se quejaban de las condiciones de vida a las que estaban sometidas,

cada día más difíciles. Una confesó su miedo al futuro: ¿cómo luchar contra un prefecto cuya omnipotencia no toleraría durante mucho más tiempo la existencia de insurrectos, especialmente si el obispo le consentía emplear mano dura? Auré les recomendó confiar en la voluntad de Isis.

—La intransigencia de Sabni es una amenaza para todos nosotros. Es demasiado joven para dirigir una comunidad como la nuestra, el poder lo embriaga y lo despoja de sus cualidades. Pronto se convertirá en un tirano, olvidará los rituales y nos obligará a sometemos a sus exigencias. Sabed todas que el sumo sacerdote está librando un duelo con el obispo. La suerte de File sólo le interesa porque el templo representa una fortaleza y la comunidad un ejército.

—¡Es increíble que un grupo tan pequeño pueda enfrentarse a tantos soldados!

—A Sabni le importa poco —afirmó Auré—. Desafiar a Teodoro ya es una victoria; por eso, el que nos hagan esclavos o nos deporten le es totalmente indiferente. Sacrificará nuestras vidas por su loca pasión y cuando llegue el momento nos abandonará a la venganza del obispo a cambio de su propia libertad.

Las terribles palabras de la ritualista despertaron una gran inquietud entre las hermanas. Las más reticentes proclamaron la integridad del sumo sacerdote, su rectitud y su sentido del deber, limpios de toda culpa.

—No le acuso de falsedad —protestó Auré—, sino de vanidad y de locura.

—¿Qué propones?

—Hablemos discretamente con los hermanos que tengan más experiencia y, si alguno comparte nuestros temores, le consultaremos y reflexionaremos juntos.

Aquella misma noche, después de la cena, el carpintero y la ritualista conversaron al abrigo del pabellón de Trajano. Insensibles a la puesta de sol que coloreaba las pendientes grises de los acantilados, se confiaron sus cuitas. Hasta ese mismo instante, nadie había conspirado contra la comunidad. Eran totalmente conscientes de que el proceso que iniciaban arrastraría consigo un conflicto abierto contra el sumo sacerdote; Auré se asustó del rostro frío y la mirada de odio de su hermano y se arrepintió de haber dado aquel paso, pero ya era demasiado tarde para batirse en retirada.

—Sabni es un fanfarrón —declaró el carpintero—. Cree que somos corderillos sumisos y que nadie se interpondrá en su camino. Si resistimos, se irá de la isla y se convertirá al cristianismo con la ayuda de su amigo Teodoro. La gran sacerdotisa no tendrá mas remedio que casarse con el prefecto y entonces File quedará a salvo.

Auré pensó que era un plan excelente. Los hermanos y hermanas que ambos conjurados lograran reunir formarían una fuerza capaz de derribar a Sabni y de iluminar el porvenir del templo.

Crestos calafateó una barca, siguiendo las instrucciones de Sabni. Después, alzaron un nuevo mástil cortado del último tronco de cedro que quedaba en el templo.

—El sol apenas asoma por el horizonte... ¿Hace falta que empecemos a trabajar tan temprano?

—Decían nuestros padres que el sabio madruga para crear y el imbécil para incordiar, pues nada escucha y vive de lo que deshace. Desde que se celebra el rito del amanecer, renace un mundo nuevo. ¿Qué nos importa el cansancio, si tenemos la ocasión de contemplarlo?

—No quiero volverme imbécil y estoy totalmente decidido a mantener limpias mis manos, mi boca y mi corazón, como lo ordena la Regla; pero deseo conocerlo todo, tener tus cualidades, las de Isis y las de toda la comunidad.

—Frena tu codicia, Crestos, que es un mal incurable; envilece a los seres, vuelve amarga la amistad más hermosa y aleja al discípulo del maestro.

Contrariado por la reprimenda, el muchacho observó el trabajo que acababan de hacer.

—¿Está lista para navegar?

—Todavía no. Tendremos que comprobar el equilibrio y adaptarle el timón que mejor le vaya.

—El timón... ¿No se llama igual que Ma'at, la Ley del Universo?

Sabni sintió una inmensa alegría, que se guardó mucho de manifestar. Crestos se daba cuenta de la necesidad de relacionar los jeroglíficos para descifrar su significado profundo.

Pocos iniciados se comprometían tan deprisa en aquel camino; la vanidad le acechaba y si le concedía el menor mérito corría el riesgo de hacerle retroceder.

—Tienes razón: la barca es de origen celestial y sirve a los poderes divinos para viajar por el espacio invisible. Nadie la conduce, excepto un timón provisto de ojos que van descubriendo el camino recto. Somos navegantes de este mundo; File, pese a su apariencia estática, navega por el río. En ti, Crestos, el timón se compone de corazón y lengua que han de estar de acuerdo para que no llegues a naufragar.

—Te demostraré que la barca del templo es mi carne y mi sangre.

—¡Mira que eres presuntuoso!

—El futuro me sonríe. Aprovecho esta ocasión plenamente, pues deseo penetrar en los grandes misterios ocultos tras las puertas del santuario.

—No están ocultos; tus ojos no soportarían su resplandor porque la vida comunitaria educa tu mirada y la amplifica.

—¿Se tarda mucho en desvelarlos?

—Depende de ti.

—¿Muchos años?

—Algunos no llegan jamás.

—¿Jamás? ¡Pues yo me rebelaría!

—Sería inútil. Las pasiones no cruzan la puerta del templo cubierto.

—Si fuera hijo tuyo, ¿serías más indulgente conmigo?

—Sería mucho más severo.

—¡No es justo! ¿Desconfiarías de mí?

—Como de los demás.

—Pero si son nuestros hermanos y hermanas.

—Serás alabado por tu bondad y castigado por tus flaquezas. La comunidad no me perdonará ningún fallo y tendrá razón al no hacerlo.

—¿Por qué eres tan severo contigo mismo? ¿No es acaso la fraternidad el lazo que nos permite resistir los ataques del mundo profano?

—Una cosa es ser adepto y otra muy diferente ser sumo sacerdote.

—No sé qué quieres decir.

—Es muy fácil, Crestos. Mi cargo implica soledad.

—¿Olvidarías a Isis?

Sabni subió a la barca para comprobar los cabos del mástil.

—¿Intentas sondear el corazón del sumo sacerdote?

—Soy tu discípulo y tengo derecho a saber todo lo que te concierne. Si realmente no amas a Isis, ¿por qué te has casado con ella?

Sabni sonrió.

—Tranquilízate, hermano.

CAPITULO XXIV

Tan pronto como se acabaron las labores de rastrillaje, los aldeanos recogieron las últimas aceitunas. El obispo celebró la navidad en una pequeña iglesia abarrotada por un

pueblo entusiasta. ¿Acudían allí para conmemorar el nacimiento de Jesucristo o para disputarse los regalos del episcopado? Tratando de no llevar demasiado lejos las investigaciones, Teodoro, indiferente a los sentimientos del prefecto, se limitó a observar aquel pacífico despliegue de fuerzas: mujeres, niños, ancianos, enfermos e impedidos salieron de sus casas, invadiendo las calles de Elefantina para ver a los hombres sanos entonar sus cánticos a pleno pulmón. Se organizó un gran revuelo cuando el ejército se dispuso a repartir los sacos de trigo; gracias a los músicos callejeros, los ánimos se calmaron. Dios salió vencedor de la barahúnda humana.

Maximino, resfriado, llevaba la cabeza envuelta en un lienzo perfumado y tenía los pies apoyados en un cojín. Detrás de él, un brasero desprendía un agradable calor, muy apreciado en esta época de frío que arrasaba la gran ciudad meridional, continuamente azotada por vientos glaciales. Los barqueros se negaron a seguir navegando por el Nilo, por temor a las violentas corrientes.

Sin embargo, pese a estos inconvenientes, el prefecto se sentía satisfecho consigo mismo. Su esfuerzo no había sido en vano; gracias a una serie de medidas coercitivas mejoraría el sistema tributario de la provincia. A partir de entonces, nadie escaparía al pago de los impuestos directos o indirectos. Tributos y contribuciones se impondrían a los ciudadanos, las tierras, las actividades profesionales, las ventas, las herencias, los viajes, los bienes raíces y bienes muebles. La comunidad pagaría por los insolventes. A cambio, el Estado garantizaría el buen funcionamiento del correo, la conservación de los edificios públicos y el mantenimiento de la guarnición permanente y de los empleados del obispo. Sin duda, el establecimiento de la economía se traducía en una larga lista de impuestos, pero su precisión satisfaría al emperador. Con su apoyo, Maximino tendría las manos libres para amordazar a Teodoro.

El prefecto lo invitó a cenar. El prelado comió poco y rechazó el vino.

—Hacéis mal, obispo... Es el mejor remedio para combatir el frío.

—¿Y vuestra salud? ¿Ha mejorado?

—El aire fresco me devuelve las fuerzas.

—He examinado vuestro plan fiscal. Es arrollador.

—No mucho más que el vuestro. El emperador exige resultados.

—¿He de recordaros que la crecida ha sido muy débil este año?

—Tanto si las tierras son cultivables como si no, debe pagarse un impuesto por ellas. File es la única que escapa a la ley.

Teodoro había estado temiendo esta declaración. Al clasificar el templo dentro de la categoría de terreno estéril, había conseguido evitarle imposiciones fiscales.

—He fijado la suma que nos debe la comunidad, teniendo en cuenta los atrasos y las multas.

—No podrán pagar.

—Entonces, tendrán que abandonar la isla y se encarcelará al sumo sacerdote por fraude fiscal. Yo mismo estudiaré el caso de la gran sacerdotisa. Entrará en razón en cuanto se libere del peso de ese clan pagano.

—No os engañéis; conseguirán resistir.

—¿Cómo? No creo que puedan contra el implacable recaudador de impuestos, que seréis vos.

El obispo tuvo que esperar una semana a que el viento amainara. Ante la impaciencia del prefecto, respondió que le preocupaba arriesgar la vida de una tripulación. A principios de enero, un barco salió de la isla santa con Sabni a bordo. El sumo sacerdote llevaba puesto un grueso manto de lino y sandalias de papiro. Cortinajes de lana cubrían las ventanas del despacho del prelado, que se calentaba las manos con la llama de una lámpara.

—Maximino ha declarado a la isla tierra cultivable. Me debes una gran suma, Sabni.

—Hace cinco años nos libraste de esta amenaza.

—Esta vez, el prefecto está aquí. Estoy obligado a obedecerle. Si me niego, enviará los fondos eclesiásticos a Bizancio y la provincia quedará arruinada.

—¿No puedes deshacerte del tal Maximino?

—Eres tú el insumiso, no él.

—El templo dispone de unos ingresos mínimos.

—Tendréis que iros y entregar la isla a los labradores.

—¿Crees que el prefecto se atreverá a enviar a las tropas?

—Eso me temo.

—¿Por qué se ensaña de este modo?

—Quiere casarse con Isis. La comunidad que tú diriges representa un obstáculo entre ella y él.

—Ese hombre está loco.

—Loco de amor. Primero, utilizará la ley, después, se valdrá de artimañas y, finalmente, hará uso de la fuerza.

—¿Estarás de nuestra parte?

—Deseo que File se destruya, Sabni; creo que no te lo he ocultado jamás. Si la estrategia del prefecto viene a significar la aniquilación total del paganismo, seré su aliado.

—Has hablado como obispo. Hablame ahora como amigo. ¿Qué me aconsejas?

—Conviértete y trabaja a mi lado. Maximino es un instrumento de Dios y su acción significa que tu aventura insensata llega a su fin.

Sabni meditó estas palabras ante los casilleros repletos de papiros. En su mente evocaba sus largas conversaciones con Teodoro cuando éste era joven; apasionado por naturaleza, compartía su saber de buen grado.

—Si File pertenece a la categoría de tierras de cultivo, ¿no soy yo también considerado un granjero? —Sí, exacto.

—Por consiguiente, recupero las antiguas propiedades que hasta hace poco formaban parte de los bienes explotables del templo: campos, viñas y jardines.

—Si aplicamos la ley al pie de la letra, tienes razón. Afortunadamente, este aspecto se le ha escapado al prefecto; de otro modo, los impuestos se verían triplicados.

—Pues bien, que los triplique.

—¿En qué absurdo combate quieres aventurarte ahora?

—Maximino desea una prueba de fuerza; pues la tendrá. Un prefecto es temporal; el templo es eterno.

Cuando volvió a pisar la isla santa, Sabni se sintió al mismo tiempo consolado y ansioso. Consolado, porque sólo el universo del templo le ofrecía la serenidad que los humanos se empeñaban en destruir; ansioso, porque se lanzaba a un desafío a ciegas. La expulsión se llevaría a cabo en el plazo de un mes. Hermanos y hermanas se aferrarían a las columnas, se resistirían inútilmente a unos soldados prestos a echarlos a unos barcos preparados para partir hacia la nada.

Isis lo recibió en el embarcadero. El sol resbalaba por su ceñida túnica; la cogió entre sus brazos y cerró los ojos con la esperanza de que el contacto de un cuerpo con la dulzura de una noche dt verano alejara a los demonios.

—¿Tan grave es, amor mío?

—El prefecto nos ha impuesto el estatuto de bienes cultivables. Debemos pagar impuestos, tributos y contribuciones, tanto por la isla como por sus antiguas pertenencias. Es una suma exorbitante; cuando se haya proclamado nuestra insolvencia nos despojará de nuestros bienes y nos obligará a abandonar el santuario.

—¿No podríamos conseguir un préstamo?

—Los ricos son cristianos y obedecen a Teodoro. Sólo nos queda preparar a nuestros hermanos y hermanas para que se enfrenten a un futuro cruel y despiadado.

Isis y Sabni caminaron por el templo y pasaron delante de la representación de la gran diosa, tocada con plumas de buitre, símbolo de la madre universal, y con el disco solar que asomaba entre los dos cuernos. En la mano derecha llevaba el cetro que hacía florecer la tierra y en la izquierda la llave de la vida, que abría a los adeptos el mundo de los dioses. Los poderosos muros se reflejaban en las azuladas aguas. La gran sacerdotisa se detuvo delante de un bajorrelieve: Faraón golpeaba con su bastón una bola, imagen del mal de ojo. En su puño, el rey sujetaba una cuerda y ataba las estatuillas de cuatro enemigos, encarnaciones de los poderes maléficos preparados para surgir de los cuatro punto cardinales.

—Mientras el cielo se asiente sobre sus cuatro soportes y la tierra sobre sus cimientos, la luz divina aparecerá en forma de sol; mientras la inundación llegue en su momento y el sol

ofrezca sus plantas; mientras el viento del norte sople a su hora y los decanos cumplan con su deber, y las estrellas brillen en el espacio sideral, seguirá habiendo un poco de alegría, el último fuego, la prohibición de renunciar.

—Si decides entregarte a Maximino para salvar al templo, lo mataré.

Isis le acarició la frente.

—Aleja esa idea de tu pensamiento. Jamás seré suya. El amor que siento por ti no lo sentiré por ningún otro. Hay otro camino: pagar los impuestos.

CAPITULO XXV

Fue necesaria toda una noche para convencer a Sabni. El sumo sacerdote se negaba obstinadamente a reducir el patrimonio legado por los antepasados. Isis logró demostrarle que el prefecto, creyendo hundir al templo en la miseria, lo que conseguía era ofrecerle una nueva prosperidad. Dado que la ley situaba a File en el centro de un dominio explotable, ¿por qué no sacar provecho de ello? Muchos campesinos estarían dispuestos a trabajar en beneficio de la isla santa; empleando sus propios recursos, no dependerían ni del obispo ni de las buenas voluntades que tan fácilmente se desvanecen. Quedaban por pagar las contribuciones; sería necesario rogar al Nilo para que les concediera una generosa crecida que fertilizara los campos y jardines.

El sumo sacerdote cedió al fin; Sabni se aferraba al pasado, mientras que Isis se abría al porvenir.

Después del rito del amanecer convocaron a los adeptos delante del primer pilono.

—Por decisión del prefecto, el templo vuelve a considerarse propietario de tierras. File volverá a ser rica si salda sus deudas con el emperador. La comunidad ya no posee ni una sola pieza de plata, pero es rica en objetos y en muebles antiguos; os propongo que los vendamos al anticuario.

El carpintero se rebeló.

—¿Tienes el consentimiento de la gran sacerdotisa?

—En el momento en que uno de los dos habla ante la comunidad —respondió Isis—, transmite el pensamiento del otro.

—¿Tendremos que separarnos de los papiros antiguos? —quiso saber la bibliotecaria.

—No; son el alma del templo.

—También lo es el mobiliario —protestó un hermano.

—Podéis rechazar nuestra propuesta —admitió Sabni—. En ese caso, el ejército nos quitará lo que ahora tenemos y nos expulsará del templo. Más nos hubiera valido cometer diez asesinatos que defraudar al fisco.

—¡Nosotros no hemos robado nada!

—El prefecto estima que no cumplimos con las leyes del Estado.

—Basta ya de discusiones —intervino Crestos—. Si la comunidad ha elegido a Isis y a Sabni, ha sido para que la dirijan. Ellos deciden y nosotros obedecemos.

Estas palabras apagaron el ardor de los que protestaban. El encargado del embarcadero se dirigió a su aposento, de donde sacó una jarra de vino de cuello recto y asas bien torneadas, el objeto favorito de uno de los coperos mayores de Ramsés II. El cocinero vació los cofres repletos de vajilla de oro y plata, en la que destacaban los vasos de oro en forma de cubilete realzados con pétalos azules de flor de loto y copelas del mismo metal adornadas con figuras femeninas que aspiraban el aroma de una flor de loto. Vasos de plata, lámparas de bronce y

perfumadores de cobre labrados por hábiles artesanos fueron acumulándose delante del pórtico. Isis añadió el tesoro legado por generaciones de sumos sacerdotes a lo largo de los siglos: espejos de oro y cobre, vasijas de ungüento hechas con lapislázuli y obsidiana, frascos de perfume de vidrio de color azul verdoso, peines decorados con jirafas y un cuenco de pórfido que databa del reinado de Keops. Isis consoló a una hermana que lloraba. —Cuando seamos ricos, volveremos a comprar nuestros bienes.

Cuando Sabni desembarcó, al comienzo de la tarde, los soldados lo rodearon y lo condujeron ante el capitán Mersis, que avisó al obispo de inmediato.

El sumo sacerdote solicitó autorización para ir y venir libremente de la isla al resto de la provincia, ya que su condición de terrateniente le ofrecía los mismos derechos que cualquier otro ciudadano de Elefantina. Teodoro no tuvo nada que objetar a la petición de aquel subdito, sobre todo al ver que había renunciado a todo intento de provocación, sustituyendo la túnica blanca de los sacerdotes por una oscura ribeteada y ceñida al talle por un cinturón.

—¿Qué te trae por aquí, Sabni?

—He venido a pagar mis impuestos. ¿No es éste el primero y principal deber de un subdito fiel al emperador?

—¿De quién ha sido la idea de representar esta farsa? ¿Tuya o de Isis?

—Su ingenio supera mi talento.

Teodoro sonrió.

—¿Te atreverías a valerte de astucias con tu viejo amigo?

—La Regla me obliga a decir la verdad hasta a mi mayor enemigo.

—¿Cuándo comprenderás...?

—Ya he comprendido y sufro tanto como tú.

—¿Dónde te llevará esta nueva orientación?

—A la respetabilidad, reverendísimo obispo.

Sabni se dirigió a casa del anticuario, un libanes que llevaba dos años viviendo en la capital meridional. Las tiendas que tenía en Alejandría y Bizancio eran muy famosas. Allí acumulaba riquezas del pasado faraónico que ofrecía a personajes de alto rango aficionados a los objetos exóticos.

El comerciante, pequeño, moreno y de mirada astuta, recibió al egipcio con recelo.

—¿Quién os envía?

—Me llamo Sabni.

—Vos sois...

—El sumo sacerdote de File, en efecto.

—No tengo nada que vender.

—Yo, sí.

El libanes creyó soñar. Ricos clientes esperaban ansiosos la caída de File, convencidos de que el templo rebosaba de obras de arte y piezas exóticas. Ofrecían al anticuario considerables sumas para ser ellos los primeros en el negocio; pero la última comunidad pagana levantaba una barrera tan inaccesible entre el santuario y el resto del mundo que hasta el más hábil de los negociantes renunciaba. Parecía fuera de toda lógica estar allí, en su propia tienda, conversando con el jefe espiritual de los insumisos.

—¿Habéis traído con vos alguna pieza de buena calidad?

—Venid conmigo.

—¿Adonde?

—A File.

—He de avisar a mis ayudantes...

—Venid solo.

—Mi seguridad...

—Os la garantizo.

—¡Yo solo ante la congregación, en un territorio prohibido y plagado de demonios...!

—Docenas de objetos de inestimable valor os aguardan.

El libanes no lo pensó más. Si Sabni no mentía, iba a vivir las horas más emocionantes de su vida.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¡Por desgracia, nadie está autorizado a profanar el suelo de la isla! Si el obispo...

—Estáis mal informado. ¿Por qué una simple explotación agrícola iba a estar separada del resto de la provincia?

Durante todo el tiempo que duró el recorrido, el anticuario estuvo en tensión. El miedo le anudó las entrañas en el momento de la travesía en barca; ¿no les interceptarían el paso los soldados para meterlos en la cárcel?

No se produjo ningún incidente. Con el corazón palpitante, tocó maravillado las piedras del embarcadero; todo lo que vio colmó sus esperanzas más disparatadas. Sobre esteras de fibra de palmera se hallaban expuestos numerosos objetos antiguos, que, sin duda, procedían del tesoro del templo.

La gran sacerdotisa, cuya belleza alababan todos, impresionó al libanes. Ninguna mujer de Oriente podía superarla: a la delicadeza de su rostro y al esplendor de su figura había que añadir la viveza de una inteligencia perceptible a la menor mirada. El anticuario necesitó mucha sangre fría para no caer rendido a los pies de Isis y adorarla como a una diosa; el sentido mercantil le permitió desprenderse del éxtasis creciente y posar sus ojos sobre las deslumbrantes maravillas.

—¿Vos... las vendéis?

—Al mejor postor —respondió el sumo sacerdote—. Si el precio que proponéis no nos parece suficiente, buscaremos otro comprador.

—No será necesario. Entre gente honrada siempre se llega a un acuerdo.

El anticuario sabía por experiencia que, en una transacción de este calibre, el primero en dar una cifra estaba perdido; la ocasión parecía tan excepcional que abandonó su prudencia habitual: los compradores apasionados se precipitarían sobre aquellas piezas extraordinarias y las sobrepujas serían continuas. Por lo tanto, indicó una suma por encima de la mitad de su valor comercial. Isis subió un cuarto. El anticuario entabló una discusión por cada uno de los objetos, criticó la calidad de la madera, el acabado de las pinturas o el estilo arcaico del conjunto, que no sería del agrado de la corte de Bizancio. La gran sacerdotisa conocía el gusto de los coleccionistas que exploraban las regiones del imperio en busca de antiguas obras de arte que luego amontonaban en sótanos o en sus villas.

Tras una lenta jornada de negociaciones, llegaron a un acuerdo. El anticuario haría fortuna y el templo obtendría una suma inesperada que le proporcionaría independencia económica al menos durante un año.

Sabni transportó al comerciante a Elefantina e interrumpió la ola de felicitaciones con que fue recibido. La difícil misión del sumo sacerdote no terminaba aquí; con aire preocupado, tomó la dirección de la oficina de impuestos, donde reinaba un déspota, el segundo diácono Filamón, nombrado recaudador principal tras una larga carrera de funcionario diligente; ascendido poco después a la cúspide de la jerarquía, se había deshecho de sus rivales mezclándolos en negocios sucios. Creyente convencido, Filamón era un hombrecillo seco, nervioso, casi calvo, amaba a Dios y a los números y detestaba todo lo demás. El Señor se expresaba a través del código de impuestos y las cifras dictaban la mejor justicia; quien no se doblegaba, merecía la cárcel, las galeras o la muerte. Los ricos sólo cumplían con una función: pagar. Cuando el obispo, por mandato del prefecto, le había remitido una docena de tablillas y otra de rollos de papiro relativas a la nueva base imponible de File como explotación agrícola, su corazón se llenó de satisfacción. No habría sabido decir cuál de los dos se alegraba más, si el cristiano o el recaudador. Sobre un trozo de cal trazó tres columnas: en la primera puso el nombre de un hermano y una hermana, tan viejos que el castigo más cruel sería el destierro; en la segunda los nombres de casi todos los adeptos a los que sometería a la pena de trabajos forzosos y en la tercera el nombre de Sabni. El sumo sacerdote no escaparía a la tortura y sería juzgado por injurias al emperador, por negarse a pagar, por insumisión y por fraude.

Isis no estaba incluida en la lista. Convertida al cristianismo en el futuro, quedaría bajo la protección de Maximino.

Filamón cumplía los trámites con el máximo rigor. Redactaría, en la debida forma, un acta de inculpación contra cada adepto y remitiría todas al capitán Mersis, encargado de efectuar las detenciones.

El recaudador degustaba los higos de su amigo Apolo. ¿Cómo iba a rechazar los regalos ofrecidos por amables ciudadanos, contentos de ser administrados correctamente? A Filamón no le interesaba el dinero. Sólo poseía una modesta casa y un campo de trigo; para él sólo contaba el servicio al Estado. Dios podía mostrarse clemente con un pecador, pero él no tenía derecho a ser respetuoso con un evasor de impuestos.

Cuando el soldado que estaba de guardia frente a su despacho, reducto maloliente de las entrañas de la vieja ciudad, le anunció la visita de Sabni, el recaudador le dijo que repitiera el nombre. Sin duda se trataba de un homónimo deseoso de protestar contra las contribuciones. Saldría con una multa suplementaria.

El hombre entró. Su estatura impresionó a Filamón: grande, de fuerte complexión, el contribuyente no parecía inquieto. Normalmente, todo el que atravesaba la puerta de su despacho disimulaba mal su angustia.

—¿Quién eres?

—Sabni.

—-¿En qué trabajas?

—Soy terrateniente.

—¿Dónde está situada tu explotación?

—En File y sus dependencias.

¡Así que era él! El pagano se atrevía a desafiar a la administración en sus propias dependencias. ¿Locura o la última provocación?

La sanción no variaría. Puesto que el sumo sacerdote se había desplazado hasta allí, Filamón decidió concederse una satisfacción suplementaria: indicarle de palabra la enorme suma a pagar y precisar que disponía de un mes de plazo no renovable.

—No será necesario —dijo Sabni mientras depositaba en el suelo un saco de piezas de plata—. Aquí tenéis lo que debo al imperio: impuestos anuales, tributos, contribuciones y multas. ¿Ya estoy en paz?

El recaudador se arrodilló y contó, incrédulo, las piezas una a una.

CAPITULO XXVI

El general Narses estaba de mal humor durante la inspección semanal de las tropas. La disciplina a la que había consagrado su existencia parecía una amante anémica. En el mes de febrero, cuando comenzaban los preparativos de la cosecha, Elefantina se diluía en una modorra sosegante. Los blemios no habían vuelto a dar señales de vida. Un pálido sol apenas calentaba la morada del prefecto, atado por su propia ley. Obligado a redactar un informe sobre la situación financiera de la provincia, explicaba al emperador que la petición de traslado de Narses impediría toda tentativa de expedición a Nubia, suponiendo que fuera posible atravesar la catarata. Tras varios días, el obispo trataba con frialdad al prefecto; ¿no había vuelto a dar a File una existencia legal con su error estratégico? Ahora que Isis permanecía en el templo, Sabni se dirigía con frecuencia a sus tierras para pagar a los campesinos, felices de trabajar por el interés de la isla santa.

Maximino acababa de arruinar varios años de esfuerzo. Los paganos salían de las sombras; incluso los cristianos estaban conmovidos por la fuerte personalidad de Sabni. Sin buscar convencer ni convertir, el sumo sacerdote atraía numerosos simpatizantes. Algunos jóvenes manifestaban su deseo de conocer la Regla del templo. Aquello que más había temido Teodoro surgía de repente como una pesadilla. Sabni, el adversario de Dios, se convertía en su enemigo más fuerte. Como si fuera una mala yerba, el paganismo renacía con una fuerza que él había creído muerta. La pareja que reinaba en File disponía de la autoridad y del poder de convicción necesarios para cambiar progresivamente la situación a su favor. File pasaba de estar oprimida a convertirse en conquistadora.

El prefecto soñaba con Isis. El obispo preparaba su respuesta. Narses echaba una ojeada descuidada a sus soldados, pensando en el feliz momento en que se encontraría solo, sobre su roca, de cara a la catarata. Sin embargo, un problema le preocupaba y fue a consultarlo con el capitán Mersis.

—Faltan algunos hombres, ¿no?

—Unos veinte.

—¿Por qué?

—Fiebre y problemas intestinales.

—¿Una epidemia?

—Todavía no se sabe. Los médicos están examinando a los enfermos.

La información preocupó al general. Recordaba las campañas africanas en las que la disentería había diezmado regimientos enteros. Los hombres morían en medio de atroces sufrimientos después de haber perdido todo el líquido que contenía su cuerpo.

—¿Cuál es vuestra opinión, capitán?

—Estoy preocupado.

—Si se declarase algún nuevo caso, ponedme al corriente de inmediato.

Narses volvió a su puesto de mando. Aquella tarde no podría contemplar la catarata.

Isis y Sabni, los primeros en levantarse, recorrían las estancias del templo después de haber celebrado el ritual del alba. Cada día que pasaba, la isla santa estaba más hermosa y radiante.

Su felicidad y la intensidad de su unión nacía de aquellas piedras de espíritu alegre. La voz de los antepasados habitaba los corredores donde la pareja se escondía a menudo, atenta al silencio formado por siglos de ofrendas. El amor que les ligaba aumentaba de día en día con la fuerza de las mañanas y la ternura de las tardes.

En el patio, entre los dos pilónos, el carpintero había reunido una veintena de hermanos y hermanas. Apretados unos contra otros, formaban un grupo compacto y hostil. Auré, con el

consentimiento del agitador, no aparecería; se dedicaría a transcribir un ritual y así se quedaría fuera del conflicto y podría conservar, en caso de fracaso, la confianza de la gran sacerdotisa.

Isis y Sabni se detuvieron sobre la escalera que conducía a la entrada de la sala de columnas.

—¿Qué deseáis? —preguntó el sumo sacerdote.

—No estamos de acuerdo contigo. ¡Vender nuestros bienes es una infamia! Deseamos permanecer en la sombra, pues batirse contra el prefecto y el obispo nos parece una empresa demasiado peligrosa.

—No tenemos elección —le recordó Isis—. El templo sale de su aislamiento.

—Eso es lo que habría que evitar —dijo la perfumadora. Querríamos envejecer en paz, lejos de los vengativos cristianos. Sabni y tú nos obligáis a dirigirnos contra ellos y a librar una batalla perdida de antemano.

—Eso no es verdad —objetó Sabni—. Tratando de enterrar el templo, el prefecto le ofrece un medio de vida. Retroceder ahora sería cobardía.

—¿Qué sabes tú de valor? —dijo un músico con las manos deformadas por el reumatismo —. ¡Eres un sumo sacerdote demasiado joven! Nosotros sí que hemos soportado sufrimientos.

Isis se sentó en un peldaño. Nada en su actitud transmitía irritación. Sabni la imitó; invitó con un ademán a los hermanos y hermanas a sentarse a su lado. Algunos se quedaron de pie.

—¿Qué proponéis?

—Volvamos a nuestra antigua situación —exigió el carpintero—. Que nos devuelvan nuestros bienes y nos olviden.

—Sabes que eso es imposible.

—No si verdaderamente lo deseas.

—¿Por qué estas quejas inútiles? —preguntó Isis—. Enmascarar la realidad es una falta contra nuestra Regla. Utilicemos con sabiduría el destino que los dioses nos envían.

—¡No se trata de dioses, sino del prefecto! No nos arrastréis a un callejón sin salida. Nuestra comunidad debe callar.

—Así hemos subsistido durante muchos años —admitió el sumo sacerdote—. Pero esa época ya ha terminado. ¿Quién va a negarse ahora al renacimiento de File?

—Nosotros —respondieron los aliados del carpintero.

—Si persistís en vuestras nefastas intenciones —prometió—, dejaremos la comunidad.

Una vez solos, Isis y Sabni unieron sus manos. Les afligía aquel ataque surgido del interior del templo. ¿Cómo condenar a hombres y mujeres con quienes habían compartido tantas vicisitudes? ¿Cómo juzgarles? Tenían libertad de elección para poder regresar al mundo exterior en cualquier momento.

—Ninguno de ellos ha franqueado la puerta de los grandes misterios —constató Sabni—. ¿No tratará el hermano carpintero de promover una revuelta para conocer las fórmulas del poder?

—Sería un fracaso seguro. Temo un mal peor; nuestro hermano olvida que no sólo somos una asamblea de seres humanos preocupada por su posteridad, sino una comunidad al servicio de los dioses. Si retrocedemos ante la aventura del espíritu, nos condenaremos a muerte.

—El carpintero lo sabe. Es uno de los adeptos más perspicaces.

—En ese caso, el veneno de la traición ha emponzoñado su alma.

Sabni palideció. Isis hablaba de acusaciones que él no quería oír.

—Tienes razón —admitió—. No es al templo a quien obedece, sino al prefecto y al obispo.

—¿Tienes alguna prueba?

—No. Por eso propongo que reunamos de nuevo la cámara de la Regla.

—¿Quién quieres que sea tu asesor?

—La bibliotecaria. Dejemos aparte a la ritualista; se mostraría implacable ante la insolencia del carpintero. Debemos saber la verdad y, si es cierto que se ha apartado del rebaño, intentar atraerlo de nuevo.

—Entonces no convocaré a Auré. Si no se trata más que de un cambio de humor y una revuelta pasajera, el amor fraternal tranquilizará a nuestro hermano.

Un carpintero arrogante, mal afeitado y vestido como un profano se presentó ante los jueces: Isis, Sabni y la biliotecaria encinta. Isis rogó a Ma'at, la Ley universal, que enseñara a sus fieles el camino recto donde el corazón se ensanchaba. El acusado no manifestó ninguna emoción al escuchar las palabras que, tiempo atrás, hacían vibrar su alma. Su posición, que se había vuelto insoportable, le dictaba una conducta: mostrarse odioso a fin de ser rechazado y constatar el nacimiento de una sedición interna, que justificaría su expulsión a los ojos del prefecto. Este último no podría reprocharle nada y tendría que elegir otro espía.

—¿Te consideras culpable o inocente? —preguntó Sabni—. ¿Eres consciente de haber violado la Regla?

—Yo me río de la Regla. Tu compañera y tú lleváis la comunidad al desastre.

—Sin embargo, tu voz no se opuso a nuestra nominación.

—Eso era ayer; el poder os ha desquiciado. Creéis en la resurrección de File. ¡Qué locura! Yo rechazo vuestra autoridad. Estoy decidido a abandonar la isla y no me iré solo. Muchos comparten mi opinión y prefieren la razón a vuestra demencia.

La biliotecaria, indignada, quiso protestar, pero Isis le impuso silencio.

—Mi designación como sumo sacerdote es el origen de esta revuelta —dijo Sabni—. Bajo el sabio gobierno de Isis no se elevó ninguna protesta. Hay una solución muy sencilla, hermano mío; yo me retiro de mi cargo y tú ocupas mi plaza.

El carpintero retrocedió un paso.

—Yo no he hecho esos votos.

—En lugar de cumplir con tu deber te dedicas a criticar mi manera de dirigir. En este momento, estás en la obligación de rectificar mis errores y hacer la comunidad más armoniosa.

—Rechazo esa función.

—Estoy lista para confiártela —declaró Isis—. Construye la obra que esperamos y te obedeceremos.

—¡Dejadme en paz!

—Te mientes a ti mismo, hermano. ¿De qué demonio eres esclavo?

—He pisoteado vuestra Regla... ¡Detenedme!

—¿Olvidas tu vocación hasta el punto de odiar a tus hermanos?

Sin haber sido invitado a ello, el carpintero abandonó la pequeña estancia en cuyo suelo brillaba el codo de oro de Ma'at, del que nacían las medidas del templo.

CAPITULO XXVII

Isis y Sabni se reunieron con los seguidores seducidos por los argumentos del carpintero. Enfadados y dubitativos, los adeptos se obstinaron en su postura. La decepción del sumo sacerdote fue inmensa. ¿Cómo era posible que aquellos seres que habían consagrado su existencia al templo pudieran renegar de su fe y traicionar su vocación? Las mismas excusas volvían una y otra vez: miedo a luchar contra un enemigo demasiado poderoso, voluntad de permanecer en la sombra, deseo de una vejez placentera lejos de conflictos. Para ellos File ya no existía; sólo soñaban con volver a Elefantina, reencontrar a sus familias y el anonimato.

Ni la dulzura de Isis ni la firmeza de Sabni convencieron a los sediciosos de que considerasen su decisión. Enloquecido, el carpintero se dirigió a la bilioteca donde trabajaba Auré.

—Este asunto está tomando un cariz muy feo.

Rabiosa, la ritualista rompió su cálamo.

—¡Entonces, Sabni se niega a ceder!

—Me ha propuesto ocupar su cargo.

—¿Te has negado?

—Es demasiado arriesgado.

—Te sientes incapaz, ¿verdad?

—¡Pues claro que sí! Molestias, disgustos, eso es lo que conlleva ese cargo. Debemos huir de la isla, Auré. El complot ha terminado bien; varios seguidores nos acompañarán y volverán a una existencia normal.

—¿Tú también?

El carpintero dudó.

—Amo a File, sin duda más que Isis y Sabni, pero ha llegado el momento de renunciar a las tradiciones moribundas. Estamos encerrados en un sueño; aceptemos la realidad de nuestra época y olvidemos este templo sin tardanza.

Auré mantuvo la mirada fija sobre el papiro.

—No puedo.

—No seas obstinada. Uno tras otro, todos los hermanos y hermanas abandonarán a la pareja que les gobierna. Pronto Isis y Sabni se desgarrarán entre ellos. ¿Crees necesario asistir a ese triste espectáculo?

—Sal de aquí.

—Auré...

—Eres un inútil y un cobarde. Me he equivocado al elegirte como aliado. Yo no cometeré dos veces el mismo error.

El carpintero se reunió apenado con sus compañeros.

Mientras se alejaban los barcos con los que habían faltado a su promesa, Crestos blandió el puño.

—¡Perjuros, yo os maldigo!

—Trata de comprenderlos —recomendó el sumo sacerdote.

—¡Son las más miserables de las criaturas! La gran diosa los había acogido y les había dado todo su amor. Puedo perdonar a los cristianos y a mis enemigos, pero no a esos traidores.

—Muy pocos siguen el camino hasta las puertas de los grandes misterios —indicó Isis—. No adores el pasado de manera infantil; en las épocas más gloriosas, el camino de la sabiduría era tan estrecho como ahora.

—Estamos en guerra. El desertor sólo merece la muerte.

—Nuestro trabajo consiste en dar la vida, Crestos, en prolongar la obra de la divinidad.

—Al menos, que sean heridos —murmuró el adolescente.

Los adeptos se arrojaron a los brazos de los soldados que habían observado su travesía. Algunos anunciaron su conversión inmediata; otros, incapaces de profanar su juramento, se contentaron con afirmar que regresarían con sus familias y que nunca más volvería a oírse hablar de ellos. Ocultando su papel de agitador, el carpintero se confundió entre las filas de soldados.

Los militares, sorprendidos por estas manifestaciones, reaccionaron con brutalidad e hicieron retroceder a los adeptos a punta de lanza. Una hermana cayó al suelo herida en el vientre y varios hermanos fueron heridos en brazos y piernas. El carpintero trató de interponerse, pero un hermano golpeó a uno de los soldados. Aquella agresión individual fue reprimida con crueldad; los rebeldes fueron encadenados y conducidos a la fortaleza principal. Tres perecieron por el camino. Arrojaron sus cadáveres en canales de riego abandonados en los que se pudrían los despojos de asnos y bueyes.

Cuando el capitán Mersis vio entrar el triste cortejo en el cuartel, se dio cuenta en seguida del alcance del desastre. La mitad de la comunidad se había ofrecido como víctima resignada a los golpes de un enemigo del que no sospechaban tamaña violencia. Los soldados afirmaron que una banda organizada les había atacado. Mersis, obedeciendo las consignas, arrojó a los rebeldes a una celda subterránea en la que permanecerían durante quince días, antes de partir con la próxima caravana de deportados hacia un campo de trabajos en Asia. Si

alguno sobrevivía al viaje, moriría en las minas. Incapaz de moverse, el hermano carpintero no paraba de llorar.

Teodoro rogó a Cristo, le suplicó que arrojara luz sobre su espíritu y le mostrara el camino. ¿Cómo salvar a Sabni después de semejante catástrofe? El obispo sabía que su amigo era poseedor de una verdad que merecía ser conservada. Si se le quitaba la capa de error y de ilusión, sería una fe triunfante. Dios había confiado a Teodoro la tarea de conducir a un sacerdote pagano a la luz de la verdadera fe. ¿Había vocación más noble y exaltada que ésta? Sabni tenía las cualidades de un gran prelado y poseía don de mando. Juntos, los dos hombres se complementarían como los Gemelos del zodíaco. Pero había que arrancar a Sabni de la prisión en la que él mismo se había encerrado; por tanto tendría que dividir la última comunidad que todavía le ataba a los cultos malditos. La locura del prefecto se había convertido en un arma decisiva para la causa del Señor.

Maximino escribió a Isis la décima carta implorando perdón. Al igual que había hecho con las nueve precedentes, la tiró, sin preocuparse por lo mucho que valían los papiros. ¿Cómo explicar a la gran sacerdotisa que la estupidez de un carpintero había sido la causa de tantas desdichas? Utilizando los servicios de un confidente, el prefecto no deseaba poner en peligro una comunidad a la que, no obstante, quería destruir para librar a Isis de las ataduras mágicas por las que estaba ligada.

Maximino se perdía en sus propios pensamientos. Incapaz de soportar por más tiempo la atmósfera de su despacho, pidió al obispo que le recibiera. Teodoro le recibió con frialdad. —Me detestáis.

—¿Estáis satisfecho de vuestra iniciativa? —¿Cómo iba a imaginar que el carpintero encabezaría una conspiración?

—Una revuelta armada de viejos y enfermos... ¿Quién se va a creer ese cuento? Vuestro espía tuvo miedo y trató de huir en compañía de los débiles que pudo convencer.

—¿Me consideráis responsable de unos cuantos cadáveres sin importancia?

—Estoy listo para oíros en confesión.

Maximino, conmovido por la mirada del obispo, comprendió por qué aquel hombre gobernaba una provincia y por qué, el día de mañana, reinaría sobre Egipto entero. No tenía que alzar la voz para dar una orden y ser obedecido.

El prefecto se arrodilló. En aquel momento creyó en Dios. Su presencia se reflejaba en su servidor. Los labios del prefecto vibraron y comenzaron a murmurar sus pecados.

Isis y Sabni franquearon el pórtico de Adriano y descendieron hasta el Nilo. El frío del invierno se alejaba y asomaba la primavera; se abrían las primeras flores que pronto vestirían a la isla santa de rojo, azul y amarillo. Los dos jóvenes pasearon por la orilla húmeda por el rocío. Paso tras paso, se afirmaban sobre la realidad de aquella tierra sagrada abandonada por la mitad de la comunidad.

La víspera, Isis no había tenido valor para proseguir con la redacción del ritual destinado a favorecer el retorno de la diosa lejana.

Sabni redistribuyó el trabajo, pero varias tareas habían quedado sin cubrir. El templo carecería de artesanos cualificados; sin carpintero, ¿cómo mantener el mobiliario ritual? ¿Cómo reparar las camas y los baúles de las vestimentas? Sabni trataría de perfeccionar estas técnicas, ya que conocía los rudimentos, y las transmitiría a Crestos, que sabría hacer fructificar las enseñanzas recibidas.

—No he dejado de pensar en la partida de nuestros hermanos y hermanas —le confió Isis —. Constantemente veo sus caras, recuerdo sus alegrías, sus penas, las vivencias compartidas con ellos, su descubrimiento progresivo de la sabiduría. Siento su sinceridad, la fuerza de su compromiso. Han cedido a un momento de debilidad. Volverán.

—Olvídalo.

—¿Por qué?

—Mersis ha enviado un mensaje. Desearía evitarte...

—Habla.

—¿Deseas sufrir aún más?

—Odio el sufrimiento; nuestro pueblo ha vivido para la felicidad, pero me niego a meter la cabeza bajo tierra.

—Los que nos han abandonado están muertos o presos. Motivo oficial: revuelta contra el ejército. Ni siquiera Mersis puede mejorar su suerte.

Isis lloró suavemente, abrazada a Sabni; el viento del desierto se levantó e hizo bailar las acacias. El sol calentaba a la pareja, sentada al pie de un tamarindo. Sobre File reinaba una paz profunda, heredera de una edad de oro donde todos los seres saludaban la luz del amanecer antes de pensar en sí mismos.

—Debes irte, Sabni.

—¿Me expulsas?

—El prefecto te perseguirá con saña y el obispo exigirá tu sometimiento. Aquí estás en peligro. Ve hacia el norte, reúne a los fieles dispersos, renueva sus esperanzas. Sólo el sumo sacerdote de File puede encargarse de esta tarea.

—Mi lugar está a tu lado, a la cabeza de la comunidad que nos ha designado para guiarla. El cuerpo sólo vive en función del corazón; hoy, el corazón del Egipto tradicional es File.

—Puesto que las cosas están así, yo seré la muralla más sólida, un dique infranqueable. Los últimos adeptos duplicarán su energía y serán más indomables que las fieras. Aprovechemos que somos pocos para aumentar nuestra coherencia, respirar con un único aliento y nutrirnos del mismo poder.

—El templo es la morada de la diosa que te dio el nombre. Obedecerla me colma de una alegría que no merezco y de la que sólo tú tienes el secreto.

Isis apoyó la cabeza sobre el hombro de Sabni.

—¿Quién sabría cantar el amor que siento por ti? Es más vasto que el cielo, más fértil que la tierra negra, más brillante que las estrellas.

Sus labios se encontraron, sus cuerpos se abrazaron y el amor les unió bajo la sombra rosada del tamarindo.

CAPITULO XXVIII

En un extremo del pórtico habían dispuesto cestos llenos de pescado, guisantes, melones, higos y dátiles y sobre las esteras, una docena de cántaros de vino tinto. En el centro de las vituallas estaba el joven Crestos con una bandeja de barro cocido lleno de pan.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió Sabni.

—¡Alimentos de nuestros dominios! Diez campesinos y un pescador los han traído. En cuanto lo decidas podemos comenzar el banquete.

—¿Qué quieres festejar?

—¡La partida de los traidores! No deberían haber entrado en el templo jamás. Al capturarlos, la diosa purifica la comunidad y le abre un nuevo camino. Qué importa que seamos pocos... Ahora somos un solo ser. Nuestra rectitud tenía un precio.

Isis y Sabni no replicaron. Con el ardor propio de los neófitos, Crestos enterraba el pasado. Entero, devastador, menospreciando los detalles, vivía la realidad más cruda sin preocuparse por lamentaciones.

—Es el nacimiento de una nueva comunidad que saludaremos vertiendo la luz en nuestras copas.

El general Narses terminó su informe oral con una conclusión pesimista: la epidemia se extendía. Ni los médicos militares ni los practicantes de Elefantina eran capaces de frenarla. En el cuartel general ya habían muerto al menos veinte soldados. Cada día se declaraban nuevos casos; la enfermedad pronto alcanzaría a la población. Si no la detenían pronto, los ejércitos de

Narses y del obispo serían diezmados. ¿Quién aseguraría entonces la defensa del pueblo? Cierto que los blemios no habían vuelto a aparecer, pero ¿no permanecía latente el peligro tras los bloques de granito de la catarata?

—Celebraré una misa e imploraré públicamente la ayuda del Señor —prometió Teodoro.

—No os lo aconsejo —objetó Maximino—. No comprometáis vuestra autoridad. Que cada cristiano rece a Cristo misericordioso sin implicar al Estado a través de vuestra persona; Dios podría hacer oídos sordos...

—En la calle proponen otra solución —indicó Narses—; llamar a una curandera.

El prefecto se indignó.

—¡No volvamos a caer en prácticas de magia negra!

—El pueblo dice que la gran sacerdotisa de File tiene poderes que le ha confiado la diosa. Ella habría conseguido detener un mal similar hace algunos años. ¿Es eso cierto, reverencia?

De mala gana, Teodoro reconoció que era cierto. Pero se negó en redondo a recurrir a File, pues esto significaría volver a actualizar las supersticiones a las que el pueblo seguía aficionado. El prefecto estaba de acuerdo, pero ¿cómo desperdiciar la ocasión de ver a Isis? Ordenó a Narses que fuera a buscarla sin utilizar la violencia. Si se negaba a acudir, tendría que contentarse con levantar acta.

El obispo se tranquilizó; Isis no aceptaría abandonar la isla santa para ayudar al enemigo.

—Vuestra barca está lista, mi general. Cuatro remeros serán suficientes.

—Que se queden en tierra.

—¿Pensáis ir solo?

—Sé manejar un remo.

Para sorpresa del oficial y los soldados, Narses se lanzó por el río en dirección a File. Deseaba vagar por las aguas sagradas que sobrevolaban las garzas blancas y los ibis de alas inmensas, y navegó con indolencia hacia el templo, fortaleza del divino constructor sobre la roca emergida del océano de energía, padre y madre del universo. A medida que se acercaba, Narses se sentía cada vez más subyugado. ¿Qué inspirado arquitecto había osado concebir aquel esplendor a la vez austero y atractivo, aquellas piedras luminosas tan poderosas como inmateriales, aquel santuario dispuesto como una nave a punto de elevarse al cielo? ¿Cómo se podía vivir lejos de aquel lugar bendecido por los rayos del sol y el soplo del viento?

El vigilante del embarcadero corrió a prevenir a Sabni de la proximidad de una embarcación ocupada por un solo hombre. Evidentemente, no se trataba de una invasión, por tanto el sumo sacerdote no alertó al resto de la comunidad. El barquero se detuvo a una veintena de codos de la orilla y se puso en pie.

—Soy el general Narses —anunció con voz fuerte.

—Y yo el sumo sacerdote de File. ¿Qué deseas?

—Rogar a la gran sacerdotisa que venga a Elefantina a luchar contra la epidemia que se abate sobre la guarnición.

Sabni pensó en el capitán Mersis, el hombre devoto de File a pesar de que esto suponía poner en peligro su existencia. Sólo por él se justificaba la intervención de Isis. El comportamiento de Narses intrigó a Sabni; su expresión, de una seriedad cautivante, traicionaba su languidez. ¿Quién habría reconocido en este plácido navegante al soldado responsable de tantas carnicerías? No se atrevía a abordar el territorio de la diosa y contemplaba fijamente la terraza que coronaba la fachada del primer pilono, como si su mirada le permitiera entrar allí donde sus piernas se negaban a llevarle.

—La gran sacerdotisa es quien ha de decidirlo —declaró Sabni.

—Tú puedes convencerla. La situación es desesperada. Aguardo su respuesta.

Isis dictaba a Auré una frase acerca del ojo del sol comparado con el uraeus cuyo fuego apartaba las fuerzas de las tinieblas.

Sabni la interrumpió.

—Perdona la intrusión; el general Narses suplica que utilices nuestra terapéutica para salvar a su ejército, que se encuentra en peligro. Disentería, sin duda. La Terrorífica ha salido de su mutismo y abate a nuestros enemigos con su aliento pestilente.

—Una ayuda celestial... ¡Pero no podemos abandonar a Mersis! Una persona excepcional merece todos los sacrificios posibles.

Isis se dirigió hacia la parte norte del pilono y meditó ante el muro occidental donde estaba inscrito el ritual para calmar a Sejmet, la diosa terrorífica de la comunidad de los poderes cósmicos encargada de propagar las enfermedades y de castigar a la humanidad culpable de profanar el mundo omitiendo celebrar los ritos. La gran sacerdotisa leyó los textos a media voz y memorizó las fórmulas para curar.

Narses no se había movido. Desde lo alto del embarcadero, Isis se dirigió a él.

—¿Decís la verdad, general?

—No conozco la mentira y os garantizo vuestra seguridad en el territorio de Elefantina.

—Sois mi enemigo y el del templo.

—Eso creía yo antes de descubrir la catarata.

—¿Habéis cambiado de opinión?

—De punto de vista.

—Isis os ha iluminado con su gracia.

—Soy un solitario; mi camino es el del silencio, no el de una religión o comunidad. Mi brazo está cansado de destruir. Mis hombres sufren; sólo vuestra ciencia puede atenuar su aflicción y detener a los demonios de dientes de hierro.

—Si los curo, volverán a ser soldados.

—Bajo mi mando.

—Si recibierais la orden de atacar la isla santa, ¿obedeceríais?

—¿Comprenderíais vos que yo traicionara mi palabra de oficial?

Isis volvió al primer pilono y se sentó al lado de Sabni, que le desaconsejó la aventura; si prestaba asistencia al enemigo, ¿no aparecería como una traidora a los ojos de los adeptos? La gran sacerdotisa rechazó el argumento. Si triunfaba, los frutos de la victoria redundarían en beneficio de la diosa. Odio y celos enfrentados, la cofradía gozaría de nuevo de la estima del pueblo, como en los felices tiempos en que todos sabían que un médico del templo se trasladaría hasta la cabecera de los más pobres sin reclamarles ningún pago.

Sabni sacó una estatua de granito negro del laboratorio; representaba un sacerdote con serpientes en las manos, pisando escorpiones y con el cuerpo cubierto de jeroglíficos. Con la ayuda del hermano más robusto, el sumo sacerdote llevó al extraño personaje hasta la barca, a la que subió en compañía de Isis.

A la vuelta de la travesía, los soldados se negaron a tocar el diablo de piedra. El propio Narses tuvo que ayudar al sumo sacerdote para cargarla en un carro; después, el cortejo caminó hasta el cuartel general, donde reinaba un silencio anormal. Aquella mañana habían sucumbido cuatro soldados. Enterraban los cadáveres de inmediato, lejos del campamento.

Colocaron la estatua en el centro del patio, donde el desfile previsto no tendría lugar. Sabni no se retiró hasta que Narses introdujo a Isis en el interior de la construcción destinada a los oficiales. Isis retrocedió a causa del hedor insoportable. La dolorosa mirada del general le dio el valor necesario. Los enfermos estaban acostados sobre lechos de paja, la mayoría infectados y sucios mientras los enfermeros trataban de hacerles beber algo. La gran sacerdotisa examinó a los enfermos uno por uno, poniendo su mano derecha sobre la frente y la izquierda sobre el vientre. Dos veces pronunció el terrible diagnóstico: «Un mal que conozco y que no puedo vencer». Intentaría curar al resto. No podía pronunciar la frase que todos esperaban: «Un mal que conozco y que venceré».

—Llevadlos fuera, al lado de la estatua.

—El sol les matará.

—Al contrario. Obedecedme, general, o vuelvo a la isla. Que todos estos hombres sean bañados y que laven sus vestidos. Enseñadme la farmacia del campamento.

Isis encontró los ingredientes indispensables para fabricar un remedio contra la fiebre y la infección intestinal: jugo de escarabajo, mirra, beleño, cicuta, eléboro y opio. Mezcló las substancias en un frasco y obtuvo una solución que vertió sobre la estatua. El líquido se impregnó de los textos mágicos que proclamaban la victoria de la luz sobre los demonios portadores del sufrimiento. Sabni recogió el precioso brebaje en una copa. Mientras administraba la poción a los pacientes, Isis pronunciaba los versos de un antiguo hechizo:

—Que ellos sean identificados con Horus, el hijo divino, preservado de toda afección; que la gran diosa les libre de la muerte masculina que les ataca por la derecha y de la femenina

que les ataca por la izquierda; que las venas de su corazón distribuyan la energía por todos los miembros y expulsen los flujos nocivos.

La gran sacerdotisa exigió que comparecieran los soldados rasos, a los que prodigó idénticos cuidados; luego hizo trasladar a los enfermos a las construcciones de piedra en las que las ventanas habían sido rotas para dejar que el aire circulara en la oscuridad.

—Que no haya ningún ruido. Estos hombres tienen que dormir.

Narses impartió las órdenes oportunas; el cuartel se cerró. Isis masajeó a los malheridos hasta sumirlos en un profundo sueño, tocó manos y nucas a fin de capturar las fuerzas malvadas que se había adueñado de los cuerpos; algunas se desvanecieron como sombras, otras resistieron.

Cuando se puso el sol, la gran sacerdotisa estaba agotada. El general Narses le ofreció su habitación. Sabni pasó la noche junto a la estatua, que los soldados observaban con inquietud.

¿Deberían su salud a aquella figura inquietante, a aquel médico de piedra surgido de otro mundo y recubierto de signos incomprensibles?

Al amanecer, la gran sacerdotisa preparó una nueva poción. Durante todo el día se ocupó de los enfermos. Dos de ellos habían sucumbido y tres habían conseguido levantarse. En casa de los otros, la fiebre remitió. Isis tuvo que tratar nuevos casos; los que no estaban enfermos bebieron un remedio preventivo.

Por la tarde, casi ningún soldado presentaba síntomas agudos. En Elefantina ya empezaba a extenderse el rumor que pronto llegaría a toda la provincia: la diosa de File había vencido la epidemia.

La sonrisa furtiva del capitán Mersis, preocupado por mantener una actitud distante, casi indiferente, fue la mayor recompensa de Isis. El general Narses convenció a Sabni de que aceptara como recompensa un centenar de cántaros de vino. Los soldados escoltaron la estatua curandera que tocaron al pasar docenas de curiosos; varios alabaron el nombre de Isis y aclamaron a la gran sacerdotisa.

En el embarcadero se encontraban el prefecto y el obispo. Maximino se acercó a Isis. Había preparado un discurso, pero fue incapaz de pronunciar palabra.

—¿Por qué habéis curado a vuestros enemigos? —preguntó Teodoro.

—Los soldados son responsables de la seguridad de los terratenientes. Les estamos agradecidos.

—Habéis utilizado ritos paganos prohibidos por la ley.

—Mis remedios son eficaces; en cuanto a la estatua, sólo se trata de un memorándum. ¿Por qué ver el diablo por todas partes?

La naturaleza es obra de Dios; gracias a las plantas podemos curar las enfermedades más temidas. Cuando la magia de los jeroglíficos se une a sus virtudes, la medicación se vuelve más eficaz.

Vencido, Teodoro se dio la vuelta, no sin antes observar en los ojos de la gran sacerdotisa una chispa que él consideró irónica. Otro éxito como éste y ella se reiría de Cristo.

CAPITULO XXIX

La primavera estaba en pleno apogeo. Desde que el sol empezaba a brillar, el frescor de la mañana daba paso a una suavidad que penetraba en la piel como un bálsamo. Cada mañana, Isis daba un paseo en compañía de la bibliotecaria, cuyo embarazo pronto llegaría a su término. File vivía unos inesperados días de felicidad. Sabni se ocupaba de las tierras del

templo que los campesinos trabajaban con creciente entusiasmo; el espectro del hambre y la pobreza se alejaba. El sumo sacerdote dedicaba estoicamente demasiado tiempo y esfuerzos a estas tareas materiales poco propicias a la meditación, pero se alegraba de la serenidad que de nuevo llenaba el corazón de los adeptos. Después de tantos años de incertidumbre y ansiedad, el templo, inscrito de nuevo en un marco legal, jugaba su papel de castillo del alma que nadie pensaba asediar.

El prefecto pasaba por fases de euforia y abatimiento. Se odiaba, decidía dejarlo todo y dirigirse a la isla, dudaba, volvía a deprimirse. Había dejado al obispo la gestión de todos sus deberes públicos. Sin Isis, la vida cotidiana se vaciaba de sabores. Saberla tan próxima, ser incapaz de atraerla... ¿Existía algún suplicio peor?

El emperador callaba. Ni un solo mensaje había llegado de Bizancio desde la llegada del ejército conquistador a Elefantina. O bien las intrigas de la corte ocupaban todo su tiempo o bien había decidido la desgracia de Maximino, que se traduciría en la llegada de un administrador dotado de plenos poderes. El oro de Nubia... el prefecto lo había olvidado. El amor de una mujer inaccesible le llevaba a echar a perder una brillante carrera. ¿No estaba comportándose como un adolescente estúpido, presa de la ilusión?

Maximino mandó llamar a Narses.

—Preparad un cuerpo de expedicionarios. —¿Cuántos hombres?

—Unos treinta, más un explorador. El obispo les proveerá de todo lo necesario.

—¿Misión?

—Cruzar la primera catarata y proseguir hacia el sur por la ruta de las caravanas. Interrogatorio de los indígenas y localización de las minas de oro. En cuanto vuelvan con la información nos pondremos a la cabeza del ejército.

—¿Marcharéis?

—¿Lo dudáis? Estaré a vuestro lado y traeremos montañas de oro.

Tres días después de la partida del cuerpo expedicionario, volvió el explorador. Gravemente herido en un hombro por una lanza todavía clavada, falleció una hora después de haber contado al general Narses que la vanguardia había sido exterminada.

Gracias a los experimentados barqueros, los soldados franquearon la catarata sin sufrir pérdidas. Durante la primera mañana de marcha, no encontraron un alma viviente. Después de haber hecho un primer alto en el camino, al pie de unas dunas, se encontraron con dos docenas de guerreros negros armados con lanzas y garrotes. A pesar de su bravura, los soldados no resistieron mucho tiempo. Aunque cada uno mató a varios enemigos, la horda de asaltantes aumentaba sin cesar. Cumpliendo órdenes de su superior, el explorador había huido a fin de prevenir al cuartel general. Cuando vio la fortificación se creyó salvado; las flechas lanzadas desde las murallas dispersaron a sus perseguidores, pero uno de ellos, tan fuerte como preciso, no falló el blanco.

—Blemios —dijo el explorador, agonizando— Cientos de blemios...

Maximino estaba aterrorizado. El oro de Nubia también se convertía en inaccesible. Su ejército no podría exterminar un enemigo numeroso, móvil y feroz.

—Reforcemos nuestras defensas —propuso el obispo—. Que vuestros hombres, unidos a los míos, conviertan la frontera en una barrera infranqueable. Estoy convencido de que los blemios atacarán tarde o temprano.

—No es cierto —objetó Narses—. Ellos son los amos en su tierra, como hemos sabido de la manera más bárbara posible. El emperador no movilizará regimientos con el único objetivo de pacificar esa región olvidada. Los blemios han alcanzado su meta.

—Que Dios os oiga.

Teodoro esperó a estar solo con el prefecto para señalar un hecho más inquietante que la victoria blemia. El diablo asomaba en el alma de Elefantina.

—La intervención de Isis ha sido un desastre.

—Ha salvado muchas vidas.

—Y ha turbado muchos espíritus débiles. Varios notables sugieren que el sistema de donativos al templo debería volver a ponerse en vigor. A cambio, la gran sacerdotisa dirigiría la corporación de médicos y enseñaría la vieja terapia. Una docena de jóvenes ha solicitado entrar en la comunidad. Les he hecho detener y deportar al norte, pero siguen naciendo vocaciones.

El rostro del prefecto se iluminó. Si Isis aceptaba esta nueva función tendría que vivir en Elefantina. La vería cada día; se inventaría cien enfermedades, se quejaría de mil males incurables e insoportables, exigiría constantes cuidados. La suerte le sonreía de nuevo; apoyó con entusiasmo el proyecto de los notables de la ciudad.

—No analizáis bien la situación —dijo el obispo—. La verdadera fe, en numerosas conciencias, es una chispa temblorosa que el viento del paganismo podría extinguir. Los poderes de las tinieblas utilizan a esta mujer para destruir el mensaje de Cristo.

—Isis es amor; en ella no hay nada oscuro.

—Sirve a la causa del diablo y vos también.

Maximino sintió escalofríos ante la seriedad de Teodoro.

—Eso significa...

—Significa que os amenazo con la excomunión. El emperador os había confiado dos misiones: llevarle el oro de Nubia y cerrar el último de los templos paganos. No solamente habéis fracasado, sino que además os dirigís contra la Iglesia y contra Cristo.

El prefecto no tomó la advertencia a la ligera; semejante medida le condenaría a la pérdida de sus títulos y al exilio. Sin embargo, resistió.

—Isis es mi razón de ser.

—En ese caso, dejadme actuar a mí.

Escoltado por soldados y diáconos, el obispo se dirigió al extremo sur de Elefantina, donde se encontraban los cuarteles de los mercenarios judíos y árameos. Celebraban el culto a Yahwo, a pesar de que su santuario había sido arrasado en la época lejana de las persecuciones; el triunfo del cristianismo les había concedido un discreto derecho de ciudadanía, aunque el obispo mantenía la prohibición de unas costumbres que escandalizaban a los habitantes de la provincia.

La visita sorprendió a los mercenarios. De ordinario, Teodoro les trataba con desprecio; se les consideraba ciudadanos de segunda y se encargaban de las tareas más humildes; temían cometer alguna falta, lo que era pretexto para tareas suplementarias. El obispo se contentó con ordenar a sus jefes que le siguieran hasta los cercados donde dormían los carneros.

Sabni volvió a tomar el camino del templo cuando un campesino le advirtió de que se habían producido horribles sucesos. Los judíos habían roto las empalizadas de los cercados de carneros, propiedad de File desde la fundación del templo, y se habían apoderado de estos animales, sagrados en la memoria del pueblo. En Elefantina no se mataba un solo cordero por respeto a Jnum, guardián del secreto de las fuentes del Nilo.

El sumo sacerdote se aseguró del robo y se dirigió sin tardanza a casa del obispo, pero tuvo que esperar más de una hora en la antecámara.

Teodoro lo recibió con amabilidad.

—No protestes, Sabni. Ya me han informado.

—¡Entonces has sido tú el que ha favorecido este sacrilegio!

—Matar un carnero no ofende a Dios.

—Al autorizar esta carnicería, maldices el alma de todos los egipcios.

—Los egipcios son cristianos. La colonia judía se nutrirá de la carne de esos animales durante la Pascua. Serán sacrificados a la gloria de Yahwo.

—Hace años, la población arrasó su santuario para hacerles expiar un pecado semejante.

—Eran otros tiempos, amigo mío. Hoy, File ya no gobierna la provincia y el poder de Jnum se ha extinguido. Ya no habita en el cuerpo del animal sagrado; es sólo carne para la olla y nada más.

—Ha habido robo y rotura de cercas: delitos graves.

—Si hubieran sido cometidos, podrías elevar una queja. Pero dispongo de un informe de la policía militar. Dos labradores dignos de confianza han visto a los carneros derribar el cercado.

—El azar les ha llevado hasta el campamento de los mercenarios judíos...

—La mano de Dios, Sabni. Él es quien dirige nuestros destinos.

—¿Cuál será la próxima medida que emprendas contra el templo?

—File tiene derecho a salir de la sombra. Conviértete y ven a mi lado. Yo te espero. Te espero con impaciencia.

El obispo creyó que el sumo sacerdote dudaba. Su mirada pareció vacilar. Salió del despacho apretando los labios.

—La noria ya no funciona —dijo el campesino—. Las piezas de hierro están deterioradas. Habrá que reemplazarlas; si no, será imposible regar.

El hombre no exageraba. Los bueyes, acostumbrados a girar para accionar la gran rueda de madera a la que estaban atados, se asombraban ante el reposo. El engranaje de la noria, que regía la interminable cadena de cangilones que se rellenaban sumergiéndose en el agua y se vaciaban cuando llegaban arriba, había dejado de funcionar.

—Utilicemos los cigoñales —recomendó Sabni.

El campesino negó con la cabeza. Condujo al sumo sacerdote a un canal de riego donde estaban plantados dos postes fijados sobre unas horcas que les permitían bascular. En uno de los extremos había un recipiente de barro cocido para empujar el agua y en el otro el contrapeso necesario para enderezar el poste cuando el recipiente estaba lleno.

Horcas astilladas, postes rotos, recipientes quebrados... los vándalos no habían respetado nada.

—¿Se sabe quién es el culpable?

—Ocurrió durante la noche. Nadie ha visto nada.

El cigoñal era responsabilidad de cada campesino, pero la noria pertenecía al Estado. Así que Sabni se encontró de nuevo en el despacho de Teodoro. En su ausencia, lo recibió un secretario que anotó la queja y remitió a Sabni al colega encargado del catastro. Este último verificó que el campamento existía y exigió una descripción precisa de la parte del propietario. La reparación de la noria no era de su incumbencia y presentó a Sabni al funcionario responsable de los riegos. Este último le formuló varias preguntas técnicas y anotó las respuestas. La noria tenía una existencia legal que él reconoció en el acto. El arreglo de las piezas de recambio pertenecía a otro servicio cuyos despachos estaban instalados al norte de la ciudad. Allí, el sumo sacerdote fue recibido por un viejo griego particularmente puntilloso; tras una larga entrevista precisó que sólo se ocupaba de las piezas de madera. Si se trataba de piezas de hierro, como Sabni había indicado, tenía que dirigirse al arsenal y preguntarle a un oficial. El sumo sacerdote no renunció hasta que acabó con la paciencia de los soldados que se negaban a escucharle; cuando por fin fue introducido en el despacho del intendente militar, no le fue permitido exponer el caso. Estaba prohibido utilizar piezas de metal en asuntos de tipo civil hasta nueva orden, ya que se encontraban en estado de alerta. Inadmisible, la petición ni siquiera fue registrada.

Sabni montó en cólera mientras izaba la vela del barco que le llevaría al templo. Así que el obispo quería destruir File poco a poco, privándole de los medios de vida que habían acordado con el prefecto. Sin ira, sin violencia, la más implacable de las guerras comenzaba. Unos meses antes se habría dejado llevar por la desesperación; el amor de Isis le había transformado. Había paladeado la felicidad y no quería perderla.

CAPITULO XXX

El panadero amontonó el grano en una criba y lo tamizó mientras imploraba a los dioses que velasen por File. Cuando descubrió a Isis, inmóvil al lado del horno, dejó caer el molde cónico destinado a recibir la pasta del primer pan del día.

Los gruesos labios del artesano se contrajeron. Incapaz de disimular su confusión, se echó atrás.

—¿Por qué tienes miedo de la gran sacerdotisa?

—La sorpresa... nunca venís por aquí.

—Inventa una excusa más creíble, hermano mío. ¿Por qué no le has seguido?

El artesano bajó la cabeza.

—¿Ha sido por miedo a un mundo hostil o es que te has negado a traicionarnos? Me gustaría conocer la naturaleza de tu alma. ¿Se comunica con el templo o se esconde en los lagos del rencor?

El panadero recogió el molde y lo limpió.

—He odiado a Sabni porque nos exigía demasiado. Él, un hombre joven, trata a sus hermanos mayores como a niños; ni siquiera solicita sus consejos.

—¿Cuáles serían?

—Renunciar y entrar en el ejército. En Elefantina, simularíamos convertirnos y nos reuniríamos en secreto para venerar a Isis. La gran diosa quedaría satisfecha con esta devoción. ¿Acaso somos capaces de mantener un templo tan vasto cuya mera existencia atrae sobre nosotros la furia del obispo?

—Te he conocido más combativo. El carpintero y tú rechazabais toda concesión a la Iglesia y os declarabais listos para pelear.

—Eramos jóvenes.

—Entonces, ¿no tiene nada que ver con no haberos permitido el acceso a los grandes misterios?

La expresión del panadero cambió.

—Nuestra vejez nos daba derecho a conocerlos.

—Es falso y lo sabes. Sólo la perfección de tu trabajo y el conocimiento de la lengua sagrada abren la última puerta.

—Es cierto... Pero ¿cómo admitirlo y parar a mitad de camino?

—Tú eres el único dueño de tu destino. Por tus actos, te sitúas en la jerarquía del templo y eliges tus alimentos.

El hermano volvió a tamizar la harina para obtener la finura deseada.

—He aceptado mis límites; mi rabia se ha extinguido. Concédeme la alegría de permanecer en la comunidad hasta mi último aliento y participar en la obra según mis capacidades.

—Si eso va a darte la felicidad, moldéalo como un pan caliente y crujiente.

El rostro del artesano cambió. Bajo su aparente indolencia se adivinaba renacer la convicción.

—Debo informarte, gran sacerdotisa.

Isis temió una nueva traición.

—Ni tú ni Sabni sois conscientes de que la comunidad os ama y os venera con todo su corazón. Las pruebas la han hecho más madura y la han reafirmado; creed en ella como ella cree en vosotros.

El obispo consultó la lista de personas desaparecidas; una docena de agricultores huidos, incapaces de pagar sus impuestos, y tres hijos de pastores golpeados por un padre borracho. Estos últimos habían sido hallados y encarcelados; el prefecto los juzgaría cuando le pareciera bien. Indiferente a los asuntos públicos, se encerraba en su morada, soñaba, meditaba y componía poemas sobre la belleza de Isis. Por la tarde bebía hasta emborracharse.

El prelado ya no tenía dudas de que Maximino era presa de la locura. ¿Cómo podía el amor de una mujer degradar a un hombre hasta ese punto? El pueblo, con una imaginación tan fértil como infantil, hablaba de un hechizo. Teodoro daba gracias a Dios; por intermedio de Isis, el Altísimo favorecía sus designios. Siendo el amo absoluto de la provincia, el prelado arruinaría File, desterraría a la gran sacerdotisa y salvaría a Sabni.

El obispo tenía la costumbre de leer todos los documentos que le dirigían: listas interminables de contribuyentes, cuentas de las deliberaciones de los representantes de las asociaciones comerciales, informes de gestión de los bancos, cortos mensajes redactados por

sus espías; no descuidaba nada, memorizaba cada detalle; día tras día redescubría los secretos de su gente. ¿No le dictaba esta conducta el Señor, El que conocía el corazón de todas las criaturas?

La descripción de una fiesta celebrada en casa de Apolo le intrigó. El diácono, autor del informe, anotaba la ausencia de uno de los hijos del mercader de higos, quien, orgulloso de su creciente fortuna, había invitado a numerosos amigos con sus hijos. Varios camaradas de Crestos se habían extrañado. Apolo había respondido que su hijo había partido a Licópolis, donde vivía su abuelo. Teodoro verificó este último punto. Le faltaba asegurarse de que el denominado Crestos se había realmente presentado en las concesiones que jalonaban la ruta entre Elefantina y Licópolis.

Durante la primera semana de marzo, la veintena de adeptos que quedaban en la isla santa prepararon mágicamente la cosecha. Después de haber celebrado el rito de sublimación del cosmos, gracias al cual el soplo de vida circulaba entre el cielo y la tierra, imploraron los poderes del sol atrapados en los cuerpos de las serpientes. Éstas, deslizándose sobre los campos y filtrándose entre los cultivos buscando agujeros oscuros donde abrigarse, fecundaban las espigas. La diosa cobra, la-que-ama-el-silencio, escuchó las oraciones secretas de los agricultores. Gracias a la multiplicación de los cigoñales, reparados con los medios de que disponían, el agua no faltó.

Los cantos se elevaron por toda la isla. Las viejas melodías y los estribillos contenían veladas alusiones a las divinidades desaparecidas y a los espíritus bienhechores ocultos en el trigo maduro. Estos tiempos de esperanza también eran horas de temor: miedo a una mala cosecha y a rapiñas cometidas por los numerosos jornaleros procedentes del norte. Por la noche, los campesinos armados de horcas guardaban sus bienes. Sabni velaba a su lado. Tras el sabotaje de la gran noria, temía más agresiones.

File se abandonaba a la euforia. Al cabo de unos días nacería el hijo de la bibliotecaria; Crestos progresaba a pasos agigantados en el estudio de la lengua sagrada; Isis percibía un maravilloso fervor en la conducta espiritual de los adeptos, que, al formar una comunidad más coherente, liberada de la pereza, marchaba por el camino de un dios único glorificado desde los orígenes de Egipto.

¡Cómo le habría gustado a Sabni encontrarse entre ellos, bajo la sombra de las columnas del templo! Pero los deberes de su cargo estaban antes que sus deseos. Asegurando la protección del campo, preservaba la existencia del santuario. Soñaba con el día en que Crestos estuviera listo para reemplazarle; ese día se convertiría en un hermano preocupado únicamente por la ofrenda y la pureza del ritual.

Numerosos haces dorados fueron cargados sobre los asnos que los transportaban hasta el pueblo. El Estado tomaría su parte y calcularía el impuesto sobre las cantidades de File. Antes de ponerse en cabeza del cortejo, Sabni dio la orden de amontonar la paja con cuidado; durante el invierno, este excelente combustible permitiría calentar las canalizaciones y obtener una temperatura agradable en los baños.

Una multitud ruidosa de propietarios y campesinos se concentró en una explanada; el recaudador Filamón ordenó levantar pequeños toldos de madera bajo los cuales, resguardados del sol, los funcionarios procedieron al registro de los haces y calcularon las contribuciones. Nueve idas y venidas fueron necesarias para acarrear toda la cosecha. File no sólo estaría bien nutrida, sino que además podría vender una partida de su trigo. Mientras muchos agricultores, víctimas de la insuficiencia de la crecida, tenían un aspecto decaído, Sabni se regodeaba de la generosidad de sus tierras.

Como cada año, los inspectores del fisco fueron de una lentitud exasperante; ni un grano escapaba a su vigilancia. Los haces, soltados uno tras otro, fueron cargados a lomos de los asnos que inmediatamente se dirigieron a los graneros públicos y a las granjas privadas. Royendo tortas y cebollas, Sabni esperaba pacientemente en compañía de otros propietarios. Los escribas deberían apresurarse si querían terminar antes de que se hiciera de noche. Pronto, al lado de los despachos provisionales desiertos no quedaron más que Sabni y un granjero poseedor de un terrenito. Inquieto, el sumo sacerdote se dirigió al recaudador que comenzaba a recoger sus cosas.

—Me gustaría saber cuánto debo para llevarme lo que es mío.

—¿Nombre del propietario?

—Lo sabéis bien: File.

—Voy a verificarlo.

Filamón se entrevistó unos instantes con el escriba, deseoso de irse de allí.

—Vuestras contribuciones están anuladas. No tendréis que pagar más que el alquiler de los asnos.

—Es increíble... ¡Mi cosecha es abundante!

—En efecto; pero está reservada al ejército.

—Os equivocáis.

—En veinte años de carrera nunca he cometido un error.

—File es propiedad privada. Preguntad al prefecto.

—Si queréis formular una queja, presentadla mañana en mi despacho.

Cuando, al amanecer, abrieron los locales de la administración fiscal, ya se había formado una larga cola; numerosas protestas serían formuladas, pocas contestadas. Cuando le llegó el turno a Sabni, el inspector consintió en consultar con su colega, el que había dado la orden de mandar al cuartel la cosecha del templo. Poco amable, releyó el texto y pareció incomodarse. Sin dar explicaciones, desapareció para volver algunos minutos más tarde en compañía de Filamón.

—Mi subordinado ha cometido un error —reconoció el recaudador.

Sabni respiró aliviado.

—¿Deseáis presentar una queja contra la administración?

—¿Cuándo tendré el grano?

El hombrecillo se mordisqueaba el dedo índice.

—Es un detalle problemático... Va a ser muy difícil.

—¿Por qué?

—Vuestra cosecha ya se ha depositado en los graneros militares. De hecho, ahora pertenece al ejército. Sería necesario un decreto episcopal, refrendado por el obispo, para poderla trasladar.

—Firmarás ese decreto, Teodoro. Tú, un hombre de Dios, no puedes aceptar una injusticia.

—No te sulfures, Sabni. Se supone que un seguidor de Isis conserva la calma en cualquier circunstancia.

—Quieres matar de hambre al templo y obligarnos a abandonarlo, incluso al precio de la ilegalidad que tanto has combatido.

El obispo sostuvo la mirada de su amigo.

—Dios está por encima de las leyes humanas.

—En tiempo de los faraones, él era la base. Tu dios justifica con mucha facilidad la malversación de sus servidores.

—Tu vista es muy corta; los muros del templo la limitan. El tiempo acabará de abatirlos por tu propio bien, pero yo he firmado el decreto que restituye tus bienes. Si ya no confías en mí, puedes llevarlo tú mismo a Maximino.

—Que me atrapará como un perro rabioso.

—Eres un ciudadano respetable que paga sus impuestos. Sin duda haces bien al no fiarte de Maximino; es un hombre imprevisible. Ven esta tarde.

Al mediodía, Sabni vagaba por las calles de Elefantina, entró en una taberna para apagar su sed y se fue a pasear por los muelles. Se mezcló en las conversaciones en las que aparecía a menudo el nombre de Isis la curandera, cuya sabiduría sería capaz de hacer subir las aguas de la próxima crecida. También se hablaba del exterminio de una escuadra, enviada al sur para localizar los yacimientos de oro y destruida por miles de blemios; de ahí la proclamación del estado de emergencia y el refuerzo de las fortificaciones.

El día tocaba a su fin cuando Teodoro hizo entrar a Sabni en su despacho. Sobre el escritorio estaba el decreto con la firma del obispo.

—Maximino se niega a firmar. El trigo de File será para el ejército. Tú serás indemnizado.

—¿Cuándo?

—Cuando el presupuesto de la provincia sea firmado.

—¿Qué fecha?

—Quizá a principios del año próximo, quizá más tarde. El trabajo de los contables se anuncia lento y delicado; no deben cometer ningún error, bajo pena de sanción. Además, sólo el prefecto acuerda los daños y perjuicios. Proceso delicado, Sabni, desde el momento en que la financiación del ejército es prioritaria.

CAPITULO XXXI

Extenuado, decepcionado, el sumo sacerdote avanzó penosamente por las aguas plateadas. Oculta en el disco de la luna llena, la liebre de Osiris favorecía el nacimiento y la renovación de las energías; Sabni le pidió fuerzas para remar hasta la isla santa.

Más poderoso y determinado que nunca, Teodoro no soltaría su presa; despojando al templo de sus bienes, lo condenaba al hambre. El prefecto no era más que un títere en las manos de un prelado consciente de que la religión de Isis, a pesar de tener un reducido número de adeptos, estaba ganando terreno. Poco a poco, seducía los espíritus más recalcitrantes y volvía peligroso a File.

El embarcadero, por fin.

Con el cuerpo roto y el espíritu débil, el sumo sacerdote amarró la barca y se derrumbó sobre el borde de piedra. Isis le ayudó a levantarse.

—Ven rápido; nuestra hermana va a dar a luz.

Franquearon la puerta del primer pilono y se dirigieron al templo del nacimiento. Siete hermanas, simbolizando las siete Hathor inclinadas sobre la cuna del recién nacido para concederle sus favores, formaban un círculo alrededor de la parturienta. Golpeaban rítmicamente un tambor y salmodiaban un himno al rey recién nacido, hijo de Isis y de Osiris, con el que se identificaba el nuevo adepto.

—El sumo sacerdote ha de traer el torno de alfarero.

Sabni sacó el precioso objeto de la sala del tesoro. Con él, Jnum moldeaba el mundo cada día y creaba los seres. Olvidando la fatiga, siguió a Isis, que, manejando un bloque montado sobre un rodamiento dentado, permitió el acceso a una pequeña estancia a la que las hermanas condujeron a la bibliotecaria. Con una presión lateral, la gran sacerdotisa hizo entrar la piedra en un hueco del muro y camufló la entrada. Dos hermanas acostaron a la futura madre sobre un lecho de piedras calientes del que se elevaba un humo perfumado. Isis vertió agua aromatizada con sustancias calmantes. Una suave luz reinaba en este lugar cerrado donde, en el origen de los tiempos, había aparecido la gran diosa bajo la forma de una mujer negra y rosa.

El parto fue lento y doloroso. Cuando Isis se vio obligada a admitir que el niño estaba muerto, perdió el conocimiento.

La bibliotecaria murió de pena una semana después. El padre perdió la razón. Sabni permaneció a la cabecera del esposo, que durante mucho tiempo se negó a admitir la realidad.

El destino se revelaba muy cruel; el anuncio de este nacimiento ¿no habría entusiasmado a Elefantina, a la provincia, a todo Egipto?

La ternura de Sabni alivió a la gran sacerdotisa de su desesperación. Negándose a ceder bajo el peso de la desdicha, le transmitía su fuerza. Si ella se apagaba, la comunidad se dispersaría. Isis venció su tristeza; cuando reunió a sus hermanas, consiguió transmitirles nuevas esperanzas. File había perdido un niño, pero tenía a Crestos. La juventud no abandonaba el templo.

Aunque el sol desapareció en el reino de las sombras, su calor perduraba. La suavidad de los atardeceres que los adeptos pasaban en los jardines que rodeaban el templo se llenaba con

las lecturas de cuentos y poemas. Isis y Sabni eran los últimos en acostarse, después de haber contemplado la luna y las estrellas.

—Pronto se acabará el trigo. ¿Por qué nuestro almacén está vacío si hemos tenido una cosecha excelente?

—El obispo y el prefecto han requisado nuestros bienes. No nos queda ni una espiga. Deberíamos ser indemnizados, pero nuestra queja se perderá en el laberinto de la administración.

—¿Nos privarán de alimentos?

—Mañana volveré a nuestras tierras. El regadío nos ofrecerá una segunda cosecha antes de la crecida; ningún funcionario podrá impedirlo.

Los soldados vigilaban el acceso al campo. Ningún campesino trabajaba allí; sin embargo, habría que haber labrado y drenado la tierra. —¿Requisadas? —preguntó a un centinela. —El acceso a vuestras tierras es libre. —¿Dónde están los agricultores? —No lo sé.

—¿Por qué este despliegue de fuerzas?

—Tampoco lo sé. Hemos recibido la orden de montar la guardia. El resto no nos concierne. —¿Vuestro oficial? —Ha vuelto al cuartel.

En Elefantina, en el cuartel del obispo, fue donde Sabni obtuvo la respuesta. De cara a la próxima crecida, Teodoro se ocupaba de desatascar los canales principales y reparar los diques a fin de encauzar las aguas hacia los embalses. Había destinado numeroso personal a una tarea que duraría al menos diez meses; tapar brechas, sanearlos, exigiría un trabajo intensivo.

Entre los obreros agrícolas obligados a abandonar su trabajo habitual figuraban aquellos que dependían de File.

—El obispo acepta recibiros —anunció el ordenanza. Condujo a Sabni a un jardincillo interior donde Teodoro cultivaba plantas medicinales. Arrodillado, rociaba unas matas de salvia. —Me has quitado a todos mis empleados. —La necesidad hace la ley.

—¿Los otros propietarios han sufrido la misma suerte? —¿Eso qué importa?

—¿Mis protestas tienen alguna posibilidad de llegar a buen término?

—No. La leva es legal y el servicio al Estado un deber imperioso. —Impides que consiga una segunda cosecha. —Me preocupo por el interés general mejorando el sistema de riego de la provincia. ¿Me lo reprochas? —Tú sirves a tu dios, Teodoro. El obispo arrancó una mala hierba.

—Yo quiero la felicidad de Elefantina. Sus habitantes deben colaborar, tanto los adeptos de Isis como el resto.

—¿Qué quieres decir?

—Para alzar los viejos diques a buena altura, necesito muchos hombres. Los inactivos no holgazanearán más, empezando por los habitantes de File.

—¿Cómo tú, un sacerdote, te atreves a hablar así? Ningún religioso saldrá de la isla. ¿Acaso ignoras que trabajamos para hacer circular la energía divina y hacerla perceptible sobre esta tierra?

—No hay sacerdotes en File, sino desocupados. Si quieren comer, que participen en las faenas.

—Eres cruel.

—No tengo elección, Sabni. Interrumpe este calvario renunciando a tus errores y siguiendo a Cristo. Conocerás la felicidad completa.

—Un cobarde y un perjuro... ¿Lo aceptarías tú como amigo?

—La misericordia de Dios es infinita. Tu pasado ya no contaría.

Teodoro se levantó y cogió a Sabni por los hombros.

—No me obligues a adoptar medidas más penosas.

—Yo no, no tengo elección.

Sabni no ocultó nada a la comunidad reunida en el patio situado entre los dos pilónos. File no conservaba más que las viñas y una tierra árida que producía un poco de mijo. Gracias a la venta de objetos antiguos, el templo disponía de algunas piezas de plata que le permitirían comprar trigo, pescado seco y fruta. El sumo sacerdote iría a la ciudad a negociar.

—Tu rostro es muy conocido —intervino el especialista en ungüentos, un viejo cascarrabias a quien nadie había oído pronunciar palabra fuera de las liturgias—. Los chivatos se negarán a venderte víveres. El obispo ha debido de prometerles los peores castigos financieros si comercian con el templo. Iré yo. Hace cuarenta años que no salgo de la isla. Mis antiguos amigos son ricos y respetados, poseen tierras y rebaños; obtendré mejores precios y alquilaré asnos y barcos.

—Los soldados te interrogarán.

—Cuando quieran darse cuenta será demasiado tarde. Embarcaré por el lado del desierto y llegaré a File por el norte. Nadie utiliza aquella ruta.

Isis se interpuso.

—Es muy arriesgado.

—¿Y cuándo no lo será? Tengo la costumbre de obedecer y callar. Esta vez, impondré mi voluntad porque está de acuerdo con la Regla.

—¿Eres tú quien tiene que juzgar?

—El sumo sacerdote debe salvaguardar la comunidad tanto en el interior como en el exterior. Que delegue sus funciones para afrontar el mundo profano. Dentro de tres días volveré con las provisiones.

Isis interrogó a Sabni con la mirada. Sabni agachó la cabeza. El especialista en ungüentos le saludó y, con paso decidido, se dirigió hacia el embarcadero.

Una hermana muy flaca, de rostro afilado, se situó en la primera fila.

—Yo voy con él.

—Es mejor que nuestro hermano vaya solo; tu salud es frágil.

—No comprendes, Isis. Aprovecho el viaje para abandonar la comunidad; entre estos muros, la existencia se está volviendo imposible. El obispo, el prefecto, los cristianos nos acosan. Entre todos nos harán morir de hambre y abandonar la isla.

—Has ofrecido tu vida a la gran diosa, bajo juramento.

—Ella ya no nos protege de la venganza de nuestros enemigos.

—¿Recuerdas la suerte reservada a los que huyeron?

—Yo no huyo. Quiero sobrevivir. Ellos cometieron el error de partir en grupo. Sola, pasaré desapercibida.

Sabni contuvo el puño de Crestos, que había montado en cólera. La hermana se dirigió hacia el pilono donde Faraón, representado como un gigante, mantenía en tierra a su enemigo.

—Todo esto no es más que una leyenda. Pronto una ruina. En menos de un siglo la humanidad habrá olvidado que un templo se levantaba aquí. Nuestro heroísmo es ridículo y vano; deberíais seguirme.

Corrió hasta el barco al que el especialista en ungüentos acababa de subir. Isis cerró los ojos y se abrazó a Sabni.

Cuando volvió a abrirlos un dulce gozo templó su ánimo; nadie había seguido a la hermana de rostro afilado.

CAPITULO XXXII

Tras el patio que precedía al primer pilono, Sabni admiró el pórtico de occidente cuyos capiteles cantaban la gloria de la naturaleza consagrada. Deslumhrado por el sol, se refugió en la sombra de las columnas y, a través de una de las ventanas de la pacífica fortaleza, se abismó en la contemplación de las aguas de un azul violento. El templo parecía cada vez más grande para los adeptos que habían elegido anclar su vida allí. La gran explanada, los patios, el templo del nacimiento, el pabellón de Trajano, el santuario de Hathor, el pórtico de Adriano, la sala de columnas, el Trono venerable, la biblioteca, el laboratorio, el tesoro, las criptas y las habitaciones de los sacerdotes estaban destinados a una comunidad más numerosa.

La mano de Isis se posó sobre el pecho de Sabni.

—De nada sirve torturarse. Nuestro destino está en manos de la diosa. No somos más que la arcilla y la paja con que ella construye la obra de su corazón.

—¿Cómo no soñar con el pasado? Hay tanta fuerza en nosotros, tanto deseo de hacer vivir el espíritu... ¿Por qué esta decadencia? ¿Por qué el mundo corre hacia su perdición?

—Quizá es sólo una ilusión.

—¿Olvidarías la predicción del Libro del nuevo amanecer? «Yo destruiré lo que he creado —anuncia el Principio—. Este país volverá a su estado primitivo, el del océano primordial, y recobrará la forma de ola. Yo soy el que morará, en compañía de Osiris, cuando me haya transformado de nuevo en serpiente que los hombres no pueden conocer y que los dioses no pueden ver.»

—Te refieres sólo al aspecto más sombrío de la profecía. Para el que resucita en Osiris se reserva la vida eterna. Es nuestra función, Sabni: prepararnos durante la vida para la resurrección. Mientras la sabiduría de los grandes misterios sea transmitida, el espíritu perdurará. Nuestra tradición es el futuro de la humanidad.

—Teodoro nos ha sitiado.

—Él nos obliga a despertar nuestras energías más secretas.

Sabni la abrazó.

—¿Eres indestructible, Isis?

Sus cuerpos armonizaban perfectamente. Unidos formaban un solo ser. Un rayo de sol iluminó una escena de ofrenda y les bañó con su calor.

Un grito de socorro les arrancó de su éxtasis. Inclinándose por una almena abierta en la muralla, Sabni vio a un nadador que se debatía sujeto a los restos de una balsa. El sumo sacerdote corrió hasta el embarcadero y se tiró al agua. En pocas brazadas alcanzó al náufrago y lo llevó hasta la orilla. La comunidad se reunió alrededor del recién llegado; tras vaciarle los pulmones de agua, recobró la respiración.

—¿Quién eres?

—Me llamo Jonsu y trabajo en una de las granjas del obispo; he huido porque no puedo pagar los impuestos. Si los soldados me atrapan me enviarán a trabajos forzosos. Concededme vuestra hospitalidad, ¡ocultadme!

—¿Te han seguido?

El sonido de una trompa le dio la respuesta. Dos barcas carga: das de hombres armados se dirigían hacia la isla santa; los remeros avanzaban con rapidez.

—¿Quién te ha denunciado?

—Mi sobrino. Cometí un error al confiar en él; el obispo le dará una buena prima.

Teodoro no consentía el delito de fuga, ya que suponía que mucha tierra quedaría sin trabajar; demasiados gobernadores de la provincia toleraban la dejadez.

—Protegedme —imploró Jonsu.

—Registrarán la isla.

—¡Pero no el templo! El ejército teme a Isis.

—Estamos sometidos a una Regla —recordó Sabni—. Si quieres que muramos por ti, danos tu vida. Conviértete en seguidor y derramaremos hasta la última gota de nuestra sangre para defenderte.

El campesino observó enloquecido cómo se acercaban las barcas. De una de ellas bajó el capitán Mersis; el oficial ordenó a sus soldados que no se movieran.

Sabni fue a su encuentro. Se entrevistaron en medio de la gran explanada.

—Qué feliz me siento al ver File de nuevo.

—Qué feliz me siento al volver a verte, Mersis; no tenemos derecho a darnos un abrazo.

—El asunto es serio, lo sabes. Debo volver con el fugitivo.

—Y yo debo proteger la vida de un hermano. Mersis se rascó la cicatriz que le atravesaba la mejilla derecha.

—Me temo que entiendo tus palabras. Estoy obligado a deteneros a todos y a decretar la ocupación de la isla.

—Nos negaremos a seguirte.

—Yo no utilizaré mi espada contra ti.

—Será lo mejor.

—Prefiero volverla contra mí mismo.

—Dios te lo impide. Él es el único que puede decidir nuestra muerte.

El viejo soldado contuvo las lágrimas. Mataría a aquel maldito desertor y se llevaría su cadáver.

—Quiero hablar con ese tal Jonsu.

Como si el sumo sacerdote hubiera leído los pensamientos del capitán, se puso delante del campesino, al lado del cual estaba Isis. Mersis no podría intentar nada sin arriesgarse a herir a sus queridos amigos.

—¿Eres un adepto?

Jonsu temblaba.

—No...

—¿Te has comprometido a serlo y a ofrecer tu vida a la gran diosa?

El campesino contempló a la gran sacerdotisa, después a Sabni y al capitán Mersis.

—¡No! ¡Soy cristiano y creo en el verdadero Dios!

Mersis lo cogió bruscamente por el brazo y lo atrajo hacia sí.

—¡En ese caso, ven aquí, buen mozo! Tendrás que confesar por haber osado hollar el suelo del templo pagano. ¿No sabes que esto es el infierno?

Con puño de hierro, Mersis empujó al desertor hasta una barca,

donde fue encadenado.

El capitán, con la frente perlada de sudor, volvió adonde se encontraba Sabni.

—Isis nos protege. Este criminal será entregado a la justicia.

—Si hubiera consentido...

—Una revuelta ha estallado en Menfis. Si los insurgentes supieran que File continúa celebrando los ritos, su ardor se duplicaría. Es necesario unir el norte y el sur, como en otro tiempo. Envía un mensaje, Sabni; conviértete en el jefe espiritual que Egipto espera.

Teodoro apartó los informes que le habían dirigido los encargados de las concesiones que había entre Elefantina y Licópolis. Ninguno mencionaba el paso de un joven llamado Crestos. Así que Apolo, su padre, había mentido.

El obispo profundizó en este asunto demasiado tarde, ya que un grave acontecimiento requería su intervención: en Menfis, la antigua y prestigiosa capital de los constructores de pirámides, un clan de fanáticos anunciaba el apocalipsis. A causa de los pecados y la impiedad de los cristianos, el fin del mundo se acercaba. La guardia bizantina tenía dificultades para controlar a los agitadores que, afortunadamente, se movían sin orden ni concierto. Entre sus

reivindicaciones absurdas figuraba la libertad de culto. Si se enteraban de que el templo de File no estaba definitivamente cerrado, el movimiento se volvería más fuerte.

¿Por qué sometía Dios a sus servidores a tales pruebas? El paganismo renacía sin cesar y los demonios resurgían cuando los creían exterminados.

Un mal cristiano habría acusado al Altísimo de indecisión; pero un obispo veía en estos acontecimientos una forma indirecta de reforzar la fe derramada sobre toda la tierra.

Teodoro debía poner manos a la obra para que el diablo no se apoderase del alma de Sabni.

Crestos se embriagaba con la noche del templo. Mientras los adeptos dormían, incluidos los viejos vigilantes apoyados en su bastón, el muchacho iba a sentarse sobre la orilla, de cara al islote de Bigeh, dominio del silencio eterno de Osiris. En Elefantina, los ancianos hablaban todavía con temor respetuoso de los misterios que celebraban la unión del dios y la diosa. Desde los orígenes de Egipto y la subida al trono del primer faraón, los labios de los iniciados permanecían cerrados. Nadie había levantado el velo tendido sobre el ritual cuyas fases señalaban la resurrección de Osiris, juez de los humanos y modelo de su vida en el más allá. En el momento presente, Crestos conocía el más grande de los secretos: el amor infinito de Isis, capaz de introducir la vida en el corazón de la muerte. Para descubrir al dios, había que pasar por la diosa.

A su izquierda, un rayo de luz intrigó al joven adepto. ¿El reflejo de una estrella fugaz sobre el agua? Cuando volvió a verla, sobre el templo de Nectanebo, ya no le cupo la menor duda de que alguien movía una lámpara.

Se desplazó sin ruido y pronto identificó a la hermana que se ocupaba de aquella extraña tarea: Auré, la ritualista. Enviaba señales y las repetía a intervalos regulares. Crestos, después de haber observado la orilla de enfrente y comprobado que de allí no partía ninguna señal, intervino.

—¿Con quién tratas de comunicarte?

Sorprendida, Auré dejó caer la lámpara, que desapareció en las sombrías aguas.

—¡Me espiabas, bribón! ¡Apuesto que por orden de Sabni!

—No me insultes, hermana, y respóndeme.

—Nada me obliga a hacerlo.

Crestos avanzó, asustando a Auré.

—¿Osarías poner tu mano sobre mí?

—Los traidores me dan un asco insoportable. Habla.

La ira del joven era manifiesta. La ritualista no tomó la amenaza a la ligera.

—Yo... no podía dormir.

—¿Y la lámpara?

—La necesitaba para no romperme el cuello.

—Conoces estas rocas mucho mejor que yo.

Los sollozos sacudían la voz de Auré.

—No puedes comprender.

—Ayúdame: tu sinceridad me abrirá el espíritu.

—Todas las noches intento reunirme con aquellos que partieron. Su ausencia me resulta insoportable.

—¿Acaso ignoras que han sido encarcelados o deportados?

—Me niego a creerlo. Si alguno de ellos ha conseguido escapar, intentará advertirnos y podré ver su señal.

—¿No sería mejor que olvidaras esa ilusión?

Auré tembló, emocionada.

—Las hermanas desaparecidas eran mis mejores amigas. Sin ellas, el templo me parece vacío. La Regla exige que venza mi pena, pero no puedo. ¿Puede tu juventud comprenderlo?

—Tú misma has dicho cuál es tu deber.

CAPITULO XXXIII

El correo bizantino funcionaba de mal en peor. La pérdida de cartas, los retrasos en el reparto y los errores en los destinatarios se multiplicaban. A menudo, los funcionarios encargados de repartir el correo se negaban a trabajar; algunos pagaban una mísera cantidad a los mendigos que viajaban hacia su lugar de origen para que llevaran consigo las misivas, que acababan perdiéndose por el camino.

El hermano lavandera, que se había ofrecido voluntario para llevar a Menfis el mensaje de Sabni, pensaba sacar provecho de la situación. En cuanto el sumo sacerdote proclamara la soberanía espiritual de File, volvería a encenderse la llama de la antigua fe; con su proclamación, Sabni uniría Menfis y las ciudades del Delta, reanimando así la voluntad de independencia escondida en todos los corazones egipcios. Reunida la comunidad, Sabni leyó el texto dirigido a los rebeldes del Bajo Egipto:

«No estáis solos; la gran diosa os inspira. En la isla santa subsiste una comunidad consagrada al cumplimiento de la Regla ancestral y alimentada por la tradición imperecedera».

Sabni propuso reunirse con el jefe de los insurrectos en un pueblecito de la provincia de Fayún.

El lavandera estrechó contra su pecho el preciado papiro lacrado con el sello del templo, en el que se distinguía el rostro de Isis entre el sol y la luna. La inquietud hizo presa en él cuando, en la salida septentrional de Elefantina, vio un número extraordinario de soldados rodeando la cabaña y el fielato. Habían registrado a todos los viajeros, a los que ahora asaeteaban con preguntas. El hermano preguntó a un arriero de asnos.

—¿Qué ocurre?

—El obispo ha prohibido toda correspondencia entre la provincia y el exterior. El ejército intercepta las cartas y detiene a los autores que considera subversivos.

El lavandera salió de la cola de espera y deshizo lo andado. Nervioso como estaba, arrolló a un funcionario encargado de los graneros, que le increpó con violencia. El incidente atrajo la atención de un soldado.

—¡Eh, tú! ¡Acércate!

El hermano puso pies en polvorosa, despavorido. Satisfechos por haber identificado a un sospechoso, dos soldados se lanzaron en su persecución. Pronto le pisaron los talones. Ya sin resuello, rasgó el papiro y pisoteó el sello, logrando destruir el mensaje en el momento justo en que un golpe en la cabeza le hacía perder el conocimiento.

Con la paciencia propia de un hombre acostumbrado a manejar innumerables documentos, Teodoro logró recomponer el mensaje con los trozos de papiro encontrados. No le supuso ningún esfuerzo identificar el sello del templo y la hermosa escritura de Sabni, que se asemejaba a la de los mejores escribas del Imperio Antiguo. Su letra cursiva, fruto de una práctica rigurosa, respetaba la forma primitiva de los jeroglíficos. El obispo se alegró de volver a leer este lenguaje abstracto y carnal al mismo tiempo, en el que los símbolos se tornaban palabras. ¿No lo llamaban la «palabra de los dioses»?

«Ilusiones», protestó el prelado, furioso consigo mismo. El hermano lavandera había muerto desnucado. Nadie podía reprochar a los soldados que obedecieran órdenes y menos ahora que habían cortado de raíz una conspiración contra la seguridad del Estado. El sumo sacerdote de File, según los fragmentos de la carta, lanzaba un llamamiento real a la rebelión. Teodoro poseía una prueba contra él de excepcional importancia, susceptible de condenarle a un fin infame. Su continua vigilancia le evitaba problemas mayores, como por ejemplo una guerra civil que le proporcionaría recompensas y promoción: el emperador confiaría al prelado el gobierno del Alto Egipto antes de reclamarlo para cargos más elevados. Bizancio, que podía

llevar al grado de refinamiento más sutil el arte de la conspiración, apreciaba a los estrategas capaces de hacerla fracasar.

Teodoro pasó toda una noche en lucha consigo mismo; unas veces vencía el hombre de Dios, otras, el amigo. Al preconizar la rebelión, Sabni pisoteaba su confianza; al proclamar su legitimidad espiritual, actuaba con la firmeza de un mártir. Comprender, rebelarse, perdonar, firmar la orden de arresto... Teodoro, en cuestión de segundos, pasaba de la duda a la determinación, para finalmente retractarse de su decisión última. La inspiración celestial que guiara su conducta no aparecía por ningún lado.

A la mañana siguiente convocó a sus secretarios.

—He examinado estos fragmentos y no he encontrado nada interesante. En su conjunto resulta incomprensible. Parece que sean cálculos privados. Haréis constar que el fallecimiento de este individuo fue accidental. Sería inútil abrir una investigación.

El obispo quemó los restos del papiro. Sabni ya no tenía nada que temer. Dios le protegía.

El especialista en ungüentos bebía cerveza fresca en la taberna situada cerca de la entrada del mercado. El cansancio le parecía fácil de soportar, pese a que hacía dos noches que no dormía; en todas partes había tenido una buena acogida. Su calidad de sacerdote de Isis no molestaba a sus viejos amigos; por el contrario, despertaba en ellos un interés complaciente. Ya que el adepto pagaba bien, ¿por qué no venderle lo que pedía? Que el templo pagano prosperara quedaba fuera del ámbito meramente comercial. Así que logró reunir mercancías, bestias de carga y embarcaciones ligeras. Un campesino y dos barqueros, después de cobrar copiosas sumas, le ayudaron a pasar a las orillas de la isla.

Cuando la escuadra entró en la taberna volcando una mesa a su paso, el adepto sintió un nudo en la garganta. Iban por él. Hasta ese momento no supo lo que era el miedo. Cuando el guardia le increpó mantuvo la mirada alta.

—¿Eres sacerdote de Isis?

—Tú lo has dicho.

—¿En qué consiste tu trabajo? ¿En hacer ungüentos?

—Sí, tengo el honor...

—¿Llevas dos días en Elefantina?

—¿Por qué habría de negarlo?

—Entonces, sigueme.

—¿De qué se me acusa?

El rictus del guardia expresó un placer lujurioso.

—De haber seducido y violado a una cristiana.

—A mi edad. ¡Eso es absurdo!

—El placer no tiene edad. Levántate y no intentes huir.

El hermano obedeció.

—¿A quién se supone que he intentado seducir?

—¿Te burlas de mí?

—¿Cómo se llama?

—Para proteger su honor, no debo mencionarlo.

—¿La habéis visto?

—Te ha denunciado en casa del obispo y te ha descrito con mucho detalle... Ya no tan joven, pero aún atractiva con su curioso rostro afilado.

La isla santa se hallaba aislada del resto de Egipto. Un mensaje de Mersis puso al corriente a Sabni de la muerte del hermano lavandero y de la supresión de la correspondencia. Los insurrectos de Menfis ignorarían la existencia de la comunidad de File y verían cómo su revolución se perdía entre disputas internas. El sueño de una gran revolución que perturbara la paz de Egipto se rompía en pedazos.

Otra noticia funesta entristeció a los adeptos. Detenido por violar a una cristiana, habían condenado al especialista en ungüentos a ser lapidado. Como se trataba de un pagano que se negaba a renegar de su fe, el viejo castigo había vuelto a entrar en vigor.

—Iré a ver al obispo y conseguiré su perdón —afirmó Isis.

—Intentará humillarte —objetó Sabni.

—Besaré sus manos si es preciso. La vida de un hermano está enjuego.

Teodoro recibió con deferencia a la gran sacerdotisa, vestida con una túnica de lino verde claro. Poco maquillada y con los pies enfundados en sandalias adornadas con perlas, Isis hacía gala con orgullo de su ilustre linaje; en ella seguían viviendo reinas y grandes sacerdotisas.

—Estaba convencido de que haríais este viaje.

—Entonces sabréis qué me ha traído aquí.

—La denuncia ha sido declarada información reservada por los miembros del despacho del prefecto. Es un tribunal de excepción el que ha condenado a vuestro hermano. En este terreno, no tengo ninguna influencia. La ley es la ley; una falta tan grave ha de ser sancionada sin piedad. Los faraones no se mostraban indulgentes con los violadores, ¿verdad?

—¿Quién va a creer que un viejo sacerdote haya caído tan bajo?

—Demasiados años en la isla le habrán cambiado el espíritu. A menudo, las personas recluidas ceden al deseo exacerbado por una abstinencia mal llevada.

—Vos sois el señor de la provincia. Nuestras antiguas leyes prohibían a una criatura de Dios levantar la mano contra otra criatura de Dios.

—Un pagano es una criatura del diablo. Este acto innoble así lo demuestra.

Isis comprendió que ningún camino la llevaría al corazón del juez, por lo que fingió someterse a sus designios.

—¿Qué deseáis?

—Que abandonéis la isla y os separéis de Sabni.

—Si acepto, ¿respetarán la vida de nuestro hermano?

El obispo no respondió. Dejó que Isis interpretara su silencio.

—¿Puedo verle?

—Su celda no es de las más cómodas. No sé si una mujer de vuestro rango...

—Es preciso que lo vea.

Agazapado en un rincón de la húmeda fosa en que le habían encerrado, el especialista en ungüentos tarareaba el canto del boyero que, cuando atravesaba un vado, obligaba a inmovilizarse a los cocodrilos y a los espíritus malignos escondidos bajo las aguas. En cuanto vio a Isis, se levantó y se arrodilló ante ella.

—No os quedéis; debéis guardar un recuerdo mejor de vuestro hermano.

—Permíteme que te salve.

—¿Cuánto vale mi existencia?

La gran sacerdotisa se lo reveló.

—Demasiado cara. Sólo soy un viejo que aspira al reposo supremo; desde luego, habría preferido morir en la isla; pero ni siquiera el más sabio puede elegir su destino. No me deshonréis cediendo a las exigencias del obispo.

—¿Sabes...?

—¿La lapidación? Temo al sufrimiento, pero será breve: mi cabeza no resistirá mucho tiempo las piedras. Ver cómo triunfa Teodoro sería una herida mucho más cruel que morir. No creo haber exigido nada después de que me admitieran en el seno de la comunidad; por desgracia, he dilapidado su fortuna al fracasar en mi misión. ¿Qué importa el castigo? Sólo os pido que salvéis a File.

—La vida de un hermano...

—... tiene menos valor que la vida de un templo. Así lo dice nuestra Regla. Vuestra misión consiste en proteger el espíritu y transmitirlo. Durante toda mi vida he servido a la Regla con fidelidad; ¿por qué traicionarla ahora con mi muerte? Nos volveremos a ver en el más allá.

Isis besó a su hermano en el rostro cubierto de polvo.

CAPITULO XXXIV

Sin duda alguna, Auré mentía; trataba de ponerse en contacto con el enemigo y de informar a los soldados del obispo sobre la evolución de la comunidad. Pero ¿por qué la orilla opuesta seguía a oscuras? Nadie respondía a la traidora, como si ésta se dirigiera a la nada. De repente comprendió: la otra luz sólo brillaría la víspera del ataque.

Crestos debería haberse acercado a la casa de Sabni para revelarle todo el asunto; pero el remordimiento refrenó sus ganas; no le agradaba convertirse en delator; si se equivocaba, una hermana quedaría mancillada para siempre. Desde su primer encuentro, Auré le había parecido antipática y desde entonces no habían dejado de enfrentarse; lo que debía hacer era no dar tanta importancia a sus enfrentamientos, acallar sus sentimientos profanos y llevarse bien con la ritualista.

La posible conversión de Auré le hizo soltar una sonora carcajada. ¡Cuánta vanidad! ¡Él, Crestos, descubriendo una conspiración! Sabni no era tan ingenuo como para pasar por alto los tejemanejes de una hermana; si toleraba su comportamiento sería por sus inofensivos efectos. Dolida, perdida, Auré sólo buscaba la imagen desvanecida de su pasado.

La ritualista desconfiaba. A partir de ahora no encendería la lámpara; aunque estaba segura de que el maldito Crestos no la espiaba, sólo encendía la mecha cuando se hallaba junto a la orilla. El chico era capaz de pasar desapercibido detrás de un bloque de granito o de una columna; también tomaba múltiples precauciones antes de indicar su presencia a la hermana de rostro afilado que, tarde o temprano, acudiría a la cita para anunciarle que el camino estaba despejado. Auré no conocía a nadie más en Elefantina; su aliada le procuraría alojamiento y trabajo y le indicaría la forma más rápida de convertirse y de evitar un encuentro con la población.

La insensible ritualista se moría de miedo. Le espantaba salir de File; allí percibía el menor latido. Fuera de este universo, una miríada de peligros la acechaba; se sentía incapaz de hacerles frente ella sola. Sentimientos contradictorios se agitaban en su interior; por una parte, deseaba volver a la tierra profana; por otra, se aferraba al templo. La ausencia de su amiga la angustiaba y, sin embargo, temía su aparición. A medida que se acercaba el momento del exilio definitivo, recordaba los maravillosos momentos vividos con Isis, cuando ambas eran más jóvenes, despreocupadas de lo que el porvenir les tenía reservado; junto a la futura gran sacerdotisa, los días eran transparentes y ligeros. Si la boda con Sabni no se hubiera producido, el santuario estaría protegido por una paz oscura, alejado de las pasiones y de las guerras.

Permanecer en la isla sería un desatino. Todas las noches Auré agitaba la lámpara dirigida a su hermana liberada.

La hermana de rostro afilado salió de la cama de Apolo. Normalmente, el mercader de higos prefería mujeres más jóvenes; pero ésta se le había pegado como una sanguijuela, empleando todas las armas de la seducción. Un comerciante que se preciara de ello no desperdiciaría una buena ocasión; sin embargo, Apolo se arrepintió de no haber discutido el precio antes. A veces, su carácter impulsivo le perdía.

—¿Cuánto quieres?

—No quiero dinero.

Apolo frunció el ceño. La mujer no era una ramera.

—No tengo intención de verte otra vez, hermosa.

—Ayúdame a salir de la ciudad.

—No es fácil. Hay soldados que vigilan los caminos y comprueban la identidad de los viajeros.

—Dame un nombre y déjame formar parte de uno de tus convoyes de mercancías. No pido nada más.

—¿Quién eres?

—Nadie que importe. Pero tú eres un rico comerciante con un corazón generoso.

—No me crearás problemas...

—Obtendrás mi silencio y te juro que no volverás a oír hablar de mí.

—¿Me lo juras por Cristo? La hermana dudó un instante. —Te lo juro por Cristo.

La fama comercial de Apolo no se empañaría porque esta mujer proclamara haber compartido el lecho con él. Todos en Elefantina sabían que el mercader tenía un temperamento vivo y que no menospreciaba a las transeúntes, fueran nubias o no. Pero los modales de esta mujer, sumados a su aspecto noble, le hacían sentirse incómodo. Fría como un témpano, incapaz de manifestar ningún placer, la comedia que representaba resultaba tan mezquina como desmañada.

Apolo consideró que sería preferible denunciarla a Mersis. Aumentar su prestigio ante el capitán representaba una ventaja segura; un día u otro, el soldado de gesto huraño y severo subiría en el escalafón y se acordaría de los servicios prestados. Aprovechando el próximo reparto de frutas en el cuartel, el mercader le propondría compartir uno de los beneficios ocultos que hacían el encanto de la profesión.

Mersis detuvo a la hermana aquella misma noche. Enloquecida, subió al pretil de la terraza e intentó precipitarse en el vacío; un soldado le cogió la pierna y la obligó a arrodillarse temblorosa ante el capitán.

—¿Cómo te llamas?

La hermana ocultó el rostro entre las manos; Mersis la cogió por las muñecas y descubrió los rasgos.

—Una hermana de File —murmuró contrariado—. ¿Qué haces en este burdel?

—...busco un hombre rico.

—¿Para qué?

—Para que me ayude a salir de la ciudad.

—¿Sola?

—Claro.

—No te creo.

La hermana irguió la cabeza y su rostro pareció más alargado.

—¿Acaso imaginas que he organizado una evasión en grupo? La comunidad me trae sin cuidado. Me ha robado la juventud. Nadie ha sabido reconocer mi talento. Yo habría podido ser médico, ritualista, gran sacerdotisa... En lugar de eso, Isis me ha encasillado en tareas secundarias. ¡Y la imbécil de Auré confía en mi ayuda! ¡Yo huyo sola! ¿Me entiendes? ¡Sola!

Horrorizado, el capitán la confió a sus hombres. La mujer le tendió los brazos.

—No me abandones... Soy dulce y hermosa... ¡Disfruta cuanto quieras de mi cuerpo y libérame!

Mersis se hizo el sordo.

Dos días después, la hermana de rostro afilado atravesó la frontera de la provincia encadenada al carro del oficial, camino de Asia. Un momento antes de la primera parada la hermana se lanzó bajo las ruedas y quedó aplastada.

En el momento en que murió, Auré agitaba su lámpara escrutando las tinieblas.

Mersis comprobó los remos y el estado del casco. ¡Extraña misión la que le habían encomendado! Los subalternos habrían podido llevarla a cabo; pero las órdenes de Narses no se discutían.

Cuando el general lo miró con insistencia, el capitán perdió la serenidad. Los ojos acusadores del soldado, cuya mutilación no alteraba su fuerza, presagiaban una catástrofe.

Habían denunciado a Mersis.

—Tranquilízate, capitán. Nadie lo sabe excepto yo.

—General...

—No intentes mentirme; sólo conseguirías darme lástima. De modo que eres aliado de File y arriesgas tu vida por salvar a un templo que todo lo condena. Entonces, ¿sigues siendo pagano?

—No, soy cristiano. Creo en un solo Dios Todopoderoso, en la resurrección de la carne y en el paraíso; pero mi Dios es amor, tolerancia y bondad. ¿Por qué iba a exigir nuestro Dios la

destrucción de una comunidad sagrada, de un santuario en el que se venera el principio creador y de ritos que perpetúan nuestra tradición?

—Nuestra tradición... eres un cristiano insólito. Te comprendo, Mersis. Yo también la he visto. No es una mujer, sino la gran sacerdotisa de File. A través de ella se manifiesta Egipto y sus misterios. Su imagen fascina, no como la de una diablesa, sino en forma de una luz cálida en el adormecer del verano; lleva el reposo al alma, despierta sensaciones desconocidas, un deseo de lo universal, una sed de cielo y de sol. Tú, discípulo de Cristo, sigues enamorado de la gran diosa.

Narses embarcó.

—Te envidio, Mersis. De cada parcela de tu ser emana la grandeza de esta tierra en la que has nacido. Yo empiezo a descubrirla ahora contemplando su nacimiento: la catarata. Dentro de unos siglos podremos dialogar.

—General, ¿cómo...?

—¿Cómo he calado en lo más profundo de tu ser? No has cometido ningún fallo. ¡La práctica de mando, capitán! Mi ojo vaga por todas partes. Observo a todos los hombres sin quererlo. Una actitud extraña, un comportamiento insólito... eso es lo que me sorprende y, a menudo, descubro un desasosiego que he de disipar para mantener la moral de las tropas, mi única preocupación hasta hace poco. Me fijé en ti cuando Isis curó a los enfermos. No la mirabas como un soldado, sino con la deferencia propia de un adepto. Cuídate, Mersis, y que los dioses te protejan.

El general hundió los remos y se alejó de la orilla. El corazón del capitán latió con fuerza durante mucho tiempo.

CAPITULO XXXV

En el interior del santuario, Sabni contemplaba el relieve de Isis que, con sus inmensas alas, envolvía el cuerpo de Osiris arrancado de la muerte. Aprisionado todavía por una mortaja, el dios se enderezaba; de la funda mortuoria sobresalían sus manos aferradas a un cetro cuya extremidad representaba la cabeza del animal del dios Seth, su hermano y asesino. Gracias al aliento de la mujer celestial y a su poder mágico, la luz triunfaba sobre las tinieblas.

El escultor había conferido a la esposa de Osiris delicados rasgos y una expresión plácida, parecidas a las de Isis. La gran sacerdotisa, encarnación simbólica de la diosa cuyo nombre llevaba, ¿no era la que resucitaba la comunidad?

Al amor del esposo se unía la admiración del sumo sacerdote.

¿De dónde le venía a Isis el valor de plantar cara a la adversidad, sino del conocimiento de lo divino? Ella se olvidaba de sí misma para preservar a la comunidad de la desesperación. La gran sacerdotisa poseía una alegría contagiosa; en su presencia, el mundo sonreía. Hermanos y hermanas se aplicaban a sus ocupaciones como si los acontecimientos se estrellaran al pie de la fortaleza del alma, como si ninguna desgracia pudiera franquear la puerta del templo.

Crestos se multiplicaba, cocía el pan, lavaba los vestidos rituales, fabricaba ungüentos. Tabajaba muy deprisa, quemaba, despedazaba, pero las ceremonias del culto se desarrollaban con dignidad sin que la presencia divina careciese de las ofrendas cotidianas.

Sabni subió por la escalera que daba acceso a la cima del primer pilono; Isis, de brazos cruzados, con los cabellos alborotados por el viento del norte, miraba el islote rocoso de Bigeh, el territorio sagrado donde reposaba Osiris.

Abrazó a su esposa. El tacto de la piel perfumada le proporcionó una indecible sensación de felicidad. Su deseo se mezclaba con la veneración por el ser radiante que animaba el cuerpo de mujer que las divinidades habían modelado a la perfección. La luz del mediodía incidía con violencia sobre el agua y las orillas del río, aislando el templo y volviéndolo inaccesible. Por su culpa, durante siglos ningún ejército había osado abatir estos muros que no defendía ningún guerrero. El eterno fundador de la obra, Imhotep, había rodeado la isla de un círculo mágico. Venerado en un pequeño santuario, al sur de la puerta de Evergetes, era el creador de la primera obra monumental de la civilización egipcia, la pirámide escalonada de Sakkarah, y de la última, el templo de File. Durante cuatro milenios, un único arquitecto, reencarnado de generación en generación, había construido las moradas de la eternidad.

A los pies de la pareja se desplegaba el dominio de Isis. Al gran patio, abierto a los rayos del sol, sucedía la sala de columnas, débilmente iluminada por las claraboyas; más allá, el Trono venerable se iluminaba únicamente con la claridad interior. Las piedras hablantes invitaban al espíritu a dirigirse hacia el último conocimiento y le hacían franquear las puertas que separaban la apariencia de la realidad.

¿No se beneficiaba Sabni de una gran suerte? Amado por una mujer excepcional, elevado a la más alta función religiosa, trabajaba en la isla de los orígenes, cerca de la gran diosa, a la dulce sombra de la sabiduría. Lejos de tiempos de guerras y odios, celebraba los rituales en un espacio preservado, repetía los movimientos de sus predecesores con la certeza de corazón que procura un trabajo bien hecho, portador del mañana.

Mejilla contra mejilla, sentía la fuerza de Isis. Ni el mayor sufrimiento destruiría su voluntad de transmitir, engarzada como la más pura de las esmeraldas.

—¿Qué nos queda, Sabni?

—Una tierra pobre sobre la colina, que he tenido descuidada durante todo este tiempo. Ahora la trabaja un campesino viejo; pienso enviar a alguien para que le ayude.

—El obispo la requisará.

—Yo mismo me ocuparé de la cosecha.

—Pero tu condición de sumo sacerdote...

—¿Me autorizará la gran sacerdotisa a alimentar a la comunidad?

—Perdóname; a veces olvido las obligaciones.

—También somos propietarios de una viña; todos saben que los racimos contienen la sangre de Osiris y nadie se atreverá a tocarla.

—Luchemos, Sabni. Teodoro es un enemigo implacable dotado de considerable poder; quiere separarnos para triunfar.

—En ese caso, fracasará.

Apolo se atiborraba de puré de habas y cerveza tibia. La buena marcha de los negocios le aumentaba el apetito. Había contratado varios jornaleros a bajo precio, así que al final de la buena temporada podría comprar una nueva granja y en cinco o seis años estaría entre los notables de Elefantina. Soberbia carrera, no cabía duda, para ser hijo de un don nadie. Apolo había utilizado las claves del éxito: mentir, engañar y robar sin dejarse sorprender. La nueva religión le iba de maravilla. ¿No perdonaba Dios los pecados a quien se arrepentía de haberlos cometido? Apolo se acusaba de sus faltas e imploraba el perdón de Cristo todas las tardes. Una vez al año, ofrecía a un diácono una confesión completa y varios kilos de higos. En paz con su conciencia, se sentía como un ciudadano perfecto y un excelente cristiano.

Su ordenanza se atrevió a interrumpir la comida.

—Cuando como, exijo que se me deje tranquilo.

—El obispo...

—¿Qué? ¿El obispo?

—Está aquí.

—¿Dónde?

—Inspecciona una cabaña, en el extremo del vergel.

Apolo apartó el plato.

—Te equivocas.

—Estoy seguro de que es él.

Incrédulo, el mercader consintió en desplazarse hasta allí. Cuando distinguió a Teodoro rebuscando en la choza con la ayuda de varios soldados, contuvo el aliento.

—Reverencia, vos... en mi modesta casa...

—Busco a tu hijo.

—Mi hijo. ¿Cuál?

—Crestos.

—Ha ido a Licópolis.

—Mientes, Apolo. Crestos no se ha movido de la provincia.

—Os prometo...

—No blasfemes. ¿Dónde se oculta?

—No lo sé. Se fue. Yo quería que fuera soldado, pero él se negó y se ha rebelado contra mí. Yo no soy responsable.

—¿No se habrá refugiado en File?

Apolo frunció el entrecejo.

—¿Le has animado a adoptar la religión de los paganos?

—¡Al contrario! ¡Soy un buen cristiano! ¿Acaso he faltado a misa algún domingo?

El obispo cogió a Apolo por el brazo y lo condujo al centro del vergel, lejos de oídos indiscretos.

—Tu hijo ha olvidado a su familia para entrar en una cofradía satánica. Al no denunciarlo has cometido una grave falta.

—¡Pero lo denuncié!

—¿A quién?

—Al capitán Mersis... Pero fui víctima de un chantaje.

Teodoro no manifestó ninguna emoción. La información, sin embargo, era sorprendente; así que el aliado de File era uno de sus más antiguos soldados. ¿Le arrestaría sin dilación? Mejor sería no precipitarse y reflexionar sobre el mejor modo de utilizar la nueva arma que la providencia depositaba en sus manos.

—Debes acompañarme, Apolo..

—¿Yo? ¿Acompañarte? ¿Por qué?

—Porque eres cómplice de un crimen: callar sobre el destino de un desertor te condena a la pérdida de tus bienes.

—Es Mersis el que...

—Olvida ese nombre. No vuelvas a pronunciarlo jamás. Con una recomendación firmada por mí, te establecerás en el Fayún. Me ocuparé de la venta de tus tierras y te enviaré el producto.

—Yo he nacido aquí y...

—Si rechazas mi proposición, me obligarás a acusarte.

Vencido, Apolo bajó la cabeza.

—Confía en mí. Si guardas tu lengua, gozarás de una vejez feliz.

—¿Y Crestos?

—Olvídale también a él. A partir de hoy, ya no existe.

A la misma hora en que Apolo, con lágrimas en los ojos, abandonaba Elefantina con armas y equipaje, el prefecto dirigía una súplica al obispo. Medio borracho, Maximino rogaba a Teodoro que proclamara urbi et orbi que Isis se había convertido al cristianismo. Así, la joven escaparía a la excomunión. Arruinando su reputación, conseguirían hundir la comunidad pagana.

Teodoro escuchó con paciencia la perorata del prefecto, pero se mostró inflexible. La fe no permitía favores de este tipo. Maximino continuó defendiendo su causa. Isis no era una mujer ordinaria; la Iglesia debía concederle este favor. Arriesgándose a un nuevo rechazo, ofreció al prelado una parte de su fortuna, pero Teodoro no cedió.

De vuelta a casa, el prefecto bebió vino y se tumbó en la cama; sobre el techo se dibujaba la imagen de Isis. Sus labios empezaron a moverse, le habló, pero él no le entendía. El

prefecto se levantó, alargó los brazos, trató de abrazar a la mujer amada, pero cuando estaba a punto de tocarla desapareció.

—¡Isis! —gritó— ¡No rechaces mi amor!

CAPITULO XXXVI

Escuálido, andrajoso, vestido con una piel de cordero pestilente, el ermitaño salió de la tumba pagana que había elegido como morada. Desde lo alto de la orilla de occidente, contempló la isla de Elefantina, el curso del Nilo y, a lo lejos, el lugar maldito de File. Hacía treinta años que Pablo se infligía penitencias y mortificaciones para luchar contra el diablo presto a deslizarse en sus sueños o en un cuerpo de mujer; dormía poco y se encarnizaba con las figuras de diosas impúdicas que abundaban en los muros de las sepulturas impías.

Pablo no cesaba de protestar contra la existencia del último templo demoníaco, pero se estrellaba contra la negativa a recibirle de Teodoro, obispo tolerante hasta la complacencia. Tras haber velado toda la noche, su omnipotencia se debilitaba; el ermitaño, nombrado mensajero por sus correligionarios y los monjes de la provincia, se convertía en un personaje oficial de quien ensalzaban la fe ardiente y la voluntad de arrancar las raíces del mal.

Con los ojos febriles, Pablo se apoyó sobre el bastón nudoso que le servía para aplastar la cabeza de las serpientes. El grandioso paisaje, tan propicio al recogimiento, no tardaría en volver al seno del Señor. Teodoro dirigía la lucha en la retaguardia; los verdaderos creyentes sabrían poner en su sitio a los enemigos del Altísimo.

La tierra estaba seca y resquebrajada, pero la cosecha aportaría un poco de alimento al templo. ¿Cómo esperar más de un campo de cebada mal situado y de modestas dimensiones? Sabni trabajaba con tesón, ayudado por dos campesinos que habían escapado a la leva. Un magnífico espectáculo le compensaba de sus esfuerzos. Vista desde la colina, la isla santa parecía un navio cuya proa estaba formada por un enorme bloque que camuflaba el Trono venerable, en el que el poder divino permanecería por siempre inaccesible al entendimiento humano. A la izquierda, la columnata de acceso precedida por un obelisco; a la derecha, el pabellón de Trajano oculto tras un grupo de palmeras.

A mediodía, vio a Isis sobre el primer pilono; su silueta blanca coronaba las cimas verdes. Saludaba a Ra, luz oculta y revelada en el disco solar en el cenit de su curso. Toda la comunidad recogía las palabras de la gran sacerdotisa, dirigidas al cosmos desde hacía cuatro milenios. A lo lejos, las montañas ocres cerraban el horizonte.

El sumo sacerdote redobló sus esfuerzos; la cebada era tan escasa que nadie la reclamaría, pero sería suficiente para los adeptos.

No quedaban más que tres o cuatro días de penalidades; una vez segadas las espigas, Sabni las juntaría en haces y las transportaría hasta File.

Bajo un tibio sol, Sabni subió la pendiente a paso rápido. La noche anterior, los campesinos le habían expresado su negativa a seguir colaborando con él. Amenazados con ser denunciados, temían un arresto. El sumo sacerdote no se inmutó por aquella renuncia; al final de la mañana el trabajo estaría terminado.

Se detuvo a poca distancia del campo. Cabras y corderos habían roto el cercado y pisoteado la cosecha. Aún quedaban algunos que se regalaban con los últimos granos de cebada.

Sabni lloró de rabia. Esta vez, tendrían que concederle una indemnización.

—Tu causa es justa —reconoció Teodoro—. Puedes denunciar a los vecinos; si lo haces bien, los propietarios de los animales te pagarán el doble de lo que esperabas sacar de la cosecha.

—¿El prefecto presidirá el tribunal?

—No en un asunto de tan poca importancia. Depende de la jurisdicción eclesiástica.

Los habitantes de Elefantina la conocían demasiado bien. El obispo concedía audiencia cuando le parecía. En un solo día, podía examinar más de un centenar de litigios. Mucho antes de la salida del sol ya se organizaba la larga fila de querellantes; la mayoría no podría presentar sus quejas. Al igual que el resto de los obispos, Teodoro se dedicaba en primer lugar a los casos más importantes de proceso civil: nominación de magistrados locales o de jefes de ciudad, promoción de funcionarios, liberación de prisioneros, ajuste de contribuciones; en el tiempo que le sobraba, arreglaba los problemas menores.

—¿Cuándo abrirás las puertas de tu tribunal?

—Cuando un número suficiente de expedientes requiera mi intervención.

—Tengo prisa, Teodoro.

—Haz un donativo a la Iglesia. Eso apresurará mi decisión.

—La ley no es igual para todos. Si un rico comete una infracción, escapa a tu venganza; si es un pobre, le infliges una severa pena a menos que muera antes del juicio. Es monstruoso tener que pagar para que se haga justicia.

—En Bizancio dicen que un proceso sobrepasa fácilmente el término de una vida humana y que es casi eterno. La justicia de Dios no prevalece en esta tierra, lo admito; si deseas mejorar nuestra suerte, conviértete y trabaja a mi lado. Serás un juez excelente.

—¿Cuándo abrirás tu tribunal, Teodoro?

—Quizá en otoño, después de la crecida.

Meditando sobre su roca, el general Narses se sentía cada vez más extraño al ejército y a sus exigencias, aunque nadie podía reprocharle que faltara a sus deberes. Soñaba con File con creciente frecuencia. En otra época, en otra vida, quizá habría solicitado su admisión en la comunidad que el emperador le había encargado expulsar. Un emperador tan silencioso y lejano que había perdido toda realidad.

Egipto no era fácil de conquistar. Los sucesivos invasores, asiáticos, asirios, persas, griegos, romanos, tuvieron que someterse a sus leyes; quien quería gobernarla recibía la iniciación en los misterios de la realeza antes de ponerse la doble corona de Faraón. Aunque moribunda, la tradición sobrevivía en sus ritos y símbolos. Bizancio y el cristianismo imponían otras reglas, pero tropezarían y pagarían caro su error.

Narses no tendría que ejecutar las órdenes; File estaba arruinada. Piezas de plata vertidas en el tesoro del obispo tras el arresto del especialista en ungüentos, personal reclutado a la fuerza, el trigo requisado en provecho del ejército, tierras agostadas... el hambre se cernía sobre el templo. Con todas las reservas agotadas ¿cómo se alimentarían?

Esta muerte lenta servía a su propósito. No tenía el menor deseo de intervenir contra esta isla santa, en la que había rozado la serenidad; se contentaría con mirarla desde lejos, soñando con una sabiduría desaparecida y confiando sus pensamientos al viento del sur; un soplo los transportaría hacia comarcas inexploradas.

Maximino no cabía en sí de gozo. Desde que había renunciado a suplantar al obispo, había recuperado la esperanza. Teodoro estaba demostrando su valía sometiendo el templo a su voluntad; dividida, File agonizaba. Isis escaparía pronto a la influencia de Sabni. Maximino se presentó ante las autoridades de Elefantina para proclamar en voz alta y fuerte que la gran sacerdotisa renunciaría al paganismo para convertirse en su esposa.

Teodoro no intervino. Al ridiculizarse, el prefecto perdía el último gramo de respetabilidad que le quedaba. Sin proferir una sola crítica a su comportamiento, el obispo asistía a su caída en un abismo del que no saldría jamás. El enviado del emperador había cometido el error de considerar la provincia de Elefantina como tierra conquistada y había menospreciado su magia; quien no dejaba vagar su espíritu por la corriente del río, no dominaba los acantilados y los bloques de la catarata le condenaban a perder la razón.

El capitán Mersis estaba nervioso. Desde lo alto de una torre de adobe, miraba hacia el sur profundo. Ya no creía posible un ataque de los blemios; su demostración de fuerza había sido para mantener a distancia las tropas bizantinas cuya impotencia habían podido constatar; amenazados por la exterminación durante largo tiempo, el pueblo blemio se había asegurado

la supervivencia en su territorio durante varios años. ¿Por qué iban a lanzarse a una conquista en la que perecerían miles de personas?

Durante la comida, un oficial cuyo primo trabajaba en la oficina de impuestos indirectos había comentado un rumor persistente: Teodoro preparaba una contribución sobre los barcos y exigiría a los propietarios privados y a las instituciones un inventario detallado. Inmediatamente, Mersis pensó en File. Este nuevo impuesto sería insostenible; Sabni debía desembarazarse cuanto antes de las embarcaciones más pesadas.

El soldado redactó un mensaje y, al anochecer, lo envió mediante una paloma mensajera. El pájaro voló hacia el templo. Mersis se sintió aliviado; Isis y Sabni sabrían prepararse contra los ataques si eran informados a tiempo de las intenciones del enemigo.

Desde la azotea de su casa, el obispo asistió al vuelo de la paloma que sus arqueros derribaron sobre las colinas. El falso rumor propagado por el prelado se había extendido, provocando la rápida reacción del traidor. Mersis era un adepto de Isis. Antes de infligirle el castigo pertinente, Teodoro le utilizaría sin que él se diera cuenta.

En aquel momento, Isis no tenía ni un solo aliado. Tendría que afrontar sola al representante de Cristo; era hacia Él, hacia la verdadera fe hacia donde Teodoro debía dirigir a la comunidad pagana para que se cumpliera la voluntad del Señor. Si la gran sacerdotisa se convertía en esclava del prefecto, tendría que derribar, no importaba cómo, la muralla mágica que ella había levantado entre Dios y Sabni.

Teodoro avanzaba en paz por un camino sin curvas, instrumento entre las manos del arquitecto del mundo. Con la desaparición definitiva de la religión faraónica nacería un nuevo universo cuyo vuelo no debía ser frenado por File. Una sola comunidad, unida, amenazaba más al cristianismo que los miles de paganos dispersos por el mundo. Bastaría un mascarón de proa, como la pareja formada por Isis y Sabni, para devolver el vigor a los cultos antiguos. Desde el origen.de los tiempos, Egipto afirmaba su vocación de madre de las civilizaciones. Sometido, dominado, continuaba engendrando ideas que determinaban el futuro. Allí residía el infinito poder de la isla santa. Solo con sus oraciones y la celebración de los ritos, orientaba la mirada del corazón. Teodoro no menospreciaba el peligro; cuanto más se debilitaba la comunidad material más se reforzaba la hermandad espiritual.

El obispo libraba con la gran sacerdotisa un combate invisible; aunque fuera sitiada, dispondría de un arma eficaz: el amor de Sabni. Era a él a quien había que destruir antes de vislumbrar una victoria.

La palmera erguía su tronco liso contra el azul del cielo. Isis, sentada a la sombra, leía un himno a Hathor, obra de la primera gran sacerdotisa de File. La ferocidad de la naturaleza desaparecía en los confines del jardín donde, desde el nacimiento de la primavera, era agradable disfrutar del sol a través de las palmeras. Sabni le llevó agua fresca, higos y pan. Inmóvil, ella parecía casi indiferente. —Teodoro nos cree vencidos y sin recursos. —Es demasiado perspicaz para cometer ese error —objetó Sabni— Te teme. Mientras estemos unidos, nos acosará.

—Egipto ha sufrido numerosos yugos pero su fe ha sobrevivido. Los cristianos quieren extirparlo de nuestro suelo y de la memoria de los hombres. Teodoro no se comporta como un simple servidor de su dios; exige la verdad total y definitiva, la que le ha revelado Cristo y sobre la cual construye un nuevo mundo. Para que tenga éxito, File ha de desaparecer.

Sabni tembló. ¿Le estaba anunciando Isis el fin de la comunidad? —Tranquilízate, amor mío. Cualquiera que sea el invasor de Egipto, será cazado o se pudrirá en el sitio. Poco importan los siglos. Nuestro mensaje es inmortal porque no ha nacido del cerebro de un hombre sino que expresa el secreto del universo; el obispo no se equivoca en eso.

—Fue un amigo sincero y leal.

—Lo sigue siendo y te espera, Sabni. Tú deseas su alma; si amenaza a la comunidad es por ti.

—Yo nunca compartiré su credo y lo sabe. —¿No hace milagros su dios? Sabni se sentó a su lado y le acarició los pies. —¿Cómo alimentaremos a la comunidad? —Cuando no tengamos más pan, descenderemos a las criptas. El acceso está tapiado desde hace más de dos siglos; mi padre me enseñó el plano.

—¿Qué hay allí?

—Más tarde; una tarea urgente me reclama ahora: rendir homenaje a Osiris.

CAPITULO XXXVII

Isis llegó al islote de Bigeh, territorio sagrado de Osiris y en el que la única persona que podía aventurarse era la sacerdotisa de File. Allí, bajo una acacia inmortal se ocultaba la tumba del dios; Osiris esperaría la llegada de su esposa, poseedora de las fórmulas de la resurrección, hasta el día en que la humanidad se extinguiese. Isis subió una escalinata de piedra, cruzó una puerta con el jambaje decorado con textos de bienvenida y pasó delante de las estatuas de gloriosos faraones del Imperio Nuevo, cuyos ka habitaban cerca del gran dios; más allá comenzaba el reino prohibido en donde ningún hombre, sabio o ignorante, rico o pobre, tenía permitido el acceso.

Isis apartó los matorrales, descubrió un sendero y se adentró en el bosque de tamarindos.

Allí estaba enterrada la efigie del dios de los blemios; con la mano izquierda sujetaba una gacela y en la derecha tenía un ramillete. Considerado, junto con Osiris, Señor del territorio secreto, llevaba el apodo de «buen viajero», compañero de la hija de Ra, soberana del circuito solar abierto a las almas regeneradas.

Isis avanzó a paso lento teniendo cuidado de no hacer ningún ruido. Osiris exigía silencio. No soportaba ningún canto, ningún sonido de flauta, de arpa o de tambor. Alrededor de la tumba, se erigían trescientos sesenta y cinco altares; la gran sacerdotisa vertió un poco de agua sobre cada uno. Gracias a esta libación, cada día del año se convertía en santuario de Osiris y en portador de un renacimiento que proclamaba el sol al surgir de las tinieblas. Después se aproximó al sarcófago de piedra semienterrado en una colina en forma de cúpula.

A solas, dialogó con el espíritu que se movía bajo el sepulcro que, en las fiestas de luna nueva, se transformaba en milano hembra con cabeza humana y que, con su aleteo, provocaba el despertar de Osiris. Isis no pidió ayuda ni se entretuvo en suplicar; la lástima, la desesperanza y la plegaria personal habrían desnaturalizado el culto. Pronunció palabras de fuerza y poder, alimento del alma de Osiris que revelaban la naturaleza secreta del dios, sol de la noche y principio de metamorfosis incesantes. A través de la voz de la gran sacerdotisa se infiltraba la de generaciones de adeptos unidos en el acto de la ofrenda.

A popa, en la barca que les llevaba a Elefantina, Isis y Sabni releyeron la extraña citación que les conminaba a comparecer ante el obispo. Teodoro abría su Tribunal mucho antes de lo previsto, siguiendo un procedimiento irregular. Normalmente, el prelado no tenía costumbre de convocar así a los demandantes sino que un heraldo anunciaba el evento.

Para mayor sorpresa, no había nadie esperando ante el gran edificio de muros blanqueados con cal, en cuya entrada dos soldados montaban guardia. Al fondo de la sala vacía se encontraban el obispo y el prefecto. A la izquierda de este último, inclinado sobre el escritorio, un escribano se apresuraba a levantar las actas de la sesión. Las puertas se volvieron a cerrar detrás de la pareja.

—¿Se nos va a conceder la indemnización? —preguntó Sabni en tono irónico.

—Un asunto más grave nos preocupa —respondió el obispo—. Por esa razón he pedido al prefecto Maximino que estuviera presente.

—¿Acaso existe un problema más acuciante que el de hacer justicia?

—Tal es mi intención. Pagáis impuestos como propietarios del lugar llamado File; ¿lo sois en verdad?

Sabni temió comprender.

—Toda propiedad de terreno se fundamenta en un acto jurídico; mis secretarios han examinado los documentos del catastro y ninguno hace referencia a File. Por lo tanto, no

pertenece a nadie. Al no constituir un bien heredado, este terreno se convierte en propiedad de la Iglesia.

El ataque, cuidadosamente preparado, cogió por sorpresa al sumo sacerdote. Estaba dirigido por un hombre seguro de apoderarse de la isla santa sin esfuerzo alguno. El jurista aplicaba la ley. Nadie podría reprocharle ser inhumano o cruel.

—Os equivocáis —rectificó Isis con su dulce voz.

—¿Tenéis alguna prueba?

—¿Desearíais examinarla?

—Es imprescindible.

—Tendréis que esperar unos días.

Maximino no apartaba los ojos de ella; esperaba un largo discurso o declaraciones inflamadas de indignación. Isis mantuvo la calma, lo que realzaba aún más su atractivo.

—Aceptamos —concluyó el obispo.

El escribano anotó el aplazamiento de la sesión.

Tres días más tarde una numerosa comitiva se presentó ante el Tribunal. Crestos y las hermanas se habían quedado en el templo; los hermanos ayudaban a Sabni a transportar el documento prometido al obispo, una pesada estela de piedra caliza extraída de las profundidades de una cripta. En ella se veía a la diosa Ma'at, encarnación de la Ley de la vida, frente al dios Thot, el de cabeza de ibis. Al dictado de la mujer celeste, el dios redactaba un texto en idioma jeroglífico.

—Os he traído la prueba de que File pertenece a los dioses y no a los hombres —señaló Isis.

El escribano dejó el cálamo. Le pagaban a tanto la línea y había malgastado su juventud en aprender el griego y el arameo con el fin de redactar arrendamientos, contratos y testamentos. Leer jeroglíficos no formaba parte de sus obligaciones.

El prefecto se levantó para examinar de cerca la sorprendente escritura de propiedad. Así pudo aspirar el perfume de Isis.

—Nadie conoce este idioma. ¿Cómo vamos a juzgar la validez de esta prueba testimonial?

Sabni observaba a Teodoro. ¿Se atrevería a confesar que conocía la escritura sagrada de los antiguos egipcios?

—Traducid —ordenó el obispo—. Escribano, registra la declaración.

El sumo sacerdote leyó, recalcando cada frase.

—Este templo es como el cielo en todos sus rincones. Fue construido por Faraón bajo el Principio creador renovado constantemente para resplandecer como el horizonte. Al finalizar la obra el constructor devolvió la morada a su dueño y señor; en estos lugares habita la gran diosa, Isis.

El escribano consultó sus tablillas. El obispo lo había hecho llamar porque, como tabelión, aplicaba la ley de forma rigurosa; así nadie podría dudar de que el juicio había sido justo.

—Ocupación implica posesión. ¿Alguien que lleve el nombre de Isis habita estos lugares?

Sonriente, la gran sacerdotisa dio un paso al frente.

—¿Sois vos la heredera y dais fe de esta escritura?

Isis asintió. El prefecto se sentía dividido entre el deseo de apoderarse de Isis y el de estrangular a Sabni; odiaba al egipcio que se interponía entre él y su felicidad.

—Perfecto —estimó el tabelión—. Esta estela será depositada en los archivos del catastro; la próxima vez traed una copia más manejable.

Sabni e Isis saludaron al obispo, que permaneció impasible.

La temporada de la siega finalizaba; los encargados de la trilla trabajaban sin descanso, presurosos por acabar antes del comienzo de la crecida. El ardiente sol de junio abrasaba las colinas de Elefantina.

En el templo, Sabni impuso un racionamiento. Este hecho no contrarió mucho a los adeptos, salvo a Crestos, que tenía un apetito voraz. Al menos durante dos meses, no faltarían alimentos.

Antes del rito del mediodía, Isis y Sabni se bañaron desnudos al pie del templo pequeño de Hathor, situado frente a los acantilados del este. Nadar les hacía olvidar las fatigas y mantenía la juventud del cuerpo. No se alejaban mucho de la orilla, desaparecían bajo el agua, rozaban a los peces y, bajo la mirada protectora de la diosa del amor, se entregaban a juegos dulces o apasionados. Isis, con la piel rutilante de perlas de agua, se parecía a la estrella brillante del año nuevo. Sabni besaba los capullos en flor de sus senos, acariciaba el musgo de su pubis y bebía de sus labios embriagadores. ¡Era tan agradable estrechar a la mujer amada, nutrirse con su mirada, verla bañada de luz y unirse a ella bajo las ramas protectoras de la acacia! El amor, ¿no sembraba en el cielo la esmeralda y la turquesa para crear las constelaciones?

Tendidos en el suelo, el uno junto a la otra y con los ojos entornados, saboreaban aquellos momentos de placer que se transformaban en la dicha de existir.

CAPITULO XXXVIII

Crestos leía con avidez los papiros de la biblioteca. Medicina, astrologia, geometría, mitología... ningún tema escapaba a su curiosidad. Leía los jeroglíficos con una facilidad increíble, como si la lengua sagrada le fuese familiar desde su nacimiento. Tanto bajo la dirección de Sabni como bajo la de Isis disciplinaba su pensamiento, diferenciando el conocimiento del saber. «El peligro —indicaba Sabni— es acumular muchas nociones sin vivirlas. Olvida, experimenta, formula según los dictados de tu corazón y no según tu fantasía.» El joven adepto dormía poco y se negaba a descansar. Ni el calor le molestaba ni las tareas materiales le fatigaban. ¿No tenía que estudiar siglos de sabiduría? ¿No tenía que recorrer milenios de iniciación? Cuanto más aprendía, más ganas tenía de aprender. Por la noche, sobre el tejado del templo, formulaba miles de preguntas a Sabni y a Isis que eran mucho más que un padre y una madre para él; formaban una verdadera familia con la particularidad de que los miembros habían sido elegidos libremente.

A mediados de junio, Crestos entró en la sala de columnas. Todos los adeptos habían reconocido su capacidad para aprender nuevos misterios. Ante los maravillados ojos del muchacho se abría un camino fabuloso. Según el momento del año y la hora del día, los rayos de luz filtrados por los tragaluces iluminaban un detalle u otro de una columna, revelaban tal o cual figura de la divinidad o resaltaban esta o aquella parte de texto. Crestos miraba y asimilaba; reuniendo los elementos dispares y preguntándose por qué algunos quedaban en la sombra, se familiarizaría con las leyes del mundo de los dioses y quizá captaría su funcionamiento. De momento todo le era dado; sólo tenía que vagar por aquel laberinto de símbolos con la esperanza de encontrar su centro. Crestos se entregó a esta tarea con fervor.

Después de su fracaso, Teodoro parecía inactivo. La realidad era que, estando cerca la crecida, se sentía agobiado por el peso del trabajo administrativo. Todos los informes referentes a la reparación de los canales debían ser estudiados con cuidado. En varios sitios, los campesinos reclutados a la fuerza realizaban el trabajo con negligencia. Si la crecida no era abundante, el regadío no estaría asegurado; o las reservas de alimentos empezarían a escasear. Incluso los graneros del ejército pronto estarían vacíos. El obispo inspeccionaba las tierras, examinaba los diques, verificaba el emplazamiento de los mojones y exhortaba a los capataces para que controlasen a los campesinos. Por todas partes se relajaba la disciplina. File, Crestos, el capitán Mersis... El prelado no los olvidaba en ningún momento, pero los había relegado a segundo término, obsesionado por el bienestar de la provincia.

Entre las múltiples ofrendas del culto mayor figuraba la del vino. En Elefantina, como en otro tiempo en Egipto, la viña poseía un carácter sagrado; los cristianos reconocían el valor

simbólico del jugo atrapado en las uvas y no destruían las viñas de los templos. Durante la misa el sacerdote lo identificaba con la sangre de Cristo como el adepto hacía con la de Osiris.

Sabni se quedó estupefacto al comprobar que los bárbaros habían destruido el pequeño viñedo de File: cepas arrancadas de raíz, tierra removida y salada, el péndulo de la máquina de regar hecho trizas... Cuando los tres últimos cántaros estuvieran vacíos, el sumo sacerdote no podría rellenar los vasos de vino que elevaba, en la naos, hacia el rostro de la estatua.

Plantada en medio del viñedo, había una cruz con el nombre de Jesús. Tenía una forma parecida a la cruz ansada, que en la lengua sagrada significaba «vida». De uno de los brazos colgaba un trozo de piel de chacal, rubricando la fechoría de los monjes que ocupaban las tumbas de los nobles y artesanos. Ellos habían destruido los rostros de las mujeres, encarnación del diablo; habían decapitado las estatuas y quemado o cubierto de yeso las paredes. Llevaban mucho tiempo soñando con destruir File. El obispo les contenía a duras penas. Atemorizados, no se atrevían a entrar en la ciudad donde los soldados les interrogarían.

El color del agua cambió, se volvió más oscuro y opaco. Isis alcanzó la orilla. Cuando Sabni se reunió con ella, ofrecía al sol su cuerpo de miel perfumado con jazmín.

—Nuestro último baño antes de la crecida.

El sumo sacerdote amasaba con la punta de los dedos un poco de tierra mojada.

—Llegará tarde.

—Es pronto para saberlo. Pero lo cierto es que el cauce debería llevar más barro.

Trataron de tranquilizarse, pero los signos no engañaban. ¿Padecería Egipto un año de hienas durante el cual las fieras hambrientas se atacarían unas a otras? ¿Entraría en un periodo de siete años catastróficos condenando a la mitad de la población a desaparecer? Si los campesinos eran reducidos a la indigencia ni siquiera podrían ofrecer un poco de trigo a la comunidad. El ejército se quedaría con toda la cosecha.

—Teodoro te acusará de practicar la magia negra.

—El pueblo no lo escuchará. No estoy nerviosa por mí sino por nuestros ancianos; un ayuno prolongado los matará.

—Encontraré alimentos en los pueblos del norte.

—Paciencia. Esperemos el comienzo de la crecida.

El ejército de Narses se había acostumbrado a las delicias de Elefantina. En razón de su inactividad forzada y de la imposibilidad de aventurarse por los caminos de Nubia, el general, de acuerdo con el prefecto, había dubücado las raciones de vino, aumentado la soldada y multiplicado los permisos. Olvidando a los blemios, los soldados bizantinos frecuentaban las tabernas y el mercado donde se vendía marfil, perfumes, pieles de pantera y otros géneros exóticos, objeto de rudas negociaciones. El burdel de la villa siempre estaba lleno; a los pobres desgraciados que no alcanzaban a pagar el precio iban a consolarles las prostitutas de ocasión. Narses cerraba los ojos; su único temor era que una crecida abundante cubriera su roca y le impidiera meditar frente a la catarata.

El prefecto no podía apartar de su mente el rostro de Isis; varias veces había pensado suplicar al obispo que le exorcizara, pero prefería sufrir un dolor intolerable para no perder aquellos ojos, labios y mejillas, inaccesibles hasta entonces. Aceptaba el suplicio puesto que mantenía la esperanza de conquistarla.

En la tienda de antigüedades había descubierto una antología de poemas del antiguo Egipto; los versos evocaban el reencuentro de los amantes en un jardín sombreado, al abrigo de miradas curiosas, cerca de un estanque de agua fresca donde se bañaban tras haberse declarado su ardor. ¿Cómo no soñar con Isis desnuda, deslizándose sobre una ola azulada?

En aquellos textos gozosos y sensuales, Maximino admiraba el respeto hacia la mujer amada; aquel raro sentimiento hacía que la pasión se pareciese al oro centelleante. Él, que despreciaba a las hembras, se sometía a la gran sacerdotisa de File; esta obediencia sincera le elevaba el alma; si Isis se negaba, no debería conquistarla a la fuerza, sino abrir poco a poco el camino de su confianza. Maximino tendría la paciencia del granito; que le juzgaran loco le era indiferente.

Isis guió la barca hasta Bigeh, donde ofrecería a Osiris una libación de leche que un pescador había llevado al templo durante la noche. Algunos mercaderes, avisados de la pobreza de la comunidad, no dudaban en sacrificarse por ella. También era cierto que Teodoro no había promulgado ningún edicto prohibiendo a la población comerciar con File, pero todos conocían los riesgos: detención arbitraria y deportación. Por fortuna, las rondas se iban

espaciando; numerosos soldados estaban encargados de supervisar la limpieza de los estanques de regadío y de impedir la fuga de los campesinos encargados de estos trabajos.

Cuando la gran sacerdotisa estaba amarrando su embarcación una cabeza negra apareció en el agua. El hombre, un atleta de cabellos crespos, se mantenía a una distancia respetuosa.

—Soy un sacerdote blemio. Recibe el testimonio de mi veneración y la de mi pueblo. Sé que sólo tú puedes pisar el suelo de la isla de Osiris. Por lo tanto me mantendré apartado.

—¿Qué deseas?

—Saber si los cristianos han violado este territorio sagrado.

—Lo han respetado.

—También quiero saber si la capilla y la estatua de nuestro dios están intactas.

—Lo están.

—Saber si vuestra persona está protegida contra cualquier agresión.

—No corro ningún riesgo.

—Llevaré las nuevas a mi rey.

—¿Vais a atacar Elefantina?

—Nosotros veneramos a la gran sacerdotisa de File. Ella vive por encima de las guerras y los problemas humanos.

El blemio desapareció bajo el agua. Isis, pensativa, se dirigió hacia los altares para verter la leche de la ofrenda.

CAPITULO XXXIX

Sabni se detuvo ante las enigmáticas figuras de la capilla próxima a la puerta de Adriano, enfrente de Bigeh. Crestos identificó el sol y la luna entre los cuales circulaban las estrellas, así como el pilar provisto de un pájaro que representaba a Osiris resucitado; preguntó el significado del personaje acurrucado en el interior de una caverna rodeada por una serpiente.

—Es el espíritu del Nilo —indicó el sumo sacerdote—. Su poder está atrapado en las entrañas de la tierra que, a su vez, está sumergida en un océano de energía. El personaje sostiene dos vasos que contienen los fluidos terrestre y celeste. Sólo su unión genera una buena crecida; en las estrellas leemos el destino que nos reserva: la luna la desencadenará y el sol la estabilizará.

—¿Cómo podría describirte mi alegría, Sabni? En esta jungla de símbolos me siento como en mi casa. Esto es el paraíso: el lenguaje de los dioses, los misterios del templo y el calor de las columnas. A veces tengo miedo de perder este tesoro si soy incapaz de franquear otras puertas.

—Sigue tu deseo durante toda tu vida; ninguna riqueza es aprovechable si se descuida. Aquel que guía no puede extraviarse.

—Quiero hacer hablar a esas imágenes de piedra. ¿Cómo probaré que mis palabras son la verdad?

—Si el oído es bueno, la palabra es buena; escuchar es la mejor virtud: el resultado será el amor perfecto. Si el discípulo acepta las palabras del maestro buscará su cumplimiento. Dios ama al que escucha y odia al que permanece sordo. Poseerás tu corazón si lo escuchas pues de él nacerán las palabras justas.

Crestos no perdió palabra. La enseñanza recibida era su carne y su sangre.

La calma de Teodoro sólo era aparente. Escondía a los ojos de sus subordinados los nervios que aumentaban día tras día ya que la crecida se anunciaba más débil que la del año anterior; la provincia caminaba hacia el desastre.

El prelado se opondría a implorar la ayuda del emperador y a reclamar víveres a Bizancio; olvidando los caprichos del Nilo, la orgullosa capital condenaría la imprevisión del gobernador.

No sólo se retrasaría la crecida, sino que sería débil e incapaz de depositar el limo sobre las tierras sedientas. A pesar de los consejos del obispo, la mala noticia se había extendido por las calles de Elefantina y los campos vecinos. La angustia crecía; Teodoro se extrañaba de la expresión regocijada del prefecto.

—El pueblo está de acuerdo en que Isis debe intervenir. Ella es la única que sabrá provocar el aumento de las aguas celebrando el gran ritual de la crecida.

Para Maximino significaba estar a su lado durante varios días seguidos.

—Me niego.

—¡No seáis tan obstinado, obispo! Os ofrezco la mejor solución. Si celebráis la misa en vano, ¿cuántos cristianos perderán la fe? Imposible correr ese riesgo. Si la gran sacerdotisa fracasa, la multitud se precipitará sobre el templo. A ella la retendré aquí.

—¿Y si tiene éxito?

—El pueblo la aclamará durante un tiempo y después la olvidará. Atravesaréis una tempestad pero pronto encontraréis el medio de atribuir el milagro a Cristo; las divinidades egipcias no cuentan después de un largo periodo de tiempo.

El obispo se resignó; a él le tocaba convencer a Isis. Ella se negaría a recibir al prefecto y no escucharía a ningún otro enviado. Volver a File le resultaba humillante pero en las calles de Elefantina no cesaban de hablar de Isis. ¿No era la curandera también una maga, dueña de poderes sin límites? Los adivinos predecían una crecida tan débil que ni una espiga de trigo crecería; los hambrientos atacarían a los más débiles, los pobres desvalijarían a los ricos, la sangre enrojecería el Nilo.

La barca del obispo se acercó al embarcadero donde, alertada por el vigilante, Isis le esperaba. Su larga túnica blanca resplandecía.

—Saludo a la gran sacerdotisa de File.

—Que la gran diosa proteja a sus fieles y les vuelva la tierra fértil. ¿Deseáis entrar en el templo?

—Estoy obligado a requerir vuestra ayuda.

—¿Creeríais en nuestra magia?

—De ninguna manera.

—Sin embargo ha sido eficaz miles de veces.

—No os engañéis con vuestras propias leyendas. El pueblo simplemente necesita prodigios.

—Estáis convencido de que la crecida será insuficiente y deseáis utilizar los métodos que reprobáis. ¿A qué obedece vuestra conducta?

—La fatalidad me la impone. Evitar el hambre es mi único deseo.

—Imponiendo mi presencia, ¿no insultáis a Cristo?

—Mi diálogo con Dios no os concierne. ¿Aceptáis ayudarme?

—Yo también deseo la prosperidad de la provincia.

Descendió a la barca y se instaló en la proa mientras Teodoro se sentaba a popa. Los remeros maniobraron rítmicamente.

—Una simple ofrenda no bastará. Necesito consultar los archivos del templo de Jnum.

—¿Olvidáis que ha sido destruido?

—Es verdad, los fanáticos lo han reducido a un amasijo de piedras; hay un rumor que dice que habéis salvado los papiros de la Casa de la vida contigua al santuario.

—Audaz afirmación.

Vestido con una larga túnica roja con el cuello ribeteado de oro, Teodoro libraba uno de los combates más difíciles de su carrera. Por más que trataba de defenderse, aquella mujer le ponía nervioso. Nunca llegaría a someterla; era como si la voluntad de Dios se estrellara contra una muralla indestructible.

—Vos leéis los jeroglíficos, la sabiduría de Egipto es vuestro alimento y también el mío. Nuestra tradición se funda sobre el conocimiento y no sobre el saber; se expresa a través de los textos que vos respetáis. Vos, reverencia, no sois un destructor.

—¿Necesitáis esos papiros?

—Ambos deseamos una crecida beneficiosa. Sin las fórmulas mi voz será inútil.

Los archivos de la Casa de la vida estaban cuidadosamente ordenados en las cuevas de la morada del obispo en las que nadie podía penetrar. Teodoro había salvado la mayor parte durante el incendio a causa de una frase leída repetidas veces en un texto del Antiguo Imperio: «Ama los libros como amas a tu madre». El obispo soñaba con una inmensa biblioteca que reuniera los escritos nacidos sobre la tierra de Egipto desde los albores de la civilización. Para propagar la nueva religión ¿no era necesario conocer los errores del pasado?

Conmovida, Isis acarició los venerables papiros cubiertos por columnas de jeroglíficos trazados por los sacerdotes de Jnum en la época en que el santuario reinaba sobre la isla de Elefantina. Entre ellos, un texto firmado por Imhotep en persona revelaba las palabras que obligarían a Jnum a levantar su sandalia y liberar el cauce.

—Deberíais restituirnos estos documentos, reverencia.

—No contéis con ello.

—¿Temeríais que los utilizáramos contra vos?

—Os sobreestimáis. No me asusta vuestra pequeña comunidad. ¿Qué podría hacer contra millones de cristianos?

—Testimoniar su fe y probar que el número es secundario.

La fiesta del sacrificio al Nilo reunió a toda la población de Elefantina y a multitud de campesinos llegados desde toda la provincia. Miles de ojos siguieron los movimientos de la gran sacerdotisa, que vertió sobre la corriente dos cántaros de vino dulce, leche, aceite, perfumes, dieciséis guirnaldas, dieciséis pasteles y dieciséis palmas. Luego descendió hasta el río, se metió hasta media pierna y recogió un poco de agua nueva en un vaso de oro consagrado ante Isis. La voz de la gran sacerdotisa se elevó, cantando la gloria de la diosa, rocío celestial y ojo del sol. En el corazón de la ciudad cristiana fueron pronunciadas las palabras paganas dedicadas al nacimiento de la crecida.

Siete días después de la intervención de Isis, el nivel del río se elevó con rapidez. Las aguas remolinearon, anegaron los rosales y los bancos de arena para luego saltar sobre las orillas. El caudal, alegre y bravio, repartió el limo fertilizante, suavizó el suelo y se instaló sobre los campos. El valle se convirtió en un lago del que sólo emergían los diques y las lomas sobre las que estaban construidas las casas. Espectáculo fascinante y sublime que convertía el país en el océano de los orígenes, en el que el navio era hermano del azadón y el remo del arado; un país en el que el agricultor se convertía en marino y un banco de peces nadaba a los pies de una manada de vacas. La inundación, el oro del pobre, traía la alegría a todos los seres vivos. Por todas partes lo celebraban con danzas y cantos.

Cuando la marea había cubierto Egipto, los pueblos, rodeados de bosquecillos, palmeras y árboles frutales, aparecían como islotes verdes en medio de un inmenso mar. Varias barcas navegaban por esta ruta cómodamente. Todos iban a visitar a algún pariente o a algún amigo. Hasta que se retirara el Nilo, ésta sería la época del descanso y el recreo.

De los labios de los barqueros nacieron canciones a la gloria de Isis, la maga capaz de transformar la miseria en prosperidad. El cauce le obedecía igual que a los faraones. Por más que los diáconos trataban de explicar que el principio de la crecida había sido mal interpretado y que la gran sacerdotisa se estaba aprovechando de un hecho natural, nadie les escuchaba. ¿Por qué privarse durante más tiempo del poder de una sacerdotisa cuyos actos engendraban la felicidad? En las casas de los cristianos más fervientes se murmuraba que el obispo debería mostrarse más intransigente. ¿No veneraba la religión antigua un dios único que se manifestaba bajo varias formas y había aportado al cristianismo el modelo de la Trinidad? Algunos desenterraron las estatuas ocultas en sus bodegas o cerca de los cementerios y volvieron a colocarlas sobre los altares domésticos para dirigirles sus súplicas. Reapareció la efigie de la diosa serpiente, la que ama el silencio, la protectora de las cosechas.

En la orilla occidental, los monjes, que asistían furiosos al prestigio creciente de la gran sacerdotisa, trataron de incendiar las tumbas intactas de los exploradores del profundo sur.

Los pescadores se lo impidieron y les amenazaron con romperles los riñones a golpes de remo.

El giro de los acontecimientos no sorprendió al obispo. Dichoso al saber la provincia al abrigo del hambre, satisfecho por poder volver a llenar los graneros, sacó un par de lecciones de su fracaso. Su amistad con Sabni le desviaba y le distraía de su sagrada misión; su papel de servidor de Dios consistía en imponer la verdadera fe y no en escuchar sus sentimientos. Durante largo tiempo, tanto en Oriente como en Occidente, el culto a Isis y Osiris se había afirmado como un temible rival del cristianismo. En un siglo en que la Iglesia creía haber arrancado las raíces del mal, amenazaba con renacer en el mismo lugar en que la gran diosa ocupaba su trono, el más venerable y el más prestigioso.

File estaba arruinado, exangüe, al límite de sus fuerzas, pero triunfaba a causa de una pareja que se crecía frente a las dificultades. Sabni no se convertiría; el día de mañana encabezaría una corriente religiosa que rápidamente se duplicaría con los integrantes de un movimiento sedicioso contra el emperador. Egipto no renunciaría ni a su espíritu ni a su independencia; siempre creería que el tiempo no es más que ilusión, el cristianismo un entretenimiento pasajero y la eternidad de su tradición el verdadero conocimiento.

El hombre que más quería Teodoro en el mundo se convertía en su enemigo más peligroso. El obispo no tenía derecho a esconder la cabeza: lo que Dios exigía de él tendría que cumplirlo sin desfallecer.

CAPITULO XL

Cuando, a mediados del mes de agosto, las aguas alcanzaron su punto culminante, comenzó la vendimia. Dieciséis codos: la altura perfecta de la crecida suscitó alabanzas apasionadas destinadas a Isis. Los notables del consejo, de ordinario prestos a aprobar las decisiones del obispo, reclamaron medidas a favor de la comunidad: indemnización por las cosechas perdidas, donación de tierras cultivables y de un viñedo, distribución de bloques de granito y de arenisca para reparar el edificio. Un insolente incluso se atrevió a pedir la apertura de una investigación sobre el suplicio infligido con tanto apresuramiento al especialista en ungüentos.

Teodoro rechazó todas estas exigencias con firmeza. Sin darse por vencidos, sus interlocutores pidieron audiencia al prefecto. Maximino pasaba la mayor parte del tiempo navegando alrededor del templo a fin de vislumbrar a Isis cuando subía al primer pilono; durante la breve entrevista, les escuchó con atención pero no supo qué posición adoptar. Favorecer a File significaba reforzar el poder de Sabni; luchar contra la isla, disgustar a Isis y perderla para siempre. El prefecto envió a los notables ante el señor de la provincia.

El pueblo rugía. Sabni, al que ni los guardias ni el ejército interpelaban, sabía como hablarle. Sin rabia, sin quejas, se contentaba con evocar las dificultades materiales del templo. Ni una sola vez pronunció el nombre de Teodoro. El sumo sacerdote sólo reclamaba un poco de justicia. Las mujeres hicieron callar a un diácono que les recordaba en voz alta y fuerte que los paganos estaban fuera de la ley. Empujado y arrojado a tierra, conservó su salud sólo gracias a su huida. A partir del día siguiente los barcos llevaron al templo pan, fruta, legumbres y vino; Isis daba las gracias a todos los que escoltaban los envíos. De vuelta a Elefantina, éstos proclamaron a los cuatro vientos su belleza.

Los espías del obispo fueron golpeados con varas y sus secretarios expulsados de las reuniones públicas, mientras que algunos hombres de negocios protestaban contra las contribuciones impuestas por Teodoro.

Los notables encargaron a Sabni que se encontrara con el prelado y se hiciera eco de las reivindicaciones; pronto éstas llegarían a la administración y al ejército. Narses se negaba a tomar cualquier tipo de iniciativa y esperaba órdenes. Maximino se encerraba en su morada; Mersis contenía a duras penas la cólera de sus hombres, celosos de los de Narses y deseosos

de disfrutar de los mismos privilegios. Si el señor de la provincia no reaccionaba con rapidez, podría ser arrojado de su trono.

Sin embargo, era un hombre tranquilo el que recibió al sumo sacerdote.

Teodoro parecía ajeno, casi indiferente, como si ya hubiera renunciado al poder. Sin embargo, ningún asomo de desorden se veía en su despacho.

—¿Qué vienes a anunciarme, Sabni?

—¿Eres consciente de que tu prestigio ha disminuido?

—Ser humillado no me espanta.

—¿Te conformarías con volver a ser un simple sacerdote?

—¿Por qué no, si Dios lo quiere así?

—Y tú, ¿lo quieres así?

—Yo amo esta provincia y quiero la felicidad de sus habitantes. Mientras el emperador no me expulse, gobernaré. ¿Desearías ocupar mi plaza?

El sumo sacerdote estalló en carcajadas.

—Sin embargo, es la función que tendrías que desempeñar si el paganismo prospera; Elefantina querrá a Isis como maga y a su marido como guía.

—No seas cínico, Teodoro. No entiendo nada de administración.

—No creo en tu ingenuidad; ¿no has organizado tú la rebelión?

—Pido justicia para File; quiero que sepas que no te he atacado en ningún momento.

—Lo sé, pero el resultado es el mismo. Tú y tu comunidad arruináis mi obra y conducís a estas pobres gentes hacia una represión cuya violencia ni siquiera imaginan. El emperador no permitirá una insurrección pagana. He tratado de proteger File haciendo olvidar su existencia; como agradecimiento encabeza una rebelión y precipita a los desgraciados en el abismo.

—Habríamos muerto de inanición; tu benevolencia no era más que una manera hábil de exterminarnos.

—Hete aquí, desafiante.

—Eres cristiano y deseas convertir a toda la tierra.

—Cristo lo exige.

—Alimentas una religión mediocre; el choque será terrible. Dentro de dos siglos, o de diez, miles de hombres se matarán unos a otros en nombre de la verdad absoluta que cada uno creerá poseer.

—Apocalipsis ridículo; el mensaje de Cristo engendrará la fraternidad.

—Favorecerá guerras y tinieblas.

—Los misterios de la iniciación son desvelados a una élite; he aquí la mayor de las injusticias, he aquí la razón por la cual lo cultos antiguos desaparecieron. ¿Por qué lo divino tiene que ser reservado a unos cuantos?

—Los seres humanos son diferentes. Quien desee la iniciación debe despegarse de este mundo sin negarlo y preservando su belleza. Cada uno de los adeptos ha de franquear una sucesión de puertas y dirigirse hacia la presencia inaccesible revelada en la naos. Nadie explicará jamás el camino. Porque el culto es silencioso; el rito no disipa el misterio, sino que lo sitúa en el corazón del iniciado.

—Las almas sencillas no pueden comprender tus palabras; sin embargo, también tienen derecho a su Dios. Cristo ha nacido para extender un credo universal que no será reservado sólo a unos cuantos adeptos. Tus misterios se derrumban ante la historia.

—Una religión nace y muere en la historia. Aunque el cristianismo parezca triunfar, porta en sí mismo el germen de su fin.

—Un bautizado conoce la vida eterna puesto que participa de la resurrección de Cristo.

—Antes de resucitar en Osiris, el adepto tiene que enfrentarse a un juicio; sólo mueren los que no han comulgado con el Principio.

—¿No conoces la redención y la piedad?

—Lo esencial no se cree: se conoce.

Teodoro ofreció una copa de vino a Sabni.

—Extraña situación. Hoy tú pareces estar en la posición más fuerte. El pueblo ama a File y me detesta; si sabes utilizar su cólera me derribarás.

—No es mi intención.

—Error fatal; el tiempo juega contra ti y las opiniones cambian. Cuando comprueben que todo sigue igual, volverán a confiar en mí y te reprocharán tu debilidad; tus amigos se convertirán en adversarios.

—Dale a File los medios de vivir en paz y permítele acoger nuevos adeptos.

Una media sonrisa animó el rostro frío del obispo.

—¿No has infringido ya esa ley?

Sabni no respondió.

—Ten cuidado, amigo mío; es mi último consejo. Yo no puedo perdonar las deudas de File; convence a Isis de que cierre el templo y de que la comunidad se disperse.

—¿Por qué tanta rabia?

—Lo sabes bien; en mi lugar tú harías lo mismo. Tras las hazañas de Isis, File no podrá volver al anonimato que lo protegía. La isla amenaza al cristianismo.

Sabni reflexionó. El obispo, animado por una última esperanza, mantuvo la mirada fija sobre él. Conmovido por la intransigencia de su amigo, siendo al fin consciente de los riesgos, ¿renunciaría el sumo sacerdote a su anticuada vocación?

—Son sólo palabras —juzgó Sabni—. Tú admiras a File porque forma parte de tu ser. Sin él la provincia te parecería vacía y pobre.

El obispo no protestó.

—Vuelvo a la isla. Protégela, Teodoro. El mundo la necesita.

CAPITULO XLI

Sólo sobresalía la cima de la roca. Siguiendo el curso de la corriente con habilidad, Narses consiguió abordarla sin dañarse. Pese a los constantes avisos de peligro, prefería navegar solo; cada día manejaba mejor los remos y se familiarizaba con los peligros del río por los que sentía una fuerte atracción.

La catarata desaparecía bajo las aguas; inundada, la frontera de Egipto regresaba al mundo invisible.

El general no lamentaba nada de lo ocurrido, ni los encarnizados combates, ni las muertes, ni su espada bañada en sangre. La derrota tan temida se palpaba en los peñascos quemados, en la tierra ocre, en la efervescencia del océano del profundo sur. Ahora que su deseo de vencer se había desvanecido, aprendía a observar. Hasta el final de los tiempos se complacería en llenar sus ojos de luz, de agua y de rocas. Triunfaba en la derrota.

Por qué morimos en el polvo, se preguntaban los jóvenes reclutas separados de sus familias y de su pueblo. Narses no era ni su confesor ni su director espiritual. Sin embargo, a él le tocaba recoger la última mirada de reproche, el mudo rugir de la multitud contra el emperador, contra él mismo, contra una humanidad fascinada por el crimen y la violencia.

Narses ya no distribuía consignas entre el ejército ocioso. Sus subalternos mantenían una vaga disciplina. Ya nadie se preocupaba por mantener las armas amontonadas en un arsenal improvisado. El capitán Mersis se enfurecía al ver que la epidemia se extendía por toda la guarnición. Si los soldados de élite se divertían, ¿cómo no iban a seguir su ejemplo los mercenarios, peor pagados? En poco tiempo el general habría podido restablecer el orden y el espíritu de solidaridad; colaborar al mantenimiento de un mundo malvado, equivaldría a cometer alta traición. A la catarata le correspondería decidir su suerte.

Narses no sentía el menor interés por el obispo, aunque estuviese al borde del fracaso. Hacía una semana que el pueblo pronunciaba su nombre entre silbidos y abucheos. En vez de ponerse al frente del movimiento, el sumo sacerdote se había retirado a la isla con el fin de celebrar allí los ritos que aseguraban una crecida fertilizante. Los partidarios más fervientes, decepcionados, criticaban la frialdad de Sabni y abandonaban la idea de asaltar la residencia del obispo.

A la misa del domingo no faltó ni un solo fiel. Todos observaron la serenidad impresa en el rostro del prelado. ¿No era una prueba del control que ejercía sobre la situación y de que el ejército a sus órdenes aplastaría toda tentativa de rebelión? Teodoro, Narses y Mersis eran los únicos que sabían que una parte de sus hombres se negaría a obedecer: por un lado, los bizantinos, que no deseaban verse implicados en una guerra civil; por otro, los egipcios, que no querían matarse entre sí.

Durante la celebración del sacrificio, el obispo respiró con dificultad, pero consiguió disimular su nerviosismo. Como todos sus fieles, esperaba la llegada de Sabni. Abriría las puertas de la iglesia, proclamaría su título y exigiría el reconocimiento de los cultos de la tradición y el gobierno de la provincia. Los cristianos lo aclamarían, los ciudadanos de Elefantina vivirían entusiasmados este acontecimiento y los soldados le jurarían fidelidad. Un ejército entusiasta se lanzaría al norte y, a marchas forzadas, ganaría Menfis. La propia Alejandría no resistiría mucho más.

Sabni no apareció.

Al elevar el cuerpo y la sangre de Jesucristo hacia el cielo, Teodoro comprendió que Dios lo salvaba de la caída y le recordaba su deber más sagrado: exterminar el paganismo.

Sabni limpió el bajorrelieve con un paño húmedo. Faraón, situado bajo la protección de una hilera de cobras, recibía la unción de Thot y Horus, que sujetaban por encima de su cabeza dos vasijas de las que surgían cruces ansadas, símbolo de una vida inalterable. Con el acto del bautismo le conferían la única legitimidad que poseían las potencias creadoras. Así lo exigía el

espíritu de Egipto, indiferente a las disputas humanas y a la Historia. Cuando Faraón regresara en un futuro, le bastaría con leer los textos y con dar vida a las escenas reveladas en los muros de los templos para revivir el fuego de los primeros tiempos, transmitido de monarca en monarca.

—Te veo preocupado —observó Isis.

—Temo no saber actuar de forma más directa.

—¿Piensas en cómo derrocar a Teodoro?

—Me parece indispensable hacernos con el poder. Si no lo conseguimos, viviremos desterrados en nuestra propia tierra.

—Tienes razón, pero es demasiado pronto. Tus partidarios se verían arrastrados a una guerra civil perdida de antemano y muchos inocentes morirían por ti. Perderías nuestra alma en la aventura. Nuestro único ejército son los adeptos, nuestra única fuerza, el pensamiento; ahora bien, no estamos preparados porque nos falta un arma decisiva, la cohesión.

—¿Temes una nueva traición?

—Hagamos que la comunidad se convierta en el oro más puro para que con su brillo transforme la naturaleza humana en piedra del templo. Tan pronto como lo logremos, tú serás quien guíe la barca del Estado.

—¿No será entonces demasiado tarde?

—Hagamos el tiempo a nuestra medida, Sabni, y ocupémonos de transmitir la Regla; en ella están todas las respuestas.

El elegante navio blanco se deslizaba suavemente por las turbulentas aguas de la crecida. El barquero que manejaba la vela cuadrada era el mejor marino de Elefantina. En estos últimos días de agosto, amenizados por el viento del norte cuya suave brisa no atenuaba la canícula, tenía el honor de transportar al prefecto y al obispo, sentados al abrigo del palio.

Maximino, nervioso, echaba largos tragos de vino fresco. Si hubiera sabido nadar, se habría hundido gustoso en este mar confundido con el horizonte. El obispo, insensible al calor, saboreaba las uvas.

—¿Me explicaréis por fin el motivo de este interminable paseo?

—No os impacientéis, Maximino. ¿No disfrutáis con la magnificencia de estos lugares? Si deseáis comunicaros con el alma de mi país, aquí es donde podéis percibirla.

—No sois poeta, reverencia. Cada uno de nuestros actos tiene un fin. Exijo que me informéis.

—La situación es tan delicada... No la ensombrezcáis más.

—¿Teméis la insurrección?

—La hemos evitado por muy poco.

—¿Sabni?

—Acaba de demostrar que no es un jefe militar, un error imperdonable a los ojos del pueblo.

—¿Adonde me lleváis?

—Cerca de la catarata. Es el único sitio donde podemos conversar con Narses.

El general, que había amarrado su barca a una punta rocosa, se levantó y se acercó al navio. ¿Que energúmeno se atrevía a perturbar sus momentos de meditación?

Cuando el obispo le gritó, no hizo ningún gesto, por mucho que la presencia del prefecto le intrigara; un grave incidente debía de ser el origen de tal expedición.

Teodoro y Maximino subieron a la estrecha plataforma; los tres hombres, extraños bípedos que parecían caminar sobre las aguas, se perdían en medio de la crecida.

—El lugar es fascinante —reconoció Teodoro.

—Obliga al que lo visita a la soledad y al silencio.

—Lamento haberlos quebrantado, pero ayer llegó un documento oficial de Bizancio.

El prefecto se sobresaltó.

—Debíais haberme advertido inmediatamente.

—No hay nada grave en lo que a vos concierne; el emperador acepta vuestras explicaciones con relación al oro de Nubia.

—¿Ningún reproche?

—Ninguno.

—¿Y... File?

—El emperador supone que el problema está resuelto y espera vuestro regreso.

—¡El documento iba dirigido a mí y vos habéis tenido la osadía de leerlo!

—El emperador se ha dirigido a mí y no a vos, y me invita a que tome las decisiones que estime oportunas; consultaréis el decreto en mi despacho.

—¡Un decreto! Significa...

—Que mis decisiones tienen fuerza de ley y que vos obedeceréis mis órdenes sin posibilidad de discutirlas.

De modo que Maximino ya no era más que un alto funcionario sin potestad alguna. El emperador no lo destituía, pero confiaba la autoridad al obispo. Cuando regresara a Bizancio, el antiguo prefecto ocuparía un puesto honorífico y anodino lejos de Isis, lejos de esa felicidad imposible que se había convertido en su razón de vivir.

—El emperador ha tomado otra decisión: acepta la petición del general Narses relativa a ser nombrado jefe de la guarnición permanente de Elefantina y lo pone a mis órdenes. Cuando terminen sus años de servicio recibirá una casa y unas tierras.

El general abrazó al obispo; loco de alegría, creyó sentir aún su brazo arrancado y se comportó como un niño. ¡El veterano, el soldado invencible, el valiente entre los valientes, rebajado por el Estado Mayor! Le habían considerado un viejo chocho o un impotente. Al aceptar su petición insensata, al relegarle a un puesto miserable en los confines del imperio, sus rivales se libraban de él con la satisfacción de condenarle a un destierro definitivo. Nadie sabría que el desprecio con que le pagaban suponía para él un tesoro de incalculable valor.

El agua fangosa atraía a Maximino. ¿No había una leyenda que decía que los ahogados entraban en el reino de Osiris sin ser juzgados? Morir sería privarse de la mirada de Isis. Quizá sintiera lástima de un hombre caído, de un prefecto que no ostentaba más poder que un título vacío de contenido. En Elefantina, el extremo del mundo, destruían a los conquistadores, les embotaban las armas y les cortaban las uñas. Ni él ni Narses escapaban a la ley. ¡Volver a Bizancio! ¡La última humillación! Las sonrisas socarronas de los cortesanos, las amargas palabras de consuelo de sus colegas, las risas burlonas de sus antiguos subordinados; sólo podría soportar este sufrimiento si llevaba consigo a Isis.

—¿Me concederíais un favor...?

El obispo le interrumpió.

—Es hora de pensar en vuestra partida. Reunid vuestros enseres y concretad el número de asnos y de camellos que precisaréis. Una escolta os acompañará hasta Alejandría.

Narses no escuchaba. La catarata lo había cautivado. Ya no volvería al cuartel: se construiría una cabaña a orillas del río, cerca de los peñascos salpicados por los remolinos; ya no hablaría con nadie, sólo dialogaría con el viento y la corriente, y a ésta abandonaría su espíritu. Lo tratarían de demente y olvidarían que había existido una vez.

—Nuestra colaboración comienza hoy mismo, general.

Narses necesitó algunos segundos para darse cuenta de que el obispo se dirigía a él.

—Ya no soy general.

—Os queda un año de servicio. Debéis someteros, de otro modo os mandaré detener y os enviaré al destierro. Un oficial superior de vuestro rango conoce el precio de la insubordinación.

Narses miró la catarata.

Un año... Todavía un año antes de disfrutar de cada segundo lejos de esta humanidad indigna. Obedecer sin cuestionarse las órdenes recibidas, actuar como una marioneta.

—Estoy a vuestras órdenes.

Teodoro cogió al general por los hombros.

—Acabaremos nuestra maravillosa tarea. Preparad un centenar de hombres y algunas barcas.

—¿Nubia otra vez?

—No. La operación debe mantenerse en secreto y se realizará sólo bajo nuestra responsabilidad. No aviséis al capitán Mersis.

CAPITULO XLII

Isis frotaba con arena fina la sítula más hermosa del templo, una vasija de bronce en forma de mama, decorada con una figura de la diosa del cielo oculta en el interior de un árbol. En la base del preciado objeto, el sol brotaba de una flor de loto. La gran sacerdotisa pensaba llenarla con agua del Nilo; mientras descendía los escalones del nilómetro oyó unos gritos que procedían de Bigeh. Apresuró el paso y, desde la orilla, pudo presenciar el ataque de los soldados del general Narses contra la tierra sagrada de Osiris. Armados con picas, se animaban dando gritos mientras las trompas anunciaban la hazaña.

Sabni empujaba ya una barca hacia el agua, pero Isis no le dejó subir.

—Lleva esta sítula al interior del tesoro del templo —le exigió Isis.

—Voy a luchar.

—La Regla prohibe que vayas a Bigeh.

—Tú sola no puedes enfrentarte a esos salvajes.

—No tengo nada que temer.

Oprimida por la angustia, la gran sacerdotisa remó sin tregua hasta el islote y vio a los mercenarios adentrarse en el bosque, violando el secreto del dios de agua pura que reposaba en la loma misteriosa donde se unía a la diosa que daba vida a lo que su corazón había concebido; de su unión nacía la crecida. Ningún profano había osado jamás perturbar la serenidad de aquellos lugares.

Dos soldados burlones quisieron ayudar a la joven sacerdotisa a desembarcar.

—¡Hola, guapa! Demasiado salvajes para ti, ¿verdad?

—Soy la gran sacerdotisa de File. Abandonad este islote y alejaos de aquí si no queréis que pese mi maldición sobre vosotros.

Los soldados habían oído hablar de la maga; impresionados por la firmeza de su tono, retrocedieron. La llegada del barco del obispo les devolvió la agresividad contenida; el más joven incluso se atrevió a coger a la gran sacerdotisa por la muñeca.

—¡No es más que una mujer! ¡Mírala, ya la tengo!

Saltando a tierra, Teodoro abofeteó al desvergonzado con el dorso de la mano.

—Nos ha insultado —se quejó el soldado.

—Vigilad mi barco y no os mováis de aquí.

Isis se encaró con el obispo, con el cuerpo apenas velado por la túnica de lino blanco.

—¡Recordad a vuestros soldados que Bigeh pertenece a Osiris!

—Osiris está muerto y no resucitará; el islote es propiedad del Estado.

—Os conjuro a respetar el misterio.

Teodoro, haciendo caso omiso de lo que la gran sacerdotisa le acababa de decir, se encaminó hacia el bosque. El cuerpo expedicionario talaba los árboles y desmantelaba los altares. Un gigante barbudo derribó la estatua de Mandulis, el dios de los blemios. El «buen viajero» acabó su recorrido en el polvo ocre, al abrigo de un tamarindo que pronto sería abatido por el hacha.

La sacerdotisa no dedicó mucho tiempo a la contemplación del triste espectáculo; en el centro de Bigeh se desencadenaba un drama aún más terrible. El general Narses subía a la loma que protegía el sarcófago del dios y con la ayuda de dos jóvenes fornidos hizo saltar la tapa.

—¡Deteneos! —les suplicó Isis. —Es inútil —exclamó Teodoro.— Están a mis órdenes. Isis no pudo contener las lágrimas. Aquellos desalmados tiraron al suelo la tapa del sarcófago y se ensañaron con él; de la mortaja de piedra derribada ya no quedaban más que trozos esparcidos y machacados.

—El sepulcro está vacío —dijo el obispo—. Vuestro falso dios no ha existido jamás.

Isis se hallaba sentada en el interior del templo de Nectanebo I, fundador y guerrero, que había marcado con su voluntad de independencia la última dinastía egipcia. Desde los capiteles, el rostro de Hathor sonreía.

—Mi intervención ha sido ridicula —le confesó a Sabni—. Han profanado el suelo de Bigeh convirtiéndolo en un montón de ruinas.

Los soldados se habían reído, contentos de poder dar rienda suelta a la agresividad contenida durante tanto tiempo. En Elefantina retumbaban sus gritos de victoria.

Algunas personas, convertidas al cristianismo desde hacía tiempo, se rociaron la cabeza con polvo en señal de luto por Osiris. Esta vez, la religión ancestral vivía sus últimas horas; ¿cómo pretender, a raíz de aquellos acontecimientos, que algún poder protegiera los lugares santos?

—Ninguna barrera volverá a proteger a File de las manipulaciones del obispo.

—Hay una —objetó Sabni—. Tú. Con tu sola presencia impedirás que Teodoro vaya más lejos.

Isis recordó la actitud del prelado en Bigeh, cuando la defendió frente a sus soldados. ¿Por qué le daba muestras de respeto si la detestaba?

—Es posible que el obispo creyera que atacaban un islote desierto.

—Imposible Sabni; todos conocen la importancia del territorio sagrado de Osiris. Teodoro no se ha equivocado de objetivo; las dos islas no son más que una: si Bigeh es profanada File se debilita. Sólo falta que nuestra última barrera se derrumbe para que la desaparición del templo sea inevitable.

—No lo consentiré.

Isis estrechó las manos de Sabni entre las suyas.

—File está intacta; ésa es la única realidad a la que debe aferrarse nuestra comunidad.

—Preparémonos para un nuevo acoso. Teodoro quiere acorralarnos para que seamos nosotros mismos quienes cerremos el templo y emprendamos la huida.

Una sonrisa iluminó el semblante de Isis.

—Entonces, la destrucción de Bigeh ha sido inútil.

Filamón, el recaudador principal, no tenía alma marinera. El solo hecho de subir a una barca le provocaba nauseas. Sin embargo, se vio obligado a dirigirse al embarcadero de File para inventariar los barcos de eslora mediana que pertenecían al templo. Recordó al sumo sacerdote, que le observaba intrigado, la existencia de una contribución especial sobre este tipo de bienes y la obligatoriedad de declararlos. Sabni afirmó desconocer esta disposición administrativa; las sanciones alcanzaban una suma considerable, exigible en un plazo de ocho días. Ansioso por volver a irse, Filamón pidió al barquero que se apresurara. Antes de llegar a tierra firme, vomitó. Sabni se preguntaba por qué el capitán Mersis no había avisado al templo; sin duda, el palomar no estaba disponible. No pagar sería privarse de un medio de transporte indispensable. Isis propuso abandonar la mayor parte de la flotilla y conservar sólo un barco de carga y una barca pequeña; de esta manera la contribución se reduciría al mínimo.

—Visitemos las criptas —propuso Isis. Una piedra deslizante daba acceso a dos estancias alargadas y muy bajas. Sabni se introdujo a duras penas por la abertura; su antorcha iluminó una serie de objetos rituales de oro y plata utilizados en las espléndidas ceremonias de antaño. Vasijas, incensarios y estatuillas dormían en la oscuridad.

—No tenemos derecho a venderlas. Forman parte del depósito de fundación del santuario; sin ellos, se hundiría. Las comunidades del futuro lo necesitarán.

Isis cerró la primera cripta. En la segunda, yacían las piezas de una barca que, reconstruida, permitiría que la comunidad navegara en el más allá.

La tercera, casi vacía, contenía los adornos de una gran sacerdotisa: collares de oro, redecillas de perlas, sortijas y brazaletes.

—Este tesoro nos servirá para negociar —dijo Isis.

El collar que la gran sacerdotisa proponía como pago de la contribución y de la multa puso al recaudador principal en un aprieto; ahora tendría que calcular el valor exacto de las joyas además de la nueva contribución correspondiente tras el abandono de la casi totalidad de la flota. ¿Sobre qué base fijaría la cantidad? Al término de numerosas operaciones aritméticas que no repercutieran negativamente sobre su administración, propuso una cifra. Isis no respondió. Filamón evaluó el collar a peso de oro en una de las escasas balanzas que quedaban en Elefantina sin trucar; admitió que la comunidad ya estaba en regla y precisó que el uso de una barca, aunque modesta y no sometida al pago del impuesto, implicaría la pena de encarcelamiento; finalmente extendió un recibo en el que figuraba la descripción exacta de las dos últimas embarcaciones del templo.

Isis atravesó la calles de Elefantina al anochecer. Caminaba deprisa, indiferente al espectáculo que ofrecían las calles. Unos curiosos creyeron reconocerla, pero nadie le dirigió la palabra. La gran sacerdotisa había amarrado su barca al extremo sur de la isla, no lejos de un pueblo miserable donde se apiñaban familias nubias convertidas al cristianismo. La inundación solía arrastrar consigo las chozas de barro.

La ciudad, como un buque perdido en un océano enrojecido con los últimos rayos de sol, embargaba de nostalgia el corazón de la gran sacerdotisa. Cuando aconsejó a Sabni que no se comprometiera en una aventura militar, no olvidaba que los faraones nunca se alejaban de los problemas terrenales. El templo, aunque aislado como el de File, ocupaba el corazón de la villa. Si sus altos muros impedían al profano el acceso a la iniciación en sus misterios sería para marcar la frontera entre la mera curiosidad y el profundo deseo de conocer. Del centro del santuario brotaba la alegría de vivir; si el templo no se ponía al frente de la reconquista de la tierra amada por los dioses, ¿quién lo haría?

Isis apartó la rama de un tamarindo. Delante de su barca la esperaba el prefecto Maximino.

CAPITULO XLIII

—No temáis. Deseo hablaros... ¡Hace tanto tiempo que espero este momento! ¡Escuchadme, os lo ruego!

En su actitud no había rastro de orgullo ni de desafío. A las puertas de la vejez, Maximino volvía a sentir el ardor de un adolescente enamorado.

—No os serviría de ninguna ayuda —se lamentó Isis con dulzura.

—¡Sí...! ¡Comprendiéndome, dando sentido a mi sufrimiento, iluminando mi noche!

Durante varios minutos, habló sin aliento; explicó que no era más que un prefecto de pacotilla y que el obispo tenía el poder absoluto desde hacía unos días. Maximino ya no tenía potestad para dar órdenes o firmar un decreto. Su último privilegio sería una ridicula escolta incapaz de defenderle de los bandidos que invadían los caminos. Teodoro le enviaba a una muerte solitaria y vergonzosa en el polvo del camino.

Isis se sentó en un bloque semienterrado, vestigio de una capilla desmantelada. La noche caía rápidamente; en el inmenso lago, la plateada luna sucedía al dorado sol. El disco naranja se hundía en el horizonte, donde se enfrentaría a los demonios de las tinieblas antes de escalar la pendiente arenosa que le conducía hacia la resurrección de la mañana. Cuando el sol, vencido, renunciara a luchar contra la serpiente gigantesca, la humanidad se sumergiría en el gran sueño.

—Lo que yo siento por vos, Isis...

—Callaos.

El prefecto se indignó.

—¡No! ¡No quiero callarme! Ha sido envolviéndome en el silencio como mi fama ha disminuido a los ojos de todos. Soy un hombre rico; en Bizancio me quedan algunas posesiones.

—Me alegro por vos.

—Os negáis a escuchar... Teodoro arrasará File y deportará a los miembros de la comunidad. Ya no estaré aquí para defenderos. El emperador me reclama. Debo partir.

—Que vuestro viaje sea agradable.

Los últimos rayos del sol mezclados con la claridad de la luna convertían a Isis en una mujer blanca y rosa; difuminaban los bordes de su ligera túnica, dibujando las perfectas curvas de su cuerpo a contraluz, incitando al más loco amor.

El fuego quemaba la boca y los dedos de Maximino.

—Si os quedáis en File seréis condenada. Venid conmigo; yo os enseñaré a amarme. Os construiré una capilla donden podréis adorar a Isis. El emperador no sabrá nada.

—¿Os olvidáis de Sabni?

—No piensa más que en sí mismo. Se sirve de vos para afirmar su dominio sobre la comunidad; es un intrigante y un vago, incapaz de derrocar al obispo.

—¿Esos términos no os describen a vos?

Maximino bajó la cabeza.

—He descuidado mi cargo porque os habéis adueñado de mis pensamientos... Eso es lo que ha pasado. El juego de la política y el poder ya no me divierte. Sueño con un inmenso jardín poblado de árboles en flor en los que vos paseáis a mi lado, en un lago de placer en el que os bañáis, en una mansión suntuosa en la que, engalanada como una reina, recibís a nuestros invitados. En cambio, Sabni os ofrece pobreza y desesperación.

—Es a él a quien yo amo con todo mi ser, con un amor que vivimos intensamente en el corazón del templo.

—Del que no quedará ni una piedra.

—Estoy convencida de lo contrario. File desafiará a los siglos y vencerá al tiempo; mientras sople el viento del norte, mientras el sol salga del vientre de su madre celestial, el templo resplandecerá y la isla inmóvil flotará en la corriente.

—Os equivocáis. ¿No habéis oído la advertencia de Teodoro? Bigeh era la última etapa antes de File.

—El obispo cree haber matado un dios, violado una tierra santa cuya pérdida nos conducirá a la desesperación; continuará acosándonos pero respetará nuestra existencia.

—Ha cambiado. Sabni se ha convertido en su peor enemigo. Y vos...

—¿Tan temible soy?

—Vos encarnáis el amor de la diosa. Sólo el amor de Cristo debe reinar sobre el mundo.

—El amor no se decreta como si fuera un dogma. Cuanto más escarnecida sea Isis, más se adentrará en el alma de todos los seres. Llegado el momento, su gloria se abrirá como una flor de perfume embriagador y los peregrinos volverán a File.

—Es un sueño.

—No conocéis Egipto. Desde sus orígenes ha suscitado celos y deseos de conquista. Muchos pueblos han deseado ocupar nuestro suelo, penetrar el misterio de nuestros templos y robar los secretos de nuestras viviendas eternas. Algunos han creído conseguirlo y se han hundido en sus propias pesadillas. Hoy reinan en el mundo los ejércitos cristianos; su religión intenta borrar nuestra tradición. Peligrosos adversarios les amenazan y codician nuestro delta frondoso y el valle santo del Nilo. Mañana quizá suframos el yugo de las creencias beduinas o árabes; proclamarán la desaparición de nuestra civilización, afirmarán que nuestros dioses han muerto; pero sólo estarán adormecidos, prisioneros de un largo invierno.

—Ni vos ni yo podemos esperar una primavera ficticia. Aferrémonos a la felicidad ahora, ¡venid conmigo!

Un ibis de enormes alas sobrevoló las aguas y desapareció por occidente. En él se encarnaba el espíritu de Faraón, que conseguía llegar a su morada celestial para celebrar un banquete en compañía de sus hermanos los dioses. Isis se levantó y se dirigió hacia la barca.

—Vuestra sinceridad me conmueve, pero me imagináis una mujer diferente de la que soy.

—Estáis aquí, a mi lado...

—El templo es mi patria; lejos de él languidezco. Volved a Bizancio; el día de mañana conoceréis otro amor y relegaréis el mío al recuerdo.

—Todo mi ser está impregnado de vuestra presencia. No tenéis derecho a abandonarme.

—Adiós, Maximino.

El hombre le cogió las manos.

—Venid conmigo.

—Es imposible.

—Yo satisfaré vuestros deseos.

—Sólo tengo uno: servir a la gran diosa.

—Vuestro universo se hunde en la noche. No os quedéis en el barco que naufraga; en Bizancio seréis libre.

—La verdadera libertad consiste en no tener que elegir más. La ley del templo me la ha ofrecido.

—Nadie os ama tanto como yo. Os reservo el más fabuloso de los destinos.

—El de File me colma.

—No me rechacéis.

—¿Qué esperabais?

—Si no me amáis, Isis, me veré obligado a mataros.

—Divagáis.

—Y me suicidaré inmediatemente después. Al menos estaremos unidos en la muerte.

Con una rapidez y una violencia que la sorprendieron, intentó estrangularla. La gran sacerdotisa se debatió, pero Maximino, con los ojos dilatados, apretó con más fuerza mientras murmuraba palabras incomprensibles. Isis dejó de luchar. Su último pensamiento voló hacia Sabni en el instante en que sus ojos se tornaron de color púrpura.

Un soplo de aire caliente le desgarró el pecho; ya no sentía las manos del prefecto oprimiendo su garganta.

La ayudaron a levantarse; aspiró el aire delicioso de la noche. Vio a su salvador: el blemio que había visto cerca de la isla de Bigeh.

—Presentía que vuestra vida estaba en peligro; por eso no os he perdido de vista.

—Que Isis os conceda fuerza y salud.

—¿Quién es este miserable?

—El prefecto Maximino.

El blemio escupió sobre el cuerpo inerte.

—¿Está muerto?

—Quien osa poner la mano sobre la gran sacerdotisa de File no merece vivir. ¿Es cierto que los soldados del obispo han violado el territorio sagrado de Osiris?

—Mis protestas fueron en vano.

—¿Han profanado la tumba?

—Bigeh ha sido reducido a ruinas.

—¿Han destruido la estatua de nuestro dios?

—No han dejado piedra sobre piedra.

El sacerdote negro fue presa de un espasmo, como si su cuerpo sucumbiera a una fiebre violenta. Los brazos extendidos, el rostro dirigido hacia las nubes, exhaló un grito surgido de lo más profundo de su raza y saltó al Nilo.

Isis se aproximó al cadáver de Maximino que yacía boca arriba con los ojos abiertos. Con el dedo índice trazó una cruz de vida sobre la frente, los labios y el corazón.

CAPITULO XLIV

El aguador depositó su carga, atónito. La escena que acababa de presenciar le había revuelto las entrañas. ¿Qué crimen habría cometido aquel hombre para sufrir tal tormento? Emocionado hasta el punto de perder el habla, golpeó los postigos del puesto más próximo al cuartel. El propietario, que descubrió en aquel momento el cuerpo martirizado que colgaba boca abajo de lo alto de la muralla, despertó a la mujer y a los niños. Poco después del amanecer, centenares de ciudadanos de Elefantina se apresuraban hacia la entrada principal del cuartel, fascinados por el sufrimiento que ofrecía aquel macabro espectáculo. Las murmuraciones se desataron; todos daban alguna explicación: violación, asesinato, blasfemia, conspiración... Pero ¿por qué exponer de ese modo a aquel desgraciado? Una mujer lo reconoció; avisó a su marido, guardián del cementerio, el cual transmitió la noticia a su primo, un pescador que, a su vez, advirtió a uno de los adeptos que pescaba cerca del embarcadero.

Una hora más tarde, Sabni se abrió paso entre la multitud hasta llegar a la primera fila.

—¡Mersis... no, tú no!

El capitán, a pesar de tener el cuerpo lacerado por los latigazos, aún se movía.

—¡Mersis! —gritó Sabni— ¡Estoy aquí!

El ajusticiado, con un esfuerzo considerable, entreabrió los ojos. De su boca salía un hilo de sangre.

—Este comportamiento es indigno de ti, Teodoro.

—Mersis ha sido declarado culpable de alta traición. Ha sido juzgado y castigado por sus iguales.

—No lucharé en ese terreno.

—Prudencia elemental, Sabni. Cuando le notifiqué la acusación, Mersis no la negó; conocía los riesgos. Si Mersis hubiera detenido a un bandido como Mersis, también se habría mostrado implacable.

—¿Desde cuándo sabías que el capitán pertenecía a nuestra hermandad?

—¿A ti qué te importa? Ahora expía su crimen. Ya no te queda ningún aliado.

—Mersis no se merecía un final tan infame; sirvió a su país con devoción.

—A su país no; a File.

—Por amor a tu dios, Teodoro, desátale y déjale morir en paz. Eras tú quien hablaba de piedad y compasión; Egipto no quiere la crueldad.

—¿Clemencia? ¡Sea! Dirígete al templo de Jnum antes del anochecer.

En presencia de Narses, el obispo se dirigió a los soldados reunidos en el patio del cuartel; les recordó que su principal deber consistía en defender el cristianismo contra sus enemigos y que los traidores serían castigados como Mersis, con la muerte, y expuestos ante la multitud.

El cuerpo fue descolgado, colocado en un féretro y trasladado al santuario del dios carnero. Cuando Sabni se inclinó sobre él, Mersis consiguió reunir fuerzas para respirar; el menor soplo hacía latir su corazón. En marcha hacia el reino de las sombras, había perdido el habla. Sabni le sostuvo la cabeza durante toda su agonía, de la que el obispo fue testigo.

—Un pagano no puede ser enterrado en cementerio cristiano; enterradlo en este territorio de nadie.

Con sus propias manos, el sumo sacerdote cavó una tumba donde depositó el cadáver de su hermano, que recubrió con fragmentos de bloques de granito. Mersis dormiría bajo el material que sirvió para construir el templo de Jnum.

El obispo pronunció una de las fórmulas de extremaunción ante el asombro de Sabni.

—Este pagano ha purgado sus faltas aquí abajo. Ahora le corresponde a Dios perdonar. Su misericordia es infinita.

Teodoro, como había dicho, no era responsable de las torturas infligidas a Mersis. Informados de su traición, los militares bizantinos habían votado un castigo ejemplar al que el obispo no podía oponerse. Pero ¿quién les había puesto sobre aviso sino el prelado, jugando con la denuncia y los rumores?

Sabni se sentía culpable de la muerte de su amigo. Debía de haberle ordenado que abandonara el cuartel y huyera hacia el norte.

—Mersis no te habría obedecido —objetó Isis—. Era tan obstinado como valiente. No te sientas culpable.

—Ahora estamos solos.

—Somos una comunidad.

Sabni grabó el nombre egipcio de Mersis, «el hijo de la azada», sobre una estela erigida entre los pilonos. Viviría allí en compañía de los hermanos y hermanas, habitantes de la luz de la que habían salido. Todas las mañanas el sol iluminaría los jeroglíficos, elementos inmortales de su ser. Crestos limpió las herramientas y los restos de cal.

—¿Tendremos que luchar contra el ejército de Narses?

—No, Crestos, contra el fanatismo y la injusticia, adversarios mucho más temibles.

—No los temo.

—No seas presuntuoso; son los que poseen el genio más enérgico.

—Resistiré con tu ayuda.

—Con la ayuda de toda la comunidad; no menosprecies a los más débiles ni a los menos inteligentes pues tienen virtudes de las que tú careces. En todos y cada uno de nosotros se reconoce la cualidad justa y precisa para la construcción del templo invisible.

—¿No fuiste tú quien me inculcó la idea de lo inaccesible?

—Para enseñarte el camino del santuario.

—¿Y el de los grandes misterios?

—Su llave es la fraternidad, no el simple afecto que une a los adeptos, sino la unión de toda la hermandad con los poderes celestiales. No descuides las tareas insignificantes; cuando haces bien el más humilde de los trabajos, vives con rectitud y te conviertes en receptáculo del amor divino.

—¿He fracasado?

—Te lo habría indicado.

El joven adepto se arrodilló ante la estela. Sabni tenía una mano admirable; el estilo de su grabado era digno de los mejores escultores.

—¿Quién te enseñó a escribir?

—El padre de Isis. Tuve que estropear miles de cascotes de piedra caliza antes de lograr trazar un buen jeroglífico; después, tuve que aprender a excavar la piedra para darle forma. Varias veces creí que el decano me rompería la espalda: no soportaba mi torpeza. Cuándo veía que su bastón comenzaba a dar vueltas, deseaba que me tragara la tierra. ¡Tenía una puntería excelente! Me apliqué cuando comprendí que estaba al servicio de la Regla del templo, ser imperecedero más allá de mi ser, amor de la vida que superaba y abarcaba mi propia vida; sólo entonces mis manos se volvieron ágiles.

Crestos blandió el mazo y el cincel.

—¿Y si empezara a probar? Hay piedras usadas detrás del pabellón de Trajano.

Sabni vaciló.

—¿No tienes confianza en mí?

—Nos falta una herramienta.

—¡La encontraré!

—Tráeme un bastón.

El adolescente retrocedió, se echó a reír y corrió hacia el monumento al que más tarde acudiría el maestro; poco importaban los palos que recibiera si iba a participar en la obra.

El cadáver del prefecto fue descubierto tres días después de su muerte; los guardias interrogaron a los ciudadanos del pueblo nubio, pero no obtuvieron ningún indicio sobre las circunstancias del trágico suceso. Gracias a Dios, una denuncia permitió identificar al culpable:

un judío que, poco tiempo atrás, había sido acusado de robo. El criminal no resistió la tortura durante mucho tiempo y, debido a la gravedad de su acción, fue empalado en lugar público.

Teodoro redactó un informe detallado dirigido al emperador, deplorando la desaparición del prefecto; mencionó la celebración de funerales oficiales y lamentó que el fuerte calor impidiera trasladar los restos a Alejandría; Maximino fue enterrado en un lugar de honor en el cementerio de la isla.

Narses construyó su cabaña. Cuando pasó la primera noche con la mirada puesta en las estrellas se prometió a sí mismo pasar las noches en vela para disfrutar sin descanso de la visión que se le ofrecía. Tras la hazaña de Bigeh, el obispo no parecía planear más operaciones militares; el general había delegado la intendencia en cuatro oficiales, dos bizantinos y dos egipcios encargados de sustituir al capitán Mersis. Desde su primer encuentro, una franca discordia se había instalado entre ellos. Los soldados, al recibir órdenes contradictorias, no ejecutaban ninguna.

El sol de agosto era tan agobiante que se suprimieron los turnos de día. Las murallas desiertas parecían dormir bajo la canícula. Dos metros más abajo, las aguas de la crecida lanzaban destellos de luz.

En el peñasco de la catarata, el general canturreaba una canción que había oído en las calles de Elefantina: el viento norteño daba un soplo de vida y frescura devolviendo al río su fertilidad; el viento sureño abría el sendero a la inundación que nacía en la cueva del océano alimentando el país y llenando de víveres los altares; el viento del este elevaba el alma hacia las estrellas; el del oeste creaba el agua en el cielo para que resplandecieran los frutos de la tierra y crecieran sus flores.

En el transcurrir de las horas, de las estaciones y de los años, Narses gozaba en compañía de los vientos.

El panadero mordió con ganas el pan recién salido del horno. Los adeptos estarían contentos; un alimento de tal calidad bastaría para satisfacer los estómagos y generar la energía indispensable para el pensamiento. El ka del pan, su poder intangible, se insertaba en la inmensa cadena de fuerzas que unía la estrella a la piedra. Según la Regla, el papel del panadero no era inferior al de la ritualista.

Una ritualista con los nervios crispados, en otra época tan orgullosa que ni siquiera entraba en el horno del templo para no sufrir las molestias del calor.

—¿Has terminado ya? —preguntó Auré.

—Falta una hogaza de pan.

—La hogaza puede esperar, yo no.

—Un trabajo inacabado es un defecto del alma.

—¿Confías en Sabni?

Normalmente, la ritualista no se mostraba tan directa. Los vivaces ojos del panadero, que desmentían la simpleza del rostro, interrogaron a la hermana.

—Nos está conduciendo al desastre —afirmó Auré—. Si se hubiera hecho con el poder, ahora conoceríamos tiempos mejores; su indecisión nos condena a desaparecer.

El panadero se volvió hacia el horno.

—Ambición, vanidad, necesidad de conspirar... los humanos no cambian. Si los dioses deciden destruir esta especie, el universo no lo lamentará.

—Ayúdame a detener a Sabni y a convertirme en la gran sacerdotisa —le rogó Auré—. Sabré negociar nuestra supervivencia.

El fino olfato del panadero percibió el aroma del pan recién hecho.

—Hermana, he necesitado cuarenta años para descubrir una sola virtud y ponerla en práctica: la obediencia al auténtico maestro. Gracias a esta virtud, el fuego destructor se apaga y disfruto al fin de la paz que buscaba. Isis y Sabni son más grandes que nosotros porque el cielo ha predestinado su labor; acepta esta verdad y deja de preocuparte inútilmente. La satisfacción del deber cumplido es la más dulce de las dichas.

CAPITULO XLV

El crudo cielo, el ocre de las dunas, el verde vivo de las palmeras, los negros peñascos y la luz dorada componían junto al agua mansa el paraíso de la edad de oro que ninguna presencia humana mancillaba. Más allá del caos, los desiertos del sur profundo y los solitarios paisajes africanos velaban la catarata con la misma insistencia que el general Narses. Desde la aurora hasta el ocaso, saboreaba cada instante. Cada hora que pasaba era más dulce que la anterior. No techaría su cabaña para poder contemplar la noche.

Ahora lo sabía. El movimiento era su enemigo. Una simple piedra con su inercia realizaba el más alto ideal de sabiduría. Insensible a la esperanza y a la desesperanza de los seres animados, ignoraba las insípidas variaciones del deseo. En el corazón de la roca yacía la verdad.

Después de su primera batalla, el general no creía que el camino tuviera un fin y la existencia una meta; sin embargo, cada paso lo llevaba hacia aquella soledad de agua y granito. De campo de batalla a multitud de despojos esparcidos por la tierra; de ataque a proeza; de conquista a matanza; nada quedaba al azar.

¡Qué agradable era no desear nada y renunciar! Ningún mentiroso, llámese placer o sufrimiento, se aventuraría tan lejos. Alejado del pasado, privado del futuro, Narses se convertía en mineral.

La agresión le pilló desprevenido. Los dos hombres llegaron buceando. Armados con cuchillos se lanzaron sobre Narses, que con el brazo derecho agarró a uno de los negros por el cuello. Si no hubiera sido manco, el general habría salido vencedor del combate incluso desarmado. La hoja del cuchillo voló hacia su flanco izquierdo, desprotegido, se hundió entre dos costillas y le atravesó el corazón. Narses murió de pie, con los ojos puestos en la catarata. Allí lanzaron los blemios el cadáver de su primera víctima.

Los guerreros negros habían esperado el comienzo del descenso de las aguas, generador de remolinos y corrientes, para deslizarse a través de los canales naturales cuyos trazados conocían a la perfección; utilizaron canoas de papiro manejadas por dos hombres cada una. Uno remaba mientras el otro achicaba el agua que entraba con el rápido descenso. Esquivaban los remolinos, los flujos y reflujos y se deslizaban entre la masa rocosa contra la que se habían estrellado numerosos barcos. Lanzados a toda velocidad llegaron al primer fortín al mediodía. El sol deslumhraba al único centinela, de espaldas a la corriente. Los blemios le atravesaron con flechas antes de que pudiera dar la alarma y aniquilaron al pequeño destacamento adormecido bajo un colgadizo.

La incursión prosiguió. Las canoas navegaban por el río con tal violencia que parecía que iban a zozobrar. Pero las proas resurgían y se lanzaban de nuevo hacia su meta: el fuerte de Elefantina. Centenares de embarcaciones finalizaron su carrera junto a los troncos. Haciendo estribo con las manos, los asaltantes salvaron sin apenas esfuerzo las murallas que se habían vuelto accesibles con la crecida. Los gritos sobrecogedores de los asaltantes despertaron por fin a la guarnición. Los soldados se precipitaron sin orden ni concierto sobre sus arcos y espadas e intentaron protegerse detrás de sus escudos de las piedras y flechas que los blemios lanzaban. Los guerreros negros dieron rienda suelta a un frenesí que logró aterrorizar a los más curtidos. Las paredes ardían. Saltando desde lo alto de las murallas al patio del cuartel, los blemios manejaban con increíble destreza hachas y garrotes tachonados. Cabezas y miembros arrancados ensangrentaban el suelo. Un militar bizantino trató de organizar la defensa; pero pronto fue abatido.

Los supervivientes abandonaron el fuerte y se replegaron en dirección a las cuadras, donde se batieron cuerpo a cuerpo hasta que intervino la expedición bizantina, que consiguió detener el ataque de los blemios. La furia desatada con la que arremetieron los soldados blandiendo sus lanzas obligó a retroceder a los africanos que, atravesando las llamas que consumían el cuartel, se batieron en retirada hacia las canoas.

La segunda ola de ataque se abatió sobre el mercado y los barrios pobres. Los guerreros negros mataron a los mercaderes, arrebataron gran cantidad de alimentos e incendiaron los edificios públicos que ningún soldado defendía.

En menos de una hora la incursión se había acabado; únicamente se salvó File.

Las mujeres y los niños se escondieron en las cuevas. Los hombres ilesos apagaron las llamas y recogieron a los heridos. La seguridad de que los blemios atacarían de nuevo estaba presente en todos los corazones.

Tras la desaparición de Narses, Teodoro tuvo que ponerse al frente del ejército, del que sólo quedaba un centenar de soldados, un número demasiado reducido de hombres para resistir un segundo ataque. Del fuerte sólo quedaban restos calcinados. Reconstruirlo llevaría demasiado tiempo; el obispo ordenó que se plantaran estacas en las orillas con las puntas aceradas vueltas hacia el Nilo. Hileras de arqueros emboscados detrás de los refugios retrasarían el desembarco. Los soldados se apresuraron a enseñar a los voluntarios el manejo de las armas.

¿Presenciaría impotente el obispo el fin de Elefantina y la destrucción de su obra? Por primera vez se sublevó contra Dios y anheló poder consultar el oráculo prohibido del alfarero Jnum, atento a las súplicas de los humanos. Se perdió en el laberinto de las ruinas y se sintió rodeado de demonios que le impelían a que abandonara el servicio de Cristo y abrazara de nuevo la religión de sus antepasados. Detrás de una gigantesca naos de granito rosado yacían los fragmentos de una estatua de madera que los sacerdotes llevaban al gran patio donde se reunían los consultantes. A la pregunta formulada, el dios respondía «sí» o «no» con un movimiento de cabeza. ¿Sería necesario recomponer la estatua fragmentada del alfarero, enderezar al hierático personaje e interrogarle? El obispo se detestó a sí mismo y rompió a patadas las manos del alfarero modeladas en madera de sicómoro.

El era el único responsable de aquella matanza. Con su mansedumbre había sembrado el desastre.

File atraía a los blemios como a insectos destructores; File había matado al prefecto Maximino y al general Narses. El obispo se enfrentaba solo a Isis y Sabni; ningún obstáculo se interponía entre ellos. La guerra sería cada vez más cruenta y Sabni no se salvaría en medio de la contienda. Teodoro ya le había prevenido al sugerirle que huyera de aquella comunidad maldita.

En la misa del domingo, el obispo dirigió un sermón a la población concentrada en el pórtico. Pidió fuerzas a Dios Todopoderoso para luchar contra el invasor y exigió a los cristianos coraje y disciplina. En Elefantina no faltaban ni armas ni combatientes. Si desearan con todas sus fuerzas sobrevivir a la desgracia, sabrían defenderse.

No esperaba ningún resultado del mensaje enviado a Alejandría en el que explicaba lo acontecido y solicitaba ayuda. Llevaría mucho tiempo, quizá demasiado, trasladar las tropas y enviarlas a la frontera sur. Más le valía contar sólo con sus propias fuerzas. Si el segundo ataque de los blemios fracasaba, no volverían durante algún tiempo.

Teodoro blandió la espada del general Narses y sobre ella juró salvar a la provincia en nombre de Cristo. Unos cuantos monjes hirsutos se abrieron paso entre la multitud. A la cabeza iba un personaje tan demacrado que sus huesos amenazaban con atravesar la piel. Con los ojos febriles y a gritos apostrofó al obispo.

—¿Por qué no dices la verdad?

—¿Me acusas de mentiroso?

—Llevo el nombre del apóstol Pablo y en una tumba pagana vi que tengo poderes para purificar mediante el fuego. Los ermitaños me han elegido su portavoz. Sabemos combatir; hemos cazado bestias en el desierto y esos guerreros negros no nos asustan. ¡Dadnos armas y exterminaremos a todos los paganos!

El pueblo prorrumpió en gritos de aprobación. En las actuales circunstancias, Teodoro no podía permitirse prescindir de ningún aliado, de modo que aceptó. Los ermitaños reunidos formaban una temible cohorte.

—No dices la verdad —continuó Pablo—, porque omites el nombre del verdadero culpable, que es File. Los blemios nos han atacado para vengarse de la profanación de Bigeh y para satisfacer a los paganos. El templo se ha aliado con nuestro peor enemigo. Los asesinos son Isis y su camarilla. ¡Hay que destruir File!

Los ermitaños restantes se hicieron eco de las exigencias de su portavoz. Una mujer gritó. Su marido y sus hijos se unieron a sus gritos y pronto fueron coreados por miles de familias: Teodoro soportó como pudo el siniestro concierto.

—Si atacamos File, la reacción de los blemios será terrible —predijo—. En la isla, bajo la protección de la gran sacerdotisa, está construida la capilla de su dios. Tan pronto como ésta sea atacada y el santuario dañado, arrasarán Elefantina a sangre y fuego. Preocupémonos primero de nuestra seguridad. Ya pensaremos en File más tarde.

Pese a la excitación que dominaba a la muchedumbre, ésta recobró el sentido común. Pablo presentía que el pueblo no seguiría sus pasos, por lo que maquinó atraérselo llevándolo por otros derroteros.

—¡Dejemos de conceder favores a esa comunidad de paganos! ¡Que se mueran de hambre en la isla del diablo! Los blemios no podrán reprocharnos nada.

—Te olvidas de la ley. Son terratenientes que pagan sus impuestos. Tienen derecho a comprar y vender.

El argumento utilizado por Teodoro actuó como un mazazo en el ánimo de muchos. No podía tratarse de paria ni de esclavo al que pagaba sus impuestos.

—File injuria a Dios y a sus seguidores.

—Tienes razón —reconoció el obispo—; tomaré las medidas necesarias. Ahora lo más urgente es reforzar las murallas de la ciudad y prepararla para un posible ataque. En cuanto los negros sean derrotados nos ocuparemos del templo pagano.

El ermitaño sonrió. El prelado acababa de firmar un compromiso delante de la comunidad cristiana allí reunida; llegado el momento no podría sustraerse a lo prometido. Y el momento llegaría pues Dios combatía al lado de los suyos.

Crestos había limpiado el taller.

—Mira nuestras armas —dijo a Sabni enseñándole las herramientas—. Lucharemos.

—Teodoro no atacará File. La capilla del dios africano la protege.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Mientras las fuerzas de los blemios sean superiores a las de los cristianos. El obispo ha enviado un mensajero a Alejandría para pedir refuerzos.

—¿Cuándo llegarán?

—Cuando acabe el descenso del agua, con la entrada del invierno, jamás... el emperador no se interesará por la suerte de una provincia tan lejana. Si se olvida de nosotros, estaremos a salvo. La amenaza de los blemios evitará que Teodoro nos destruya.

—¿Y si volvieras a coger tu bastón? Tengo ganas de esculpir y mi espalda está fuerte.

Mientras el sumo sacerdote y su joven hermano llegaban al sur de la isla donde Crestos aprendía a tallar la piedra a fuerza de llagas y sudores, Isis y sus hermanas mejoraban el estado del pequeño templo de Hathor en el que se celebraría el ritual consagrado al retorno de la diosa lejana. Realzaban los colores de los capiteles y limpiaban las columnas y los relieves del polvo que arrastraban las tormentas de arena. Serena, casi alegre, la gran sacerdotisa leyó el texto que estaba puliendo. De su fuerza dependería el futuro de la comunidad. Si la diosa oía su llamada, regresaría de las tierras abrasadas y trasladaría al templo el oro de las montañas con el que se esculpía el cuerpo de los dioses. Que los adeptos se nutrieran de lo imperecedero era la primera exigencia, sin la cual ninguna obra se llevaría a cabo.

Fuera de allí, la guerra. Nuevamente los hombres se mataban entre sí en nombre de sus creencias. Nadie en la isla santa elevaba la voz. Al amanecer, la figura de Faraón grabada en las paredes se animaba y pronunciaba las palabras que hacían efectiva la presencia divina. Isis alzó las manos en señal de súplica. El templo vibró.

CAPITULO XLVI

El diez de septiembre, la celebración del año nuevo se redujo al reparto de uvas. Nadie tenía ganas de festejar un acontecimiento que, de ordinario, se celebraba con innumerables libaciones. Todos vivían angustiados. El obispo no había recibido ninguna respuesta de Alejandría. Envió un segundo mensajero. En lugar de navegar por el cauce del río, costeó el Nilo para rodear Licópolis, en el Egipto Medio, donde los piratas atacaban a los barcos y las bandas incontroladas atracaban a los viajeros. Un hombre solo pasaría con más facilidad que un destacamento de soldados cuyas armas eran codiciadas por los bandidos.

El Nilo se retiraba, perezoso, tras haber depositado sobre la tierra el preciado limo. Los campesinos practicaban el manejo de las armas bajo la mano férrea de los instructores bizantinos. Los ermitaños, salidos del desierto y de las tumbas, no dejaban de recorrer la villa para exhortar a sus habitantes a combatir. Gracias a ellos, en Elefantina se forjaba una moral de victoria; aunque el miedo ahogaba los vientres, las ganas de cortar en pedazos a los paganos aumentaban.

Apostados al borde de la catarata, los vigías indicarían la aparición de los blemios. A finales de septiembre ni siquiera habían visto un explorador. El temor se esfumó. Teodoro continuó reforzando el sistema de defensa. Apretadas filas de devotos impedirían en lo sucesivo el acceso a las orillas. Los blemios deberían sacrificar cientos de hombres con escasas esperanzas de éxito.

Cansados de las lamentaciones de los ermitaños, los hombres de negocios propusieron reabrir el mercado. El obispo les concedió esta satisfacción. Sobre los mostradores expusieron pescado seco, quesos, cebollas, pichones, pollos, harina, mechas de lámpara, cerámica, especias y otras mercancías cuyo precio había aumentado de forma considerable. La inflación, que el obispo había frenado durante el periodo de paz, volvía con más fuerza: treinta por ciento sobre el trigo, cincuenta por ciento sobre la madera y el aceite, ciento por ciento sobre la carne. El estado de emergencia lo justificaba. El día de mañana Elefantina quizás fuera arrasada. Quien quisiera disfrutar de la vida no debía sucumbir a la avaricia.

La conversaciones se interrumpieron cuando Sabni apareció en la entrada del mercado dando limosna a los pobres. Después de vender la ristra de perlas a un pastor de corderos, el sumo sacerdote pensaba comprar legumbres, ajos y brevas. Cuando se aproximó, los clientes se apartaron. Cuando preguntó el precio a los mercaderes, éstos permanecieron mudos, mostrando así su repulsa a cruzar palabra con un extranjero. Sabni insistió. Un individuo demacrado y con el rostro mugriento se dirigió a él blandiendo un bastón de nogal. —¡Vete, hijo del diablo! Nadie te venderá comida. Sabni no hizo caso del fanático y habló a los comerciantes. —No os estoy suplicando; guardad vuestra caridad para los cristianos. Tengo varias piezas de plata.

—¡Quien las acepte será maldecido! —profetizó Pablo. El sumo sacerdote se giró hacia el ermitaño. —Un hombre de Dios no alza la voz. Eres menos noble que una bestia por gritar así. Si fueras mi discípulo, pronto perderías las ganas de armar jaleo.

Sabni se apoderó del bastón con el que Pablo le amenazaba y lo partió en dos.

—¿No excluye tu religión la violencia contra el prójimo? «No matarás», ordenó Dios a Moisés. ¿Respetas sus mandamientos? —¡No será un pagano quien me instruya en la verdadera fe! —Poco importa quién te enseñe. Sólo cuenta la enseñanza que asimilas. Tus antepasados son los míos: los egipcios respetuosos del hombre porque veneraban a Dios. Las personas como tú deberían cargar pesados fardos y caminar al lado de los asnos.

El ermitaño retrocedió. Percibía la cólera del sumo sacerdote y temía su fuerza.

—¡No me toques, pagano! El pueblo me defenderá.

—No me ensuciaré las manos contigo.

Mercaderes y curiosos rodearon a Sabni. Un vendedor de quesos le señaló con el dedo.

—Eres aliado de los blemios. Por tu culpa han incendiado la ciudad y asesinado a sus gentes.

—Calumnias.

—El ermitaño ha visto a Isis sellar un pacto con un blemio. ¿Lo negarás?

—Lo niego.

—Si nuestras mujeres y nuestros hijos quisieran encontrar refugio en la isla, ¿se abrirían las puertas del templo?

—Los profanos no pueden entrar allí. Es la Regla.

—Los blemios tienen una capilla en el templo. A ellos les acogeríais con alegría. He aquí una nueva prueba de complicidad.

El círculo se estrechó. Unos empuñaban piedras y otros cuchillos.

—File garantiza vuestra supervivencia, Bizancio os mata de hambre. Venderá Egipto al mejor postor. Sólo el templo preservará nuestra unidad y la independencia del país.

Estas palabras sembraron la discordia. Había muchos que pensaban lo mismo.

—Los blemios nos matarán —dijo un carnicero.

—¿Tú que propones? —preguntó un pastor—. ¿Quién tiene la clave de la riqueza?

En los ojos del que preguntaba brillaba una esperanza que Sabni no tenía derecho a alentar. No debía provocar una rebelión y mucho menos encabezarla.

—Cuando haya vuelto la paz, reconstruiremos Egipto. File será el centro.

—Eres un promotor de disturbios —acusó el ermitaño—. Quienes te escuchen serán castigados como el traidor Mersis.

El recuerdo del suplicio inmovilizó a los últimos partidarios del sumo sacerdote, que atravesó la multitud y se dirigió en línea recta hacia el ermitaño.

El pequeño templo de Hathor resucitaba; sus vivos colores alegraban la vista. Las hermanas redescubrían flautas y tamboriles, repitiendo ritmos y melodías. Crestos limpiaba las máscaras de madera que llevarían los adeptos durante la celebración del ritual en el que suplicarían a la maestra de la danza y de los cantos el oro del cielo, y a la señora de la embriaguez que les revelara el amor que enlazaba los mundos.

Entristecido por volver con las manos vacías y empañar la alegría de los que preparaban la fiesta, Sabni esperó que la comunidad se dispersara antes de confesar su fracaso a Isis.

—Si no podemos comprar víveres, mandaremos a alguien a hacerlo en nuestro lugar.

—¿A quién?

—A un banquero.

Tres bancos administraban los fondos de los habitantes de Elefantina. El más importante pertenecía a la Iglesia, el segundo a un financiero bizantino y el tercero a un griego. Este último, como sus colegas, recaudaba las contribuciones destinadas al Estado. Practicaba operaciones de cambio, prestaba a intereses elevados y se encargaba de transferir divisas y de otros negocios privados. Como había amasado una fortuna antes de abrir su oficina, respetaba la ética de la profesión: ser rico para convertirse en banquero y así enriquecerse más. Menos riguroso que el obispo y más astuto que el bizantino, el griego no vacilaba en servir de testaferro si la remuneración le parecía buena. De rostro rojizo, las carnes atrapadas en una túnica blanca, consagraba su ocio a la buena mesa.

Examinó los collares, las sortijas y los brazaletes que le ofrecía Sabni.

—Son unas piezas muy hermosas. ¿Deseáis un préstamo?

—Quiero venderlas.

—Os pagaría menos que un anticuario .

—No importa.

—¿Cómo queréis vuestro dinero?

—Ocupaos vos de ello.

—Podéis estar tranquilo, que lo haré fructificar. Estaréis encantado con mis servicios.

—Conducid al templo a un comprador de víveres.

—Es muy delicado... Esta gestión corre el riesgo de acarrear gastos.

—Calculad cuánto.

—Puedo encargarme del reparto sin que nadie se entere, pero...

—Sumad los gastos.

El griego se inclinó. El templo podría ser un buen cliente.

Poco después de la salida de Sabni confió el banco a su ayudante y se fue al mercado. Los agricultores cuyos bienes administraba le concedieron importantes descuentos que harían aumentar aún más sus beneficios. Absorto como iba en el cálculo de sus ganancias, tropezó con Pablo.

—Apártate, ermitaño. Hueles mal.

—Un momento, griego. ¿Tienes intención de socorrer a File?

—Los negocios son secretos.

—Quien vaya en ayuda de los paganos será a mis ojos un traidor y un perjuro. Acuérdate de Mersis. No me desafíes y respeta la voluntad del Señor.

A principios de octubre, el Nilo se retiró y comenzó la cosecha de aceitunas y dátiles. Como el templo no había recibido ningún tipo de suministro, Sabni fue a casa del banquero. Elefantina, protegida por sus fortificaciones reforzadas día tras día, renacía de sus cenizas. Reconstruyeron con ladrillos las casas incendiadas y los albañiles repararon los muros de las fortificaciones. La amenaza blemia se desvanecía.

—He juzgado mal —explicó el griego—. Tus joyas no tenían valor.

—¿Te niegas a negociar en mi lugar?

—No... pero necesitaría tesoros reales. Dicen que el templo de Isis está lleno de oro, que ensalza la belleza de las estatuas. Sin duda las criptas contienen objetos preciosos; si me traes esas maravillas obtendrás las provisiones.

—¿Has perdido el juicio?

—Un banquero debe vivir de acuerdo con su tiempo.

—Eres esclavo de los cristianos.

—Los precios varían en función de las necesidades. Hoy en día, un pagano debe pagar caro para sobrevivir. Y mi oficio es mucho más peligroso de lo que se cree.

—Devuélveme las joyas.

—¿Qué joyas? Si me las hubieras confiado te habría dado un recibo. Si pones en duda mi buena fe, iremos a juicio. No te aconsejo que me fuerces; los guardias me protegen.

Sabni pensó en las mesas de ofrenda cargadas de vituallas y consagradas por Faraón antes de ser presentadas a la gran diosa. Rico, feliz, el templo no tenía otro recurso que vivir la Regla y transmitir el espíritu.

—Osiris condena al ladrón. Quizá Cristo sea más clemente.

CAPITULO XLVII

Crestos, con el agua hasta la cintura, consiguió atrapar por fin una perca en el Nilo. En el momento en que la blandía victorioso, un milano se precipitó sobre él y se la arrancó de las manos. Con la presa en el pico, el ave rapaz, indiferente a las protestas del pescador, desapareció en el cielo azul.

Furioso, el adolescente golpeó el agua con el puño, provocando una ola plateada.

—¿Es esa la forma de comportarse de un adepto?

El muchacho enrojeció y miró a Isis.

—Hace dos horas que no pesco nada.

—Eso no es una excusa.

Avergonzado, Crestos fue a la orilla. La seriedad de la gran sacerdotisa le intrigó.

—Las distracciones no son convenientes para mí; prefiero estudiar.

—¿Has descifrado los textos de las columnas?

—Son difíciles, pero no desespero. Si Sabni me ayuda progresaré mucho más deprisa.

—Quizá haya algún otro medio.

Crestos siguió a Isis, que, a mediodía, emprendía un camino poco habitual. Subió los empinados peldaños de la escalera que llevaba al tejado del templo; normalmente, el joven subía durante la noche para estudiar el movimiento de los planetas y la disposición de las estrellas. La gran sacerdotisa le arrastró hacia la esquina en que se levantaba una pequeña capilla con las puertas cerradas. Crestos había notado la existencia del extraño santuario al que nadie, excepto Sabni, se aproximaba nunca; formular preguntas sobre el tema le parecía incongruente. Confusamente, sentía que aquellos muros contenían uno de los mayores secretos del templo.

Isis descorrió el cerrojo de bronce. El joven adepto tembló, convencido de que su destino se sellaría en aquel lugar.

—Entra, mira y medita.

Acostumbrándose a la penumbra, distinguió los bajorrelieves que adornaban los muros; el conjunto ilustraba las fases de la resurrección de Osiris, salido de su sarcófago y destinado a vivir para siempre por el amor de Isis, a la que daba un hijo, Horus, llamado a vencer el mal y a reunir las dos Tierras.

La gran sacerdotisa cerró la puerta de la capilla. Crestos se sentó en medio del enlosado y se esmeró por escuchar la voz de los jeroglíficos, la palabra de Dios; de los signos grabados en la piedra emanaba una luz dulce y tranquilizadora. Con los ojos cerrados, el adepto veía.

La pequeña estancia no dejaba de crecer; tomó la forma de una enorme barca que navegaba sobre los lagos de fuego en los que los trigos crecían en el azul, bañados por un Nilo inmaterial. De repente, el viajero vio el trono del paraíso del que hablaban los libros sagrados; de su pedestal nacían las letras madres que utilizaban los rayos del sol e iban a inmovilizarse, en apariencia, sobre los muros del templo. En la fuente de los signos, el espíritu de Crestos aprendió a leer el universo.

Cuando la gran sacerdotisa, sonriente, lo sacó de la estancia, el adolescente había cambiado realmente de vida; la suya ya no le pertenecería, sino que se parecería a la de Osiris. En lo sucesivo, por su sangre circularía el conocimiento de la edad de oro.

—Isis, tú...

—Tal es el primer paso por el camino de los grandes misterios. Éste contiene todos los demás. Haz crecer esta visión en el silencio y obra sin cesar: lo que has percibido, transcríbelo.

Teodoro disponía de un arma decisiva para derribar las murallas de File: la presencia de Crestos. Constituía un delito de tal gravedad que arrastraría a toda la comunidad a su perdición. El templo violaba la ley admitiendo un nuevo adepto, un desertor culpable de escapar a los impuestos. Sin ni siquiera evocar los motivos religiosos, el obispo podía expulsar a los adeptos y poner fin al culto de Isis.

La amenaza blemia le impedía actuar; a las reacciones que provocaría el cierre del santuario se uniría el ataque de las tribus negras. Pero este temor no justificaba, por sí solo, la espera de Teodoro; él creía que Elefantina sería capaz de resistir.

Una fuerza misteriosa le prohibía dar el golpe fatal que arruinaría para siempre las esperanzas de los paganos, como si los últimos representantes de una época pasada atestiguaran la mansedumbre divina. Sus lazos con Sabni no eran de origen humano. Desde su juventud habían desarrollado idéntico gusto por lo sagrado. Al separarlos hasta el punto de enfrentarlos, ¿no mostraba la Providencia al prelado que una parcela de error en medio del corazón de la verdad hacía resplandecer mejor la luz de Cristo?

Teodoro se encontraba cansado. Demasiados conflictos, demasiados muertos, demasiada barbarie... ¡Qué delicioso sería reflexionar en compañía de Sabni y consagrarse a discusiones teológicas tan sabrosas como los higos frescos!

El dogma por un lado y la amistad por otro; desgarrado entre dos caminos, incapaz de unir las dos orillas, tomaba conciencia de su fracaso. En otro tiempo, se habría confiado a Sabni

y le habría pedido ayuda; hoy decidía su suerte, cuando él mismo se perdía en la maraña de su incertidumbre. Renunciar a Dios... La tentación afloraba como una hoja de acacia, suave e irritante.

Los ermitaños se equivocaban imponiendo al mundo la conversión o la nada. La voz del Maestro proclamaba el calor del amor y no el frío del odio. Teodoro no quería las creencias de aquellos exaltados; se sentía más próximo a la sabiduría del templo y a la belleza deslumbrante de Isis.

El obispo no deseaba la llegada de un ejército de socorro, pues rompería el frágil equilibrio que se había establecido. Si Teodoro hubiese tenido el poder de detener el tiempo, habría congelado su curso por encima de File.

Pablo empujaba ante él a una hermosa joven que, con la cabeza velada, avanzaba a regañadientes. Algunos ciudadanos la habían identificado, extrañándose del increíble espectáculo que les ofrecía el ermitaño. ¿Cómo era que él, el propagador más austero de la fe, aceptaba el contacto de aquella criatura? Pablo exigió ver al obispo. A pocos pasos de su morada, los curiosos se amontonaban y señalaban con el dedo a la inverosímil pareja. El ermitaño armó tanto alboroto que el prelado salió de su despacho.

—¿Qué deseas, Pablo?

—¿La conocéis?

—Que muestre su rostro.

La cautiva se quitó el velo.

—¿Quién es?

—Una prostituta. Esta diablesa vende su cuerpo al mejor postor.

—No es la única en su especie y su comercio es legal. ¿Por tan poca cosa me importunas?

—Esta pecadora presta sus servicios a clientes ilustres y muy generosos. ¿Os gustaría conocer sus nombres?

—No cometen ningún delito.

—Sin embargo, uno de ellos viola la Regla de su templo y traiciona a su esposa.

—Insinúas que...

Pablo zarandeó a la prostituta.

—¡Confiesa, ramera! ¡Es el único medio de salvar tu alma! Confiesa que Sabni comparte tu cama y te maltrata.

La mujer se limitó a inclinar la cabeza.

—El sumo sacerdote de File es un ser vil que se revuelca en el barro... he aquí la verdad. Mañana, toda la provincia la conocerá y tú, nuestro obispo, le condenarás.

La gran sacerdotisa vio que su marido se dirigía por la linde del desierto hacia un pueblo abandonado; una mujer de provocativa belleza salió de una choza. Llamó a Sabni que, tras un momento de duda, se reunió con ella. En el momento en que la mujer lo cogía en sus brazos, aparecieron dos escorpiones que picaron al infiel en el cuello.

Isis despertó bruscamente con la frente ardiendo; esta horrible pesadilla la había atormentado hasta el punto de romper su sueño. Contempló a Sabni, tumbado en la estrecha cama, reposando la nuca sobre una cabecera provista de un cojín.

Preocupada, la gran sacerdotisa se dirigió a la biblioteca donde consultó una clave de sueños enriquecida pacientemente a lo largo de los siglos. La escena que la obsesionaba se encontraba descrita hasta en sus menores detalles. No se trataba de una simple pesadilla, sino de una premonición; según el tratado, preveía un funesto destino al protagonista del sueño. Cortó un mechón de cabellos de Sabni mientras dormía y lo colocó sobre una placa de oro cubierta de jeroglíficos que componían una oración dirigida al Salvador, un espíritu bienhechor encargado de modificar los destinos funestos.

Isis la deslizó bajo la almohada del durmiente con la esperanza de que la magia de las palabras ancestrales alejaría al demonio.

Mientras el ermitaño esparcía veneno por las calles de Elefantina, Teodoro conversaba con la prostituta; ésta se negó a decirle su nombre, pero lo consiguió sin problemas gracias a uno de los secretarios. La consulta de sus notas le aportó toda la información que necesitaba. La joven se llamaba Myrta; hija de Leónidas, comerciante arameo arruinado por varias inversiones mal hechas, se vendía desde hacía un año para contribuir a los gastos de su familia y recibía a sus amantes ya en su propia habitación, ya en la puerta septentrional de Elefantina,

donde un burdel acogía a los viajeros afortunados que, al término de un largo camino, tenían necesidad de detenerse. De acuerdo con la ley, ella pagaba sus impuestos declarando escrupulosamente el número de clientes; su padre le llevaba la contabilidad.

Un sumo sacerdote del templo, según el derecho consuetudinario, debía fidelidad a su mujer. Si, además, ella ocupaba el rango de gran sacerdotisa, formaban una pareja simbólica, la imagen terrenal de Osiris e Isis. El ermitaño, al desacreditar a Sabni, socavaba los cimientos espirituales de la comunidad. Probar la villanía de un jefe arrojaba el oprobio sobre sus fieles y corrompía el alma del templo.

—¿Sabni ha comprado tu cuerpo?

—Sí —respondió ella.

—¿Cuántas veces?

—Una. Pero me golpeó.

—¿Cuándo?

—Hace una semana. Todavía llevo las marcas.

Descubrió su espalda cubierta por heridas violáceas.

—¿Qué arma utilizó?

—Un cinturón de cuero. He presentado una queja. No me ha pagado y me debe una reparación.

Si la prostituta decía la verdad, ganaría el pleito.

—¿Cuáles son el día y la hora exactos de vuestro encuentro?

Myrta los precisó y se extendió sobre los malos tratos que le había infligido el sumo sacerdote. El obispo comprobó que, en efecto, aquel día Sabni se encontraba en Elefantina.

—Ya le he denunciado —repitió la mujer con aire obstinado.

El obispo no dudaba de que aquello era una maquinación. Por tanto, trató de retrasar la apertura de un proceso del que su amigo saldría mal parado y sucio. La encuesta llevada a cabo por los secretarios acumulaba varios indicios contra él. El dueño del burdel le había identificado y dos ermitaños que mendigaban por la puerta septentrional juraban haber visto un hombre arrojar en el Nilo un cinturón ensangrentado. No se presentó ningún testigo a favor.

Ermitaños y prostitutas unieron sus fuerzas para reclamar justicia. Estas últimas amenazaron con hacer huelga si el obispo no accedía a su legítima petición. Teodoro se preguntaba: ¿no habría cedido Sabni a sus deseos y, asqueado por su conducta, se habría vengado golpeando a la muchacha susceptible de revelar su naturaleza demasiado quebradiza? Reflexionando, el proceso sería una excelente maniobra: Sabni iría a la cárcel durante algún tiempo; allí estaría protegido y lejos de las bandas de fanáticos. Obligada a pagar una costosa multa cuyo montante fijaría el obispo, la comunidad vendería sus últimos bienes antes de dipersarse. Isis, afligida por una tristeza de la que no se repondría, ya no tendría fuerza para plantar cara a la adversidad. Si hubiera problemas, Sabni sería mantenido lejos.

Sabni se presentó solo ante el tribunal presidido por el obispo. Escuchó con calma la declaración de la demandante, prolija en detalles que escandalizaron al público asistente. Sin que nadie se lo pidiese, Myrta desnudó su espalda y enseñó la prueba de lo que decía.

Cuando el sumo sacerdote quiso tomar la palabra, los abucheos le impidieron expresarse. Los guardias tuvieron que evacuar a algunas prostitutas presas de la histeria.

—¿Cómo se llaman los padres de esta mujer?

—Su madre está muerta. Su padre se llama Leónidas.

—¿Un arameo que comercia en aceite?

—¿Le conoces?

—Él es quién debería estar aquí. ¿No ha agredido a una hermana que se negaba a ceder a sus pretensiones?

Los murmullos se elevaron.

—¿Le ha denunciado?

—Lo intentó, pero la denuncia no fue admitida.

Apenas expuesto, el sistema de defensa se hundía.

—Mi corazón —dijo el sumo sacerdote— me empuja a cumplir con mi deber; él es mi testigo. Yo no infrinjo sus directrices y temo faltar a sus mandamientos. Si fui elevado a este cargo, fue gracias a sus orientaciones concernientes a mis actos. Al escuchar sus enseñanzas, fui por el camino recto. En nuestros días se impone la mentira. La riqueza que provenga de ella será estéril; quien navega en su compañía no llegará a ningún puerto.

—Hermosos preceptos —admitió Teodoro—, pero estamos en un tribunal y juzgamos hechos. ¿Los reconoces?

—¿Me reconoce ella?

—¡Eras tú! ¡Tú me has violado y lacerado mi espalda!

—En ese caso, describe mi desnudez.

Aturdida, Myrta miró al obispo.

—Obedece —ordenó.

—Él es... es un hombre.

La concurrencia estalló en carcajadas.

—Sé más precisa. Si he sido tu verdugo te fijarías en alguna señal particular que ninguna mujer podría olvidar.

La prostituta se desconcertó. El ermitaño no le había dado ninguna indicación sobre este punto.

—Habla o retráctate —exigió Teodoro.

Myrta retrocedió hasta la pared del tribunal.

—Eres... ¡estás circunciso!

—Cierto —admitió Sabni—. Nuestra Regla lo exige; todo el mundo lo sabe.

La prostituta trató de huir, pero los guardias la detuvieron.

—Esta mujer ha mentido; la primera vez que nos hemos visto ha sido en esta sala. Si hubiéramos hecho el amor, ella sabría que una marca me distingue del resto de los hombres. Fue grabada en mi carne el día de mi entronización.

Sabni se desató el shenti ante el obispo. Sobre el muslo, en la cavidad de la ingle, había grabada una cruz ansada.

CAPITULO XLVIII

Dátiles, olivas y racimos de uvas se acumulaban en los mercados. El Nilo se retiraba. Atrás quedaban los paseos en barca y las largas jornadas de descanso y conversación. Los campesinos se ocupaban de nuevo de sus tierras, fecundadas por el limo que el cauce divino había depositado en abundancia.

Isis estaba inquieta; el templo pronto carecería de víveres frescos. Aunque Sabni había sido declarado inocente, su reputación no había salido indemne del proceso. Los rumores pretendían que el sumo sacerdote se daba a los placeres de la carne y traicionaba su sagrada vocación. File ya no respetaba la Regla; ¿no habían abandonado la comunidad varios adeptos por culpa de aquel conflicto? Se murmuraba que, a pesar de su avanzada edad, algunas hermanas se daban a la lujuria. La religión de Isis concedía a la mujer demasiada libertad; según las recomendaciones de Agustín, ¿no deberían llevar velo en lugar de provocar a los hombres exhibiendo sus encantos? A fin de contener las tentaciones que las criaturas del diablo infligían a los más virtuosos, sería necesario restringir sus apariciones en público.

El sermón de los ermitaños, repetido una y mil veces, azotaba al pueblo. La imagen de una Isis bella y resplandeciente se desmoronó como un bajorrelieve desgastado por el tiempo. Aquellos que, a escondidas, les llevaban frutas y legumbres se alejaron del templo; temían a Pablo, al obispo, a la cárcel y al castigo de Dios.

A pesar de los esfuerzos de Crestos, la comunidad se iba aletargando. Al final del tórrido verano la mayoría de los adeptos se sentían agotados; la vejez soportaba mal el ardor del sol de Elefantina y, sobre todo, la angustia del mañana. No es que los enfermos se preocupasen de sí mismos, sino que les inquietaba el futuro de File. Allí, donde veneraban a los dioses y recogían el conocimiento, ¿podrían vivir sus sucesores?

También el joven llegaba a veces al límite de sus fuerzas, aunque ignoraba el desaliento, ya que Isis y Sabni le proveían de energía continuamente. La voracidad de Crestos no disminuía; aprendía nuevos jeroglíficos, estudiaba un papiro olvidado en los archivos, hablaba con el sumo sacerdote sobre la naturaleza del dios Thot, escriba de la luz y ostentador del poder inscrito en cada palabra de la lengua sagrada. Por la mañana, cuando asistía a la purificación de las ofrendas, el joven adepto daba gracias a los dioses por concederle una felicidad tan intensa. Pronunciaba junto con Isis los versículos del himno al sol naciente y ejecutaba con Sabni los gestos de consagración que abrían la boca y los ojos del templo.

—Ayudarás a la gran sacerdotisa —ordenó Sabni—, llevarás el cetro y marcharás tras ella cuando se dirija hacia la naos.

—¿Yo? ¿Ocupar tu lugar?

—Eso es decir demasiado —rectificó el sumo sacerdote divertido—. Me sustituirás durante algún tiempo, nada más.

—¿Un viaje?

—Al norte. Cuando el vientre está hambriento, el espíritu se envilece.

—¿No es peligroso?

—No hay peor peligro que la renuncia.

—Desearía...

—Tú te quedas aquí, Crestos. Después de mí, eres el hombre más robusto de la comunidad.

En el peldaño más alto del embarcadero, a la sombra del obelisco, Isis y Sabni se abrazaron. Ambos temían esta expedición hacia otras tierras de las que el sumo sacerdote, quizá, no volvería jamás.

En la puerta del norte, el viajero se identificó, pagó el peaje y recibió un trozo de papiro de la peor calidad, que exhibiría ante los jefes de las patrullas que jalonaban los caminos en busca de ladrones y campesinos huidos. A pesar de sus temores, Sabni no fue sometido a ningún interrogatorio. Al atravesar el primer pueblo alquiló un camello; si conseguía llegar a las afueras de Tebas, a la que rodeaban ricas explotaciones agrícolas, podría adquirir provisiones en grandes cantidades. Lejos de Elefantina nadie le identificaría.

El sumo sacerdote salió de la provincia con sorprendente facilidad. No le siguió ningún escriba del obispo; en los puestos de peaje, pagaba y pasaba sin problemas. Alquiló una barca por un módico precio; el barquero le aconsejó que desembarcara en un pequeño pueblo, al sur de Tebas, cuyo alcalde era conocido suyo. Este último fue amable y eficiente. En menos de un día, sacos de trigo, frutas y legumbres fueron cargados sobre el lomo de una veintena de asnos alquilados a un precio razonable. La apacible caravana, ya por caminos de tierra, ya en barcos de transporte que cubrían la distancia entre las grandes urbes, tardó cuatro días en salvar la distancia que había entre la provincia de Amón y Elefantina.

Los quisquillosos aduaneros inspeccionaron el contenido de los sacos. Sabni temió que embargasen una parte del cargamento, pero se contentaron con inventariar los géneros. El sumo sacerdote entregó al jefe de aduanas el salvoconducto destinado a los archivos de la administración.

Aproximándose a la caravana, un hombrecillo calvo examinó uno de los asnos. Sabni reconoció al recaudador principal.

—Esta bestia no es de la provincia. Enseñadme el recibo del alquiler.

—No lo tengo. —¿Nombre del propietario? —Un alcalde de Tebas.

—Esto es muy grave —estimó Filamón—. Según el reglamento del gremio de arrieros de asnos, como residente en Elefantina no tenéis derecho a alquilar animales a la competencia.

Estáis obligado a pagar una multa, a entregarles un año de cotización y a pagar los gastos de su banquete de otoño. —¿Puedo pasar?

—No. Los asnos de la provincia, en esta estación, no transportan más que herramientas, estiércol y tinajas. Las actuales normas reservan los convoyes de provisiones a los camelleros; por lo tanto estáis en situación ilegal y me veo en la obligación de hacerme cargo de este género fraudulento.

—Me gustaría recuperarlo cuanto antes.

—La administración decidirá.

—¿Quién, concretamente?

—Este asunto es complejo. No está dentro del ámbito de mis competencias y concierne sin ningún género de duda a otro servicio; tendré que consultar a los especialistas y estudiar las minutas del tribunal. Que seréis condenado es seguro; la cuestión es de qué jurisdicción dependéis.

Sabni miró hacia otro lado. Los esbirros de Teodoro se habían contentado con esperar su vuelta para atraparle con una trampa legal; creyendo todavía en lo imposible, el sumo sacerdote fue a visitar a cuatro de los principales miembros del gremio de asneros. El primero se negó a recibirle, el segundo y el tercero no disponían de ninguna bestia en regla y el cuarto le ofreció dos animales enfermos, incapaces de soportar una carga pesada.

Sabni renunció. El gremio obedecía al obispo. Con el corazón encogido y el cuerpo presa de una fatiga próxima a la desesperación, se dirigió a File. El lugar donde solía embarcar no estaba desierto.

En la orilla, dentro de una cabaña improvisada, se encontraba un funcionario encargado de cobrar un derecho de peaje exorbitante, correspondiente al trayecto hasta la isla santa. El encargado entregó un recibo a cambio del pago. Obedecía escrupulosamente las órdenes dadas por el obispo.

En el exterior del templo, tapices de lino y esteras de paja y de fibra de palmera estaban expuestos al sol purificador; túnicas, mantos y delantales se beneficiaban de los mismos cuidados. Crestos reparó los odres que mantenían el agua fresca; el resto de los adeptos limpiaba vestimentas cotidianas y rituales cantando dulces melodías cuyo texto ensalzaba el encanto de la brisa y la suavidad de los días.

Cuando Sabni apareció, una sola mirada le bastó a Isis para comprender que había fracasado. El silencio del sumo sacerdote intrigó a los adeptos, que interrumpieron su labor .

Auré se adelantó. El panadero le bloqueó el camino.

—Pidámosle las cuentas —propuso.

—Sus primeras palabras están reservadas a la gran sacerdotisa. ¿Acaso has olvidado la obediencia?

La ritualista se batió en retirada mientras Isis y Sabni se sentaban a la sombra de un tamarindo.

—Te he seguido con el pensamiento. No corrías mucho peligro, pero el destino no te ha sonreído.

—Teodoro nos aisla. Ya sólo nos quedan las dos barcas; con la más pesada y buen viento, podría remontar el Nilo. No me será difícil encontrar un pueblo y comprar trigo.

—Los marineros del obispo te lo impedirán.

—Hay que intentarlo.

—¿Manejarás la barca tú solo?

—Podré hacerlo.

—La comunidad resiste bien.

—Gracias a ti, Isis.

—Tu valentía y tu voluntad les tranquiliza. Mientras luches, no perderán su confianza.

—¿La traición?

—Camina.

—¿Cuándo nos golpeará de nuevo?

—Ahí está. Viene hacia nosotros.

Apartando a Crestos y al panadero, Auré interrogó a la pareja.

—Exigimos una explicación. ¿Ha encontrado comida el sumo sacerdote?

—No —contestó Sabni— y mi tarea se presenta difícil.

—¿Estamos condenados a morir de hambre?

—Todavía no.

La ritualista rió burlona.

—Dicho de otro modo, estamos aislados del mundo. El obispo deja salir al sumo sacerdote para demostrarle que lo manipula como quiere. Debemos cambiar de actitud.

Hermanos y hermanas se aproximaron; Auré no carecía de soberbia ni de poder de convicción.

—¿Qué aconsejas? —preguntó Isis.

—Negociemos con Teodoro. Cedamos la isla a cambio de que nos permita abandonar la provincia.

—¿Cada uno por su lado?

—Es evidente.

—Propones la disolución de la comunidad.

—Se reconstituirá en otra parte. En una gran ciudad en la que pasemos desapercibidos.

—Si nos separamos —dijo Sabni—, desapareceremos. File no nos pertenece; preservaremos los dominios de Isis a cualquier precio.

—Bravatas. Yo, Auré, ritualista del templo, acuso al sumo sacerdote y a su esposa de traicionar la Regla. En consecuencia, que la cabeza de la comunidad sea reemplazada y se adopte otra orientación.

Ni Isis ni Sabni se indignaron. Un adepto podía formular una queja en cualquier momento.

—¿Quién será nuestro nuevo jefe? —preguntó la gran sacerdotisa.

—Esa responsabilidad no me concierne —dijo Auré—. No me impulsa la ambición, sino el deseo de servir a los intereses de la comunidad.

—¿Alguno tiene dudas?

—Yo —declaró Crestos—. Auré quiere corrompernos. Lo que trata de imponer es su propia ley y no la del templo.

La ritualista le miró con expresión asesina.

—Mi intervención puede parecer chocante —admitió—, pero pienso en la supervivencia de mis hermanas y hermanos. Empeñarnos en continuar por el camino elegido hasta ahora es un desafío inútil. Ser expulsados de manera vergonzosa, golpeados, ver morir a los más débiles... ¿lo deseáis de verdad? Teodoro multiplica las advertencias y nosotros nos hacemos los sordos porque creemos ser los más fuertes. ¡Vanidad! Admitamos la fatalidad, sometámonos a la ley del obispo y salvemos lo que podamos.

—Son palabras sensatas —juzgó Sabni—, pero nuestra búsqueda está más allá de lo razonable. Por amor a File, cuidaremos el templo. Si alguno no está de acuerdo que se vaya. Si la comunidad aprueba lo que dice la ritualista, que ella elija. Isis y yo no nos iremos nunca y continuaremos sirviendo a la diosa.

Auré miró a su alrededor. Ninguna voz se elevó a su favor.

—Vete —reclamó Crestos—. Tu alma está tan sucia como los hábitos de los ermitaños.

Sabni ordenó al joven que se callara.

—Tú que eres nuestra hermana —dijo Isis—, ¿todavía amas la Regla?

—Reniego de ella. Permanecer entre vosotros me resulta imposible; ¡cómo vais a echarme de menos!

El panadero la transportó hasta la linde del mundo profano. Durante el corto viaje, la ritualista no dejó de mirar el templo. La anciana dudaba a la hora de poner el pie en tierra, se mojó la ropa y corrió hacia la cabaña del aduanero.

Fuera de la ley a causa de las vestimentas rituales y por carecer de salvoconducto, Auré pronto fue detenida.

Dos días después, la brisa del sur permitió al sumo sacerdote poner su proyecto en ejecución. La gran vela blanca desplegada rodeó Elefantina y se deslizó por una corriente favorable. En la frontera de la provincia, dos barcos cargados de soldados le cortaron el paso. Sabni no llevaba el documento requerido, una orden de viaje que sólo expedía el despacho del

obispo. Como fue incapaz de pagar la multa, que se elevaba a tres veces el precio del barco, se lo cedió a los funcionarios y volvió a File en una canoa de papiro.

La única posibilidad de sobrevivir residía en el retorno de la diosa lejana. La celebración del ritual exigía las palabras justas y no admitía ninguna inexactitud; tampoco la gran sacerdotisa lo sacrificaría a la vergüenza. La comunidad, apta para soportar el peso de la desgracia, no la acosaría; cada adepto era consciente del rigor indispensable que debía presidir el diálogo entre lo humano y lo divino. Isis, en la lucha contra la adversidad, preparaba la más eficaz de las armas, pero también la más difícil de forjar. De vez en cuando, una oleada de tristeza interrumpía sus pensamientos: el recuerdo de Auré, tan lejos de File, bajo el peso de las cadenas y el destierro.

CAPITULO XLIX

Aquel domingo, recuerdo de la resurrección, el obispo celebró una gran misa en la basílica de Elefantina, cuya cúpula, cubierta de oro fino, brillaba bajo el fuego de las postrimerías del verano. Numerosos fieles no pudieron entrar en el lugar santo en el que Teodoro, vestido con una casulla roja, empuñaba un báculo con empuñadura espiral mientras pedía para la provincia la protección del Señor. Los excluidos se amontonaban en el atrio o subían a los tejados de las casas adyacentes.

Una valla de madera separaba el santuario del resto de la iglesia; en el centro había una puerta oculta por un velo. Teodoro lo apartó y se arrodilló ante el altar, una mesa de piedra que provenía del templo de Jnum y donde un diácono había depositado el pan cocido cerca de la casa de Dios y el vino elaborado en su lagar.

«Creo y confieso hasta mi último aliento —declaró el obispo— que ésta es la carne de Jesús. Creo que su divinidad no ha estado separada ni un sólo instante de su humanidad.» Después hizo la señal de la cruz sobre el pan, lo besó, dio tres vueltas al altar y lo incensó. El aroma penetrante hirió el olfato de los fieles sentados sobre las esteras y los tapices. Con la cabeza cubierta y los pies desnudos, los notables de Elefantina escucharon la voz poderosa del prelado transmitiendo la Epístola y el Evangelio. Al final los clérigos cantaron un salmo glorificando el amor al prójimo. Tener ira en el corazón impedía la comunión con Dios y el prójimo.

El obispo purificó sus manos y pidió por los cristianos dispersos por la superficie del globo, sus enemigos y los infieles. Partió el pan, elevó un trozo y proclamó: «las cosas santas para los santos».

En sus movimientos se revelaba la presencia invisible, pero real, del Maestro celestial cuyos leales compartían la comida, anuncio del banquete del último día en que los justos serían convidados. Al invocar al Espíritu Santo, el oficiante bebió vino, lo consagró y deseó: «la paz sea con vosotros». Tras depositar un trozo de pan en el cáliz, recordó las palabras del apóstol Pablo: «cuantas veces comiereis este pan y bebiereis este vino anunciaréis la muerte del Señor hasta su regreso. Quien comiere el pan o bebiere de la copa del Señor indignamente será culpable del cuerpo y la sangre del Señor. Quien comiere y bebiere sin discernimiento, comerá y beberá su propio juicio».

Cuando salió del santuario, el obispo dio la comunión a los diáconos. Le esperaban los subdiáconos, los lectores, los salmistas, los notables, las viudas, las vírgenes y las mujeres de buenas costumbres. Teodoro tuvo que interrumpir la celebración; al fondo de la iglesia se elevaron gritos de pánico. Las filas de creyentes se rompieron para dejar paso a un personaje terrorífico con cuerpo de hombre y rostro de chacal.

—¡El diablo! —exclamó una vieja patricia que salió dando alaridos.

—¡Es Anubis! —gritó su vecina—. ¡ Anubis ha vuelto!

La mayoría de los asistentes se arrojó al suelo, otros cerraron los ojos, otros huyeron. Los diáconos, impresionados, intentaron en vano retenerlos. La misa se sumió en el mayor de los desórdenes.

Anubis miró al obispo durante unos momentos, después retrocedió sin que nadie osara dirigirse contra él. Teodoro impuso silencio. Los diáconos forcejearon con las vírgenes más nerviosas y las echaron del lugar santo en el que se había refugiado una multitud asustada.

—No era Anubis —afirmó.

—Nosotros lo hemos visto —protestaron diez testigos.

—Lo único que habéis visto es un hombre enmascarado; el sumo sacerdote se ha burlado de vuestra credulidad. Su templo no es un antro de demonios invisibles, sino un refugio de almas perdidas. El día de mañana, Cristo los convertirá.

Algunos le contradijeron y le dirigieron insultos, poniendo en duda sus afirmaciones; el prelado evocó las procesiones en que los sacerdotes representaban el papel de las divinidades con el fin de deslumbrar a una población ávida de prodigios. Algunos, abochornados, lamentaron su ridicula actitud. Otros partieron persuadidos de que Anubis se había reencarnado para probar la permanencia de la antigua fe. A fin de cuentas, el hombre con el rostro de chacal había interrumpido la misa sin ser golpeado por el fuego divino.

Afligido, Teodoro se encerró en el santuario y se arrodilló ante Cristo.

La hermana encargada del corral cogió la última oca que allí quedaba. Las gallinas y el gallo todavía vagaban en libertad; pronto habría que atraparlos como a animales de caza. La gran sacerdotisa había ordenado servir carne a los enfermos, pero preservando las aves para la fiesta de la diosa lejana. En el almacén principal en que se conservaban los víveres, Crestos colaba aceite. A pesar de tratarse de una tierra en la que los olivos eran de ordinario generosos, había que economizarlo pues File ya no pertenecía al Egipto del emperador. La isla prohibida, apartada del mundo, sobrevivía por el respeto a sus propias leyes, contrarias a las del cristianismo. El joven adepto extraía de la adversidad una fuerza que la desgracia no podía empañar. Los dioses imponían aquellas pruebas a File para despertar en los adeptos sus energías más vivas. Creyendo abatir el templo, el obispo lo reforzaba.

Sabni depositó la máscara de Anubis en el tesoro.

—¿Cómo han reaccionado? —preguntó Isis.

—Como esperaba: con miedo. El temor se ha insinuado en sus espíritus y su hermosa unanimidad se ha roto.

—¿Temerán lo suficiente a File para respetarla?

—Anubis ha resucitado; él abre los caminos del más allá y conduce las almas hacia el paraíso.

—Ya nadie le respeta fuera de este recinto.

—Éste es el único combate que podemos sostener: dar testimonio de nuestra fe.

—Sostener un combate... ésa no es nuestra vocación. Percibir la luz divina y ofrecerle una morada, he ahí nuestra misión. El poder del rito no tiene igual; en él está inscrito el proceso mismo de la creación. Cuando lo celebremos, la armonía llegará como la primera luz del alba. La diosa lejana volverá.

El otoño se aproximaba. Ya, al atardecer, los muros del templo se teñían de color ámbar. ¿Quién habría supuesto que el buque de piedra de la diosa Isis navegaba por un mar tormentoso?

Teodoro encontró la virtud del consuelo en la oración. Al elevar su pensamiento hacia el Señor, menospreciaba su función de administrador y de jefe del ejército; su vocación no le destinaba a aquellas ridiculas tareas. ¿Por qué tenía que ocuparse de asuntos terrenales mientras Dios le exigía cada instante?

El prelado tuvo ganas de abandonarlo todo y confiar la provincia a la Providencia. Cobardía... la palabra le quemó los labios. Sería tan fácil olvidar a sus ovejas, abrir la puerta al fanatismo y dialogar con el cielo sin preocuparse de la miseria y la desdicha del prójimo. El, el egipcio, enlazaba el antiguo mundo con el nuevo porque comprendía el pasado y construía el futuro. ¿Acaso no se ilusionaba al creer que influía en el destino? Salvar a Sabni... deseaba tener éxito con el ardor de la amistad más pura. Fracasar sería el más severo de los castigos; infligiéndoselo, Dios lastimaría su alma.

Se sorprendió soñando en el bendito día en que sería un anciano impotente y solitario, silencioso bajo las sombras de su jardín, incapaz de influir en la existencia del prójimo. Sueños vacíos en aquellos momentos en que se jugaba la suerte de Elefantina y la del cristianismo. Enfrentados por el destino se encontraban el templo y la Iglesia, el sumo sacerdote y el obispo, Sabni y Teodoro.

El poder... él no lo había buscado. Insidiosa, esta fiebre se había apoderado de él; mezclada en sus pensamientos y en sus actos, su función le guiaba y le privaba de libertad. ¿No se parecía a su amigo? ¿No estaban ambos obligados a obedecer la voluntad de las alturas?

CAPITULO L

Pablo y los ermitaños se sorprendieron ante la solicitud del obispo: cada uno de ellos recibió una túnica de lino, higos y pescado seco. ¿Por qué, después de haberlos ignorado, casi despreciado durante tanto tiempo, ahora les recompensaba así? Desconfiado, Pablo estaba convencido de que Teodoro trataba de comprar su silencio. Un ermitaño que no pasara frío y comiera todos los días no lucharía por Cristo y perdería su tenacidad, oscurecida por una tolerancia culpable.

¿Tendría el obispo algún pecado que esconder? Pablo recorrió las calles, preguntó, registró, pero no consiguió nada serio. Como había temido, ningún gran pecado oscurecía la existencia de Teodoro. Cierto que habría tenido que decretar hacía tiempo la expulsión de los paganos y la destrucción del templo, pero sus últimas decisiones demostraban un endurecimiento de su posición conforme a su compromiso espiritual. Acusar al obispo de debilidad no le acarrearía muchas adhesiones.

Pablo desplegó otra estrategia. El trabajo y la oración llenaban los días del prelado, que raramente salía de sus dominios. El ermitaño buscó las excepciones a esta regla de conducta, excluyendo los desplazamientos oficiales. Su paciencia obtuvo recompensa: se enteró de que Teodoro había visitado a un mercader de higos llamado Apolo. Dos días más tarde, el comerciante, cuyos asuntos iban viento en popa, había abandonado la ciudad como un ladrón ante el asombro de sus empleados y amigos. El ermitaño no obtuvo ninguna explicación a esta partida, pero supo que uno de los hijos de Apolo, Crestos, había desaparecido. Su padre había ido al cuartel para denunciarlo; Pablo confirmó el encuentro entre Apolo y el capitan Mersis a través de un soldado partidario de la intransigencia de los combatientes de Dios. Mersis el pagano, el traidor, el cómplice de los adoradores de Isis. A Pablo le invadió una alegría salvaje: ahora sabía cuál era el punto flaco del obispo.

La mitad de la iglesia estaba vacía. La aparición de Anubis continuaba sembrando la inquietud en los espíritus hasta el punto de alejar a los más débiles de la verdadera fe. ¿No murmuraban que el dios egipcio embrujaba los muros del santuario cristiano para que transmitieran una enfermedad mortal? A pesar de los enérgicos sermones, Teodoro no conseguía reconquistar el terreno perdido.

Al final de una celebración en la que los cantos carecían de animación, el obispo se tropezó con Pablo. El ermitaño exigió una entrevista inmediata; ante su mirada inflamada, el prelado comprendió que el fanático poseía un arma contra él.

Teodoro propuso a Pablo un paseo por los jardines de la iglesia. Los sicómoros ofrecían una sombra suave a los diáconos que leían los textos sagrados antes del oficio.

—¿Qué esperas de mí, hermano?

—El respeto sin debilidad a la ley de Dios.

—Esa tarea me preocupa a cada instante. ¿Acaso he fallado?

—Me temo que sí.

—¿De qué manera?

Pablo empuñó con más fuerza el bastón de nogal.

—Encubriendo un asunto delictivo.

—¿Tienes pruebas?

—¿Mersis no era un oficial traidor?

—Fue castigado.

—¿No se entrevistó con un tal Apolo, al que vos habéis mandado al destierro?

—El mercader de higos prefirió hacer fortuna lejos de aquí.

—¿No le habéis obligado a abandonar la provincia por culpa de su hijo Crestos?

El obispo no respondió.

—Todos aprecian vuestro sentido del honor y del deber; en tanto que servidor de Dios, retrocedéis ante la mentira. Estoy convencido de que Crestos, hijo de Apolo, se ha refugiado en la isla de los paganos. Grave violación de la ley sagrada: al templo le está prohibido acoger un nuevo adepto so pena de ser aniquilado.

—¿Dónde están las pruebas?

—Las obtendré. ¿Por qué no habéis intervenido?

—No tengo que justificarme, hermano. La razón de Estado está por encima de ambos, de ti y de mí.

—Amáis a esos paganos.

—Deseo convertirlos.

—Cuando la bondad fracasa, hay que utilizar la fuerza. Si os negáis a utilizarla, revelaré vuestro pecado a los fieles, ¡su justa cólera se desencadenará contra File!

Teodoro se imaginó a Pablo a la cabeza de la provincia. En menos de un año la habría arruinado. Los cristianos se despedezarían entre sí. Oscuras nubes cubrirían Elefantina.

—He contribuido a remediar las necesidades de los ermitaños.

—No es suficiente. Hace falta una cabeza de turco. Pronto, Teodoro, me asociaréis a vuestro poder. Entre los dos venceremos a los demonios.

—Yo también pongo condiciones.

—¿Estáis en situación de hacerlo?

—Sin mí, no serías más que un fantoche.

Pablo golpeó con violencia el tronco de un sicómoro. ¡Por desgracia, el obispo tenía razón! El ermitaño no se beneficiaba, como el prelado, de la confianza del pueblo; dirigir una facción, aunque venciera, no bastaría para asentar su primacía. Transigiría durante algún tiempo.

—¿Cuáles son las condiciones, reverencia?

—El respeto por las vidas humanas.

—¿Los paganos son hombres? Vuestros soldados han matado algunos y vos no habéis excomulgado a los responsables.

—Incidentes lamentables, Pablo; nosotros rogamos por nuestros enemigos y pedimos a Dios su conversión, no su exterminación.

—Dios perdona al pecador arrepentido y condena al hereje.

—Una cabeza de turco, dices.

—La justicia debe reinar sobre nuestra provincia; absolver al criminal sería injuriar al Altísimo. Vos, su representante, no admitiréis esta infamia.

—Graba en tu espíritu mi condición más importante: que esa cabeza no sea la de Sabni.

Varios fueron los habitantes de Elefantina que asistieron a la demolición de un viejo edificio situado cerca de la oficina del recaudador principal. Los albañiles echaron a un mendigo, su único ocupante, y derribaron los muros. Un capataz, apodado «el Atajo», dirigió la operación con órdenes claras y concisas.

De repente lanzó un grito.

Los obreros bajaron las mazas. El capataz acababa de sacar un cofre de plata y rápidamente alertó al recaudador principal; Filamón corrió hacia allí y procedió a la apertura del cofre, repleto de piezas de oro y lingotes de plata.

—Reconozco este tesoro —declaró—. Se lo robaron al obispo hace un año; debo inventariarlo de nuevo.

Normalmente, el funcionario trabajaba lejos de las miradas ajenas, pero aquella vez lo hizo ante numerosos testigos. Sustraer los bienes de la Iglesia sería castigado con severidad; Teodoro exigiría una investigación a fondo.

—El culpable ha firmado su delito —dijo Filamón—. ¡Mirad!

Mostró un brazalete de marfil grabado con el nombre de Crestos.

La guardia del obispo buscó en vano al joven para interrogarle. Vecinos y amigos identificaron el brazalete de marfil que Crestos había dejado en su habitación antes de abandonar la vivienda familiar; era su joya favorita, símbolo de su pasado, indigna del templo:

el nombre de su propietario no despertaba ninguna duda. Las lenguas se desataron; desde muy niño Crestos había tenido la mano demasiado larga. La avaricia de su padre le obligaba a cometer pequeños hurtos. Un aduanero les facilitó una valiosa información: había detenido a un rapazuelo que llevaba consigo un peine de marfil sustraído a los contrabandistas. Debido a la edad del ladrón, se había conformado con confiscar el objeto. El diácono encargado de la instrucción acumuló pruebas abrumadoras contra el peligroso personaje. Al final del proceso, celebrado en ausencia del desertor, fue pronunciada la sentencia: condena a trabajos forzosos en el desierto libio. Sólo faltaba encontrar la pista de Crestos, encarcelarle y deportarle.

Teodoro pidió unos días de reflexión a Pablo antes de ordenar a «el Atajo» que difundiera un rumor según el cual habían visto al ladrón en la isla de File. Reflexión inútil, puesto que el prelado no podía romper el pacto contraído con el ermitaño. El obispo imploró al Señor. Como no había sabido destruir File, se veía obligado a hacerla sufrir. En la tormenta que se avecinaba, ¿sería capaz de salvar a su amigo?

Crestos no escaparía al suplicio; no había ningún medio de evitárselo. Pablo exigiría la crucifixión para que ningún adolescente se sintiera tentado de abrazar la causa de los paganos. Aunque el método era condenable, su ideal respondía a las exigencias de la fe.

Teodoro dudaba todavía en llamar a «el Atajo»; al amanecer, Pablo exigiría el cumplimiento de su deber. ¿Qué angel descendería de las nubes y se llevaría en sus alas el alma de un joven inconsciente de los rigores de su tiempo?

El guardia golpeó la puerta de la oficina en la que la luz de una lámpara había brillado durante toda la noche. El ermitaño no perdía un momento.

—Adelante.

El centinela introdujo a un oficial de la guarnición.

—Es muy grave, reverencia. Dos exploradores han visto una gran concentración de tropas blemias al sur de la primera catarata.

CAPITULO LI

Pablo, furioso, insultó al centinela.

—¿No sabes quién soy?

—Eso no cambiará nada. El obispo no está.

—¡Eso es falso! Deja libre el acceso a su oficina.

—Si intentáis pasar, os lo impediré. Son las órdenes.

—¿Dónde está?

—En el cuartel.

—Como me hayas mentido...

Aunque mantuvo la cabeza alta, el militar no se quedó muy tranquilo. Al igual que los demás, temía al ermitaño.

Pablo forzó la entrada del cuartel general donde Teodoro conversaba con los oficiales principales.

—No estás autorizado a sentarte en este consejo —dijo el obispo—. Fuera de aquí.

—No antes de que hayáis ordenado la detención del criminal.

—Arreglaremos ese asunto más tarde. Ahora necesito a todos los soldados.

Los ojos del ermitaño brillaron de rabia.

—Incluso si se decreta el estado de emergencia, no contéis con aplazar indefinidamente la ejecución de la sentencia.

—No es mi intención.

—Estad seguro de que los combatientes de Dios manifestarán sus exigencias.

Seguros de su impunidad, una docena de ermitaños incendiaron la viña del templo y un campo donde trabajaban los campesinos sospechosos de complicidad con los paganos. Pablo y sus hordas sembraron más terror que Anubis. La población, después de haber sopesado las amenazas del antiguo dios y los anatemas del nuevo, se comprometió resueltamente con los cristianos más exaltados. Si el ejército no intervenía contra ellos sería porque habían obtenido la bendición del obispo.

El templo no moría de hambre. En aquel apacible día de octubre en que un sol apacible transformaba las piedras en oro, los adeptos fueron convidados a un banquete. Cerca del pequeño santuario de Hathor, degustaron las olivas y los dátiles frescos, saborearon los asados de ave y paladearon el vino tinto y la cerveza de cebada. El Nilo formaba un estuche protector, bañando con sus aguas tranquilas la isla de la gran diosa. Los shenti de los hermanos y las túnicas de lino de las hermanas resplandecían de blancura. Sabni vestía un delantal de cuero bordado en oro e Isis una túnica blanca de tirantes. Radiante, la gran sacerdotisa pidió a los sacerdotes más ancianos que ocultaran la cara bajo una máscara de león.

Así comenzó el ritual destinado a hacer volver de la soledad del desierto a la diosa lejana.

Organizados en procesión, los adeptos transportaron los alimentos al interior del cercado del buen reencuentro, donde, si las palabras pronunciadas tocaban su corazón, la expatriada se uniría a su comunidad. La mitad de los adeptos permaneció postrada, sentada sobre los talones; el resto, guiado por la gran sacerdotisa, se alejó del edificio y se dirigió hacia un pabellón en el que estaban almacenados los instrumentos de música.

—Estamos afligidos —declaró Sabni—. La luz se ha perdido, abajo, sobre las tierras rojas en las que nada retoña. El ojo del sol ha salido de su frente y se ha desvanecido en el desierto para aniquilar a los humanos que allí se habían refugiado creyendo escapar a su cólera.

—Soy el portavoz de la humanidad —dijo Crestos—. ¿Qué falta ha cometido?

—Ha olvidado el cielo, traicionado la ley de vida, despreciado lo sagrado. Los seres se acusan unos a otros. En lugar de enfrentarse a los dioses, se han escondido. El sol se ha alejado de la tierra. Su fuego ha pasado de ser creador a ser destructor. El sufrimiento ha reemplazado a la alegría.

—¿Quién apaciguará a la diosa lejana?

—La comunidad ha salido a su encuentro. Mediante la música, los cantos y la danza, tratará de disipar su cólera y atraerla hacia aquí, su templo. Si fracasa, pereceremos. Provocará la confusión con rebeliones y nos despedazará con sus garras de león.

A través del aire anaranjado del final del día se esparcieron los sonidos del arpa angular, el tambor convexo, la trompeta de pabellón en forma de loto, la flauta, los címbalos y las castañuelas. Un brillante cortejo tocaba un aire rítmico con marcadas entonaciones. Dos hermanas, todavía ágiles, bosquejaban movimientos de danza. Las voces graves de los hermanos entonaron un canto que suplicaba a la leona terrorífica que aceptara el amor de la comunidad. En otro tiempo, un mono domesticado tañía el laúd y una gacela brincaba ante los músicos.

La orquesta se detuvo en el umbral del templo, ante la figura del dios Bes, enano rechoncho y barbudo, de rostro tosco. Bajo la fealdad de aquel iniciador, el adepto debía descubrir la belleza. La risa estruendosa de Bes disipaba la pena y alejaba las nubes; quien lo encontraba en su camino sabía que el destino le sería favorable.

La comunidad cantó un salmo lento y recogido, implorando a la diosa lejana que llegara en paz. Cuando la música se extinguió, Sabni se levantó y se puso de cara a los adeptos.

—¿El ojo del sol brilla entre vosotros?

—Lo hemos buscado y lo hemos encontrado —respondió el que tocaba el arpa.

—¿Ha cesado la matanza de la humanidad?

—Seguirá hasta que el ojo repose en un lugar sagrado.

—Hemos construido ese lugar con nuestras manos.

—Dadme su nombre.

—La isla de la gran diosa. El sol está presente, día y noche, en su santuario.

—¿Quién aplacará la cólera del ojo?

—Yo, el sumo sacerdote del templo.

—¿Cómo procederás?

—Por el conocimiento de la naturaleza divina.

—¿Cuál es el nombre del ojo?

—El que crea. La mirada de la luz engendra los seres y las cosas.

—¿Cuál es el nombre de la diosa?

—La Terrorífica que sonreirá, la alejada de nuestro corazón, la que surgió de la primera estrella.

—¿Qué le ofrecerás?

—Un banquete está preparado para ella. Los adeptos comulgarán en la felicidad del reencuentro.

—¿La reconocerías si se presentare ante ti?

—Que se digne revelarse a la comunidad postrada ante su belleza.

Los miembros de la orquesta se apartaron. La máscara de león avanzó. Anunciaba fiebres, disentería, ceguera y hambre; si triunfaba, un viento putrefacto, cargado de miasmas, barrería el templo.

—No te temo —dijo Sabni—. Tú asustas a los hartos de miedo. Apártate de la ruta de la diosa.

La máscara desapareció. Agitando los sistros cuyo sonido metálico alejaba los demonios empeñados en obstaculizar su camino, apareció Isis. Un ancho cinturón rojo adornaba su talle y pintura verde subrayaba la curva de sus cejas. Su tocado, la corona con dos altas plumas que enmarcaban un sol, iluminaba el camino que, desde el fondo del desierto, la conducía hacia el templo.

—Tú, oro de los dioses y sonrisa de la creación, únete a este cuerpo de piedra. Ilumínalo con tu amor sin límites, concédele la vida, la fuerza y la coherencia.

En el momento de entrar en el cercado de la llamada, Isis dudó. ¿Se estaba celebrando el ritual con la fe de los primeros tiempos? ¿Desplegaba la comunidad la energía de los constructores que exaltaban la tareas más duras? El sacerdote de máscara de león tañía en su laúd una melodía grave; el fuego del atardecer envolvía el cercado de la llamada con una luz del más allá. La Terrorífica se transformó en Bienhechora.

Isis se adelantó al interior de la morada de Hathor en el momento en que Sabni encendía una antorcha: el fuego retornaba al fuego.

—Has vuelto entre los tuyos. El templo ha resucitado.

CAPITULO LII

—Estamos listos para pagar —dijo Sabni—. La gran sacerdotisa pone a tu disposición los pectorales, las gargantillas, los collares y las sortijas.

—Eso no bastará —dijo Teodoro.

—¿No dices que todo se compra?

—La justicia no.

—¿Te atreves a llamar «justicia» a esa condena insensata?

—Las pruebas existen. Crestos ha sido declarado culpable por una asamblea de ciudadanos en la que yo ni siquiera figuraba.

—Así tu nombre no se verá asociado a un crimen.

—Crestos ha robado y huido. Si no lo entregas al brazo eclesiástico, los ermitaños se pondrán al frente de una muchedumbre furiosa y atacarán File.

—Me pides que abandone a un hermano y le envíe a una muerte atroz.

—Ha cometido faltas imperdonables. En la cárcel estará seguro. La cólera del pueblo se apaciguará.

—¡Su encarcelamiento durará poco! Al igual que los otros, será deportado, humillado, sometido a trabajos forzosos y perecerá en las minas, junto a los niños y los ancianos.

—¿Acaso soy yo responsable de su desgracia? Al elegir File, sabía a lo que se arriesgaba. O desaparece él, o desaparece la comunidad entera.

—¿Eres tú el que habla, Teodoro? ¿De veras eres tú?

—No, Sabni. Es la voluntad de Dios.

Sabni abrazó a Isis y la estrechó durante largo rato. La sentencia contra Crestos tenía que ser aplicada en el plazo de dos días y el sumo sacerdote debería entregar el criminal a los guardias.

—Apelemos al patriarca de Alejandría.

—Aunque obtuviéramos los servicios de un mensajero rápido y nos concedieran una semana de prórroga... estoy seguro de que se confirmaría el fallo del tribunal de Elefantina.

—¿No hay una jurisdicción que pueda anular la sentencia?

—No.

—No cederemos —dijo Isis.

—Entonces vendrán y nos llevarán a todos.

—Y si la gran diosa nos protegiera, ¿les impediría atravesar el brazo de agua que nos separa de ese mundo pervertido? Resistamos, Sabni. Nuestra libertad es más ardiente que el fuego, más inaprehensible que el viento. Renunciar nos reserva un destino peor que la muerte: perder la vida.

Sobre el vientre de un escarabajo, Crestos grabó un texto superior que permitía al justo franquear la primera puerta del más allá respondiendo a la pregunta de un guardián inflexible: «Mi corazón es el corazón de la luz divina; tú no dejas de estar vivo por siempre jamás y rejuvenecerás más allá del tiempo». Desde que trabajaba en el templo, el joven se había despojado de la angustia, peso insoportable de sus días de adolescente. Ni siquiera cuando se alejaba por los campos rodeados de diques encontraba la paz. En la isla santa, ya no tenía ganas de huir. Del espíritu, verdadero maestro de aquellos lugares, aprehendía el alba; aquella luz del origen se convertía en suya.

Normalmente, Sabni le arrancaba de su labor y le decía que fuera a cenar. Aquella noche, fue la oscuridad la que interrumpió al escultor. Intrigado, limpió sus herramientas, dejó el escarabajo sobre un bloque de granito y corrió en dirección al refectorio, situado cerca del templo de Hathor.

Hermanos y hermanas comían en silencio. Para el sumo sacerdote los garbanzos sabían a arcilla y la cerveza parecía agua salada. Crestos se sentó a su lado.

—¿Qué pena os aflige?

Los adeptos se levantaron; uno tras otro y a paso lento se dirigieron hacia sus viviendas. Sólo quedaron Isis y Sabni.

—¿Os he disgustado?

—Eres la esperanza de nuestra comunidad.

—¿Por qué me evitan todos?

—¿Quién se atreverá a decirte la verdad?

Crestos miró a su alrededor. El agua azul se agitaba bajo el viento nocturno, los muros elevaban su masa serena, infranqueable.

—Tú te atreverás.

—Odio mi misión.

Sabni sintió sobre sí la mirada de Isis.

—¿Qué se me reprocha?

—Robo de bienes eclesiásticos. La existencia de pruebas formales ha precipitado el juicio: el obispo exige tu expulsión.

—¿Que suerte me tiene reservada?

—Lo mejor que te puede pasar es la cárcel de por vida. Lo peor, el destierro y los trabajos forzosos.

—¿Y si me escondo en la isla?

—Los ermitaños y sus secuaces la invadirán.

—¿Crees en esas acusaciones?

—Si las creyera, yo mismo te habría expulsado del recinto.

—¿Cuál es tu decisión?

—¿Cómo puedes dudarlo? Te protegeremos hasta el final.

—¿Cuándo vendrán?

—Mañana, a la hora en que el sol alcance el cenit.

Crestos alargó su escudilla.

—Tengo hambre.

Isis le sirvió. El joven adepto comió con apetito.

—Vuestra determinación no bastará para repelerlos.

—Deslizándote en mi sombra, no tendrás nada que temer. Poner la mano sobre una gran sacerdotisa de File les condenaría a errar eternamente. Jamás, en la historia de Egipto, ha sido perpetrado semejante ultraje.

—Mañana me quedaré en el templo. Pasado mañana también; y así durante toda la eternidad.

La sonrisa de Isis se perdió en la noche cerrada. Crestos bebió cerveza.

El grano se agostaba en la tierra, en el silencio del limo fértil; el hombre no jugaba ningún papel en aquel misterio de palabras invariables. En el umbral de la embriaguez, Crestos pensaba en el himno del templo cubierto, consagrado a Isis, la habitante de las estrellas de las que el alma extraía la esperanza y se burlaba de la muerte.

El adepto subió a la cima del primer pilono siguiendo con el dedo cada uno de los signos grabados sobre los muros de la escalera. Pájaros, árboles y cestas cobraron vida bajo el calor de su mano y avanzaron, en compañía del lector, hacia el techo del templo.

Crestos quería gozar del alba como un cabritillo saltando de alegría bajo los primeros rayos del sol resucitado. Le quedaba un largo camino que recorrer, numerosas puertas que franquear y un duro trabajo que cumplir. Su espíritu se desataba; la vanidad, si no tenía cuidado, acabaría pronto con sus primeros esfuerzos. Exigir la perfección de la obra sin creer en la perfección del hombre: nunca olvidaría la lección de la comunidad, proveedora del ser. Sólo la entrega total de sí mismo, más allá del éxito y el fracaso, despertaba una sensibilidad digna de la inmortal cofradía presente en el corazón de cada piedra.

No, no era sólo cuestión suya el futuro de File. ¿Cómo iba a encarnarse el templo en un individuo? Al contrario, él amenazaba la existencia de los adeptos al suscitar el furor de los cristianos; que él fuera la víctima de la más odiosa de las injusticias apenas importaba. El amor de la isla santa dictaba su conducta.

Crestos llenó su mirada del santuario en el que la luz iba ganando terreno a las sombras de la noche agonizante; pronto, Sabni e Isis entrarían en la naos y despertarían en paz el poder divino. En aquel día de otoño, cuatro mil años después del nacimiento del Egipto de los faraones, File permanecía serena, inalterable. Su deber de hermano consistía en protegerla alejando de ella el motivo de sus problemas.

Desde lo más alto del pilono, Crestos se arrojó al vacío.

CAPITULO LIII

Los curiosos, cada vez más numerosos, siguieron a un hombre tranquilo que llevaba en sus brazos un extraño fardo. El sumo sacerdote se detuvo ante la morada del obispo y depositó sobre un escalón de piedra, delante de los militares, el cadáver de Crestos envuelto en un sudario blanco. Sólo se veía el rostro, bello y sereno.

Alertado por el ruido, el prelado salió de su despacho. Cuando apareció, la muchedumbre calló. Teodoro se aproximó al muerto y puso una rodilla en tierra.

Levantó los ojos hacia Sabni.

—Yo no quería su muerte.

—Ha ofrecido su vida para salvar a File. ¿Será suficiente el sacrificio?

En los ojos del sumo sacerdote no había rabia, sino una rebelión tan ardiente que ninguna palabra podía expresarla.

—Yo no quería esto, Sabni.

—Permíteme sepultarlo según nuestros ritos.

—¡No! —gritó Pablo el ermitaño, blandiendo su bastón—. Un pagano debe ser incinerado. Que el cadáver sea entregado a los vagabundos del desierto.

Los «comedores de cadáveres», como los llamaba la gente, vivían en el desierto, lejos de las poblaciones. Enterraban a los indigentes y hacían desaparecer los restos de los criminales y de los ladrones. Sabni esperaba evitar esta última humillación.

—El pagano ha sido juzgado y condenado —recordó Pablo—. No debe beneficiarse de ningún privilegio.

Un clamor de aprobación se elevó.

—¿Permitirás semejante atrocidad, Teodoro?

—Debes someterte a la ley de Dios, Sabni. Y yo debo hacerla respetar.

—No mezcles a Dios en esta ignominia.

—La multitud es demasiado violenta. Ya te había prevenido: las murallas se desmoronan. Abandona, amigo mío; modifica un destino adverso.

El sumo sacerdote no volvió a File. Obligado a abandonar el cadáver de Crestos a los rapaces humanos, vagó por las calles vacías de la orilla oriental. En aquellos parajes desolados, vacíos de toda presencia desde hacía lustros, reinaba un calor pesado. El viento del norte se estrellaba contra las masas de granito de las que los albañiles de Faraón habían extraído las espléndidas piedras destinadas a los templos. Los constructores de pirámides no dudaban en recorrer la gran distancia que separaba Menfis de Elefantina para tallar los gigantescos bloques que las barcazas transportarían hacia el norte.

Sabni se detuvo sobre el obelisco inacabado, el monolito más imponente que se conocía, prisionero por culpa de una grieta que lo condenaba a permanecer tendido en la cantera. Los griegos lo habían medido: 42 metros de largo y 1.200 toneladas de peso. Cientos de hombres se habían deslomado para quitarle la corteza superficial que protegía un granito rosado de excepcional belleza, la sienita, veteada de diorita y cuarzo.

En aquel paisaje de rocas esparcidas y monumentos sin terminar el sumo sacerdote veía lo inacabado de su propia aventura. Las canteras olvidadas le recordaban a la comunidad, perdida, que trabajaba para gloria del Principio. Un espeso velo se extendía sobre el universo luminoso de los faraones. A unos metros del peregrino, un coloso trataba en vano de arrancarse de su sudario mineral; el coloso de Ramsés II, portador de la corona blanca, los brazos cruzados sobre el pecho sosteniendo los cetros, esperaba la mano del escultor que le liberaría de la materia. Sabni tuvo ganas de coger un martillo y un cincel para ir en ayuda del rey difunto y probarle que sus ojos podían abrirse y su boca hablar. Pero renunció, descorazonado por la enormidad de la tarea.

Sobre una estela rota había una inscripción todavía legible:

«Quienquiera que seáis, velad para obtener las alabanzas de vuestro dios; os será dado gozar plenamente de vuestra función después de transmitirla a vuestro sucesor, dejando vuestro corazón en reposo.»

Este discurso le estaba destinado más allá de los siglos. ¿Acaso él no yacía, como el coloso, en una cárcel de la que no saldría jamás?

La inscripción abría un camino, el único: transmitir. Jamás el sumo sacerdote de una comunidad sería su propio dueño; sólo importaba su función y el servicio a la cofradía. Interrogarse sobre su persona constituía traición; ahora bien, en un mundo privado de palabras justas, olvidado de la Regla, el corazón del hombre no se preocuparía más que de sí mismo.

La noche se anunciaba amarga. El coloso parecía encogerse; por todas partes las tinieblas le agredían. En aquel caos mineral los caminos se esfumaban. Pronto, incluso el viajero más experimentado se extraviaría, incapaz de salir de las canteras. Sabni sintió la llamada del desierto de piedras cuya catarata según el estilo de África, apenas salpicada por algunas manchas verdes, constituía el único horizonte. ¿Quién habría esperado en aquel laberinto estéril, prados verdes y campos dorados?

Aquella soledad, más áspera que el granito, le calaba la piel como un vestido mojado. Sólo el amor de Isis le impedía huir de sí mismo y convencerse de que abandonando la comunidad la salvaría. Era él y nadie más quien atraía la reprobación de Teodoro y la ira de Pablo. Si Sabni desaparecía, nadie pensaría en atacar a File; el verdadero valor consistía en renunciar a todo. Reconociendo que su sola presencia ejercía una acción nociva, demostraría a los adeptos su fraternidad.

Dando la espalda al Nilo, el sumo sacerdote se internó en el laberinto. Unos pasos más y se convertiría en nómada; libre de toda atadura se iría hasta los confines del sur profundo, donde los ríos se zambullían en el abismo y donde la raza humana ya no existía.

Al inclinarse, Sabni descubrió a sus pies un halcón muerto con las alas plegadas. El sumo sacerdote cavó un agujero en el suelo con un cascote puntiagudo y enterró el pájaro de Horus, hijo de Isis, venido del cielo y deseoso de retornar; según las enseñanzas del templo, los ojos del ave rapaz elevada sobre las murallas de nubes vislumbraban la cima oculta para siempre. Él guardaba el acceso al santuario de los dioses, construido con luz y amor, modelo de los edificios terrestres.

Fue su propio cadáver lo que el sumo sacerdote encontró, los despojos de un ser de ayer cuyo vuelo se había quebrado; pero en el ojo del halcón, eternamente vivos, estaba trazado el camino justo.

Nimbada de luz plateada, Isis se encontraba al borde del embarcadero. La barca se acercó sin ruido; Sabni la amarró y subió a encontrarse con su esposa.

—En el mundo de los dioses —dijo— no ocurre nada. Ellos ignoran los acontecimientos a los que estamos sometidos, los momentos de felicidad y desdicha que nos agitan como si fuéramos juguetes infantiles.

—Isis, si tú supieras...

—La prueba de las piedras abandonadas... ¿Qué superior no la ha vencido? Has vuelto, Sabni, y te quiero.

CAPITULO LIV

Isis no se levantó, la fiebre le impidio cumplir con sus obligaciones rituales. Desde que salió de la naos donde, como cada mañana, se despertaba la gran diosa, el sumo sacerdote

permaneció a la cabecera de su esposa. Sólo ella conocía los secretos del arte de curar, pero ni siquiera tenía fuerzas para curarse a sí misma. Su brusco decaimiento inquietó a Sabni.

—¿Puedes prescribir algún remedio?

—Mi espíritu está tan débil que mi cuerpo, mi energía, se disipa como una bruma de verano sobre el Nilo... Por otra parte, en la orilla de Poniente la diosa será acogedora. No la temo; nos hemos hablado tantas veces, cómplices.

—¡No! Tú no tienes derecho a ceder.

Sabni cogió a Isis entre sus brazos y la llevó al pequeño templo de Imhotep el curandero. Cuando la medicina humana se reconocía impotente era necesario confiar en la voluntad de una sabia entrada en la inmortalidad. Desde lo invisible, él continuaba preservando la belleza del templo y la integridad de sus sucesores.

El sumo sacerdote depositó a la enferma sobre el enlosado de la capilla que los romanos llamaban el sanatorio; un senador paralítico había ido a buscar allí el uso de sus miembros. Después de haber jurado guardar silencio sobre lo que había visto y oído, regresó curado.

—Coge mi mano derecha —pidió Isis.

Hacía tiempo que sabía que la muerte raptora se delizaría en ella por ese lado; la presencia de Sabni la alejaría. Con la palma de la mano derecha abierta y vuelta hacia el techo del pequeño edificio, los ojos cerrados, el aliento apenas perceptible, la gran sacerdotisa escuchaba el canto de las piedras. Algunas provenían de Gizeh, otras de las canteras de Turah, de Gebel Silsileh o de Elefantina; de norte a sur, formaban el ser de los templos y de los altos parajes donde el espíritu nunca cesaría de brillar incluso si la barbarie trataba de cubrirlo con un velo de tinieblas y de ignorancia.

Cuando Isis vio aparecer el rostro hierático de Imhotep, en el que se reflejaba su luz interior, se levantó para manifestarle su deferencia. Sabni la sostuvo; su mirada expresó de nuevo el deseo de vivir.

Sabni reunió a la comunidad y le anunció que pensaba reemprender los trabajos en el santuario de Imhotep. El panadero recordó que File ya no recibía materiales y que ningún picapedrero se atrevería a trabajar en la isla. El sumo sacerdote eliminó dudas y temores; los adeptos capaces de manejar herramientas aprenderían el oficio en el taller. Crestos había indicado el camino: ellos debían mostrarse dignos de él. Obtendrían los bloques del pasado; una antigua capilla derruida serviría de cimiento al nuevo edificio. Tal como habían hecho los antiguos egipcios, así harían ellos.

El proyecto infundió vigor a los hermanos, a quienes la muerte del más joven había sumido en la desesperación. Olvidando edad y enfermedades pusieron manos a la obra bajo la dirección de un sumo sacerdote exigente que les trataba como a aprendices. Su rudeza, lejos de descorazonarles, avivaba su fuego.

Isis organizó la jornada de las hermanas con la misma severidad: desde el amanecer hasta la puesta del sol se sucedían las prácticas rituales, el estudio de los textos sagrados, la fabricación de cuerdas y pequeños cinceles de cobre, la preparación de las comidas y la contemplación del cielo. Planeando sobre el primer pilono, el halcón en que se encarnaba el alma de Crestos acompasaba el trabajo con sus enormes círculos y protegía el taller.

El grito de terror de la partera despertó al barrio. No sólo la vendedora de galletas había muerto entre atroces convulsiones, sino que además había traído al mundo un niño con cabeza de serpiente. El padre, enloquecido, lo decapitó antes de abrirse el cráneo contra el muro de su casa. Desde el fallecimiento de Crestos, arrojado como pasto a los necrófagos, Elefantina vivía en el terror. Una sucesión de malos presagios se abatía sobre la ciudad. El agua de dos fuentes, famosas por su pureza, había sido envenenada, los chacales habían entrado en un barrio rico y devorado un niño y un rayo había caído en la iglesia destruyendo buena parte del tejado.

Teodoro trataba de tranquilizar a la población con sermones. Pablo y los ermitaños acusaban a File de haber desatado la cólera de Dios y la ira del diablo; mientras la isla maldita celebrara ceremonias impías y desafiara al Señor, el Maligno acecharía.

El obispo ya no disponía de sus tropas; no se rebelaban, pero tampoco obedecían. Pablo sembraba la violencia que el pueblo necesitaba; ¿cuánto tiempo pasaría sin que hubiera víctimas?

Cuanto más revuelta estaba Elefantina, más se relajaba File en una serenidad nacida de la obra emprendida. La misma lentitud de las obras les hacía apreciarlas mejor. Cada éxito individual era narrado a la comunidad, que se nutría con el esfuerzo de todos. Liberados del

deseo de supremacía, indiferentes a los tiempos, generosos hasta el agotamiento, los adeptos descubrían día tras día recursos insospechados. Manos desolladas y dedos doloridos daban a las hermanas la ocasión de ejercer sus habilidades como curanderas. La cofradía renacía con un solo corazón y una única voluntad.

Teodoro habría apostado por su rápida degradación tras el suicidio de Crestos. Puesto que ya no acogería a ningún neófito, ¿no estaba condenada a desaparecer? Todo ser razonable habría dado por sentado que la partida estaba perdida. Conceder la mínima confianza a una gran diosa que dejaba que sus fieles se extinguieran era de locos. Sin duda Sabni, si se liberaba de la influencia de Isis, se avendría a razones. La gran sacerdotisa le hechizaba y le llevaba a la ruina; atrapado en las redes de aquel demonio con cara de ángel, Sabni se negaba a escapar.

Así trataba el obispo de convencerse de la locura de su amigo. Sin embargo, una voz interior le contradecía y clamaba una imperdonable admiración por Isis, su respeto hacia una mujer volcada, como él, a lo divino. Debía alejar la más infernal de las tentaciones: admitir que la fe pagana podría ser preservada y transmitida. Por la revelación del Dios único, la humanidad se transformaba, salía de las tinieblas del paganismo e iba hacia la Jerusalén celeste, el paraíso de los justos. Pablo, el exaltado, no se equivocaba al pretender que la seducción femenina era un arma demoníaca. Contemplando a Isis, emborrachándose con su encanto, acompañando su paso, ¿qué cristiano rechazaría durante mucho tiempo el beso de la gran diosa? Ocultar File y desechar el fanatismo de Pablo: atrapado en los dientes del torno, al obispo le costaba soportar una soledad que hasta ahora había deseado. Sabni tenía la suerte de vivir al lado de una mujer que compartía sus inquietudes más íntimas, disipaba sus tormentos y le ofrecía la dulzura cómplice de las noches de amor. Contra esta fortaleza, todos los embates del obispo se estrellaban.

La vieja capilla resucitaba en el nuevo santuario dedicado a Imhotep, su glorioso antepasado. Como si sus manos, instintivamente, hubieran reencontrado un sabor olvidado, los adeptos tallaban los bloques, los aparejaban y los colocaban unos encima de otros con un ardor que suplía a la inexperiencia. Un aroma de eternidad flotaba de nuevo en las estancias del templo; el mundo hostil se alejaba por el Nilo y los rumores de Elefantina se disipaban en la claridad de la mañana.

—¿Qué deseas, Sabni?

—Que el mañana no exista.

—Mira a nuestros hermanos y hermanas: construir el edificio les rejuvenece.

—Si pudiéramos fijar la luz en la cima del pilono, ahogar el futuro en la catarata...

—Espera, amor mío. Espera con el poder del fuego y la paciencia del agua. Utiliza el tiempo, rómpelo como si fuera una piedra indigna del edificio.

Nubes de mosquitos, arrastradas por el aire tibio, se abatieron sobre los durmientes y extendieron la fiebre. Nadie había olvidado los malos presagios y todos se extrañaban del calor anormal que dificultaba el movimiento de las piernas y los latidos del corazón. Sólo el obispo se alegraba, debido a que el calor disminuía el empuje de los ermitaños; tras haber exhortado en vano a la población para que se vengara de la isla maldita, se habían refugiado, decepcionados, en las tumbas de la orilla occidental.

El prelado disponía de un poder que nadie discutía, ni siquiera Pablo, pero dudaba entre la intransigencia y la clemencia, y perdía el arrojo propio del joven sacerdote hostil a toda concesión. Había fracasado con Sabni. Convirtiéndolo, habría modificado el destino de ambos; una puerta se habría abierto hacia lo invisible y Dios habría vuelto hacia ellos su rostro. Demasiados seres, demasiados pensamientos y demasiados ritos se levantaban entre el sumo sacerdote de File y el obispo de Elefantina.

¿No engañaba Dios al mundo futuro ordenándole renegar del pasado y destruir los templos? La tierra de los faraones, madre del universo, se sometía a las leyes sin asumirlas, tomaba prestado un arte insípido y hablaba una lengua bastarda; al convertirse al cristianismo perdía el aliento poderoso de su juventud y el esplendor de su edad madura. Si Cristo era expulsado de la tierra en la que había encontrado refugio, ¿qué invasor le reemplazaría? En las puertas de Bizancio, los bárbaros se preparaban para desmantelar el imperio de Oriente; en las de Egipto, las tribus de la península arábiga codiciaban los generosos campos. El obispo, testigo de la revelación, no podía dudar de su misión. El prelado no podía evitar que los seres humanos fueran frágiles e inquietos.

Contemplaba su ciudad desde la azotea. La quería con la ternura de un padre: las villas con jardines llenos de colores, las pequeñas casas blancas de los artesanos y las chozas de los pobres cohabitaban en la luz del otoño y bajo la mirada de Cristo. Las gentes charlaban sin cesar en las animadas callejas. En el mercado se amontonaban los alimentos haciendo doblarse bajo su peso los mostradores de los comerciantes. El ruido de una refriega no sorprendió a Teodoro; varias más se producirían a lo largo del día. Las discusiones a veces violentas enfrentarían, como siempre, a vendedores y compradores. En el momento en que el obispo entraba en su despacho escuchó unos gritos que no tenían nada de habituales. Una mujer, con el cabello erizado, gritaba mientras corría hacia el palacio episcopal.

—¡Los blemios! ¡Nos atacan los blemios!

CAPITULO LV

Los blemios atacaron Elefentina al mediodía lanzando miles de hombres a un asalto que pretendían fuera decisivo. Emborrachados con vino de palma, los guerreros nubios se precipitaron contra las fortificaciones de Elefantina. Con el pecho al aire y los ríñones ceñidos por un trozo de piel, los negros creyeron que podrían escalar fácilmente las empalizadas y esquivar las estacas apuntadas hacia ellos. Rápidamente reconocieron su fracaso y se batieron en retirada de manera desordenada. El obispo mandó a la caballería atacar el flanco derecho del agresor, pero sólo encontró el vacío: los blemios se arrojaron al suelo, se colgaron de los arreos de los caballos, los destriparon y desmontaron a los cristianos. Ni siquiera los más hábiles consiguieron pisotear a los escurridizos adversarios, acostumbrados a luchar con las manos desnudas contra las bestias; impedidos por las pesadas corazas, los jinetes apenas ofrecieron resistencia a los blemios.

A pesar de aquella derrota, el obispo no perdió la confianza: sus defensas resistirían bien. El enemigo se detuvo y el silencio sucedió a los gritos. Después sus filas se abrieron y dejaron paso a un ejército insólito, una manada de elefantes guiada por arqueros encaramados a sus espaldas. Los paquidermos, cuyos barritos espantaron a la población, pusieron en fuga a los últimos soldados de caballería antes de aplastar estacas y empalizadas a su paso. Los que trataron de oponerse a su inexorable avance fueron víctimas de las flechas o perecieron aplastados bajo las enormes patas.

Los supervivientes retrocedieron en desorden hasta la protección de la última línea de fortificaciones, mezcla de las ruinas de la fortaleza y de los bloques extraídos de templos desmantelados.

El obispo, a la cabeza de los despojos de su ejército, peleó con valentía.

Entre los elefantes surgieron centenares de blemios provistos de corazas formadas por placas de bronce y de hierro atadas entre sí. Las junturas dejaban libres las articulaciones y daban libertad de movimiento. Otros se protegían con túnicas de laminillas metálicas que les envolvían desde el cuello hasta las rodillas. Sus rostros se parecían a los de los demonios surgidos de las entrañas de la tierra cuando expiraba el año.

Los minutos se deslizaron, interminables.

Los cristianos temblaban; sin la presencia del obispo aquello habría sido la desbandada. El ejército blemio no dejaba de aumentar. Los guerreros negros llegaban por todas partes, aglutinándose antes del asalto final. Un joven soldado, víctima de una crisis de nervios, asió el puño del prelado.

—No quiero morir.

—Confía en Dios.

—¡Tengo mucho miedo!

—Yo también. Nuestro cuerpo teme al sacrificio, no así nuestra alma.

Las tropas nubias, al completo, se encontraban a un centenar de metros de sus futuras víctimas. Los elefantes ya no barritaban. El gran sacerdote blemio avanzó vestido con una piel de pantera. Con el cráneo rasurado y la frente ungida por los siete aceites sagrados, aferraba con la mano derecha un largo bastón de madera dorada.

—Que el obispo Teodoro venga a mi encuentro.

—¡No vayáis! —gritó el soldado, agarrándose al prelado—. ¡Os matará!

Teodoro se desasió y saltó sobre un montón de cascotes, parapeto de los últimos defensores de Elefantina. Su túnica roja con hilos de oro resplandeció; avanzó hacia el gran sacerdote blemio y se detuvo a un metro de él.

—Tú, cristiano, has destruido el santuario de Bigeh, violado el secreto de Osiris y roto la estatua de nuestro dios. Has despreciado el misterio de la resurrección y has mancillado nuestra fe. Por estos motivos, aniquilaremos al pueblo cobarde e impío que gobiernas. Los secuaces de Cristo no merecen vivir, puesto que sólo engendran el odio.

—Sométete al emperador y a la ley de Dios. Si no, tú también serás aniquilado.

—Te llaman valiente, Teodoro. Pero sólo eres ciego.

—Si tu decisión está tomada, ¿a qué viene tanto discurso?

—No soy un mercenario ávido de sangre, sino un gran sacerdote cuyo dios tiene su trono en File. Sólo la gran sacerdotisa de la isla santa puede consagrar mi victoria sobre el mal.

Isis recibió a la delegación. Mientras los blemios, emocionados, admiraban la isla santa, Teodoro tomó la palabra.

—En vuestras manos está la suerte de miles de personas. Una orden vuestra bastará para que mis enemigos destruyan Elefantina. La provincia se convertirá en cenizas y la felicidad se alejará para siempre.

—Pero File se salvará.

—File se salvará... —repitió el obispo.

Por fin veía el infierno al que le conducían la debilidad y la amistad. La magia de Isis no era una amenaza vana; su comunidad atraía fuerzas peligrosas y se mantenía apartada de la verdadera fe. Aquella mujer, y nadie más, mantenía el más encarnizado de los combates contra la verdad; al hacer surgir a aquellos guerreros de negro rostro, triunfaba.

—Gran diosa, madre de Dios, manantial de vida, soberana del territorio del alma que nadie puede recorrer, maga bienhechora cuyas palabras alejan a los demonios, escucha mi súplica —imploró el gran sacerdote—. Tu sola voluntad concede un lugar a cada estrella, alimenta los corazones, corona a los reyes y vuelve sagradas las conquistas; bendice mi brazo y las espadas de mis guerreros.

—La existencia de aquel que recorre el camino de los sabios transcurre en paz, colmado de alegrías —respondió la gran sacerdotisa—. Envejece en su ciudad y es venerado en su provincia; sus sucesores reciben sus enseñanzas de generación en generación.

—Todo está grabado en el sello de Isis; nada se ejecuta sin ella, ni en el cielo ni en la tierra.

—Ven al templo.

Abandonando a Teodoro bajo la vigilancia de sus guerreros, el blemio siguió a la gran sacerdotisa.

Los adeptos, vestidos con túnicas blancas, saludaron a su huésped. El gran sacerdote abrazó a todos y entró en la capilla de su dios, en la que Isis le invitó al recogimiento. La deferencia con que fue obsequiado le sumió en un estado de exaltación; asociado al misterio sobre el suelo puro de File, reanudó la tradición más venerada de su pueblo. ¡Qué razón había tenido al creer en Isis y al esperar de ella la salvación de su raza!

El gran sacerdote se olvidó del tiempo. Meditó hasta el ocaso y absorbió la energía contenida entre los muros de la capilla en la que sobrevivía la memoria de su religión. Cuando salió del santuario le ofrecieron pan y vino.

—File permanecerá intacta —afirmó—. Mañana no quedará un solo cristiano en toda la provincia. Nunca una matanza será tan alegre.

—No lo será.

Los adeptos, asombrados, contuvieron sus protestas. ¿Por qué Isis rechazaba la ayuda de las fuerzas aliadas y la exterminación de sus enemigos?

—El emperador no aceptaría una derrota de esa magnitud —indicó Sabni—. Elefantina es una de sus fronteras; enviaría un ejército para lavar la afrenta, vengar la desaparición de un obispo y proclamar la superioridad de Cristo. Perseguiría a los blemios por muy lejos que éstos se refugiasen y arrasaría File.

El rostro del gran sacerdote se ensombreció.

—¿Qué deseas tú, a quien debo obediencia?

—Cerrar un pacto con el obispo —respondió Isis.

—No lo respetará y volverá a amenazar a File.

—Alejaremos ese peligro confiándote las estatuas que veneramos. En tu país estarán al abrigo de cualquier profanación. Los cristianos considerarán que las divinidades han abandonado la isla y la comunidad; de esta manera ya no apareceremos como provocadores. El templo, una vez secularizado, no ofenderá a las conciencias cristianas. También nosotros conoceremos la paz y la indiferencia nos protegerá mejor que un ejército numeroso. ¿Quién vivirá en File, sino algunos ancianos nostálgicos del pasado?

Aquella posibilidad entusiasmó a Sabni. Renunciar a las estatuas de culto sería un sacrifico doloroso, pero al cabo de un siglo o de un milenio, volverían, como la diosa, de la lejana Nubia. File la silenciosa, apartada de los caminos y los celos, acogería en secreto nuevos adeptos y crecería protegida por Teodoro, coronado por el triunfo.

La gran sacerdotisa se aproximó al obispo, que se hallaba de pie, a la sombra de un tamarindo, estrechamente vigilado por los guerreros negros. Teodoro volvió los ojos hacia ella y no trató de ocultar su preocupación.

—¿Qué habéis decidido?

—¿Acaso ignoráis que la gran diosa dispensa vida y no muerte? File será el corazón de Elefantina y no se convertirá en su verdugo. Ambos se salvarán.

—¿Qué magia utilizaréis?

—La generosidad.

Dos pesados barcos, cargados de blemios, navegaron hacia la isla santa mientras el ejército nubio acampaba frente a los sitiados. Las estatuas de culto fueron transportadas hasta el campo de batalla y cargadas a lomos de los elefantes a la vista de los cristianos paralizados.

—File ha entregado su alma —juzgó un oficial.

—Sin las estatuas —añadió uno de los secretarios del obispo—, el templo no es más que una construcción inerte. Isis ha muerto.

Teodoro permanecía mudo. Veía alejarse a los paquidermos, seguidos por los guerreros nubios, que rompieron filas y formaron una inmensa columna en dirección sur.

Escoltado por un centenar de soldados, el gran sacerdote se aproximó al obispo.

—Mañana, al amanecer, te espero en la catarata. Negociaremos un tratado de paz.

Los habitantes de Elefantina aclamaron a Teodoro, que, indiferente a los cantos de liberación y a las fiestas organizadas por las calles, se dirigió hacia su despacho. Isis y Sabni habían renunciado al aspecto material del culto para preservar el bien más preciado: el espíritu del templo.

CAPITULO LVI

Un mes después de la partida de los blemios y la firma de un tratado de paz de cien años, el obispo convocó a Sabni y le recibió en su jardín bañado por el tranquilo fuego del final del otoño.

—Tú y yo creemos en un Principio superior al hombre; ambos estamos de paso, somos viajantes que aspiran a descubrir paisajes en los que el alma, siempre insatisfecha, busca su fuente.

—Tu dios no ríe, Teodoro, pero se retuerce de dolor en una cruz, lamentando estar encerrado en un cuerpo humano. Tú no has seguido los pasos de nuestros antepasados y tu religión es cómplice de una sociedad vulgar que se arrastra por el suelo, estrecha la conciencia, ensalza al individuo y destruye el esfuerzo comunitario. Tu religión no es progreso, sino enfermedad; vuelve hacia la ciencia del templo que mira al cielo. Hija de los dioses, derrama sobre esta tierra sus bienes y nos orienta hacia el misterio del que hemos nacido.

El obispo alzó los ojos hacia las altas palmeras; una luz tamizada envolvía a los dos amigos.

—¿Me desprecias hasta el punto de creer que Isis y tú me habéis engañado?

—Ya no queda ninguna estatua en el templo. Incluso la de la gran diosa, hasta hace poco presente en el Trono venerable, vive en el destierro, en territorio blemio.

—He asistido a la escena, como miles de testigos. Ya nunca poseeréis los emblemas ancestrales, pero jamás seréis una comunidad profana.

—¿Cómo celebrar los ritos sin estatuas?

—Aunque los naos estén vacíos, vuestros corazones estarán siempre llenos del mismo deseo. Tú no has renunciado, Sabni; tu fe permanece intacta. Sin embargo, File ya no convencerá a nadie.

—¿Qué temes de una comunidad que agoniza?

—Que obre como el alquimista y el ave fénix, que se regenere en su propia muerte y prepare un oro nuevo.

—Sólo aspiramos al silencio y al recogimiento.

—Tu mirada desmiente lo que dices. No eres un hombre resignado, sino un conquistador que esconde su rostro tras una máscara. ¿Cuáles son tus verdaderos proyectos, Sabni?

—Si descifras mi alma, los conocerás.

—Olvida los motivos de discordia, borra el hábito que visto. Compórtate como un hermano, como el único ser al que concedo una confianza total.

—Nada nos separa, Teodoro, pero todo nos aleja. No vamos por el mismo camino; si los dioses nos son favorables, nos reuniremos en el mismo puerto.

Al final de cada misa, Pablo se dirigía al palacio episcopal. El prelado le escuchaba después de haberle impuesto una larga espera. El ermitaño, acompañado de discípulos salidos de las tumbas y de las grutas, exigía la destrucción del templo y la expulsión de la comunidad culpable de complicidad con los blemios. En aquel domingo de noviembre, la violencia de Pablo se traducía en insultos.

—Os conmino a arrancar las últimas raíces del paganismo.

—¿Y si no...?

—Responderéis de vuestra espera ante el patriarca de Alejandría.

—No aprecia mucho la exaltación de algunos fieles.

—Los ermitaños no somos los tibios que Cristo expulsó.

—Convertirse en ermitaño implica ciertos deberes. No todos tus seguidores pertenecen a las milicias del Señor. Reconozco a antiguos presidiarios, a comerciantes arruinados, a mercenarios expulsados del ejército... inquietantes aliados.

—Ellos creen en Dios y odian a los paganos. Su pasado no me interesa.

—No permitiré ningún alboroto. No olvides que tengo que garantizar la paz civil.

—No hay más paz que la del Señor. ¿Cómo va a estar Él satisfecho de la existencia de un templo en el que habitan los viejos demonios?

—Sólo subsiste una pequeña comunidad que envejece sin alterar el orden público.

—Aunque sólo quedara un pagano, habría que exterminarlo.

Teodoro se levantó y giró alrededor del ermitaño.

—Me gustaría comprenderte puesto que eres mi hermano en Cristo. Sus fieles desean el amor y rechazan el odio. Si tú lo alimentas, tus plegarias no serán más que invectivas.

—¿Rezarías tú por los paganos?

—Si Dios no hubiera cambiado nuestra mirada, seguiríamos siendo paganos. ¿Por qué no rezar para que convierta a los que todavía creen en una ilusión?

—File es un enemigo irreductible.

—Isis nos ha salvado la vida. Sin su intervención, la población de Elefantina habría sido exterminada y la ciudad quemada.

—¡Astucia demoníaca! Lo que quiere la gran sacerdotisa es salvar las estatuas de los falsos dioses. Habrías debido impedir que se las llevaran. Desde lo más profundo de Nubia, continuarán enviando sus miasmas. El ejército del emperador tendrá que exterminar a los negros y romper esas efigies malditas.

—¿Qué sabes tú de ese ejército?

Pablo golpeó el suelo con el bastón.

—¡Vendrá! ¿Crees que los cristianos permanecen inactivos? El martirio nos ha enseñado a luchar. Formamos una cadena de creyentes hasta Alejandría, corremos a través de la arena para que la Iglesia sea informada de lo que pasa aquí. Mañana el emperador lo sabrá y actuará en consecuencia; tendrás que justificar tu conducta. Te has equivocado al firmar un pacto con Sabni; ¡no es tu amigo, sino el enviado de las tinieblas!

—¿Y si te equivocas?

—Él habría renunciado a los falsos dioses y pedido el bautismo.

—¿No conoces la clemencia?

—La reservo para los creyentes que, como Cristo, caen en el camino y vuelven a levantarse. Nuestra fe es universal. Aceptar la existencia de un solo pagano es traicionar a Dios. Ya que has renunciado a golpear a tu cómplice, el brazo del Señor sustituirá al tuyo.

CAPITULO LVII

Las obras del templo de Imhotep estaban casi terminadas; Isis y Sabni estudiaban el texto esculpido destinado a dar vida a los muros y a perpetuar la tradición. En ausencia de las estatuas, las imágenes divinas grabadas en la piedra y los jeroglíficos, animados por la palabra y la mirada, asegurarían la permanencia del ritual.

Los adeptos experimentaban un sentimiento de orgullo; a pesar de las escasas herramientas y de su inexperiencia habían conseguido terminar la obra. Respondiendo a las exigencias de la Regla, dejarían una huella de su paso por la tierra y un testimonio tangible en el que se inspirarían sus sucesores; la cadena de las revelaciones no estaba rota.

Cada día, Sabni admiraba más a su esposa; la pasión se abría sobre un horizonte resplandeciente en el que reinaba la gran sacerdotisa, vestida de luz, en el abrazo de los sentimientos y la razón. Su unión tenía el perfume de la eternidad que Isis encarnaba en la aventura cotidiana. En el rostro de la mujer, en las horas en que la voz del más allá danzaba en el viento, se dibujaba el de la diosa. Sabni no dudaba que cada santuario, según los antiguos escritos, fuera el cielo en la tierra. Era aquí abajo, y en ninguna otra parte, donde el peregrino podía conocer la plenitud de que daría fe ante el tribunal de Osiris, sin temer a la devoradora y a los espíritus prestos a cortar el cuello de los mentirosos y los cobardes. Isis le había dado las llaves de la felicidad que no se desgasta y de la alegría que no se apaga; ¿no se parecía a la diosa oculta en el árbol de la orilla de Poniente, lista para derramar la inagotable agua fresca que el viajero del infinito saboreaba con fruición?

File detenía el tiempo, Isis lo consagraba. El alma no envejecía, el pensamiento no se arrugaba, los actos más humildes resplandecían como las estrellas. Próxima la fiesta en la que Isis reconstruía el cadáver de Osiris para hacerle revivir, la comunidad navegaba de nuevo en la corriente de los constructores capaces de transfigurar la materia.

Dos días antes de Navidad, el barco del obispo se acercó al embarcadero; Isis recibió a Teodoro. En los ojos del prelado se notaba la angustia.

—Vos habéis salvado Elefantina y yo quiero devolveros el favor. El decreto imperial me ha llegado esta noche: la comunidad de File debe ser dispersada.

—¿Los ermitaños?

—Quizá ya lo saben. La carta del emperador, refrendada por el patriarca de Alejandría, anuncia la llegada inminente de un cuerpo expedicionario a las órdenes de un general bizantino.

—Mirad esta morada adornada de oro, con el techo de lapislázuli, los muros de plata, el suelo de madera de acacia, las puertas de cobre; es una obra preparada para durar siempre; ¿no reconocéis que pertenece al Principio creador?

Teodoro imploró a la gran sacerdotisa.

—Poco importa lo que yo piense; me es imposible retrasar el plazo. Os suplico que abandonéis la isla sin demora.

Sabni se dirigió hacia ellos con un cincel de escultor en la mano. En su delantal podían verse manchas de cal.

—Te he oído, Teodoro.

—Si la quieres, convéncela.

—¿Dónde iríamos?

—Mi barco está a vuestra disposición. Dirigios hacia el sur.

—¿Y refugiarnos en territorio blemio? El ejército del emperador nos perseguirá. He nacido en File y no huiré. Este templo fue confiado al sumo sacerdote y a mí; ambos lo protegeremos del dolor, la angustia y el peligro.

—Los adeptos tendrán libertad para irse —precisó Sabni—. Nosotros no abandonaremos la tierra sagrada.

—¿Cómo podría convenceros?

—Ven conmigo, Teodoro.

Reticente, el obispo siguió al sumo sacerdote. Sabni le abrió las estancias del templo, comentó los bajorrelieves, describió con detalle las ceremonias del culto y los rituales de iniciación. No ocultó nada de su ciencia.

—Este mundo agonizante lo llevarás contigo desde ahora.

—Inútil tesoro, Sabni, puesto que es contrario a mi fe.

—Al transmitirte esta sabiduría, he liberado las fuerzas sepultadas en las criptas del templo. Ellas se convertirán en tus pensamientos como pájaros de enormes alas que se lanzarán hacia el cielo. Tú, mi enemigo irreductible, ahora eres mi esperanza.

Isis comunicó al obispo que ningún adepto abandonaría la isla. La comunidad se plegaba a la decisión de los superiores.

Teodoro supo que toda palabra sería inútil; trataría de convencer al general bizantino de que perdonara aquellas vidas que en absoluto amenazaban la grandeza del Imperio.

—Recuerda, Teodoro, las palabras del príncipe Sarenput, grabadas en su tumba de occidente, mientras resucita entre los dioses: «Yo toco el cielo, mi cabeza atraviesa el firmamento, rozo el vientre de las estrellas, brillo como ellas, conozco la alegría celestial, danzo como las constelaciones». En su tiempo, la ciudad vivía una perpetua fiesta, los soldados cantaban con los campesinos, ancianos y jóvenes disfrutaban de la vida.

El sumo sacerdote y el obispo se abrazaron con el calor de dos hermanos. Cuando se encontró frente a Isis, Teodoro se quedó petrificado.

—Nadie —dijo ella— consigue llegar a Poniente, morada de los seres sin mancha, sino aquel cuyo corazón practica la Regla con exactitud. Al otro lado no hay diferencia entre el pobre y el rico ya que la balanza y el peso se encuentran en las manos del amo de la eternidad.

La gran sacerdotisa besó al prelado en la frente; aquel beso de paz le quemó el alma.

En septiembre del año 437, en las piedras de File se había grabado el último texto jeroglífico, una plegaria a Isis. En la Navidad de 535, Sabni esculpió el último bajorrelieve de la civilización egipcia; sobre el dintel de la capilla de Imhotep bosquejó el delantal del fundador y su trono. Ninguna línea fue terminada; ningún rostro quedó completamente perfilado.

En el interior del pequeño edificio la comunidad quemaba bolas de incienso. El humo perfumado embelesaba el olfato de los dioses que navegaban en las barcas del día y de la noche. Puede que algún día una mano recogiera el cincel y terminara las figuras que Sabni dejaba incompletas.

Cuando retrocedió para contemplar su trabajo, el sumo sacerdote sintió que el deseo de rebelión se apoderaba de él. ¡Le quedaba tanto por crear, por vivir! Isis se acurrucó tiernamente junto a él y le acarició el rostro con el cabello.

—El santuario no será desmantelado.

—¿Cómo lo impediremos?

—No lo sé.

—Tratas de tranquilizarme.

—He visto File en la lejanía, más allá de nuestra existencia. Estas líneas que ha dibujado tu mano en la piedra no serán estériles.

Pablo dio gracias al Señor; al alertar al patriarca de Alejandría, los ermitaños habían obtenido el resultado esperado. Deseoso de conservar su poder y de no disgustar al emperador, el jefe de la Iglesia egipcia se había dirigido a Bizancio a fin de dar cuenta del escándalo de Elefantina. En su sabiduría, el poderoso soberano había tomado la mejor decisión: enviar soldados con el encargo de exterminar a los paganos. Teodoro, una vez más, trataría de salvar a su amigo Sabni. Por fortuna, el emisario de Alejandría era un charlatán deseoso de demostrar su importancia; las nuevas noticias trastocarían el destino de la provincia. Informado del contenido de las misivas imperiales, Pablo se sintió investido de una misión sagrada y, esta vez, frustraría las intrigas del obispo.

—¿Cuándo nos atacarán? —preguntó la hermana encargada de la comida.

—Tan pronto como el ejército bizantino franquee las puertas de Elefantina —respondió Isis.

—¿Dos semanas?

—Quizá sólo una. En esta estación, el sol es suave; marchando deprisa, los soldados cubrirán el trayecto en poco tiempo.

—Qué corta es una semana...

Hermanos y hermanas esperaban el instante en que el cauce del río se cubriera de barcos de guerra; sobre la mesa del festín había ajos, cebollas, pan y semillas de loto y algarrobas. Los más viejos, desdentados, se conformaban con caldo de tallos de papiro.

Sabni observaba la orilla donde desembarcarían los asaltantes, tratando de forjarse un valor imaginario que los gritos de la soldadesca barrerían en un segundo.

La sombra azul de la noche victoriosa destacaba en el firmamento; el azul suave, profundo, tranquilo que muere con la aparición del naranja daba paso al rojo intenso, última palabra del crepúsculo; por fin, la noche, brutalmente separada del incendio del día agonizante en una línea curva, infranqueable barrera entre el ayer y el mañana. La luz declinó; azul y negro se dirigieron el uno hacia el otro, felices de reunirse tras una larga separación. El azul suave se dejó absorber, el rojo se convirtió en línea y el naranja expiró. Lo alto y lo bajo se unieron en la tela oscura que tejía el Creador para recubrir la tierra.

—Esta noche será la última —predijo Isis.

El día tenía la dulzura de un fruto maduro antes de que el sol disipara las nubes dispersas. En la orilla desierta, la arena, agitada por el viento del desierto, se elevaba en espirales vertiginosas.

Isis y Sabni subieron a la única barca que todavía pertenecía al templo. Con ayuda de una pértiga, el sumo sacerdote la alejó del embarcadero y se deslizó por la corriente. De cara a oriente, salmodió la plegaria de la mañana; su voz se perdió en las pendientes de las montañas. Isis bebió agua del río, agradable al paladar y suave al tacto, portadora aún de la frescura del manantial oculto entre las rocas de Elefantina. Pensaba en los días felices en que la vida vagaba a merced del Nilo, se ofrecía al oro de las dunas y a la blancura de las velas. Cuando los dioses gustaban de permanecer sobre las verdes orillas y sus estatuas marcaban

los límites de los campos y las ciudades en las que los hombres se consideraban como huéspedes.

—En tiempo de los faraones, andábamos sin temor por los caminos, navegábamos con confianza por el río, charlábamos al lado de un pozo o un estanque, no muy lejos de los pastos donde el ganado se movía con plena libertad. Veo tu rostro, Sabni; subes a tu barco de pino y abres la casa que has construido. La pieza de buey asado, la jarra destapada y las melodías nos fascinan. Alrededor nuestro, dos vírgenes danzan, recitan poemas, nos perfuman y nos adornan con guirnaldas de flores; preparan el lecho donde, por la noche, la embriaguez nos unirá.

—Tal fue nuestra vida hace mil años.... Un sueño perdido en la soledad de la catarata. ¿Realmente debemos desafiar lo imposible?

—Hemos jurado transmitir el misterio.

—¿Y si te vas? Isis, sana y salva, serías la guardiana de la tradición.

—Separarnos sería una locura.

—Tu vida es preciosa. Como gran sacerdotisa, eres el futuro.

—El futuro ya no existe. Nos queda el presente, incluso si su rostro es más feroz que el de la Terrorífica. Que perdure la juventud del templo y habremos cumplido la Regla; el cielo se encarna en File.

—¡A veces me parece tan duro!

—A mi también, Sabni, ya que somos indignos de ella; por eso es necesario que seamos dos.

—Por amor a Isis...

Se abrazaron. La barca, abandonada a la corriente, se dirigió hacia la tierra de los muertos, adormilada bajo el sol del invierno. Ambos pensaron en su unión en la tumba de Osiris, en la felicidad absoluta que las noches y los días regeneraban.

—File es el último templo de un mundo que nuestros enemigos creen desaparecido; las religiones se sucederán, se desgarrarán y se derrumbarán al pie del santuario incluso si la comunidad parece estar extinguida.

—¿De verdad deseas desaparecer, Isis?

—Ni por un momento. Quiero vivir ciento diez años, envejecer a tu lado y ver crecer a los hermanos y hermanas.

La corriente cambió y llevó la embarcación hacia File.

CAPITULO LVIII

No fue el cuerpo expedicionario bizantino el que, poco antes del mediodía, se lanzó al asalto de File, sino una tropa heterogénea compuesta por ermitaños, soldados perdidos y habitantes de Elefantina que Pablo había arrastrado al borde de la locura. Los ermitaños hacía cuatro días que ayunaban; los demás estaban borrachos. Armados con lanzas, horcas y espadas, cantaban salmos que celebraban la victoria del Señor sobre los demonios.

Pablo no quería abandonar este acto de fe a un general extranjero. A él y a nadie más correspondía aplastar para siempre la cabeza del dragón pagano y apoderarse del templo. El obispo no había sido prevenido. Cuando el ruido de la matanza llegara a sus oídos sería demasiado tarde.

Los adeptos se aterrorizaron cuando vieron aquella jauría dando alaridos; bajo la dirección de «el Atajo», ya se habían adentrado en el pórtico. Decididos a pelear, hermanos y hermanas se colocaron detrás de Isis y Sabni.

La gran sacerdotisa se había adornado con las joyas propias de su rango, gargantilla de lapislázuli, pectoral con siete ristras de perlas, brazaletes de plata y sortijas de oro. La blancura de la larga túnica daba más esplendor si cabe al brillo de las joyas.

Un ermitaño blandió una rama a medio podar; Isis no retrocedió. Dos hermanos se arrojaron contra el agresor, pero su gesto fue interrumpido. Los soldados acudieron de inmediato en ayuda del ermitaño y les golpearon; los adeptos cayeron al suelo con el rostro ensangrentado. «El Atajo» ató las muñecas de la gran sacerdotisa con su cinturón; Sabni intentó liberarla, pero también fue golpeado.

Cuando un ermitaño quiso estrangular a una hermana enferma, dos soldados se interpusieron.

—Debemos expulsarlos, no asesinarlos.

—¡Callaos, espíritus tibios! ¡El emperador quiere purificar esta isla maldita!

Los que habían dudado, golpeados en la espalda por los enloquecidos campesinos, se mantuvieron alejados. La hermana fue pisoteada. Sus estertores de agonía se perdieron entre los alaridos de los otros adeptos, molidos a golpes. Los bastones cayeron una y otra vez, las horcas hurgaban en los vientres, las espadas cortaban las gargantas. El descubrimiento de una barquichuela de culto duplicó el furor de los asaltantes. Rompieron la proa y la popa, que tenía forma de cabeza de Hathor. Pablo prendió fuego a los restos.

Ni Isis ni Sabni lloraron. Un dolor a la vez frío y ardiente secaba sus lágrimas. ¿Dónde había huido la muerte dulce y sonriente prometida a los sabios? Según las enseñanzas de los misterios, el adepto de la magia sagrada salía a la luz del día y se paseaba por el más allá tan lejos como deseaba su corazón. Pronto, el velo se desgarraría y las puertas se abrirían.

«El Atajo» arrancó el collar de la gran sacerdotisa; embriagado por el éxito, desgarró la parte de arriba de su túnica. Sabni le repelió de un cabezazo.

—No la toques.

Con las manos atadas, le resultaba difícil defenderse; de su mirada y su voz emanaba tal autoridad que el hombre retrocedió.

—¡Ya no eres nada, sumo sacerdote, y responderás por tus pecados ante Dios Todopoderoso!

Eliminada toda resistencia, las tropas vociferantes exploraron las estancias del templo; al no encontrar ningún tesoro, se sintieron decepcionados. Los más excitados escupieron sobre los bajorrelieves que tenían diosas dibujadas. Mientras las desfiguraban, otros acólitos de Pablo incendiaban los postes de pino de Cilicia, símbolos del poder divino.

Ayudado por una docena de desertores, «el Atajo» remató a los heridos. Un soldado enloquecido se arrojó al Nilo desde lo alto de la galería cubierta en la que solían meditar los adeptos. Pablo dio orden de destruir las puertas de los santuarios para que penetrara la luz en las estancias oscuras.

De repente, se sintió mal. Las miradas de Isis y Sabni pesaban sobre él. De momento, no les temía; la magia de la gran diosa no había impedido su conquista. La comunidad había sido aniquilada; los egipcios ya no celebrarían nunca el culto a la gloria de los falsos dioses, precipitados en los infiernos.

Isis apoyó la cabeza en el hombro de Sabni.

—Dame agua, que su frescor calme mi corazón. Gira mi rostro hacia el norte; él nos enseñará el camino. Lo que hemos atado en la tierra permanecerá atado en el cielo.

Estas palabras rituales, recuerdo del océano de energía en el que el alma bebía de la fuente, tranquilizaron al sumo sacerdote. Temía verla deshonrada y desfigurada; temía no poder evitar el sufrimiento infligido. Isis permanecía serena; ella le daba fuerzas para afrontar la última prueba antes de comparecer ante el tribunal de Osiris.

Pablo fue hacia ellos.

—Arrepentios e implorad el perdón del Señor.

—Tú no eres Dios ni su mensajero.

—Pobre loco... ¿No comprendes que la gran diosa está muerta? ¡Arrepiéntete insensato!

—Tienes razón, Pablo; con nosotros desaparece un mundo que los dioses habitaban, que sacralizaban con su presencia. No es una comunidad lo que estás asesinando, sino una visión, un templo construido hace milenios por una comunión de pensamientos.

—Asistirás al desmantelamiento del edificio, sumo sacerdote; perecerá como los adeptos, servidores de las tinieblas.

—Te equivocas —afirmó Isis—. Sobrevivirá.

Un correligionario advirtió al ermitaño que el barco del obispo se aproximaba; sin duda el incendio de los postes de los pilonos, visible desde Elefantina, le había intrigado.

La victoria de Pablo quedaría incompleta si la pareja escapaba a la cólera divina.

—¡Que remolquen hasta aquí la barca de la comunidad!

La orden fue ejecutada en el acto; «el Atajo» obligó a Sabni y a Isis a subir a la embarcación, situada en el centro de la vasta explanada, entre el primer pilono y el embarcadero. A lo lejos, la vela blanca del prelado ondeaba al viento.

A una señal del ermitaño, los soldados prendieron fuego a la improvisada hoguera.

—Desatadnos las manos —exigió Sabni.

La espada rompió las cuerdas. El sumo sacerdote abrazó a Isis y la estrechó contra sí.

—El templo no será destruido —repitió ella.

Pablo acechaba su desesperación, esperaba un grito de rabia, una maldición, una rebeldía ridícula; pero la pareja no se preocupó por él ni por las llamas que les devoraban. Isis y Sabni se abrazaron, formando un único ser confundido con lo Incandescente, nacido de la danza del fuego y del amor de la diosa.

El obispo se arrodilló ante la hoguera y bendijo los cuerpos atormentados sin conseguir rezar. Detrás de él, Pablo estalló en carcajadas.

—El emperador estará satisfecho. Tú sacarás provecho de mi combate, obispo; para ti serán los honores, para mí las alabanzas divinas. Lo que no te atreviste a emprender, yo lo he cumplido.

Teodoro se levantó y golpeó al ermitaño con el báculo. Con la frente ensangrentada, Pablo retrocedió.

—Tú desfiguras al Salvador; por culpa de los fanáticos de tu especie la religión difunde la desgracia y la muerte. Ningún dios podrá absolverte de tus pecados. Malditos seáis por los siglos de los siglos.

—Gracias a mí, Egipto está libre del mal; ya sólo falta destruir el templo.

—File permanecerá intacta. Cuando llegue el fin del mundo, contemplará el alba del último día.

—File debe ser arrasada. ¡Así lo quiere el emperador!

—Yo transformo este templo pagano en iglesia; aquí celebraré la misa del domingo. Por todo el imperio se sabrá que Dios ha elegido como residencia la más espléndida de las moradas.

Aturdido, el ermitaño se encogió y apoyó la frente en las losas del pavimento, manchadas con su propia sangre.

Teodoro, prisionero de una sombra repentina, elevó los ojos y vio una pareja de ocas salvajes de enormes alas, que dieron vueltas sobre él antes de emprender el vuelo y fundirse con la luz.

